

Paul Harding

La casa de las sombras



Paul Harding

LA CASA DE LAS SOMBRAS

(The House of Shadows, 2003)

Fray Athelstan #10

OceanofPDF.com

Con afecto, a la memoria de William
(Wills) Walford-Grant
Amado hijo de Michael y Annie,
De Sooth Woodford,
Nacido el 2 de marzo de 1989,
fallecido trágicamente
el 8 de noviembre 2002

OceanofPDF.com

La taberna es la iglesia del Diablo,
donde sus discípulos merodean para
servirle y donde él obra sus milagros.

Le Menagier de París,
libro de autoayuda medieval
(editado por J. Pichon, París, 1846),
volumen I, p. 48.

OceanofPDF.com

Prólogo

Víspera de la festividad de San Mateo, 1360.

La cortesana conocida como Ginebra la Dorada se agazapaba entre las lápidas del cementerio de San Erconwaldo. Había ocultado su brillante cabellera dorada bajo una ceñida capucha y una capa oscura envolvía el resto de su cuerpo, cubriendo así sus galas. Se había quitado el anillo y lo había guardado en el pequeño cofre que ahora atesoraba cerca de sí. La noche de otoño estaba presidida por una luna llena que bañaba el cementerio con un resplandor plateado e iluminaba la oscura masa de la iglesia. Ginebra sentía miedo. Aquel sombrío montón de albañilería era la casa de Dios. Los predicadores afirmaban que los ángeles se paseaban por allí, ¿y no vería el buen Dios en los recovecos de su alma? Ginebra sólo deseaba que llegaran sus compinches. Quería poner fin a estos temores, dar paso a la excitación que le hacía brincar el corazón y hervir la sangre. Se instaló más cómodamente. El cielo nocturno era bello; observó deslizarse una tenue nube, como si siguiera a la luna por el firmamento. Se sobresaltó cuando una lechuza, silenciosa como un espíritu, pasó rozándola, batiendo sus emplumadas alas al abalanzarse sobre su víctima, escabulléndose por la alta hierba del cementerio. La puerta de la casa de los muertos chirrió: un sonido escalofriante en la oscuridad.

Ginebra, sin embargo, se sentía a salvo. La vieja iglesia no tenía sacerdote y muy poca gente visitaría el cementerio de noche. Ginebra recordó la vieja historia de que cada cementerio, cada porción de la casa de Dios, poseía un vigilante, el espíritu de la última persona que había sido enterrada allí. La joven tragó saliva; no debía asustarse. Cerró los ojos y procuró pensar en la alegre taberna La Noche en Jerusalén. Todos sus amigos y conocidos se encontrarían allí. Junto al fuego un músico tocaría su violín; tal vez un cantante itinerante entonaría una balada. Sonarían el tambor y el rabel, con el ritmo sincopado que señalaba el inicio de la danza. A Ginebra le gustaba tanto bailar... Así es cómo le había conocido a él, al hombre que le había prometido riquezas incalculables.

—¡Un cofre lleno de tesoros! —había susurrado.

Al principio, Ginebra se había mostrado reacia. Parpadeó con coquetería y declaró que había entregado su corazón a otro, pero estas palabras, «un

cofre lleno de tesoros», la habían atraído. Sería rica, una princesa, una gran dama, como las que se contoneaban por Cheapside con sus velos de gasa y capas forradas de pieles, relucientes joyas en la garganta, cuerpos delicados que desprendían dulces perfumes. Se lavaría las manos en jofainas de oro y se sentaría ante una pieza de plata pulida para examinar su bello rostro.

El viento gemía entre las lápidas, la brisa era cada vez más fuerte; pronto zarparía la flota. Ginebra apretó los puños con excitación. Había cumplido con su parte. Abrió el cofrecito, sacó el anillo de oro y lo examinó con atención dándole vueltas entre los dedos. ¿Qué importaba? Se puso el anillo en el dedo y se apoyó en la lápida. ¿Qué estaría ocurriendo ahora? Seguramente se habría dado la voz de alarma; sin embargo, ella, que acababa de atravesar Southwark deslizándose entre sus calles, no había visto alboroto alguno. Todo estaba en orden, no había ninguna antorcha vacilando en la noche ni hombres con cota de malla haciendo con estruendo la ronda de vigilancia.

—¡Ginebra!

Se irguió y miró al otro lado del camposanto. Vio la señal: una linterna con tapa que se abría y cerraba como un faro encendido en lo alto de un risco. Ginebra, sin vacilar un instante, cruzó el cementerio. Una sombra oscura se apartó de la casa de los muertos y se acercó a ella. Entonces, elevó la linterna; la tapa se entreabrió. Ginebra suspiró con alivio. Se remangó el vestido y corrió hacia la luz. La llama se extinguía. Ginebra la Dorada estaba tan excitada que ni siquiera oyó el siseo del acero. Era tal su impaciencia por conocer la noticia que casi se lanza a la punta de la daga. Sintió la fuerte punzada de dolor, pero era demasiado tarde. Estaba atrapada y la hoja se fue clavando cada vez más en su carne.

Gimió y se desplomó; la luz de la vida desapareció de los hermosos ojos de la joven Ginebra.

Capítulo I

Los espantosos asesinatos comenzaron la noche de la Gran Caza de Ratas, la víspera de la festividad del mártir san Wulfnoth, al que los paganos frisios habían hervido vivo. Los habitantes de Southwark, con sus andrajosas faltriqueras llenas de monedas abolladas y melladas rechazadas por los dignos comerciantes, estos ciudadanos de los barrios bajos, con la capucha puesta para protegerse del frío atroz, se dirigían hacia la espaciosa taberna La Noche en Jerusalén, situada en la ancha vía pública que se extendía hasta el puente de Londres. Hacía un frío glacial; sólo faltaba un mes para Adviento. Los videntes habían profetizado nieve, pero el cielo nocturno estaba despejado y estrellado. La luna llena inundaba de luz fantasmal los hediondos callejones y caminos. La jornada de trabajo había terminado, las ventanas tenían los postigos cerrados y las puertas, atrancadas, echada la llave. Los gatos se escabullían mientras las ratas, como si percibieran que algún mal se avecinaba, se mantenían alejadas de los montones de basura congelada.

Todos conocían la Gran Caza de Ratas. Los aficionados a los juegos de azar ya habían hecho sus apuestas. Otros habían acudido simplemente para saciar su curiosidad como espectadores. Por supuesto, los ladrones ya olían los beneficios. Habría bolsas para cortar y bolsillos en los que meter la mano mientras se disfrutaba de una noche de diversión. La noticia se había difundido a lo largo del crecido y negro Támesis, atrayendo a los más acomodados y refinados señores de Cheapside, Farrington Ward e incluso de poblaciones tan alejadas como Clerkenwell, situada al norte. Moleskin, el barquero que salía de Southwark Steps, tenía asegurado un buen negocio. Sin embargo, aquella noche el Támesis estaba agitado y la brisa del río era punzante como una daga, por lo que muchos simplemente pasaban por debajo de las cadenas del puente de Londres y corrían por el estrecho callejón entre las casas y los almacenes contruidos a ambos lados. Nerviosos, hacían caso omiso de los elevados muladares congelados en los que se amontonaban toda clase de desperdicios, y tampoco se detenían a contemplar las cabezas cortadas de los traidores, clavadas en las altas picas que flanqueaban el puente. Mostraban una similar falta de piedad hacia los que habían sido pillados robando en los puestos durante el comercio del día;

estos malhechores ahora estaban atados de manos, cabeza o pierna a los muelles, o encerrados en jaulas a cada extremo del puente, donde permanecerían toda la noche y padecerían el gélido frío.

Los pequeños comerciantes y vendedores ambulantes, los vendedores de higos y manzanas, los cereros, los carniceros y los curtidores, todos olvidaban su rivalidad comercial y acudían en tropel a la Gran Caza de Ratas. Se unían a ellos mujerzuelas y ramerías de Wallbrook y Houndsditch, vestidas con sus llamativos harapos. Estas mujeres de la noche ocultaban sus encantos bajo capuchas, andrajosas capas y máscaras con agujeros a la altura de los ojos y la boca. Una vez llegaban a la espaciosa sala de La Noche en Jerusalén se despojaban de estos disfraces.

Las mesas y sillas de la taberna estaban rodeadas por hileras de barriles, cada mesa iluminada por una vela de sebo amarillo o un cuenco de aceite con una mecha encendida flotando en el centro. Aunque los campeones aún no habían llegado, ya habían dado comienzo las apuestas, alentadas por la buena plata y el oro traídos por los hombres jóvenes de la corte. Estos venían ataviados con sus ceñidas calzas, chaquetas abombadas, protuberantes braguetas y botas de tacones altos. Para muchos de los que acudían en tropel a la taberna, estos pisaverdes de voz aguda, cara y manos delicadas y pelo rizado y encrespado eran la auténtica razón de la velada. Llevaban a la vista la bolsa del dinero para que todos la vieran, y los dedos de muchos rabiaban por estar cerca de semejante riqueza. Algunos traían a sus perros, mastines ingleses, terriers, e incluso algún que otro galgo o lebel, para estar a la altura de sus rivales.

La taberna estaba abarrotada; todos se agolpaban alrededor de las grasientas mesas o iban a contemplar los cuerpos disecados de perros galardonados que habían obtenido el título de «Campeón de Matar Ratas». Ocupaba el lugar de honor el cuerpo embalsamado de un mastín inglés de blanco pelaje con manchas negras alrededor de sus protuberantes ojos de vidrio. Un collar que le rodeaba el cuello proclamaba que el perro era «El mayor campeón de todos los tiempos». En el centro de la taberna se abría el gran foso, aún tapado, un agujero ancho y muy profundo, encalado, rodeado de linternas y velas, cuyas llamas ya se estaban extinguendo. Pronto empezaría el juego. El anfitrión, un hombre corpulento como una tuba que respondía al nombre de maese Rolles, ya estaba entronizado en su silla sobre una tarima recubierta de terciopelo de cara a la fosa. Se sentaba allí como lo haría un rey y pidió a gritos más luces. Unos mensajeros se

apresuraron a traer linternas que habían robado de los umbrales de casas de los barrios más ricos de la ciudad. Una vez colocadas en su lugar, maese Rolles, de gordo y lustroso rostro, miró alrededor con irritación, los labios fruncidos, brillantes sus codiciosos ojos negros, listo para hacer sentir su poder. La taberna se estaba llenando. Maese Rolles se felicitó en silencio porque obtendría unos bonitos beneficios. Una vez terminado el juego, visitaría la Verdadera Casa de los Placeres y, por la mañana, encendería más velas ante el altar de la Virgen en la iglesia del priorato de Sainte Mary Overy.

También trajeron platos con carbón encendido recubierto de incienso. Al tabernero le gustaba este toque; el incienso daba a la taberna un olor santo y, de paso, contribuía a disimular los malos olores del suelo lleno de suciedad. Maese Rolles se sentía un poco culpable. Una de sus doncellas había robado el incienso de la iglesia del priorato, pero Rolles se prometió que, a su debido tiempo, lo compensaría de algún modo. Trajeron de la trascocina braseros encendidos, tapados, y los colocaron alrededor de la sala. Arrojaron más leña al rugiente fuego y las llamas crecieron en la chimenea. Maese Rolles gritó una orden y clavaron un cerdo entero —sólo le habían cortado la cabeza y las manitas— en un espetón que encajaron en las ruedas situadas a ambos lados de la chimenea para irle dando vueltas y asarlo con especias. Habían matado el cochino porque había entrado en el patio de maese Rolles. A decir verdad, dos de sus mozos de cuadra lo habían atraído hacia allí, y maese Rolles, que conocía la ley de la ciudad, había estado muy satisfecho de cortarle el cuello. El tabernero observó a sus cocineros colocar el espetón con cuidado y echar por encima del cerdo el aceite con especias mientras daban detalladas instrucciones al enano al que habían pagado un penique. Le habían dicho que no hiciera caso del calor y le ordenaron que diera vueltas al espetón hasta que el cerdo estuviera asado.

—¡No te duermas! —rugió el tabernero.

El enano, que en otro tiempo había sido bufón hasta que un oso le había malherido, asintió y se sentó, volviendo el rostro para protegerlo del fuerte calor. El aire se hizo dulzón al impregnarse del olor a cerdo asado con especias. Los clientes ahora gritaban pidiendo cerveza. Pinches de cocina y mozas se apresuraban a ir de un lado a otro con grandes jarras y copas rebosantes que unos mozos llenaban de los grandes barriles. El tabernero se frotó el estómago. Al cabo de una hora la mayoría de sus clientes estarían

demasiado borrachos para saber cuánta agua había añadido a la cerveza y al vino.

La Noche en Jerusalén ahora estaba casi llena. A la fuerte luz de las llamas, parecía la antecámara del infierno. Allí se encontraba el submundo; el tabernero conocía a todos y cada uno de sus clientes: los proxenetas y los rateros, los charlatanes, los jugadores de dados, los ladrones de casas, los matones y los jaraneros. Adondequiera que fueran les seguían prostitutas de todas las edades y descripciones, con el pelo teñido, el rostro pintado, vestidas con ropa barata y oliendo al fuerte perfume que utilizaban para cubrir su cuerpo mal lavado. El tabernero se prometió andar ojo avizor con éstas, así como con los gitanos y los pequeños comerciantes, aquellos que se atrevían a hacer negocios en su taberna: los vendedores de huevos de ave, pescado pasado o lo que hubieran birlado en los puestos del mercado del otro extremo de la ciudad. También habían llegado los excéntricos y los estafadores, los pedigüños profesionales, sorprendentemente ágiles cuando se lavaban las cicatrices y cuya pierna, que habían afirmado haber perdido, aparecía de forma milagrosa cuando se desataban las vendas y dejaban las muletas en un rincón.

Los matones del propio tabernero, rufianes de los callejones armados con porras y cuchillos, se movían entre lo que maese Rolles llamaba su «congregación» para asegurar la paz y el orden; daban patadas a espinillas, golpeaban dedos o aporreaban hombros como recordatorio de que allí debían guardarse las formas. Un vendedor de reliquias, que se había emborrachado y había intentado orinar en medio de la taberna, recibió una paliza y fue arrojado a lo que el tabernero denominaba «oscuridad exterior». Los clientes guardaban cola para recibir una tira de cerdo, servida sobre un trozo de madera y guarnecida con apios estofados y un pedazo de duro pan de centeno, generosamente espolvoreado con pimienta picante que maese Rolles esperaba les provocara mucha sed.

La «congregación» se arremolinó alrededor del foso. Se elevó un rugido cuando Ranulfo, el cazador de ratas de la parroquia de San Erconwaldo, de la que fray Athelstan, el dominico, era párroco, apareció en el umbral de la puerta con sus dos hurones preferidos, *Precioso* y *Bonito*, en una cesta de juncos. Ranulfo iba acompañado por otros parroquianos: Pike el acequero, Basil el herrero, Crispin el carpintero, Mugwort el campanero, Mauger el verdugo, Moleskin el barquero, Bladdersniff el alguacil y por último, con toda su gloria, su cabello rubio enmarcándole la cara como un aura, Cecilia

la cortesana, una mano apoyada en Huddle el pintor y la otra en Crim el monaguillo, que era hijo de Pike el acequero. La retaguardia estaba formada por Pernel la flamenca, que traía el pelo teñido de negro y un rojo chillón. Cecilia fue recibida con silbidos, pitidos y ofrecimientos lujuriosos; ella se limitó a hacer una leve reverencia y un gesto obsceno en dirección a los que la insultaban.

Ranulfo se acercó al borde del foso y se sentó en un taburete mientras el resto de la taberna se congregaba a su alrededor. Ranulfo el cazador de ratas tenía el rostro enjuto y demacrado, los ojos pequeños y brillantes, la nariz afilada y los labios pálidos. Algunos murmuraban que guardaba más que un ligero parecido con los roedores que cazaba. Ahora estaba sentado como un príncipe, la cabeza cubierta por una capucha ennegrecida con brea bajo la cual su cabello negro untado con aceite estaba pulcramente peinado hacia atrás y atado en una cola. Este hombre, que se autoproclamaba el azote de las ratas de Londres, sostenía la cesta en su regazo, hablando en susurros a los dos hurones que traía dentro. Retumbó otro rugido cuando entró en la taberna maese Flaxwith con sus dos mastines, *Samson* y *Satan*. También él fue saludado como un héroe conquistador, y los que habían apostado por sus perros se agolparon en torno a él para ofrecerle ánimos y consejos. El anfitrión lo observaba. Tenía que ir con cuidado con Flaxwith, que era el alguacil jefe del forense de Londres, sir John Cranston, hombre que tenía la reputación terrible de romper el cuello a los que quebrantaban la ley del rey y las ordenanzas de la ciudad.

—Esto ocurrirá esta noche —se dijo por lo bajo el tabernero.

Maese Rolles se había enfrentado con la espada en muchas ocasiones a sir John, soldado viejo pero fiero, de rostro enrojecido, penetrantes ojos azules y una abundante barba y bigote que se peinaba con los dedos siempre que interrogaba a maese Rolles y a los de su calaña. Cranston interpretaba el papel de viejo soldado franco y campechano, de pomposo oficial de la ciudad, pero en verdad era de ingenio ágil y cerebro agudo. Era igual de rápido con la espada y la daga, aunque parecía pasarse casi toda la vida bebiendo el mejor clarete de su milagroso odre. Aún más peligroso era el dominico fray Athelstan, menudo y de rostro moreno, ojos conmovedores y mirada penetrante. Athelstan era el secretario, o escribano, de Cranston, y a menudo acompañaba al forense en sus investigaciones de espeluznantes asesinatos, robos sutiles o de cualquier infracción de la paz del rey cometida en los oscuros callejones y callejuelas de Southwark. Maese Rolles echó

una rápida mirada en torno a la taberna; esperaba y rogaba que esa noche no sucedieran imprevistos, que no se produjera ningún error que pudiera provocar la curiosidad de aquellos dos halcones de la ley de mirada aguzada.

—Que empiece la fiesta —atronó Rolles.

Destaparon el foso. Pero primero, se dejó un hueco a las diversiones de costumbre. Un malabarista intentó mantener cinco copas en el aire, pero cuando se le cayó una, le arrojaron sobras de comida y sucios restos del suelo. Le siguió el imitador del corral, un hombre que podía imitar el graznido de un pato o el relincho de un caballo. Sólo duró unos minutos y le siguió un maestro de danza francés, un anciano con escaso cabello gris y una tos muy fea. Sus perros estaban asustados y se negaron a bailar, así que también él fue apartado del foso. Crim el monaguillo, al que le habían dado una jarra de cerveza, acalló el clamor con una bella canción entonada con su vibrante voz.

Contemplad a la señora Sweet,
Comprenderéis por qué he perdido mi alma por ella.

La letra de la canción era perturbadora, y el maestro de danza francés, que había accedido a acompañar al muchacho con la flauta, creó un sonido desgarrador. Por un instante, sólo por un instante, los clientes olvidaron su propia fealdad y las espantosas circunstancias de sus vidas.

A Crim le siguió Pike, el acequiero, y esto no satisfizo a maese Rolles. Se sospechaba que Pike era miembro secreto de la Gran Comunidad del Reino, una sociedad misteriosa que florecía en Londres y los condados próximos. Se decía que la Gran Comunidad conspiraba para organizar una rebelión, para provocar grandes cambios con los que los nobles señores serían derrocados y los «pobres gusanos de la Tierra», como la Comunidad denominaba a los campesinos, tendrían algún respiro de las incesantes exigencias de los recaudadores de impuestos del rey y de los grandes terratenientes. Pike, con su rostro enjuto y ceniciento, enrojecido por la cerveza, se lanzó de inmediato a los versos:

Cuando Adán sondeó y Eva se revolvió,
¿quién fue entonces el caballero?
Cuando Adán sondeó y Eva se revolvió,

¿dónde estuvo el orgullo del hombre?

Estas palabras provocaron rugidos de aprobación, hasta que los matones del tabernero apartaron a Pike del foso a empujones.

Maese Rolles ya tenía suficiente. Chasqueó los dedos al mozo de cuadra que estaba de pie a su lado, y el tipo se llevó un cuerno a los labios y emitió tres largos y fuertes toques que acallaron todo el clamor y el ruido.

—¿Por qué no podemos tener más canciones? —gritó alguien.

Maese Rolles miró a su congregación con ceño.

—¡No estamos aquí —gritó a su vez— para incitar a la rebelión! ¿Quién de los presentes quiere bailar en el aire en Smithfield, con una cuerda al cuello y el otro extremo atado a la rama de un olmo?

Sus palabras enfriaron los ánimos a la enfebrecida multitud. Todos sabían lo que insinuaba. El joven rey, Ricardo II, hijo del famoso Príncipe Negro, nieto del belicoso Eduardo III, se hallaba bajo la protección de su tío, el regente Juan de Gante. Hombre siniestro, al tanto de cuanto sucedía en el reino, de Gante contaba con una hueste de espías pululando por todo Londres; incluso en esta taberna podía haber hombres y mujeres dispuestos a vender un nombre o la vida de un hombre por una moneda de plata o cuatro miserables peniques.

—Que traigan las ratas —ordenó Rolles.

La multitud permaneció callada cuando la puerta que daba al establo se abrió de golpe y trajeron las grandes cajas. Las llevaron al borde del foso y levantaron las tapas, y el agujero encalado cobró vida al llenarse de ratas, negras, grises y pardas, algunas delgadas y con cicatrices, otras jóvenes y rollizas. Muchas trataron de escapar, correteando desesperadas por huir de la luz y el ruido.

Algunas de las más atrevidas se pusieron sobre las patas traseras y empezaron a lavarse, ajenas a su espantoso destino. Todos se agolparon alrededor del foso, algunos subidos a las mesas o encaramados a los grandes pilares que sustentaban el techo, ansiosos por vislumbrar lo que ocurriría a continuación.

Flaxwith fue el primero en acercarse; quitó el bozal al mastín *Satan* y soltó el perro en el foso. *Satan*, hambriento y feroz, inició una espantosa carnicería entre las ratas cuando maese Rolles volvía el reloj de arena, mientras su ayudante, el que tocaba el cuerno, contaba lentamente en voz baja. *Satan* tardó noventa segundos en reducir el enjambre de ratas a una

masa de cuerpos ensangrentados. Le siguió *Samson*. Trajeron nuevas ratas, y el aire pronto se impregnó del hedor de sus cadáveres y del desagradable olor a sangre. *Samson* fue más rápido y mortal, y cumplió su tarea cuando el encargado del cuerno había llegado a ochenta y cinco. La multitud de la taberna contemplaba el espectáculo con el aliento contenido; ahora le tocaba el turno al cazador de ratas.

Soltaron al hurón *Bonito* en el foso para que se reuniera con una nueva horda de ratas, y la decepción de Ranulfo fue evidente cuando el encargado del cuerno contó noventa y cinco en el momento en que *Bonito* terminó su sangriento trabajo. Los que habían apostado por el cazador de ratas gruñeron y murmuraron por lo bajo. Todo dependía de *Precioso*. Trajeron más ratas. Soltaron a *Precioso* y el chillido de la bestia y el ruido de patas corriendo hendió el aire. *Precioso* era un maestro matando, un verdadero carnicero, perteneciente a la carnada del gran *Feroz*, elpreciado hurón de Ranulfo. Completó su masacre antes de que el encargado del cuerno hubiera llegado siquiera a ochenta. Hubo un instante de silencio; luego, maese Rolles se puso en pie como si fuera un Portavoz de los Comunes en la iglesia de San Esteban.

—¡Maese Ranulfo ha ganado!

Su proclamación fue acogida con gritos de alegría y aflicción. Algunos de los que habían apostado por los mastines procuraron marcharse furtivamente, pero las ventanas estaban selladas y los matones del tabernero protegían las puertas. No se permitió salir a nadie al patio hasta que todas las deudas estuvieron saldadas.

Maese Rolles se volvió en su gran silla y miró en torno a la taberna. Finalizada la competición, los parroquianos regresaron a las mesas, pidiendo a gritos bebida y comida. Se había soltado un monito; un galgo lo había perseguido y ahora el asustado animal se cobijaba entre las vigas del techo, dirigiendo un ruidoso parloteo a su perseguidor. El tabernero no temía una redada por parte de los agentes de policía; en realidad, maese Rolles les había pagado bien para que miraran en otra dirección. Sólo quería asegurarse de que todo estaba en orden. Ahora los numerosos seguidores de Ranulfo, el cazador de ratas, le ofrecían jarras y más jarras de cerveza, y esto aliviaba al tabernero. La noche transcurriría sin incidentes. Vislumbró a Beatriz y a Clarice; las dos hermanas prostitutas parecían felices. Rolles sólo esperaba que su amigo el Misericordia no se hubiera involucrado en ninguna fechoría y tuviera que huir. Con aire distraído cogió la copa de vino

que un mozo le trajo y dio unos sorbos. Los Caballeros estaban allí, ¿y el Judas? Rolles se repantigó en la silla. ¡Ah, sí, pensó, el Judas!

* * *

En una pequeña cámara, dos pisos más arriba de la taberna, el Judas estaba sentado esperando recibir órdenes. Era de estatura mediana, cejijunto, tenía el pelo muy corto y erizado, ojos movedizos en un rostro enjuto picado de viruelas. Muchos le describirían como despiadado, un hombre poco misericordioso, pero al Judas no le importaba. Hacía muchos años que había pisado la iglesia y mascullado sus pecados agazapado en el confesionario. Algunos murmuraban que procedía de Dorset, que era un granjero cuya familia había sido masacrada por los franceses cuando habían hecho incursiones en las aldeas de la costa sur. Decían que estos sangrientos actos le habían trastocado, matando su alma, y por eso se había convertido en cazador de hombres.

El Judas aguardaba, sus calzas verdes metidas en las botas negras, aún con las espuelas puestas, el justillo de cuero marrón desabrochado revelando una camisa blanca limpia y al cuello una cadena de plata con un anillo de oro, que supuestamente había pertenecido a su esposa muerta. Su capa, cinturón de guerra y pequeña ballesta estaban sobre la cama baja. Se hallaban a su fácil alcance, mientras el Judas se distraía, sentado en un taburete de tres patas, soplando con suavidad en una flauta metálica una pieza de baile, más adecuada para una danza del Primero de Mayo que para aquella sombría cámara que había alquilado. Bajó la flauta; no conocía el nombre ni la identidad de quien le había contratado. Se había limitado a seguir las instrucciones; ahora tenía que esperar. Por el clamor que venía de abajo suponía que la caza de ratas había terminado. Ahora resonaba a través del techo el sonido de una gaita.

El Judas cogió su copa de vino y bebió un trago despacio. Quería permanecer calmado, pero deseaba que llegara por fin el extraño. Se sentía atrapado en Londres. No le gustaban sus callejuelas estrechas, sinuosas y hediondas. Prefería trabajar en los condados, atrapar a los forajidos y a los perseguidos, los que habían sido proclamados *utlegatum*: fuera de la ley. Los cazaba y llevaba a rastras, atados a la cola de su caballo, a alguna plaza de mercado ante el Ayuntamiento. Entregaba los prisioneros a los agentes

del sheriff y reclamaba la recompensa. Lo que les ocurría a sus cautivos después no era asunto suyo. Ahora había sido contratado por un extraño misterioso, que le había dado un generoso anticipo en buenas monedas, con la promesa de entregarle más una vez hubiera capturado al Misericordia. El Judas lo sabía todo sobre el Misericordia, un hábil ladrón, el más astuto de los hombres. Corría el rumor de que había sido sacerdote; habían olvidado su verdadero nombre. Le llamaban el Misericordia por la pequeña daga, metida en una funda de terciopelo, que llevaba colgada al cuello. La misericordia era la daga utilizada por los arqueros para rematar a un enemigo herido. El Misericordia la utilizaba para cortar bolsas y abrir cerraduras. También era un infame estafador, un hombre que podía vender tierra y afirmar que era oro. No era de extrañar que se le buscara vivo o muerto en numerosas ciudades y condados de las proximidades de Londres.

El Judas se hallaba en Coggeshall, Essex, cuando recibió la carta, escrita con letra de escribano, junto con una generosa bolsa de monedas. Las instrucciones eran sencillas. Tenía que estar en Londres la víspera de San Wulfnoth y alojarse en La Noche en Jerusalén de Southwark. Una vez hubo llegado, el Judas se dio cuenta de que un estafador como el Misericordia probaría su suerte la noche de la Gran Caza de Ratas. No obstante, tenía que esperar la señal. Se puso en pie y cruzó la habitación, mirando por la estrecha ventana. Contempló el patio del establo de la taberna; aquí y allí una antorcha, atada a un poste, arrojaba un haz de luz en el que revoloteaban las sombras. El Judas no iluminó su cámara. Al subir la escalera había visto lo lujoso que era el resto de la taberna, pero maese Rolles había sido muy concreto. Ésta era la cámara que había sido alquilada, así que ésta era la cámara que le había sido asignada. De pronto se oyeron ruidos en la puerta. El Judas se apresuró a ajustarse su cinturón de guerra y cruzó la estancia con sigilo mientras volvía a oír ruidos en la puerta.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

De nuevo hubo ruidos en la puerta. El Judas apretó la oreja a la madera pero no oyó nada. Corrió el cerrojo de arriba y el de abajo, abrió y miró fuera. No vio nada, salvo una linterna encendida en el alféizar de la ventana que había en lo alto de la escalera. El viento hizo traquetear un postigo, las tablas del suelo crujían; el Judas bajó la mirada y vio la bolsa de cuero. La recogió y entró de nuevo en la cámara. La bolsa contenía un pedazo de pergamino con el texto «El Misericordia está abajo» garabateado y una

bolsita de monedas de plata. El Judas las contó con atención. Eran diez libras esterlinas buenas, recién acuñadas. Se metió la bolsa con cuidado en el justillo y terminó sus preparativos.

Había abandonado su cámara y se hallaba en mitad de las escaleras cuando un grupo, abajo, le hizo detenerse. Eran cuatro caballeros vestidos de Hospitalarios, con la capa blanca y negra y el emblema del halcón dorado cosido en el hombro izquierdo; a su lado iba un quinto hombre vestido de monje benedictino. Se disponían a subir la escalera hacia las suntuosas cámaras de la Galería de Roble, que discurría a lo largo de la fachada, la parte posterior y un lado de la taberna. Eran habitaciones lujosas con camas de plumón, alfombras turcas en el suelo y exquisitas colgaduras y tapices adornando las paredes. Uno de los caballeros miró escaleras arriba y reconoció de inmediato al Judas.

—¡Por la Cruz —jadeó— y el velo de santa Verónica!

El Judas bajó el resto de la escalera y fue saludado por los caballeros, que le estrecharon la mano. Les conocía a todos: sir Maurice Clinton, sir Thomas Davenport, sir Reginald Branson y sir Laurence Broomhill. Le preguntaron lo mismo que él les preguntó.

—¿Qué hacéis aquí?

—Es nuestro aniversario. —El benedictino de rostro bien afeitado se adelantó, echándose atrás la capucha de su hábito—. Soy fray Malaquías —sonrió—. Su capellán.

El Judas le cogió la mano, aunque recordaba que estos ilustres caballeros, todos ellos grandes terratenientes del condado de Kent, estaban acostumbrados a citarse en Londres cada año para celebrar que una vez zarparon de su puerto para combatir bajo la insignia de lord Pedro de Chipre, el Gran Cruzado que había tomado la ciudad de Alejandría casi veinte años atrás.

—¡Claro! —exclamó el Judas—. Sois los Halconeros.

—Ése es el estandarte bajo el que luchamos —dijo sir Maurice, el cabecilla del grupo. Era un hombre alto, de rostro severo y afilado, el pelo gris oscuro peinado con raya en medio—. Y nos alojamos en esta taberna antes de partir. Pero ¿qué hacéis vos aquí?

—Negocios —murmuró el Judas, mirando con ansia detrás de los caballeros el haz de luz que se colaba por el hueco de la puerta que daba a la taberna. Se apartó. Los caballeros al parecer habían disfrutado con la caza de ratas y bebido mucho. El padre Malaquías sostenía a sir Thomas

Davenport, que se balanceaba hacia delante y hacia atrás. El Judas se despidió de los caballeros. Oyó sus carcajadas detrás de él e intentó recordar lo que sabía de ellos. ¡Ah, sí! Los cinco nobles Halconeros, todos ellos hombres de Kent; el sexto, el monje, también había sido soldado hasta que tomó los hábitos. ¿No había cierto misterio en torno a ellos? ¿Y dónde estaba el quinto? El Judas dejó para después estas preguntas y entró en la taberna.

Los clientes estaban sentados a las mesas redondas. Pinches de cocina y sucias mujeres se abrían paso con jarras de cerveza. El gran fuego empezaba a extinguirse, las velas se apagaban, los cuencos con aceite se estaban secando. El Judas se apresuró a hacerse a un lado cuando un muchacho que empujaba un carrito se llevó las ratas muertas del foso, que ahora estaba siendo lavado con cubos de agua hirviendo. Un mar de rostros saludó al Judas, algunos desfigurados, otros bonitos. Una prostituta se acercó a él; el Judas la apartó mientras recorría la taberna como un gato, buscando atentamente a su presa. Los parroquianos se daban empujones unos a otros, los buhoneros y gitanos trataban de vender baratijas. Le invitaban a sentarse a participar en juegos de azar, mientras una bella moza le preguntaba qué quería beber. El Judas hacía caso omiso de todos, dirigiendo la mirada de un rostro a otro. Buscaba un hombre de altura media, bajo una mata de pelo rojo enmarañado y con una daga misericordia colgada al cuello. Al fin le encontró, arrellanado cerca de la puerta, tirando los dados con otros dos. No había forma de confundir la vaina plateada ni aquella greña pelirroja, aunque el pálido rostro y la escuálida barba y bigote no entraban en la descripción. Pero la daga misericordia era inconfundible. El Judas se abrió paso, sentó una mano sobre el hombro de su víctima y le dio un apretón. El hombre levantó la mirada.

—Tenéis que venir conmigo —le susurró el Judas al oído—. Señor, estáis arrestado.

Sus palabras produjeron un efecto inmediato. Los otros dos jugadores se pusieron en pie de un salto y sacaron los cuchillos mientras el pelirrojo se deshacía con un gesto de la mano del Judas y, rápido como el látigo, apartaba de una patada el taburete en el que había estado sentado. Luego él también se puso en pie, sacando el cuchillo del ajado cinturón. El estrépito de taburetes, junto con los gritos y maldiciones, causaron al instante un silencio general en la taberna. Los matones de maese Rolles se acercaron pesadamente, cuando el Judas desenfundó su propia espada y daga.

—Guardad vuestras armas —gritó uno de los matones—. Llamaré al Guardia.

—No lo hagáis. —El Judas meneó la cabeza—. Tengo a la ley de mi parte. Traigo un encargo, órdenes selladas de los sheriffs de Essex y Kent así como de los de Londres. Tengo poder para entregar criminales, y este hombre —el Judas señaló con su espada al pelirrojo— está arrestado.

Los matones retrocedieron un paso, haciendo gestos para que todo el mundo permaneciera al margen de aquel enfrentamiento. Los dos compañeros del pelirrojo también desaparecieron entre la multitud, dejando a su camarada, bien servido de alcohol, tambaleándose y con el cuchillo fuera.

—Yo... yo... no sé —balbuceó— la razón... —Se aclaró la garganta—. Sólo he robado cosas insignificantes.

Mientras el hombre hablaba el Judas observó que tenía los dientes ennegrecidos y las encías inflamadas. Miró con más atención, con un asomo de duda. Aquel hombre parecía no estar bien; tenía el rostro picado de viruelas, los ojos enrojecidos... ¿era el Misericordia? ¿Aquel hombre sutil y astuto? Bajó la espada, con los ojos fijos en aquella hoja plateada.

—¿Sois el que se conoce con el nombre de Misericordia? —preguntó.

El pelirrojo negó con la cabeza.

—Estáis arrestado —dijo el Judas con suavidad, dando un paso al frente.

El hombre sintió pánico, y en la boca del estómago se le mezclaba ya la cerveza, amarga y espesa, con el miedo. Se abalanzó hacia delante, borracho, con el cuchillo apuntando en dirección a la cara de su oponente, pero el Judas se apartó y adelantó su espada, clavándola profundamente en el estómago del hombre...

* * *

Las dos prostitutas, Beatrice y Clarice, habían salido de la taberna poco antes de que apareciera el Judas. Oyeron el primer clamor y gritos pero tenían otras cosas que hacer. Beatrice y Clarice eran hermanas y trabajaban en uno de los más lujosos burdeles del barrio de los prostíbulos cerca de la taberna del Obispo de Winchester. Se habían ganado la fama por su belleza y habilidad, y les habían hecho llegar una invitación especial para asistir a la Gran Caza de Ratas. Habían llegado con sus más espléndidas galas,

vestidos de zangaleta rojo sobre faldas blancas como la leche, medias de pura lana y botas de cuero hasta el tobillo con hebillas de plata. Se habían peinado con esmero el cabello rubio y engalanado con joyas el cuello, las muñecas y los dedos. Se habían bañado concienzudamente, untado con aceite perfumado y pintado con delicadeza el rostro. Eran gemelas, hijas de la famosa Ginebra la Dorada, una de las más prestigiosas cortesanas de Southwark hasta que desapareció misteriosamente unos veinte años atrás. Las había criado la madre Veritable, dueña de un prostíbulo de gran nombradía al sur del río. Les habían enseñado a leer y escribir, y todas las demás habilidades que una cortesana debía adquirir. Dominaban el rabel y el laúd y sabían cantar las canciones más dulces; entendían asimismo el francés normando. Aquella noche les habían reservado un lugar de honor y, una vez finalizada la Gran Caza de Ratas, les habían dicho que fueran al granero que se hallaba en el otro lado del patio del establo. Beatrice y Clarice habían bebido una gran cantidad de los más frescos y dulces vinos del Rin. Maese Rolles había insistido mucho.

—He dado órdenes —les murmuró— de que cuiden bien de vosotras. Cuando la Caza de Ratas termine, tendréis un cliente —hizo un guiño con lascivia— en el granero.

—¿Y adónde iremos? —preguntó Beatrice con inocencia.

—No lo sé. —El tabernero había hundido unas monedas de plata en el cuenco de sus manos—. Quizás al palacio de un obispo, o a las cámaras con colgaduras de seda de algún terrateniente.

Las dos hermanas ahora iban cogidas de la mano, riendo, mientras cruzaban el patio. Abrieron la puerta y entraron. Una linterna encendida, la tapa cerrada, pendía sobre un barril, lejos de la paja y el heno. Clarice deseaba que la cinta que rodeaba el velo que le cubría la cabeza no le apretara tanto.

—¿Ha sido eso una pelea? —preguntó Beatrice, sentándose al lado de su hermana.

—No lo sé —respondió la otra con lengua de trapo—. Tengo mucho sueño.

—Me pregunto quién será. —Beatrice se tumbó y fijó la mirada en las vigas del techo. Se puso tensa cuando oyó un ruido fuera, unas pisadas ligeras. Entonces se abrió la puerta y entró una figura que parecía ser la de un monje. La túnica marrón cubría al recién llegado del cuello a los pies y su rostro quedaba oculto bajo una profunda capucha.

Beatrice se puso en pie y se balanceó. Esperaba que no se le hubiera corrido la pintura de la cara ni el carmín de los labios. Oyó el tintinear de monedas y se volvió para ayudar a su hermana a levantarse. En aquel momento un ruido como un zumbido de alas rasgó el aire y Clarice cayó cuando la flecha de la ballesta se le clavó de lleno en el pecho, justo bajo el cuello. Beatrice se volvió abriendo la boca para lanzar un grito. El extraño se precipitó hacia ella con un cuchillo en la mano, que clavó profundamente en el estómago de la joven cortesana, apretando la cabeza de ésta contra la túnica marrón para apagar sus gritos.

Capítulo II

Hoc est corpus meum. Éste es mi cuerpo.

Athelstan pronunció las palabras de la consagración sobre la hostia y luego hizo una genuflexión. Detrás de él el consejo parroquial, muy desmejorado por la juerga de la noche anterior, tosía y escupía arrodillado delante de la reja que separaba la nave del coro. El sacerdote miró por encima del hombro. Crim el monaguillo, medio dormido, de pronto despertó e hizo sonar la campanilla.

—Y tomando el cáliz entre sus manos... —Athelstan prosiguió con la misa, tratando de concentrarse en el misterio de Dios que se hizo hombre y que ahora se hacía presente en forma de pan y vino. Más allá de la reja oía al padre Malaquías, que celebraba la Eucaristía en la capilla Chantry, poner fin a su misa. Athelstan se volvió y alzó el cáliz con la hostia sagrada.

—Éste es el cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.

El párroco de San Erconwaldo siempre traducía del latín en beneficio de sus feligreses, pero esta mañana perdía el tiempo. Todos parecían estar en el limbo. Watkin, el que recogía el estiércol, en realidad babeaba, con la cabeza apoyada en el hombro de Pike el acequero. Imelda, la esposa de rostro amargado de Pike, fingía rezar, pero la cabeza se le caía hacia delante y hacia atrás. Úrsula la porquera, que insistía en llevar su gorda marrana al santuario, roncaba sonoramente. Aquella preciosa cerda, que Athelstan en secreto había jurado matar por el daño que causaba en su huerto, parecía tan embrutecida como su propietaria. El resto se hallaban allí en toda su dudosa gloria, Ranulfo el cazador de ratas con su cesta de mimbre en el suelo, a su lado. Cuando Athelstan descendió del altar para dar la Comunión, los dos hurones chillaron e intentaron abrir la tapa de la cesta.

—Creo que deberíais despertar. —La voz de Athelstan atronó en el santuario. Sus feligreses se despertaron de golpe, obligándose a poner expresión de falsa piedad, juntando las manos mientras el párroco proseguía con la Eucaristía.

Athelstan sintió alivio cuando finalizó la misa. Se retiró a la sacristía, donde se quitó las sagradas prendas, la casulla y la estola, y las guardó en el arca de roble. Crim entró tambaleándose con las vinagreras que contenían los restos del agua y el vino.

—¡Que Dios te bendiga, Crim!

El monaguillo parpadeó; tenía los ojos enrojecidos.

—No es culpa mía, padre —espetó el muchacho—. Les recordé que hoy era día de consejo parroquial, pero Ranulfo...

—Sí, sí —le interrumpió Athelstan—, lo sé todo acerca de la gran victoria. —Dio unos leves golpecitos al muchacho en la cabeza—. ¿Y anoche bebiste cerveza?

El muchacho asintió.

—Así que no robarás vino de misa, ¿eh?

—Yo nunca...

—Cállate. —Athelstan apretó un dedo en los labios del muchacho—. Los ángeles te oirán mentir si no. Ahora retira las cosas del altar mientras yo... —Athelstan se arrodilló y se apretó la correa de la sandalia—. Esperaré un poco mientras mi consejo parroquial se despierta.

Athelstan salió por la puerta lateral. Una fina escarcha aún cubría de blanco la hierba y la aulaga, los retorcidos tejos del cementerio; incluso las ajadas cruces de madera tenían una capa plateada. Athelstan siguió el estrecho sendero de piedras que conducía a la pequeña casa de los muertos. Fuera de ésta, el macho cabrío, *Tadeo*, pacía con aire triste. El animal levantó la cabeza cuando Athelstan se acercó, rumiando tan lúgubrementemente que el sacerdote no pudo por menos que reírse. El macho cabrío se acercó trotando, hociendo la mano de Athelstan.

—Mercenario —susurró Athelstan—. Pero hoy no tengo manzanas para ti.

—Adelante, padre.

Athelstan se detuvo y entró en la oscuridad. Godbless, el mendigo, estaba acucillado en el suelo intentando avivar el fuego que había encendido en el improvisado hogar. Athelstan se unió a sus esfuerzos, echando ramitas secas y carbón desmenuzado a las llamas; luego le ayudó a preparar una parrilla, en la que colocó los grasientos trozos de tocino que había dado a Godbless la noche anterior. El mendigo no dejaba de susurrar:

—Que Dios os bendiga, que Dios os bendiga.

—¿Esta mañana no has ido a misa? —inquirió Athelstan.

—Que Dios os bendiga, padre, estuve en la Gran Caza de Ratat.

Godbless sopló una vez más en las llamas y se arrodilló, observando el tocino chisporrotear encima de la parrilla.

—¿Bebiste demasiado?

—Que Dios os bendiga, padre, lo hice, pero anoche hubo una matanza.

—¿Una matanza?

En la Gran Caza de Ratas, padre. Apuñalaron a un hombre. Pero ahora tengo hambre.

Athelstan se despidió del mendigo y marchó a su casa. El fuego de la chimenea estaba encendido. Miró alrededor; todo se hallaba en orden. Rompería su ayuno después de la reunión. Sus pies pisaron una pluma. Retrocedió unos pasos y vio una paloma malherida. *Buenaventura* debía de haberla traído.

—Por lo que estamos a punto de recibir...

Athelstan recogió el animal y lo sacó al patio. Del gran gato de un solo ojo no había señales. Athelstan percibió el olor del cerdo que se asaba, cocinado por Godbless, y supo adonde había ido. Entró en el establo construido en uno de los flancos de la casa. *Philomel*, el viejo caballo de guerra, masticaba lentamente su avena y levantó la cabeza cuando le oyó entrar. El dominico esbozó una bendición en el aire y salió; a continuación fue hasta la escalinata delantera y entró en la iglesia.

Sus invitados, los Halconeros, se agolpaban en torno al padre Malaquías, quien saludó calurosamente a Athelstan y le presentó a sus compañeros: sir Maurice Clinton, sir Thomas Davenport, sir Reginald Branson, sir Lawrence Broomhill y sir Stephen Chandler. Athelstan les conocía y les dio la bienvenida a Southwark en su visita anual.

—Os doy las gracias por prestarme vuestra iglesia. —El rostro como de querubín del benedictino esbozó una sonrisa. Señaló en la nave las pantallas de madera; Crispin el carpintero las había erigido junto a la pared del crucero para formar una capillita con un altar bajo la ventana y una estatua de san Erconwaldo sobre un plinto improvisado en una de sus esquinas. El benedictino felicitó a Athelstan por los adornos tallados en la pantalla de madera, así como por la bella estatua esculpida del santo patrón de la iglesia. Athelstan asintió complacido. Había coincidido con fray Malaquías en ocasiones anteriores y le adulaba y sorprendía el interés del benedictino por aquella vieja y desvencijada iglesia.

—Habéis hecho maravillas. —Sir Maurice Clinton, el cabecilla del grupo, señaló las vivas pinturas murales que ofrecían escenas de la Biblia.

—Reconozco a algunos de vuestros feligreses. —Sir Stephen Chandler, de baja estatura y gordo, se secó la frente con el borde de su capa.

—Sí, sí. —Athelstan miró a sus feligreses, congregados un poco más allá, en la nave. Se preguntó sobre qué discutían tan acaloradamente—. Claro que —añadió con aire distraído— me gustaría que Huddle, nuestro pintor, no empleara a sus compañeros feligreses como modelos para sus escenas.

—No sé —dijo sir Thomas Davenport—, Cecilia, la cortesana, resulta una encantadora María Magdalena.

—Estaba pensando —replicó Athelstan— en la esposa de Pike el acequero, representada en el papel de Jezabel.

Su comentario provocó carcajadas y los caballeros se alejaron para contemplar el mural cercano a la pila bautismal. Fray Malaquías se dispuso a explicar la escena con detalle. Athelstan se apretó el cordón que llevaba atado a la cintura, pasando el dedo por los tres nudos que simbolizaban sus votos de obediencia, pobreza y castidad. Examinó al grupo de caballeros con atención. Sir Maurice era alto, delgado y de rostro severo, sir Stephen redondo y colorado como una manzana madura; el resto parecían hermanos, vestidos como iban con capa blanca y negra, y el emblema del halcón dorado bordado en el hombro. Calculó que la mayoría de ellos habían visto su quincuagésimo verano. Caminaban como los guerreros que eran: hombres que habían luchado en ultramar, soldados fuertes y musculosos, con el cuerpo endurecido, el rostro moreno por años de servicio militar bajo el sol abrasador del Mediterráneo.

Athelstan conocía poco su historia. Eran caballeros de Kent, terratenientes que, unos veinte años atrás, se habían reunido en Southwark para sumarse a la gran expedición de Pedro de Chipre contra los turcos en el norte de África. Habían servido bajo el estandarte del Halcón Dorado y cada año se reencontraban en la taberna, La Noche en Jerusalén, para celebrar sus logros y hablar de los viejos tiempos. Fray Malaquías era su capellán: El benedictino había prestado sus servicios en el ejército cruzado, incluso había participado en la lucha, y después regresó a Inglaterra y se instaló en un pequeño monasterio en las afueras de Aylesford. Cada año repetían el mismo ritual: se reunían para celebrar la misa en San Erconwaldo, luego regresaban a su taberna para proseguir las celebraciones. Athelstan apenas pensaba en ellos; sin embargo, ¿no les rodeaba cierto halo de misterio? ¿No le había hablado sir John Cranston de un gran robo, cierto escándalo, antes de que la flota de los cruzados partiera por el Támesis? Athelstan sintió un escalofrío. Cada vez que pensaba en sir John Cranston,

éste siempre aparecía. Athelstan rezaba en silencio para que el corpulento forense de la ciudad de Londres no necesitara sus servicios. Lo último que deseaba en aquel momento era verse sacado a rastras de su parroquia para investigar algún espantoso asesinato. Pero ¿Godbless no había mencionado algo acerca de un asesinato durante la Gran Caza de Ratas?

—Fray Athelstan —sir Maurice apartó la atención de los caballeros puesta en la pintura— una vez más nos ha permitido amablemente utilizar su iglesia para la misa y nuestras devociones.

Se volvió al benedictino.

—¡Bueno —gritó—, dádsele!

Malaquías sacó la mano de la voluminosa manga de su hábito y le entregó una cajita forrada de terciopelo. Athelstan abrió el cierre plateado, empujó la tapa hacia atrás y sacó con cuidado el anillo de oro, muy similar al que emplearía un hombre para jurar su fidelidad. Por lo delgado del oro podía decirse que el anillo era antiguo.

—¿Os gusta? —preguntó sir Stephen, su rollizo rostro perlado de sudor.

—Por supuesto.

—Pertenece a san Erconwaldo —explicó Malaquías—. Era su anillo episcopal. Se lo compré a un mercader de Canterbury. Lo hice comprobar y es auténtico. En el interior hay señales que así lo atestiguan.

Athelstan levantó el anillo para mirarlo contra la luz; lo examinó con atención, y vio las pequeñas cruces célticas grabadas en su interior. Volvió a guardar el anillo, cerró la caja y se la metió en la bolsa que le colgaba del cordón. Estaba en mitad de su discurso de agradecimiento cuando la puerta se abrió de golpe. Por un momento Athelstan pensó que era Cranston, pero era Benedicta, la viuda, que se deslizó en la iglesia y se disculpó con prodigalidad por empujar la puerta con tanta violencia.

—Lo siento, padre.

Athelstan le sonrió; incluso los caballeros se olvidaron de lo que éste estaba diciendo al ver a la hermosa mujer, su pálido rostro enmarcado por un cabello negro como la medianoche.

—Lo siento, padre —respondió—, pero creía que llegaba tarde a la reunión.

Athelstan le estrechó la mano y dio las gracias a los caballeros por su regalo, diciendo que él y su consejo parroquial tendrían que reflexionar sobre dónde habría que guardarlo. No se atrevió a mencionar que la

mayoría de sus feligreses, a la menor oportunidad, fuera reliquia santa o no, robarían el anillo y lo venderían en los mercados de la otra orilla del río.

Una vez fray Malaquías y los caballeros se hubieron marchado, Benedicta empezó a explicar por qué llegaba tarde, pero fue interrumpida por Watkin, el que recogía estiércol, cabecilla del consejo, que entró en la iglesia a zancadas. Athelstan llamó de inmediato al orden a la asamblea. Pike el acequero sacó del santuario los taburetes y la silla del sacerdote. Athelstan hizo la señal de la cruz y la reunión empezó. Mugwort el campanero se sentó a su pequeño escritorio sacado del campanario, con la pluma lista para anotar lo que se decidiera. Athelstan les mostró el anillo, que fue saludado con exclamaciones. El dominico se desesperó al advertir la codicia en algunos ojos y el gesto de sus dedos.

—Tenemos que decidir —declaró— dónde guardar esta preciosa reliquia.

—¿Y? —preguntó Úrsula, la porquera.

—Todo altar —empezó a decir Athelstan, dando una patada a la marrana que se acercó a oliscar sus sandalias. Benedicta ocultó una sonrisa tras la mano—. Todo altar —repitió— tiene una reliquia. Se la puede sacar y volver a poner y cubrir de cemento. Atesoraremos allí el anillo. Mandaré hacer una imitación para mostrar a los visitantes.

El rostro oliváceo de Athelstan se ensombreció. Se levantó de la silla.

—Sería un sacrilegio espantoso robar este anillo. Negaría la absolución a quien lo robara.

La mayor parte de los consejeros de la parroquia bajaron la mirada.

—Bueno —Athelstan decidió pasar enseguida a otros asuntos—, Ranulfo, creo que hay que felicitarte; tus hurones resultaron vencedores en el juego. Aunque me parece ésta una manera espantosa de morir para cualquier criatura de Dios.

—He visto ratas atacar a niños de pecho en una casa cerca de Mary St. Bethlehem —replicó Ranulfo—. Cuatro de ellas chuparon la sangre a...

—Sí, sí —coincidió Athelstan—, pero a tus hurones les fue bien.

—¿Pueden ser bautizados? —preguntó Ranulfo.

—El padre ya te lo ha dicho —intervino Imelda—. No se pueden bautizar animales.

—El cerdo de Úrsula bebió agua bendita —señaló Watkin.

—No habrá bautismo de animales —declaró Athelstan—, pero os prometo que en la fiesta de San Francisco... —Athelstan no podía

detenerse, aunque recordaba la confusión de la última vez, cuando uno de los hurones de Ranulfo había atacado a la marrana de Úrsula y ésta se puso a dar vueltas por la iglesia lanzando chillidos. Esperaba que Ranulfo tuviera la cesta bien atada; los hurones habían olido a la cerda y se estaban poniendo nerviosos.

—¿Sí, padre? —preguntó Pernel.

—En la fiesta de San Francisco bendeciré a todos los animales. Ahora, pasemos a otro asunto.

Mugwort cogió su pluma, la hundió con gesto ceremonioso en el tintero mientras Athelstan dirigía los diversos asuntos ante el consejo parroquial. Estaba la limpieza del cementerio, había que cavar una zanja, Huddle quería pintar una nueva escena de la vida de san Juan Bautista que provocó una acalorada discusión sobre si el santo fue crucificado o si le cortaron la cabeza. Athelstan sospechaba que esto era un aviso de lo que se avecinaba. Cecilia la cortesana, con un vestido azul claro, estaba sentada al lado de Benedicta, sonriendo con coquetería a Pike mientras hacía gestos obscenos con los dedos a la esposa del acequero. Athelstan se apresuró. Estaba el asunto de las cervezas de la iglesia, la exacción de diezmos, la posibilidad de un pequeño mercado en el cementerio y las plantas de la iglesia para Adviento.

—Ahora —Athelstan cerró los ojos y ofreció una plegaria silenciosa—, estamos aquí para hablar de nuestra representación de Navidad, el nacimiento de Cristo.

Se interrumpió para tomar aliento.

—Crispin —señaló al carpintero—, hemos decidido que tú serás José, Watkin, tú puedes ser Herodes... —Asignó los papeles; incluso incluyeron al gato *Buenaventura*. *Philomel* sería el burro, mientras que Athelstan de mala gana accedió a que la marrana de Úrsula fuera el buey.

—Bien —dijo Watkin—, ¿quién será la Virgen María? Yo creo que debería ser Benedicta.

—Yo también —coincidió Imelda, mirando a Cecilia, quien sacó pecho y se irguió en el taburete en el que estaba sentada.

—Yo no estoy de acuerdo —replicó Pike el acequero, siempre dispuesto a oponerse a Watkin.

—Nosotros creemos que debería ser Cecilia —declaró Ranulfo.

Se desató una amarga guerra de palabras. Imelda, el rostro contraído por la ira, batiendo el aire con los puños, habría atacado a Cecilia si Athelstan

no hubiera intervenido. El dominico dejó proseguir la disputa, esperando que su furia contenida pronto se agotara. Pero lo que hizo fue empeorar, de modo que tuvo que hacer seña a Mauger de que hiciera sonar la campanilla. No bien se hubo impuesto el silencio, con los miembros del consejo de la parroquia mirándose ceñudos unos a otros, cuando se oyó un gran alboroto fuera, gritos de «¡Perseguidle! ¡Perseguidle!», seguidos por el ruido de pies que corrían. La puerta de la iglesia se abrió de golpe, y un hombre, con la capa sobre un brazo y un palo en la otra mano, corrió esquivando los taburetes nave arriba hasta entrar en el santuario. Le seguía un hombre vestido de cuero negro, las espuelas tintineándole en las botas, una espada en la mano, una ballesta en la otra. Athelstan se puso en pie con rapidez al darse cuenta de lo que había ocurrido.

—No deis un paso más —ordenó.

El hombre que llevaba la ballesta se paró, con las manos bajadas, respirando con dificultad.

—Es el Judas —gritó Pike—. Anoche estaba en la Gran Caza de Ratas.

—También es agente de la ley.

Bladdersniff el alguacil entró en la iglesia, sin aliento, apoyado en su báculo, goteándole agua de los ojos, la nariz, los ojos y la boca.

—Trae recado del rey, persigue a un villano.

—Exijo —dijo el Judas en tono áspero— que me sea entregado el villano que se hace llamar el Misericordia.

Esta declaración fue recibida con gritos de burla por parte del consejo parroquial.

—Conocéis la ley —Athelstan se situó frente al Judas—, y vos también, Bladdersniff. Cualquier hombre que entre en la iglesia o acuda al altar puede solicitar refugio.

—Esto significa —replicó el Judas, señalando la iglesia— que el malhechor no puede abandonar esta iglesia durante cuarenta días, y cuando lo haga le arrestaré: ¡esto también es la ley!

Athelstan sintió repulsión por la malicia que vio en los ojos del Judas, por la violencia de sus palabras.

—Va contra la ley —Athelstan señaló la espada— llevar un arma desenvainada en la iglesia. Os pido, señor, que la guardéis y salgáis.

Athelstan insistió en que el Judas, el alguacil y todo el consejo de la parroquia se marcharan inmediatamente. Pike quiso protestar; Benedicta intervino y amablemente hizo salir al acequero y al resto al porche de la

iglesia. Athelstan les siguió. El Judas ya estaba en la entrada, ordenando a los matones que había traído consigo que se apostaran en todas las puertas de la iglesia. Athelstan ya había conocido a otros cazadores de recompensas como éste y sabía de su crueldad. La cabeza de un bandido podía valer quince libras esterlinas, unida a su cuerpo; cortada, el precio se reducía a cinco. El Judas, hábil en la caza y en invocar la ley, miraba con malevolencia a Athelstan, que estaba parado en el escalón de arriba. Ordenó a Bladdersniff que incluyera a algunos de los miembros del consejo parroquial en la cuadrilla armada que estaba formando.

—¿Qué queréis que haga, padre? —Benedicta se levantó la capucha de la capa.

—No os pongáis nerviosa, Benedicta. Os agradecería que sirvierais un plato de leche a *Buenaventura*. —Señaló la casa del sacerdote—. Ocupaos del fuego mientras yo me entero de lo que está ocurriendo.

Athelstan volvió a entrar en la iglesia y cerró la puerta tras de sí con un golpe. Recorrió la nave. Se distrajo con las gárgolas que le miraban desde lo alto de los pilares como si fueran heraldos de malas noticias. Sin embargo, suspiró Athelstan, el día parecía prometedor. Cruzó la reja entre la nave y el coro y entró en el santuario, hizo una genuflexión hacia la lámpara del sagrario y luego se dirigió hacia el Misericordia, que estaba sentado en el escalón de arriba, con una mano en el alto altar. Era un hombre alto y pelirrojo, el rostro pálido y bien afeitado, las orejas ligeramente puntiagudas y los ojos grises almendrados le daban una expresión de duende. Iba vestido con justillo y calzas a juego de color azul oscuro; sus botas eran de cuero español rojo oscuro. Llevaba un cuchillo metido en una de ellas y un cinturón de guerra colgado al hombro con un puñal. Del cuello, atado a un cordón negro, le colgaba un cuchillo misericordia de plata.

—Solicito... —empezó a decir el Misericordia.

—Cállate. —Athelstan acercó el taburete del monaguillo y se sentó, mirando fijamente al Misericordia—. Conozco la ley —prosiguió con calma—. Eres un fugitivo. Has solicitado refugio, puedes quedarte aquí cuarenta días. Te proporcionaré comida y bebida.

Señaló al otro lado del santuario, hacia la puerta de la sacristía.

—Allí fuera hay una letrina improvisada cerca de un tonel de agua. Puedes aliviarte allí, pero asegúrate de dejarlo limpio. Ah, por cierto —Athelstan extendió las manos—, me quedaré con tus armas, que, como sabes, deben mantenerse cerca del Altar de la Virgen.

Señaló a la izquierda. El Misericordia se limpió los dientes con la lengua mientras se secaba el sudor de la cara.

—Quédate aquí. —Athelstan salió de la iglesia por la puerta de difuntos. Benedicta seguía en la cocina, ocupada cepillando el suelo. *Buenaventura* se había tomado la leche y miraba fijamente el humeante caldero donde aún burbujeaba la avena recién cocida. Athelstan explicó que tenía prisa. Llenó un cuenco de madera de avena, añadió un poco de miel, cogió una cuchara de peltre de la despensa y una jarra de cerveza. Lo puso sobre una tabla de madera y se lo llevó a la iglesia.

El Misericordia comió y bebió, engullendo la comida, y sirviéndose de los dedos para rebañar el cuenco mientras apuraba la jarra de cerveza de un solo trago. Athelstan recogió las armas del fugitivo, incluida la daga misericordia, y las puso detrás del Altar de la Virgen.

—Muy bien, muy bien. —El Misericordia se secó los dedos en el justillo.

—Devolveré el cuenco y la cuchara. La jarra la puedes guardar, un tiempo.

—¿La habéis elaborado vos mismo?

—No, lo hizo Benedicta.

—Ah, sí, la viuda, con el pelo negro como el azabache y el rostro de un ángel. ¿La amáis, padre? Creía que erais sacerdote y fraile. —En los ojos verdes del Misericordia apareció un destello de malicia.

—Benedicta es una viuda honrada, su esposo se perdió en el mar. Ella elabora cerveza, me hace pan y, sin que yo se lo mande, me mantiene la casa limpia.

—Pero ¿no os calienta la cama?

Athelstan hizo ademán de levantarse con gesto amenazador. El Misericordia alzó ambas manos en señal de paz, solemne su rostro pálido y pícaro.

—*Pax et bonum*, paz y buena voluntad, padre. Sólo bromeaba.

El Misericordia escrutó al sacerdote. Cada vez que penetraba en una zona, ya fuera una aldea o uno de los distritos de Londres, siempre descubría la manera más rápida de salir, dónde podía esconderse, en quién podía confiar y qué hombres o mujeres ejercían el poder. Había aprendido mucho sobre este fraile delgado y de rostro oscuro, ojos conmovedores y actitud cauta. También había puesto grandes esperanzas en Ranulfo, el cazador de ratas, aunque ahora lamentaba haber ido a Southwark.

—¿Cómo os llamáis de verdad? —preguntó Athelstan.

—John Trávsa, ex escribano de la universidad de Oxford, trovador, poeta, cantante, acompañante de una dama...

—Y ladrón y fanfarrón —terminó Athelstan.

El Misericordia se encogió de hombros.

—Son tiempos duros, padre. Fuera de los condados, las cosechas son malas y lo que queda se lo llevan los recaudadores de impuestos. No hay trabajo para un hombre honrado. —Hizo una mueca—. Rectifico: ni siquiera para un hombre deshonesto.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó Athelstan.

—Bueno —el Misericordia se cruzó de brazos y se apoyó en el altar—, he sido vendedor de reliquias. ¿Queréis comprar un trozo de la Verdadera Cruz, una porción del pañal del Niño Jesús, unos pelos de la barba de José, un zapato de la Virgen María? —Se limpió los dientes con los dedos—. Puedo proporcionároslo. Incluso cogí una cabeza cortada de una de las picas del puente de Londres. La limpié, la sequé y conservé con especias y se la vendí a un mercader de Norwich como la cabeza de san Juan Bautista.

Athelstan se mantuvo impertérrito.

—¿Y por qué os persigue el Judas?

—Hay una recompensa de veinticinco libras por mi cabeza. Me ha estado siguiendo los pasos por todo Essex, Middlesex, a través del río y hasta Southwark. No entiendo por qué insiste tanto. Intenté irme de Southwark esta mañana, pero había espías suyos en el puente y en el muelle.

El Misericordia tiró de un hilo suelto de su justillo.

—No tenía más opción que huir.

—Pero ¿por qué? —Athelstan estaba intrigado.

—No sé —dijo el Misericordia con un suspiro—. Supongo que le ha contratado algún ciudadano particular. Alguien que busca venganza.

—¿Por qué razón? —preguntó Athelstan.

—¡No lo sé! He jugado sucio muchas veces. Tal vez sea por algo que hice en el pasado. Adopté el nombre de doctor Mirabilis y ofrecía un polvo que... —El Misericordia chasqueó la lengua—. Dejadme que lo exprese así, padre, yo decía que haría que un hombre se comportara como un semental en la cama, o sea que no se lo habría ofrecido a alguien como vos.

—Y, por supuesto —dijo Athelstan—, no hacía nada. ¿Qué decíais que era?

—Cuerno de unicornio triturado.

—¿Y en verdad qué era?

El Misericordia apretó los labios.

—Una mezcla de manzanilla y valeriana.

—Pero eso debía de producir el efecto contrario —dijo Athelstan—. Semejante mezcla hace la mente más lenta, relaja el cuerpo; no hay nada mejor para dormir.

—Lo sé, padre.

—¿Cómo la vendáis?

El Misericordia estaba a punto de responder cuando se abrió la puerta de la iglesia.

—Sir Jack Cranston —susurró Athelstan.

El Misericordia se deslizó de nuevo a las sombras. Athelstan permaneció sentado escuchando el resonar de aquellas duras y pesadas botas al pisar las losas del suelo de la nave.

Sir John Cranston, ex soldado, forense de la ciudad de Londres, padre de dos hijos gemelos a los que llamaba «encantos» y devoto esposo de lady Maud, penetró en el santuario como el viento del norte. Llevaba una gorra de piel de castor calada sobre su rebelde cabello gris, ocultos su corpulento cuerpo y gran panza por la capa militar subida hasta media cara, aunque no ocultaba aquel rizado bigote blanco, las mejillas surcadas de venas y los penetrantes ojos azules.

—Buenos días, padre Athelstan. —Atisbo en la oscuridad—. Ah, y buenos días a vos, maese Misericordia.

Cranston se desató la capa, estrechó la mano de Athelstan y avanzó amenazadoramente hacia el fugitivo, que ahora estaba agazapado junto al altar. Colocó un pie en el segundo escalón y se inclinó hacia delante.

—¡El Misericordia! También conocido como John Travia, también conocido como Walter Simple, también conocido como Edward Bowman, también conocido como Dios sabe qué. Se le busca vivo o muerto en los condados de Suffolk, Norfolk, Hertfordshire, Essex y Kent. Ah, esta vez te colgarán, amigo. —Cranston señaló hacia el otro extremo de la nave—. Conozco a ese Judas. ¿Apostaste por los hurones de Ranulfo? Bien, él es un hurón con forma humana. Te cazaré, aunque antes me ocuparé yo de ti. Anoche mataste a un hombre.

—No lo hice —gritó el Misericordia.

—¡Sí lo hiciste!

De pronto Cranston recordó dónde estaba y se quitó la gorra de piel de castor. Hizo apresuradamente la señal de la Cruz, una de las más rápidas que Athelstan jamás había visto, y luego buscó bajo su capa y sacó el odre de vino milagroso que parecía no vaciarse nunca, lo destapó y tomó un trago. Se lo ofreció a Athelstan, que declinó el ofrecimiento, aunque el Misericordia lo cogió con avidez y tomó un generoso trago. Cranston se lo arrebató de las manos.

—Bueno, mi querido amigo —dijo Cranston—. Anoche mataste a un hombre, o le hiciste matar, como prefieras. Fuiste a la taberna de maese Rolles para asistir a la Gran Caza de Ratas, y tengo testigos de ello. Sabías que te perseguían, así que pagaste a algún infortunado que guardaba cierto parecido contigo para que llevara colgada al cuello esa daga misericordia, un hombre pelirrojo y de rostro pálido. El Judas fue a arrestarle, y Toadflax...

—¿Toadflax? —interrumpió Athelstan.

—Toadflax —explicó Cranston— recogía perros. Cogía de las calles los cuerpos de animales muertos, de vez en cuando se veía involucrado en algún pequeño robo.

Cranston clavó un dedo en la cara del fugitivo.

—Fue a él a quien sobornaste. ¿Qué le diste por su vida? ¿Un penique? ¿Una moneda de cuatro peniques? Era un necio que no distinguía su mano derecha de la izquierda; ahora su cuerpo se está poniendo rígido ahí fuera.

Cranston se volvió con gesto rápido a Athelstan.

—¿Le enterraréis, padre? ¿Le ungiréis con aceite y pondréis su cuerpo bajo tierra?

Athelstan asintió.

—Ahora tenemos cosas que hacer. —Cranston señaló al fugitivo con gesto amenazador—. Quédate aquí, ¿entendido? Sal sólo para ir al meadero. Ese Judas tiene mal genio; conseguirá tu cabeza.

El Misericordia, cuya valentía había desaparecido por completo, se apresuró a asentir. Cranston cogió a Athelstan por el codo y le llevó fuera del santuario.

—Bueno, que tengáis un buen día, sir John.

El forense sonrió a este fraile al que amaba más que a un hermano de sangre.

—Tenéis buen aspecto, sir John, parecéis de buen humor.

Cranston se acarició el bigote y la barba.

—Lady Maud y yo —susurró— anoche tuvimos una celebración, abajo y arriba. —Hizo un guiño de complicidad.

—¿Así que lady Maud goza de buena salud?

—¡Sí, pero en La Noche en Jerusalén hay tres cadáveres!

—¿Tres? —exclamó Athelstan.

—¿Conocéis la taberna? Su propietario es un tal maese Rolles, un verdadero sicario que consiguió un buen botín en Francia.

—Sé de maese Rolles y de su taberna, sir John, pero ¿tres cadáveres?

—Dos prostitutas de cabello muy rubio y el pobre Toadflax —explicó Cranston, desapareciendo la sonrisa de su rostro—. Os necesito, padre, sois mi secretario.

Athelstan se tragó su decepción. Tenía muchos planes para aquel día: visitar a los enfermos, examinar las cuentas y deseaba leer un nuevo comentario sobre Tolomeo. El manuscrito había sido copiado por escribas de su propia orden, y a Athelstan se lo había prestado el prior Anselme, que le había permitido llevárselo del gran estante de roble de la biblioteca de los dominicos.

Apesadumbrado, Athelstan volvió a su casa, recogió su cartera con los útiles de escritura, que se colgó al hombro, y se puso la pesada capa que Cranston le había regalado en la última fiesta de San Miguel. La cocina estaba limpia, todo en orden. *Buenaventura* estaba despatarrado frente al fuego que se extinguía. Athelstan murmuró una rápida bendición para que todo estuviera a salvo, cogió su bastón y se reunió con sir John, que ahora estaba de pie en la escalinata de la iglesia como un juez a punto de dictar sentencia. Era evidente que el Judas tenía intención de quedarse, reforzados ahora sus matones con miembros del consejo parroquial: Pike, Watkin, Ranulfo y otros, ansiosos de causar daño. Habían rodeado el cementerio y vigilaban con atención toda puerta y ventana. El Judas incluso había alquilado un par de braseros, en los que chisporroteaban el carbón y la madera, además de suministrar a sus compinches pan, carne y vino.

—Le pagan bien —murmuró Cranston, mirando fijamente al Judas, que estaba sentado en el muro del cementerio y le devolvía la mirada con frialdad.

—¿Quién le ha contratado? —preguntó Athelstan—. ¿No ha sido la Corporación?

Cranston negó con la cabeza.

—La Corporación no lo volverá a hacer, a menos que sea absolutamente necesario. Es demasiado costoso. Sin embargo, padre, se lo digo, y lo juro por Satanás —y señalando con la cabeza hacia el Judas, sentenció—: ¡tiene un nombre apropiado, ese malvado bastardo! No le importa entregar su presa viva o muerta. Hay más compasión en los hurones de Ranulfo que en un pelo de su cabeza. Bueno, voy a darle una mala noticia.

Cranston bajó los escalones, y Athelstan se apresuró a seguirle. Se hallaban en mitad del patio cuando Cranston se detuvo e hizo señas al Judas de que se acercara a él. El hombre bajó del muro lentamente, con insolencia, y se aproximó, la espada envainada golpeándole la parte superior de la bota. Hizo una reverencia con gesto burlón y le tendió la mano.

—Sir John Cranston. —El forense le cogió la mano y tiró del Judas hacia sí, con tanta fuerza que el Judas estuvo a punto de perder el equilibrio. Cranston le sostuvo.

—Vaya, vaya. —Dio unos golpecitos con un dedo en la mejilla del Judas —. No vais a utilizar esa daga, ¿verdad?

La mano del hombre se apartó de la empuñadura.

—Bien. —Cranston sonrió—. Bien, señor, anoche matasteis a un hombre.

—Soy agente de la ley, tengo una misión que cumplir —replicó el Judas —. Toadflax sacó su daga, no tuve elección. Tengo una veintena de testigos.

—Sí, estoy seguro de ello. —Cranston acercó su cara—. Pero me daría igual si fuera santa Úrsula y sus diez mil vírgenes. Acompañadme a esa taberna. Tengo que haceros algunas preguntas.

—Tengo trabajo aquí.

Athelstan miró a los alguaciles. Se habían olvidado de los braseros, la comida y la cerveza baratas, y miraban temerosos a Cranston. Todos le conocían de oídas, si no de vista.

—También yo tengo una misión —la voz de Cranston se elevó como un grito—, firmada por Juan de Gante, protector del reino. —Bajó la voz—. Podéis venir libremente u os haré arrestar.

Apartó al Judas de un empujón y salió de San Erconwaldo para penetrar en el laberinto de callejuelas de Southwark. Athelstan tuvo que correr para alcanzarle. El Judas gritó órdenes a sus alguaciles y, maldiciendo por lo bajo, no le quedó más remedio que seguirles. Cuando salían de la iglesia, Cranston se reunió con Flaxwith, su alguacil jefe, con sus dos mastines

Satan y *Samson* a la retaguardia. Cranston bromeó con Flaxwith por la victoria de Ranulfo la noche anterior; el alguacil permaneció hosco mientras sus dos perros, como si fueran conscientes del deshonor que habían causado a su amo, trotaban detrás tristemente.

Las calles de Southwark ahora estaban concurridas, los comerciantes y vendedores ambulantes, los buhoneros y los gitanos habían montado sus chillones puestos, atiborrados de baratijas, ropa de segunda mano, calzado sucio, hebillas y botones baratos. Algunos habían traído carnes y pan, desechados por los cocineros de las partes más adineradas de la ciudad, para obtener beneficios con los pobres de Southwark. En las esquinas y umbrales de las casas había prostitutas, protegidas por sus chulos, que blandían cachiporras. Estos desaparecieron, fundiéndose como la nieve bajo el sol, ante la aparición de Cranston, que caminaba apresurado por el centro de la calle como un buque de guerra a toda vela. Aprendices y oficiales salían a toda prisa de las puertas, listos para coger de la manga a los posibles clientes. Ninguno se acercó a Cranston. De vez en cuando el forense se detenía y levantaba la mirada por encima de los rechinantes carteles hacia la estrecha franja de cielo que quedaba entre las casas. Ya habían tocado a maitines, o sea que no podían arrojar agua sucia por las ventanas, pero el forense iba con cautela. Tenía muchos enemigos en Southwark y, como había confiado a Athelstan, a algunos nada les gustaría más que vaciar los meados sobre él. Un perro y unos cerdos pasaron corriendo por su lado, perseguidos por unos niños semidesnudos que lanzaban gritos. En la esquina de Weasel Lane, un curandero ambulante anunciaba a voces sus remedios.

—Para los apretones de vientre, el bocio, el letargo, la perlesía, escozor de ojos, hígado cargado, pulmones ruidosos y vejigas llenas de pus...

Agitaba los brazos, señalando la bandeja que atada a una cuerda colgaba de su cuello; aparentemente nuevo en la plaza, intentó atraer a Cranston. El forense se detuvo.

—Bueno, señor —dijo con dulzura, liberando su brazo de la mano del hombre que se lo apretaba—, ¿qué remedio es ése que ofrecéis para tantas dolencias?

—El jugo de la mandrágora —respondió el hombre, con la codicia reflejada en los ojos ante la idea de una venta.

—¿El jugo de la mandrágora? —repitió Cranston—. ¿Y tenéis licencia para venderlo?

El hombre dio un paso atrás. Cranston agarró la bandeja y levantó una de las bolsas de cuero atadas con cuerda amarilla. La abrió, la olió y se la pasó a Athelstan.

—¿Mandrágora, padre?

Athelstan también lo olió.

—No, sir John, tiza mezclada con menta, y gracias a Dios. —Athelstan vació el contenido al suelo—. Si fuera mandrágora en verdad os curaría todas esas dolencias.

El curandero esbozó una semisonrisa.

—Estaríais muerto en un día, y libre de todo dolor —declaró Athelstan.

Cranston retrocedió y, haciendo oscilar su porra, destrozó la bandeja, soltándola de la cuerda, y luego se puso a triturar las bolsas bajo su bota. Los dos mastines de Flaxwith gruñeron. El propio alguacil se unió a la tarea, retorciendo las bolsas bajo su bota sucia de barro antes de darles una patada hacia el albañal que discurría por el centro de la calle. El curandero ambulante, consciente de su espantoso error, intentó huir, pero Cranston le cogió por el ajado justillo.

—Estaréis fuera de la ciudad en menos de una hora, o haré que os azoten por todo el puente de Londres —le amenazó gritando.

El astuto hombre torció por un callejón mientras Cranston y su pequeño séquito proseguían su camino. Pasaron por delante de la puerta del hospital de Santo Tomás y por la bulliciosa calle que conducía a La Noche en Jerusalén. Athelstan ya había estado allí anteriormente. La taberna era una imponente mansión cuadrada, construida sobre una base de piedra con muros de yeso blancos y madera negra. Un lugar de contrastes. Algunas de las ventanas altas en la pared eran simples troneras, pero otras más bajas estaban protegidas por laminas de asta o tela blanca colocada en paneles con un enrejado y postigos por dentro. Las ventanas de las grandes cámaras de la segunda planta eran de cristal con parteluz y, en algunos lugares, incluso estaban decoradas con pequeños dibujos de ciervos blancos saltando, corazones rojos o escudos amarillos. Athelstan conocía de oídas a maese Rolles. Había tratado con él en muy contadas ocasiones, cuando pedía limosna, y el tabernero, todo hay que decirlo, se había mostrado muy generoso. Le encontraron en el gran patio de los establos, hablando con un grupo de mozos de cuadra. Cuando Cranston entró en el patio, maese Rolles los despidió; trató a sir John como a un igual, dándole la mano, y a Athelstan le saludó con un gesto de la cabeza.

—Maese Henry Rolles —exclamó Cranston—, escudero de sir Walter Manny. ¡Cuánto habéis prosperado!

Cranston miró alrededor del patio.

—Tengo entendido que anoche celebrasteis la Gran Caza de Ratas. Estoy seguro de que teníais licencia de la Corporación, ¿no es así?

—La ciudad no tiene poder aquí, sir John —replicó el tabernero—, y lo sabéis. Si he quebrantado la ley, seré llamado al Ayuntamiento. Sin embargo, ¿quién se preocupa por las licencias cuando ha habido un espantoso asesinato?

Les hizo señas de que se acercaran.

—Pago los impuestos, sir John, para mantener la paz del rey.

Cranston hizo caso omiso de la burla a sus expensas. Rolles les acompañó a todos, incluido el Judas, a un edificio anexo, empujó las puertas y les hizo entrar. Dos linternas colgaban de unos ganchos suspendidos en las vigas. En el haz de luz yacían tres cadáveres sobre unas tablas de madera. Athelstan reconoció de inmediato a Toadflax. Le había visto recogiendo perros muertos; ahora su propio cuerpo muerto estaba despatarrado, con los ojos fijos sin ver, sangre seca en la boca abierta, empapado su ajado justillo. A los otros dos no los reconoció, pero sintió una profunda punzada de tristeza. En vida, aquellas dos mujeres debían de haber sido de tan vibrante belleza, con la piel como el marfil y el cabello dorado, que ni siquiera el horror de la muerte lograba disimular, pero ahora también ellas yacían despatarradas, con los ojos abiertos, la cabeza a un lado, la cara con costras de sangre seca. A una la habían apuñalado en el vientre; la otra tenía la mitad superior del tórax aplastado por la dura flecha de hierro de la ballesta, que aún seguía profundamente clavada.

Athelstan se arrodilló y con mimo apartó el cabello rubio de sus rostros. Se puso a rezar:

—*De profundis...* —De las profundidades lloro ante ti, oh, Señor...

—¡Señor, escuchad mi voz!

Athelstan se giró en redondo. Fray Malaquías había entrado en el edificio.

—Ya he recitado las plegarias de la muerte —explicó el benedictino—. He susurrado las palabras de la absolución y he ungido sus manos y cara con agua bendita.

Cranston, de pie en las sombras, se acercó y Athelstan presentó a los dos hombres. El forense miró los cadáveres.

—Adondequiera que hayan ido sus almas —murmuró—, sus cuerpos yacen asesinados, y alguien, maese Rolles, tendrá que responder por ello.

OceanofPDF.com

Capítulo III

Sir Stephen Chandler no sabía que iba a morir. Después de regresar de San Erconwaldo había decidido darse un baño de agua caliente, y tomar una copa de vino de Burdeos. A Chandler le gustaba bañarse; su esposa y criados se reían de él. La mayoría de hombres de su categoría únicamente se bañaban la víspera de las grandes festividades de la Iglesia. Sin embargo, sir Stephen había luchado en ultramar, y había nadado en las frías fuentes y lagunas de los palacios del califa de Egipto. Nunca lo había olvidado. Una vez habían sido tomados los palacios, saqueados sus tesoros, asesinados los hombres, violadas sus mujeres, nadar en los estanques ornamentales envuelto por el exquisito perfume de las flores de loto que flotaban sobre sus aguas era en verdad un placer. Sir Stephen era un hombre al que le gustaban las comodidades, un gran terrateniente del condado de Kent, propietario de Dovecote Manor, situado en el camino a Canterbury, un elegante edificio de ladrillo rojo con sus pastos, prados, derechos de caza, arroyuelos y estanques bien provistos de carpas.

Sir Stephen se sentó en la silla con respaldo de cuero y olió con aire apreciativo el vapor que se elevaba del agua caliente perfumada que las sirvientas habían vertido en ella. Había insistido en que añadieran jugo de rosa triturada; siempre le relajaba, y sir Stephen estaba, en verdad, profundamente agitado. Detestaba estos viajes a Londres cada otoño, la reunión, las misas y, sobre todo, los recuerdos. Sir Stephen cogió la copa de vino y bebió con delicadeza. No le gustaba aquel cura, el dominico de rostro moreno; ¿no era escribano de Cranston el forense? Chandler conocía personalmente a Cranston; habían luchado juntos en las fronteras de Gasconia. Chandler se quitó las botas, se desabrochó el justillo y se desnudó. Bajó la mirada a su gordinflón y blanco cuerpo, miró las rojas cicatrices y verdugones púrpura de antiguas heridas, sus antebrazos y la parte baja de las piernas que aún le ardían a causa de aquel fuerte sol.

Sir Stephen cruzó la habitación con andares de pato para asegurarse de que los cerrojos de la puerta estaban corridos y la llave pasada. Con aire distraído dio unas palmadas al cofre que había sobre la mesa, cerca de la puerta, y se dirigió hacia la bañera. Le habría gustado que dos de las doncellas le bañaran, pero tenía que ir con cuidado, en especial con el fraile

santurrón, fray Malaquíás. Tenía que ocultar sus placeres secretos. Sir Stephen llevó la copa de vino a una mesita cerca de la bañera y se metió en ésta con cautela. Dio un respingo al notar el calor, pero se sentó con cuidado. Había sido muy explícito: la bañera tenía que ser robusta y acorde con su tamaño, de la más fina madera de roble, unida por aros de hierro. Maese Rolles, como de costumbre, no podía hacer lo bastante por él y sus compañeros. No era de extrañar, reflexionó sir Stephen, pues habían pagado al gordo tabernero muy generosamente en el curso de los años. Contempló la habitación satisfecho. ¡Maese Rolles les cuidaba bien! Aquellas cámaras eran lujosas, y no comían en la inmunda taberna, sino en los confortables aposentos de la parte posterior. Aquel suelo no estaba cubierto de porquería, sino que las tablas de roble habían sido pulidas y relucían como un espejo mientras que las mullidas alfombras clavadas para amortiguar el ruido y conservar el calor. De las paredes colgaban exquisitos tapices en azul y oro que mostraban escenas de las leyendas del rey Arturo. Cada cámara tenía un tema, y a sir Stephen le habían asignado la cámara Excalibur. Por esta razón todos los tapices azules y dorados describían incidentes relacionados con la famosa espada, desde su descubrimiento en una piedra hasta su devolución a la Dama del Lago.

Sir Stephen se reclinó y levantó la mirada a las vigas negras y a la rueda catalina de candelas que se podían bajar, encender y volver a subir. En cada rincón de la cámara había braseros de metal con tapa, el carbón ahora rojo y chisporroteante, exudando no sólo calor sino también la fragancia de los paquetes de hierbas que habían depositado con esmero entre las brasas. Sir Stephen chasqueó la lengua; se bañaría, se vestiría y quizá dormiría un rato antes de reunirse con el resto para tomar la colación del mediodía. Maese Rolles les había prometido faisán fresco, servido en la salsa de ostras especial de la taberna, con pan blanco recién hecho. Sir Stephen suspiró. Esos peregrinajes a Londres tal vez eran difíciles, pero al menos resultaban muy confortables. Miró hacia el cofre con sus tres cerraduras que estaba al otro lado de la estancia. Siempre comprobaba que se hallara a salvo. Se lavó la cara en el agua, y cuando lo hizo los recuerdos acudieron a su mente. No debía olvidar que era un soldado de la Fe. Había blandido la Cruz contra los infieles; ¿seguro que era eso reparación suficiente? ¿Cuántos hombres habían luchado en las ardientes arenas que rodean el Mediterráneo, bajo el implacable sol? ¡La sed abrasadora, cuando la lengua se hinchaba y la boca estaba tan seca como la arena que uno pisaba! La espantosa comida a bordo

de los barcos de guerra, con la sal del mar que te hacía escocer los ojos y aumentaba la sed. ¡Las largas marchas durante el día, viendo morir a tus camaradas! El gélido frío de las noches en el desierto y, sobre todo, el enemigo, vestido de blanco, montado en ágiles caballos, que aparecía de la nada lanzando fuertes gritos de guerra, tan veloces que uno apenas tenía tiempo de coger el arma. El golpeteo de las flechas, la repentina sorpresa de un ataque nocturno, el abrazo horrible del combate cuerpo a cuerpo cuando luchabas por tu vida y tratabas de silenciar al enemigo que jadeaba debajo de ti.

Sir Stephen se removió inquieto en la bañera, sintiendo un frío extraño en los pies. ¡Y los asedios! Las largas escaleras apoyadas en el muro, la vertiginosa ascensión bajo una lluvia de piedras, aceite hirviendo y flechas con fuego que convertían a los camaradas en antorchas humanas vivas y vociferantes. Ah, sí, se dijo sir Stephen, había cumplido con su deber, había recibido la bendición de papas y obispos, así que ahora podía consolarse y olvidar pecados pasados. Movi6 las piernas, alarmado. La sensación de frío le iba subiendo por el cuerpo. Quería levantar las piernas pero estaba paralizado, como metido en la más pesada armadura de acero. Alargó el brazo para coger la copa de vino y tomó un largo trago, sin darse cuenta de que estaba tragando su propia muerte.

Empezó a sentir miedo. Un terrible dolor le ardía en la parte inferior del est6mago, y tuvo la sensación de que se estaba deslizando, como si el agua de la bañera se estuviera enfriando y se lo estuviera tragando. Agitó los brazos, pero fue inútil. Tenía la garganta extrañamente seca, la estancia parecía moverse, los tapices de la pared se ondulaban como si una mano invisible los sacudiera. Se fijó en una escena, el brazo de la Dama del Lago que se alzaba para coger la espada Excalibur. El agua se estaba volviendo negra y crecía, como el agua del río tantos años atrás. Hizo un último esfuerzo por levantarse, pero se cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza con el costado de la bañera de madera. Sir Stephen Chandler, caballero del Halcón Dorado, terrateniente de Kent, caballero del condado y ex cruzado, se deslizó en silencio hacia su muerte...

* * *

Cranston celebraba audiencia en el edificio anexo. Athelstan se había puesto cómodo en un taburete. El cabecilla de los caballeros, sir Maurice Clinton, se había reunido con ellos. Había venido en busca del tabernero y se había quedado por curiosidad. El Judas al principio era reacio a responder a las preguntas de Cranston.

—Señor, podéis... —Cranston tomó un sorbo del odre de vino milagroso y lo volvió a guardar bajo su capa—, podéis responder a mis preguntas aquí o en el Ayuntamiento. Ayer llegasteis a la taberna de maese Rolles y se produjeron tres asesinatos.

—Dos asesinatos —replicó el Judas. Y señalando el cadáver de Toadflax, añadió—: le maté en defensa propia.

—Bien. —Cranston cruzó la estancia y se sentó en una bala de paja—. Maese Rolles, haced lo mismo vos y él. —Señaló al Judas.

—¿Siempre es así? —susurró fray Malaquías a Athelstan.

—Sir Jack tiene su manera de ser —murmuró el dominico—. Como el Espíritu Santo —sonrió—: trabaja en secreto; se ven sus obras.

—He oído decir eso, padre.

Cranston se quitó el gorro de castor y lo tiró al suelo, entre sus pies. Se aflojó el cinturón que sujetaba la espada y se puso cómodo. Una vez el Judas se hubo sentado en la bala de paja, se reanudó el interrogatorio.

—Fuisteis contratado para capturar al Misericordia. ¿Por quién?

—No lo sé. Mirad —el Judas levantó una mano—, mientras trabajaba en Essex recibí una carta junto con una bolsa de plata. Me dieron el nombre del Misericordia y una somera descripción. Me indicaron que estuviera en Londres, en esta taberna, la víspera de la festividad de San Wulfnoth.

—¿Por qué os contrataron? ¿Para capturar al Misericordia o para matarle?

—El Misericordia es un fugitivo; le quieren vivo o muerto. Le habría dado la oportunidad de entregarse.

—¿Por qué os contrataron?

Hubo una pausa cuando sir Maurice Clinton se acercó a la puerta y la cerró, pues el viento frío la hacía golpear.

—Ya os lo he dicho —respondió el Judas—. El Misericordia es un villano, le quieren vivo o muerto. Probablemente ha ofendido a alguien que está cansado de tratar con sheriffs y forenses y quiere verle colgado en Smithfield.

—Por eso vinisteis aquí. Ah, por cierto —Cranston le clavó un dedo—, os agradecería que tratarais con más respeto el cargo de forense. —Volvió a apuntarle con el índice—. ¿Os alojasteis en esta taberna?

El Judas se encogió de hombros en gesto de asentimiento.

—¿Cómo sabíais que el Misericordia estaba en la taberna?

—Recibí un mensaje, que me dejaron en la puerta de mi cámara junto con otra bolsa de monedas.

—¿Quién lo trajo?

—No lo sé. Bajé... me encontré con sir Maurice y sus camaradas. Entré en la taberna en busca de un hombre pelirrojo con una misericordia colgada al cuello. Creí que lo había encontrado. Le interrogué. Le di la oportunidad de entregarse. Me atacó y por eso le maté.

—Puedo responder de eso —Maese Rolles se desabrochó el justillo de piel—. Mis matones vieron lo que ocurrió.

—¿De veras? —Cranston tomó otro trago de su odre de vino pero no ofreció a los otros, señal de su creciente irritación—. Maese Rolles, tendrá que responder de muchas cosas. Esos cadáveres se hallaron en su taberna. Dos hermosas mujeres, una muerta por una flecha de ballesta y la otra con una daga. Tengo entendido que las encontraron en el granero.

—Sí, está al otro lado del patio.

—¿Qué hacían allí? Vamos —preguntó Cranston con malos modos—. ¿Quién alquiló la cámara del Judas, quién llevó el mensaje a su cámara? ¿Quién dijo a esas dos muchachas que salieran de la taberna y fueran a un granero en plena noche?

El tabernero se secó las palmas de las manos, empapadas de sudor, en sus calzas de lana.

—Sir John...

—No me llaméis sir John. Yo no soy sir John o sir Jack para vos, sino el forense de Londres. A vuestros ojos soy como Dios Todopoderoso a caballo. Responded a mis preguntas.

—Todos recibimos visitas por la noche —murmuró el tabernero—. Hace unas dos semanas, en la festividad de San Hedwig, un cliente me trajo un mensaje, me dijo que fuera tenía una visita...

—Por supuesto —le interrumpió Cranston—. Estoy seguro, maese Rolles, sabiendo a qué os dedicáis, de que tenéis muchas visitas por la noche: la cuba de Burdeos traída sin pagar aduana, la tela de Brujas, granjeros dispuestos a vender su carne sin pagar los peajes de Londres,

pescadores que venden su pesca sin entregar ninguna parte de sus beneficios al gremio.

—No podéis demostrarlo —protestó Rolles.

—¡Ah, algún día podré hacerlo! Antes de lo que pensáis, si no respondéis a mis preguntas. Este visitante...

—Salí al patio —confesó Rolles—. Había tres personas, todas con capa y encapuchadas. Les dije que mi tiempo cuesta dinero. Me arrojaron una moneda de plata a los pies. Les pregunté qué querían. Un hombre dio un paso al frente, la capucha le tapaba el rostro. No reconocí su voz ni distinguí ningún emblema ni señal. Me preguntó cuándo tendría lugar la Gran Caza de Ratas. Se lo dije. Me dijo que deseaba alquilar una cámara para un cazador de ladrones llamado el Judas. Me dio una descripción y dijo que llegaría aquí, como hizo, la tarde antes de la Gran Caza. Tenía que darle alojamiento seguro, comida y bebida. —El tabernero extendió las manos—. ¿Por qué iba a rechazar a un buen cliente? Me pagaron por adelantado y me aseguraron que me pagarían más. Al fin y al cabo, el Judas es un agente de la ley. Es poco probable que huya en plena noche. Llegó, y eso es todo lo que sé.

—¿Sabéis quién trajo el mensaje? —preguntó Athelstan.

El tabernero se giró en redondo.

—Fray Athelstan, ¿no? Lo sé todo de vos.

—¿De veras? —dijo el dominico—. Entonces sois un hombre mejor que yo. ¿El mensaje?

—¿Conocéis a todos los que van a vuestra iglesia? —preguntó Rolles—. En una noche como la Gran Caza en mi taberna entra y sale gente de toda clase y condición. —Hizo una mueca—. No puedo decirlo.

—Rolles se volvió al forense.

—He respondido a vuestras preguntas. —Señaló a sir Maurice—. Tengo que preparar comidas.

Cranston levantó el pie y apretó con tanta fuerza el dedo gordo de la bota del tabernero que el hombre hizo una mueca de dolor.

—Maese Rolles —Cranston meneó la cabeza—, estáis en mitad de vuestra historia. Yo conocía a esas bellas muchachas. —Señaló hacia los cadáveres—. Eran hermanas, Beatrice y Clarice; tenían el cabello como el sol, los ojos azules como el cielo de verano, eran impúdicas y maliciosas; ahora yacen frías, dos de las más consumadas cortesanas de Southwark. ¿Qué hacían en vuestro granero?

—Vinieron a la Gran Caza de Ratas. Buscaban clientes. ¡Ay! —El tabernero lanzó un grito cuando Cranston volvió a pisarle.

—Ellas no tenían que buscar clientes —declaró Cranston—. Los clientes las buscaban a ellas, hombres ávidos de su suave carne y de su pericia. ¿Por qué estaban en vuestro granero?

—El extraño... —jadeó Rolles. Cranston apartó su bota—. El extraño que contrató al Judas me pagó muy bien, monedas de plata, recién acuñadas en la Torre. Me dijo que, la noche de la Gran Caza, tenía que contratar a dos buenas cortesanas, Beatrice y Clarice. Por supuesto, conocía sus nombres. Les dije que serían mis invitadas.

—¿Y? —preguntó Cranston.

—El extraño dijo que cuando terminara la Gran Caza las prostitutas tenían que reunirse con él en el granero. Yo me limité a decirles que les pagarían con generosidad. Hice lo que el hombre pidió. Envié el mensaje de costumbre a la madre Veritable. —Rolles esbozó una sonrisa forzada—. Dejé el mensaje para que lo recogieran en el Castillo del Amor; es un bolsillo en un tapiz de los aposentos superiores, la forma en que suelo decirle a la madre Veritable que envíe a sus chicas a los clientes que tienen una necesidad. La madre Veritable...

—Ah, esa bruja cruel —interrumpió Cranston—. ¿Aún no la conoce, fray Athelstan? La madre Veritable, con un rostro dulce como la miel y un alma de agrio vinagre. Pronto le haré una visita. Bueno, proseguid, maese Rolles. —Levantó la bota.

—Las dos prostitutas —relató Rolles— aparecieron vestidas con sus mejores galas. —Cranston extendió el brazo—. He observado que les faltan las joyas.

—Las he puesto a salvo.

—Estoy seguro de ello —sonrió Cranston—, y me las llevaré cuando nos marchemos. Fray Athelstan puede venderlas para los pobres. Pero, maese Trovador, prosiga su historia.

—Cuando hubo terminado la Gran Caza de Ratas, les dije a las chicas que fueran al granero. Había encendido allí una linterna. Estarían a salvo, calientes y secas. Es todo lo que sé, señor forense. Me había olvidado de ellas hasta esta mañana, cuando un mozo de cuadra ha descubierto sus cuerpos.

—Y supongo que nadie vio nada, ¿verdad?

—Nosotros no —exclamó sir Maurice, que estaba apoyado en la puerta—. Siempre nos alojamos en La Noche en Jerusalén. ¡Hacía tiempo que no vivíamos tantas emociones juntas! La Gran Caza de Ratas, la pelea en la taberna, las prostitutas asesinadas en el granero. Como en los viejos tiempos, sir Jack.

Cranston le miró con aspereza.

—Os he estado observando —explicó el caballero—. Recuerdo a maese Rolles de los años de la guerra, pero ahora os recuerdo a vos. Formabais parte de la expedición de sir Walter Manny en Calais. ¿Lo recordáis?

Cranston sonrió y se apartó su mata de pelo gris.

—Por supuesto; fueron días de gloria, ¿eh? Hacía poco que me habían nombrado caballero. Entonces era apuesto, esbelto como un lebre, rápido como un halcón que se lanza en picado, pero no os recuerdo, señor.

—Yo era un escudero de poca categoría —respondió Clinton.

—Tengo tantos recuerdos... —masculló Cranston.

Se puso en pie, se acercó a los cadáveres e, inclinándose, tiró de la sábana que cubría a las dos mujeres.

—Conocía a estas dos muchachas —sonrió por encima del hombro—, aunque no en el sentido carnal. También conocía a su madre, ¡una prostituta muy famosa! Una mujer misteriosa. Era famosa en todo Southwark. Cierta noche... —Cranston se interrumpió—, por todos los diablos —susurró—, cierta noche desapareció.

Athelstan sintió un escalofrío en la espalda. El forense había recordado algo importante.

—Ginebra la Dorada —murmuró Cranston.

Su comentario provocó un jadeo de sorpresa en el padre Malaquías, que estaba sentado al lado de Athelstan. El benedictino se puso en pie como un resorte, llevándose los dedos a los labios, tan evidente era su agitación que Athelstan se alarmó.

—¿Qué os ocurre, padre? —Cranston volvió a tapar los cadáveres y se incorporó. El benedictino parecía que estaba a punto de desmayarse. Athelstan dejó sus útiles de escritura.

—No sé —Malaquías se rascó la cabeza—. En realidad no lo sé. —Lanzó una mirada rápida a Athelstan—. No quiero hablar aquí.

—Podéis utilizar los aposentos de arriba —ofreció Rolles—. Os acompañaré yo mismo.

—¿Y yo? —preguntó el Judas—. ¿Habéis terminado conmigo, sir John?

—No, no he terminado con vos, pero podéis volver a vuestro puesto. Bajo ningún concepto abandonéis Southwark sin mi permiso.

—Los cadáveres —dijo el tabernero parándose en la puerta— empezarán a descomponerse.

—Flaxwith —rugió Cranston.

El alguacil, seguido por sus dos perros, se apresuró a cruzar el patio.

—Ocupaos de que se lleven estos cadáveres. Hay que llevarlos al otro lado del río y enterrarlos en el solar de los extranjeros fuera de Charterhouse. La Corporación se hará cargo de los costes.

Athelstan y Cranston salieron del edificio con los otros y cruzaron el patio convertido en un barrizal. Había empezado a caer una fina llovizna, de modo que el pasadizo que conducía a la taberna pareció más cálido y perfumado. Pasaron por el bar, que aún seguían limpiando tras la noche anterior, y entraron en la parte más confortable de la taberna, una amplia estancia que daba a un jardín bien cuidado.

—Cultivo yo mismo hierbas y verduras —explicó Rolles—. Por eso no viene nadie en plena noche —prosiguió con aspereza— a ofrecerme apios y chalotes.

Cranston se rió y le dio unas palmadas en el hombro. El tabernero le apartó la mano sacudiendo el hombro y señaló la mesa de madera pulida que había en el centro de la estancia.

A la cabecera se sentó Cranston, con Athelstan a su derecha y fray Malaquías y sir Maurice a su izquierda. Athelstan colocó su cartera en el suelo; escribiría más tarde la información pertinente. El benedictino aún estaba pálido. Cranston aceptó con entusiasmo el ofrecimiento de maese Rolles: una jarra de vino del Rin y un plato de confites. Athelstan, intuyendo cuáles eran las verdaderas intenciones del tabernero, dio un golpecito a sir John por debajo de la mesa. Éste captó la insinuación y se puso a alabar en voz alta el mobiliario de la estancia, señalando la chimenea, donde chisporroteaba un leño, las colgaduras de colores sobre el panelado de madera, el cristal de las ventanas... A pesar de la evidente irritación del tabernero, quien veía frustrarse su curiosidad, el forense no paró de hacer alabanzas, y siguió hasta que Rolles hubo servido el vino y los mazapanes y abandonado la habitación. Entonces Cranston se puso en pie, sin dejar de hablar, abrió la puerta y la cerró con un golpe.

—Bien hecho, padre, bien hecho —y sonrió, dándose golpecitos en la nariz.

Malaquías había recuperado el color y bebió con avidez el vino, pero declinó comer nada. Athelstan se preguntaba qué era lo que había alarmado tanto al benedictino. Era, reflexionó Athelstan, un hombre más bien joven, aunque parecía haber envejecido. Su habitual jovialidad había desaparecido, los surcos junto a la boca eran más evidentes, tenía la piel pálida, los ojos cansados, la boca floja.

—Padre Malaquías, no es necesario que lo contéis. Lo haré yo —ofreció sir Maurice dando unas suaves palmadas al benedictino en el brazo—. Hace veinte años, los franceses firmaron el tratado de paz de Bretigny, y la guerra con Francia terminó, al menos durante un tiempo. Yo y mis compañeros... bueno, sir Jack, vos sabéis cómo era aquello, jóvenes caballeros con poca tierra y ninguna riqueza. Todos procedíamos de Kent, habíamos luchado en el mar de Irlanda y el canal de la Mancha, pero ninguno de nosotros había tomado ningún botín o rescate. Nos hicimos mercenarios. El cruzado Pedro de Chipre organizó una expedición contra los turcos en el Norte de África. Esperaba tomar Alejandría y liberar las rutas comerciales del Mediterráneo.

—Lo recuerdo. —Cranston asintió—. Un ejército reunido en Londres. El rey prestó naves, un escuadrón, que estaban amarradas aquí, en el Támesis, buques mercantes. —Bajó la voz—. Sir Maurice, me parece que sé lo que va a contar. ¿El tesoro, el cofre de guerra del Cruzado?

—El tesoro lombardo —declaró sir Maurice—. Pedro de Chipre obtuvo un cuantioso préstamo de los Bardi de Lombard Street. La flota del Cruzado ancló en el Támesis, cargando hombres y provisiones. Corrió la voz de que iban a subir a bordo el tesoro lombardo. Se decidió que trasladarían el tesoro de noche, y se confiaría al menor número posible de personas la información sobre cuándo y cómo iban a transportarlo al buque insignia, *La Gloria de Westminster*. El cabecilla de la fuerza inglesa, lord Belvers, un hombre de Kent, al parecer se ocupó de que dos miembros de nuestra compañía, dos caballeros, Richard Culpepper y Edward Mortimer, recibieran el tesoro lombardo y lo transportaran en barcaza al buque insignia. —Tosió—. Nos enteramos de esto más tarde.

Se interrumpió al ver que fray Malaquías levantaba una mano.

—Mi nombre monástico es Malaquías, un famoso santo celta, pero por nacimiento soy Thomas Culpepper. Sir Richard era mi hermano. —Tomó un poco de vino—. Todos fuimos a Londres, nerviosos por la idea de la guerra, la gloria y el botín. El Papa nos había prometido indulgencia plenaria para los que tomáramos la Cruz. Nos hacíamos llamar la Compañía

del Halcón Dorado, ése era nuestro emblema; en total éramos ocho, dirigidos por sir Maurice, aquí presente, mientras que yo era su capellán. Todos esperábamos alcanzar grandes cosas, ganar la gloria para Dios y la santa madre Iglesia. Hasta un tiempo después, no descubrimos que dos de los nuestros, incluido mi hermano, habían sido elegidos para una tarea especial.

»Todos nos alojamos aquí, no con tanto lujo como ahora. —Sonrió levemente—. Maese Rolles acababa de comprar la taberna con sus beneficios. Vos, sir John, no erais forense, y no había sacerdote en San Erconwaldo. Richard era joven y vigoroso. Le gustaba bailar, se entusiasma al oír música. Mientras esperábamos a que se reuniera el ejército y la flota zarpara, él y el resto iban de juerga a los antros de libertinaje de Londres. Permanecemos aquí un tiempo. Richard se encaprichó con una prostituta, una cortesana.

—¿Ginebra la Dorada? —preguntó Athelstan.

Malaquías asintió.

—La conocía desde hacía meses. Lord Belvers a menudo le había enviado a Londres con algún encargo u otro. Ginebra quedó embarazada, dos niñas gemelas. Richard sospechaba... —Malaquías no terminó la frase.

—¡Dios del cielo! —susurró Athelstan—. ¿Estáis diciendo que estos dos cadáveres pertenecen a las hijas de vuestro hermano, vuestras sobrinas?

—Posiblemente. —Malaquías escupió la palabra—. Pero Ginebra tenía muchos admiradores; esas niñas podían haber sido de cualquiera. Entonces llegó el tesoro lombardo, se lo llevaron de la Torre en barcaza y al parecer se lo entregaron a mi hermano. Tenía que ser transportado en barca al buque insignia. —Malaquías se quedó callado.

—Pero ni la barcaza ni el tesoro lombardo llegaron nunca al buque insignia —explicó sir Maurice.

—Imposible —dijo Athelstan.

Sir Maurice meneó la cabeza.

—Creedme, se buscó en el río y en la ciudad. No se halló ni rastro de los remeros que trajeron la barcaza, ni de los dos caballeros, ni del tesoro que transportaban. Desaparecieron todos de la faz de la tierra.

—Lo recuerdo. —Cranston volvió a llenar su copa de vino—. A la sazón yo me encontraba en Calais y regresé a Londres justo antes de Navidad. Se organizó una búsqueda a fondo.

—¿Y no encontraron nada? —preguntó Athelstan.

—Nada. —Malaquías meneó la cabeza—. Mi hermano y Edward Mortimer... bueno, parecía que nunca hubieran existido. He buscado durante veinte años. Y lo peor es que ambos fueron proclamados ladrones. La misma noche que el tesoro lombardo desapareció, también lo hizo Ginebra la Dorada. Cada año que veníamos a Londres yo hacía averiguaciones, pero en vano.

Athelstan se levantó de su asiento, aparentemente fascinado por la tapicería mencionada por Rolles, que colgaba junto a la puerta. Costosa y pesada, era exquisita, mezclados con oro sus hilos rojos, verdes y azules. El tapiz mostraba la famosa fábula del asalto al Castillo del Amor. Caballeros armados, exhibiendo el emblema de un corazón, se preparaban para atacar el castillo, con sus catapultas llenas de rosas para lanzar a las guardianas, que estaban listas para defenderse con cestas de flores de vivos colores. Athelstan le pasó la mano y encontró la bolsa oculta en la esquina inferior derecha del tapiz.

—He visto este artilugio en otras ocasiones —dijo sir John—. En tabernas y hosterías de categoría de Francia, un lugar donde los clientes favoritos pueden dejar, de forma anónima, una carta para pedir los servicios de una cortesana. —Sir John chasqueó la lengua—. O lo que su corazón desee.

Athelstan introdujo la mano en el bolsillo. Estaba vacío. Regresó a la mesa.

—¿Alguna vez se encontraron indicios del tesoro lombardo?

Sir Maurice hizo gestos de negación con la cabeza.

—Desapareció todo: nuestros dos compañeros, el tesoro; por no mencionar a la prostituta, Ginebra.

—No, no es cierto —dijo Malaquías—. Muchos años más tarde descubrí que habían hallado la barcaza en el barro río abajo.

—¿Cómo lo descubristeis? —preguntó Athelstan.

—Habían contratado a dos barqueros; los dos estaban casados, los dos dejaron viudas, que solicitaron una compensación a la Hacienda. Por supuesto, los barones de la Hacienda respondieron que los hombres aún podían estar vivos, así que los parientes de las viudas organizaron una búsqueda. Veréis —Malaquías extendió las manos—, la flota zarpó tres días después del robo. Teníamos que partir. Así que la búsqueda del tesoro y de los otros se dejó en manos de las autoridades de la ciudad. Hasta años más tarde no tuve noticias de la barcaza.

—Es cierto —murmuró sir Maurice.

Athelstan estaba a punto de proseguir su interrogatorio cuando alguien llamó a la puerta. Entró maese Rolles con una bandeja con hierbas, cuencos con azafrán, macis, nuez moscada, clavos y canela. Athelstan inhaló los refrescantes aromas.

—He traído esto para endulzar la habitación —explicó el tabernero—. Si habéis terminado, caballeros...

Se interrumpió al oír unos fuertes martillazos y golpes en la galería de encima, seguidos por gritos.

—Si habéis terminado —repitió Rolles, decidiendo hacer caso omiso del estruendo—, me gustaría hacer los preparativos para la colación del mediodía.

—Sin duda, señor. —Sir John se frotó el estómago—. ¿Y qué nos ofrecéis, maese Rolles?

—Sopa de frangollo con carne de venado y azafrán. Caldo toscano con conejo y leche de almendras, guarnecido con nuez moscada y juncia, seguido de lucio relleno de lampreas y anguilas.

Sir John emitió un gruñido de placer.

El tabernero puso la bandeja sobre la mesa. En aquel momento sir Laurence Broomhill entró apresurado.

—Sir Maurice, maese Rolles, debéis venir. —Se paró para recuperar el aliento—. Esta mañana, cuando hemos vuelto de misa, sir Stephen ha pedido una jarra de vino y una copa. Ha dicho que deseaba bañarse...

—Lo recuerdo. —Rolles se secó los dedos en una servilleta y se la sujetó en el cinturón—. ¿Qué ocurre?

—No podemos despertarle. Hemos llamado a la puerta y gritado, pero no nos responde.

—¿Y la puerta?

—Está cerrada con llave y con los cerrojos corridos. —Broomhill se tiró de la barba—. Puede que haya sufrido un ataque.

Sir Maurice se puso en pie de un salto y, seguido por fray Malaquías y el tabernero, se apresuraron a salir de la estancia. Cranston y Athelstan se miraron y, sin perder un instante, les siguieron. Cruzaron el pasadizo y subieron la ancha escalinata de la esquina. En la galería del piso superior se había congregado una multitud frente a la tercera puerta. Athelstan reparó en las botas manchadas de barro que había junto a la puerta, metidas en una cesta de junco. Cogió a Rolles del brazo y las señaló.

—Un aprendiz tenía que limpiarlas.

El tabernero apartó la mano de Athelstan y, abriéndose paso entre la multitud, llamó a la puerta.

—Sir Stephen Chandler —atronó—. Os lo ruego, señor, abrid.

El estrépito hizo acudir a más criados y mozos de cuadra. Cranston ordenó que uno de éstos fuera a buscar un banco del pasadizo de abajo y pidió a los caballeros que se apartaran. Al principio reinó la confusión, pero siguiendo las instrucciones de sir John, el banco se utilizó como ariete, golpeando con fuerza contra la puerta hasta que sus goznes de cuero cedieron y saltaron los cerrojos.

El interior de la habitación estaba caldeado. Athelstan observó que las ventanas habían sido cerradas con postigos, y al recorrer el resto de la estancia con la mirada vislumbró el pálido cuerpo despatarrado en la bañera de madera. Cranston, gritando a todo el mundo que se mantuviera apartado, se abrió paso y casi arrastró a Athelstan consigo. Una vez dentro mantuvo a todos fuera, insistiendo en que nadie debía entrar ni tocar nada. Athelstan examinó rápidamente el cuerpo. No había ayuda posible para sir Stephen. El dominico recitó enseguida el réquiem y, apretando la mano en el cuello del muerto, una vez más se aseguró de que no había pulso. Se agachó y murmuró las palabras de absolución con la esperanza de que el alma no hubiera abandonado el cuerpo inmediatamente, intentando no concentrarse en aquellos ojos entreabiertos, fijos, la mandíbula floja, los labios inertes y el rostro lívido. El agua estaba helada. Athelstan vio el pequeño taburete volcado y la copa de vino caída que había manchado una de las mullidas alfombras. Cogió una servilleta del *lavarium*, recogió la copa y la olió con cuidado. Tenía un fuerte olor, rancio y desagradable, como hierbas podridas, aunque cuando probó el vino de la jarra olía bien.

—Descanse en paz —murmuró Athelstan—. Está muerto; ha sido asesinado, envenenado.

Sir Maurice, que estaba junto a Cranston, intentó avanzar, pero el forense se lo impidió.

—¡No puede ser! —gritó sir Maurice— ¿Quién querría envenenar al pobre Stephen?

—No lo sé, pero ha sido envenenado. La jarra de vino está bien, pero la copa está manchada. ¿Sir Stephen tomaba alguna poción o algún polvo? —preguntó Athelstan.

—No, no. —La agitación de sir Maurice era evidente—. Sir John, padre Athelstan, ¿no se le puede sacar de aquí? —Señaló el cadáver—. ¿Hay que dejarle despatarrado de ese modo?

—Se ha cometido un asesinato. —Cranston permanecía de pie, con las piernas separadas, impidiendo con su enorme cuerpo que nadie más entrara en la estancia—. Se ha cometido un asesinato y yo soy el forense. Maese Rolles, llevaos a vuestros huéspedes... ah, y haced venir a un médico.

Cranston hizo salir a todos a la galería y colocó la puerta sin goznes para impedir la visión. Luego se volvió, secándose el rostro con el borde de la capa.

—Athelstan, ¿está seguro de que ha sido asesinado?

—Veneno, sir Jack. Me apostaría la recolecta de un año, y por lo fría que está el agua hace al menos una hora que está muerto.

Mientras esperaban a que llegara el médico, Cranston y Athelstan inspeccionaron la habitación. El dominico reparó en el pequeño cofre con sus tres cerraduras y se puso a buscar las llaves. Mientras tanto, Cranston se dedicó a observar el lujo de la estancia: los relucientes tapices, las colgaduras azul oscuro con flecos dorados que rodeaban la cama con dosel y los muebles de roble y nogal tallados. Athelstan, concentrado en su búsqueda, medio escuchaba a sir John, quien describía en aquel momento la escena de uno de los tapices: la Dama del Lago cogiendo la espada Excalibur.

—¡Ah, las he encontrado! —Athelstan acercó una vela que había sobre la mesita de noche para iluminar un grueso llavero de plata. Estaba a punto de probar las llaves en el pequeño cofre cuando llamaron con suavidad a la puerta y maese Stapleton, el médico, pasó por la abertura de la puerta rota y entró en la estancia.

Cranston y Athelstan ya habían tratado en otras ocasiones con este hombre de rostro cadavérico: sus ojos siempre llorosos y nariz siempre goteante tentaban a Athelstan a decirle aquello de «Médico, cúrate a ti mismo», pero maese Stapleton no tenía sentido del humor. Llegó envuelto en su acostumbrada túnica con manchas de comida, sorbiendo por la nariz y farfullando mientras miraba fijamente el cadáver con desdén. Apretó la mano al cuello, palpó el estómago, miró en la boca y levantó un párpado.

—Buenos días, maese Stapleton. —Cranston se inclinó, como tratando de captar la mirada del médico—. ¿Sabéis quiénes somos?

—Claro que sí, sir John; en vuestro caso, cuando se le ha visto una vez nunca se le olvida. Buenos días también a vos, fray Athelstan —declaró, y clavó un dedo en el cadáver—. Este hombre está muerto. Mi reconocimiento os costará cinco chelines.

Cogió la copa de vino y la olió.

—Ah, ha sido envenenado, así que serán siete chelines.

—Ya sé que está muerto —rugió Cranston—. ¿Cuál ha sido la causa?

—Bueno, bueno, sir John, no altere sus humores. Ya sabe que la bilis negra de la ira calienta la sangre.

—¡Callaos! —espetó Cranston.

—Muy bien. —Stapleton se agarró la capa con ambas manos, echando la cabeza hacia atrás como un juez a punto de dictar sentencia—. Sospecho que ha muerto de envenenamiento por cicuta, probablemente mezclada con beleño. Lo sé por el olor ofensivo, y, antes de que lo preguntéis, padre, el vino disimularía el gusto y el olor, al menos durante un rato. Ahora bien, el beleño florece a finales de junio, o sea que el veneno probablemente era polvo seco, muy potente. La copa está contaminada, pero la jarra de vino está exenta de todo mal olor. De manera que —Stapleton extendió una mano— o él u otra persona puso el veneno en esa copa. Ha bebido y ha entrado en la bañera. La muerte ha debido de producirse con rapidez. La víctima está gorda, como vos, sir John; quizá no tuviese el corazón muy fuerte.

—¿Y los síntomas? —preguntó Athelstan.

—Rigidez de las extremidades.

—¿Queréis decir parálisis?

—Así es, padre, primero las manos y los pies. Es el mismo veneno que bebió Sócrates. Así que —Stapleton se limpió la nariz con el dorso de la mano— por venir aquí son cuatro chelines, uno por examinar el cuerpo y dos por descubrir un asesinato.

Cranston apartó la puerta.

—Maese Stapleton —sonrió con dulzura—, cargue la factura al ayuntamiento, no más de cinco chelines, si no le importa. Ha sido el padre Athelstan quien ha descubierto el asesinato.

El médico suspiró pesadamente y, dando un tirón a su túnica, salió a la galería para proseguir su discusión con maese Rolles, exigiendo a voces que se le diera comida y bebida por las molestias.

—Dudo que haya sido suicidio —reflexionó en voz alta Athelstan—. Sir John, aparte esa puerta. Quiero que entren maese Rolles y el resto.

Cranston colocó la puerta a un lado y salió para llamarles a gritos. Athelstan se acercó al gran arcón que había a los pies de la cama y se sentó en él. Rolles y sir Maurice hicieron volver a entrar a los caballeros. Cranston se sentó en la robusta silla de roble que estaba adosada a la pared del fondo y tomó un generoso trago de su milagroso odre de vino.

—¿No se puede retirar el cadáver? —preguntó sir Maurice a modo de protesta—. Da la impresión de que sir Stephen está ahí mirándonos fijamente.

Siguió una breve discusión. Athelstan accedió a la petición y Rolles organizó a algunos de sus matones, que sacaron una sábana de la cama, retiraron el cadáver de la bañera, lo envolvieron en la sábana y se lo llevaron.

—Ponedlo con los otros —gritó Cranston, haciendo caso omiso de los gritos ahogados de los caballeros.

—Yo me opongo —declaró sir Maurice.

—No os opongáis, señor —replicó Athelstan—. Habéis leído las Escrituras: dejad que los muertos entierren a los muertos. El cuerpo de sir Stephen recibirá honorable sepultura cuando vos decidáis, pero su alma ha sido enviada a Dios antes de hora, y Dios, por no mencionar a la Corona y a nuestro forense, desearía conocer la razón.

Rolles se quedó cerca de la puerta, mientras los caballeros se resignaban a someterse al interrogatorio de Athelstan. Algunos se sentaron en taburetes y sillas. Sir Maurice se quedó de pie junto a la puerta, con la mano en el pequeño cofre. El padre Malaquías, que había acompañado al cadáver abajo, regresó con una jarra de cerveza en la mano.

—Creo que sir Stephen ha sido asesinado —empezó diciendo Athelstan—. El veneno era fuerte. No estaba en la jarra de vino sino en la copa. ¿Quién la ha traído?

—He sido yo —declaró Rolles—. Y antes de que lo mencionéis, no tengo nada que ver con la muerte de ese hombre. Preguntad a mis sirvientes de la cocina. Sir Stephen ha vuelto de misa, se quejaba de que tenía calor, padecía reumas y fiebre ligera.

—Sir Stephen a menudo sufría estas dolencias. —Sir Laurence Broomhill, un hombre de rostro enjuto, visiblemente agitado por la muerte

de su camarada, jugueteaba con las cuentas de un rosario enrollado en los dedos.

—Así que tenía fiebre —confirmó Athelstan—. ¿Tenía la nariz congestionada por las mucosidades?

—Tosía —afirmó sir Maurice.

—Bien —Athelstan eligió con cuidado sus palabras—, sir Stephen regresa a la taberna, encarga un baño caliente y una jarra de vino de Burdeos. Le traen la bañera y se la llenan con agua caliente. ¿Vos, maese Rolles, le habéis traído una bandeja con una jarra de vino y una copa?

—Sí. —El tabernero asintió.

—¿Y cuándo habéis venido?

—Sir Stephen había empezado a desnudarse. Se había quejado de que tenía las botas sucias de barro. Le he dicho que las dejara fuera, en la cesta, y uno de mis aprendices se las limpiaría. —Rolles extendió las manos y parpadeó—. Padre Athelstan, sir John, juro que la copa estaba limpia. El vino era el mejor burdeos. Si hubiera tenido intención de envenenar a sir Stephen no se lo habría traído yo mismo, ¿no?

Athelstan estuvo de acuerdo, pero su mirada escrutadora desconcertaba al tabernero, ahora temeroso de este tranquilo fraile de mirada aguda y preguntas intencionadas.

—¿La copa de vino ha estado siempre a vuestro cuidado? —preguntó Athelstan.

—Siempre, he cogido la copa del estante, la he enjuagado con agua limpia, la he secado con una servilleta, la he puesto en una bandeja y se la he traído. He colocado la bandeja sobre la mesa, he hablado con sir Stephen de sus botas y me he marchado. Le he oído correr los cerrojos y dar la vuelta a la llave cuando he salido.

Se interrumpió cuando Cranston lanzó un fuerte ronquido. Al forense se le caía la cabeza hacia delante. Athelstan rogó en silencio que sir John no entrara en uno de sus profundos sueños. Uno de los caballeros se reía sin hacer ruido.

—¿Ha entrado alguien en esta cámara —preguntó Athelstan—, después de que maese Rolles hubo salido?

Sir Maurice y el resto negaron con la cabeza.

—No podíamos hacerlo —declaró uno de ellos— si sir Stephen se estaba dando un baño; era muy especial en lo que a sus comodidades se refiere.

—Bien, tenemos a sir Stephen —resumió Athelstan— solo en su cámara. Cuando dejan aquí la copa y el vino no hay indicios de veneno en ellas. De manera que ha tenido que entrar alguien en esta habitación y, mientras sir Stephen se hallaba distraído, ha vertido veneno en la copa. No hay ningún pasadizo secreto, no podía entrar nadie por la ventana y no tenemos razón para creer que sir Stephen se quitara la vida. El burdeos era fuerte, tiene un olor penetrante.

—Una fragancia propia —declaró de pronto Cranston, sacudiéndose y parpadeando.

—Sir Stephen también tenía reumas —añadió Athelstan—, mucosidades en la nariz, o sea que su sentido del olfato no sería muy fino. Se mete en la bañera, se bebe el vino y muere.

—Ha debido de abrir la puerta otra vez —interpuso Cranston.

—Por supuesto. —Athelstan sonrió—. Maese Rolles, ¿dejasteis las botas fuera cuando os marchasteis?

El tabernero negó con la cabeza.

—O sea que esto debió de ser después. Hay dos cámaras, una a cada lado —prosiguió Athelstan—. ¿Quién las ocupa?

—Una es un almacén —respondió Rolles—. Sir Maurice ocupa la otra.

Athelstan estaba sentado mirando fijamente el suelo. No podía sino aceptar lo que el tabernero había dicho; Rolles no tenía ninguna queja contra sir Stephen ni le guardaba rencor alguno, y si estaba involucrado en el envenenamiento sin duda no le habría traído el vino personalmente. Volvió a preguntar a Rolles si la copa y la jarra no habían dejado de estar al alcance de su vista. El tabernero se mantuvo inflexible. Athelstan estaba convencido de su inocencia, en especial dado que Rolles no hizo ningún intento de echarle la culpa a otro.

—¿Se encontraba sir Stephen de buen humor? ¿Estaba preocupado por algo?

Las preguntas de Athelstan sólo provocaron un coro de negaciones.

—Debo registrar esta cámara —insistió Athelstan.

Cranston se puso en pie y miró a los caballeros con ferocidad, retándoles a poner en duda su autoridad. En un instante de tenso silencio Athelstan se acercó al cofre de las tres cerraduras.

—¿Para qué es esto?

—Documentos privados —farfulló sir Maurice—. Recuerdos. Fray Athelstan, ¿es necesario?

Athelstan dio unas palmadas a la bolsa que le colgaba en el extremo del cordón de la cintura.

—Sir Maurice, he encontrado las llaves. Ahora deseo que os vayáis. —Sonrió levemente—. Ya os he apartado bastante rato de vuestra colación de mediodía. Sir John y yo aún tenemos trabajo aquí. —Athelstan se interrumpió—. En cuanto a este cofre, maese Rolles, ocupaos de que dos de vuestros hombres lo lleven al santuario de la iglesia de San Erconwaldo.

—¿Allí estará a salvo? —preguntó sir Maurice.

—Las llaves están en mi poder —respondió Athelstan—, y ni siquiera mis feligreses robarán nada que yo deje en el santuario.

Sir Maurice y los otros caballeros salieron, mientras Cranston les gritaba que no se reuniría con ellos a la mesa.

—¿Qué opináis? —preguntó el forense una vez se hallaron solos.

—No opino nada, sir John, salvo que tengo que registrar esta cámara.

Revisaron las posesiones del caballero muerto, que estaban guardadas en el gran arcón colocado a los pies de la cama, así como el armario construido en el rincón del fondo, pero no encontraron nada reseñable salvo ropas de elegante corte, justillos, calzas, botas de piel de cordobán, espuelas, una espada y dos dagas en fundas decoradas e incorporadas a un cinturón de guerra bordado. Debajo de la mesa, al lado de la cama, Athelstan encontró un salterio y lo hojeó. Las páginas de pergamino eran de la mejor calidad. Al fraile le intrigó el hecho de que parecía que el salterio no se usaba con regularidad salvo una página, en la que Chandler había copiado las palabras de una plegaria. Esta página estaba muy ajada, el pergamino negro y reluciente debido al uso constante. Athelstan leyó la primera línea en voz alta.

—«Tened piedad de mí igual que tuvisteis piedad de los poseídos a los que salvasteis del poder del Diablo.»

Alzó la mirada.

—Me pregunto qué pecado pesaba tanto en el alma de sir Stephen para tener que recitar esta plegaria repetidamente. —Una pregunta que se planteaba tanto a sí mismo como a sir John Cranston.

Capítulo IV

Cranston y Athelstan salieron de la taberna. El forense se acercó a un escribano para consultar una vela horaria y salió declarando a voz en grito, para que todos lo oyeran, que eran más de las dos de la tarde y que estaba muy hambriento. Athelstan quería regresar a su parroquia, pero Cranston le tiró de la manga aduciendo que era hora de conocer a la madre Veritable, la reina de las prostitutas de Southwark. Se abrieron paso por las estrechas y sucias callejuelas bajo los pisos que se proyectaban tan hacia fuera de las casas que bloqueaban el cielo y parecían estar a punto de chocar unos con otros. Athelstan miraba con cautela las ventanas así como los rechinantes carteles de las tiendas, que pendían tan bajos que resultaban peligrosos como un hacha o un palo. Había bullicio en las calles, abarrotadas como estaban de gente; también apestaban a sulfuro, pues los basureros estaban limpiando los estercoleros, los vertederos de basura de la Corporación. El hedor de la basura, que incluía cadáveres putrefactos de animales, era tan ofensivo que Cranston compró dos recipientes con hierbas aromáticas a un buhonero que pasaba. Se los apretaron contra la nariz, Athelstan agarrando con fuerza su bastón con la otra mano mientras los pobres de Southwark se arremolinaban a su alrededor, con los ojos y los dedos listos para birlar algo. Prostitutas, proxenetas, timadores y estafadores se ocultaban en los portales o en las bocas de los callejones al ver acercarse a Cranston. De vez en cuando arrojaban algún residuo por una ventana —por fortuna nunca le daban—, a lo que seguía una maldición o un grito.

—¡Cuidado, cuidado! ¡El gordo Jack está por aquí!

Cranston lanzaba un profundo gruñido pero prefería no hacer caso de estas provocaciones. La justicia del rey también era muy aparente en estas lóbregas calles. Cranston y Athelstan tuvieron que apartarse en una calle ancha cuando pasó una horca móvil, un cadalso colocado sobre una enorme plataforma fijada sobre ruedas, tirada por unos bueyes. Unos alguaciles protegían la carreta a ambos lados. En cada rama de la horca de cuatro patas colgaba un cuerpo embreado. Un cartel clavado en la parte posterior de la carreta proclamaba que los hombres muertos eran ladrones del río y habían sido ahorcados en el muelle justo al amanecer. Tras ellos iban cuatro mujeres, con capuchas a rayas, a las que habían cogido comportándose mal.

Se las llevarían al cepo hasta que sus hombres las recogieran y dieran garantías de que en el futuro observarían buena conducta. Esta macabra procesión iba seguida por el campanero, vestido con los colores del gremio de la ciudad. De vez en cuando se detenía, tocaba la campana y anunciaba que Miles Sallet, un zapatero, había sido multado con veintidós pares de zapatos de buena piel de becerro por derribar a un alguacil de la ciudad y negarse a pagar la multa.

Finalmente, Cranston sacó a Athelstan de esta ancha vía pública y lo condujo por Darkhouse. Al final de la calle, después de una franja de propiedad comunal, se elevaba una mansión elegante pero bastante decrepita, cuyos tejados de tejas, cañerías de plomo y ladrillos rojos sobresalían por encima de un gran muro gris. Cranston se acercó con paso majestuoso a la caseta del guarda y tiró del cordón de la campanilla, oculto por una pantalla que curiosamente tenía una forma parecida a un pene. Volvió a tirar del cordón. Athelstan leyó el anuncio clavado en un pedazo de madera que colgaba de uno de los postes de la verja, anunciando que el «Jardín de las Delicias», ubicado justo detrás, ofrecía uvas, manzanas, peras, cerezas, melocotones, moras y albaricoques. Encima del cartel estaba pintado un pálido cisne, con su largo cuello vuelto.

—Para el no iniciado, padre —dijo Cranston riendo—, esto parece que sea lo que cualquier vendedor ambulante vendería en su puesto. Creedme, jamás habéis visto el tipo de grosellas que crecen en esta casa.

Cranston llamó a la puerta. La rejilla se abrió y asomaron unos ojos.

—Largaos —espetó una voz.

—¿Sois vos, Owlpen? Abrid. Soy Jack Cranston. O abrís o volveré con una orden de registro.

La puerta se abrió enseguida y un hombrecillo de ojos redondos en un redondo rostro, dos mechones de pelo erguidos como las orejas de una corneja, miró temeroso al forense.

—¡Ah!, sir John.

—Dejad eso ahora —espetó Cranston.

Apartó a Owlpen de un empujón y enfiló el sendero de guijarros. A ambos lados del jardín se alzaba una valla de celosía. Subieron unos escalones, cruzaron una puerta entreabierta y pasaron por un sinuoso pasadizo. Las paredes estaban encaladas, las piedras del pavimento inmaculadas. Owlpen intentó seguirles el paso, pero Cranston sabía adónde iba. Torció a la derecha y entró en una pequeña estancia con dos grandes

ventanas que daban a un delicioso jardín. Athelstan vislumbró una zona de césped y un jardín de hierbas aromáticas elevado, así como un pequeño palomar al fondo. La estancia en sí era más como una celda de monja, fea, con paredes blancas enyesadas, muebles oscuros, ningún tapiz ni pintura salvo un gran crucifijo sobre la repisa de la chimenea. Había una mujer sentada junto al chisporroteante fuego, hundida en una silla parecida a un trono, con los pies sobre un pequeño taburete. Estaba haciendo una labor de bordado y apenas levantó la cabeza cuando Cranston se quitó la gorra de castor e hizo una reverencia burlona.

—Sabía que vendríais, Cranston, como una mosca del montón de estiércol.

La mujer levantó la cabeza. A la escasa luz de ambas ventanas y del fuego, Athelstan no podía determinar su edad. Tenía el rostro pálido, de facciones duras, bastante hermoso, de no ser por sus ojos relucientes y el ligero rictus de su boca. Llevaba un vestido de color azul oscuro, con la parte delantera de encaje, cinturón bajo y por encima una capa de terciopelo forrada de seda bordada. Su cabello oscuro quedaba oculto bajo un tocado de fina tela gofrada cortada en semicírculos que le colgaban a ambos lados de la cara. Llevaba al cuello una cadena de oro con una cruz adornada con piedras preciosas y en el dedo meñique de cada mano un anillo a juego.

Cranston no respondió a su insulto. Se limitó a quedarse de pie, cerniéndose sobre ella como una oscura sombra.

—Roheisa —susurró—, no me hagáis actuar como un matón.

—Para vos, sir Jack, soy la madre Veritable.

Dejó el bordado en una mesita auxiliar, cogió una campanilla y la hizo sonar con vigor. Entró una doncella. La madre Veritable le pidió que trajera dos taburetes. Haciendo caso omiso de Cranston, miró a Athelstan de la cabeza a los pies.

—Un dominico —dijo con desprecio—. Bueno, ha de haber de todo. En esta casa, el vestido de un hombre no significa nada. ¿Por qué os quedáis ahí parado, curita? He oído hablar de vos, de vuestro ingenio aguzado —se rió— y de vuestra narizota.

—Que Dios os bendiga, madre Veritable. —Athelstan esbozó la señal de la Cruz; ella hizo un gesto de rechazo con la mano.

Owlpen y la doncella regresaron con taburetes. Cranston y Athelstan se instalaron lo más cómodamente posible.

—No os ofreceré nada de beber. —La madre Veritable apartó el reposapiés de una patada—. No tomaréis nada en esta casa, ¿no es así, Cranston?

—Tomaré la verdad.

La madre Veritable suspiró y elevó los ojos al cielo.

—Allá vamos, señor forense, de nuevo al mundo de los hombres, ¿eh? Anoche mataron a dos de mis chicas, Beatrice y Clarice.

—Las hijas de Ginebra la Dorada.

—Recuerdo a Ginebra. —Los ojos de la madre Veritable reflejaron tristeza, su rostro perdió algo de dureza—. Como he dicho, sir Jack, es el mundo de los hombres, brusco y cruel. Yo quería a Ginebra. ¡Ah! Tenía el corazón tan negro como claro era su rostro, pero quizá la quería por su traición. Vos nos conocíais a las dos, Jack.

Cranston enrojeció, turbado, y arrastró los pies. La madre Veritable se inclinó hacia delante y puso uno de sus enjorados dedos sobre la manaza de Cranston.

—¿Recordáis los días gloriosos, Jack? —Su voz era suave y dulce—. Ginebra amaba, yo amaba, vos amabais, la ciudad estaba llena de jóvenes caballeros con sus bellas damiselas. Entonces no era tan difícil. Mi corazón no se había vuelto de piedra. No había aceptado el mundo tal como es: cruel y duro. ¿Recordáis al hombre al que amaba, Jack?

—Le mataron —respondió Cranston—. Le mataron en las afueras de Burdeos, ¿verdad? —Apartó la mano como si de pronto hubiera recordado por qué estaba allí.

—¿Beatrice y Clarice? —La mujer se recostó en la silla y se encogió de hombros—. Maese Rolles, como de costumbre, las había solicitado, había dejado un mensaje en el tapiz del Castillo del Amor; alguien quería contratarlas a las dos. Así que se bañaron y se perfumaron, se pusieron sus mejores vestidos y fueron a la Gran Caza de Ratas. Ah, por cierto, he destruido el mensaje de Rolles.

—¿Y vos accedisteis —preguntó Athelstan— a que dos de vuestras mujeres salieran por la noche?

—Ya había recibido una moneda de plata, un adelanto de lo que vendría después. —Sostuvo la mirada de Athelstan—. No regresaron. Pensé que las habrían contratado para toda la noche. Éste es el único sitio que conocen. Tenían que haber regresado y traído la plata.

—¿Todo el dinero? —preguntó Athelstan.

—Mirad, curita...

—Fraile —corrigió Athelstan—. Soy fraile dominico.

—Lo que seáis —espetó ella—, os diré una cosa: pobre de la chica que vuelva aquí y se quede lo que debe.

Desvió la mirada y se quedó mirando detrás de la cabeza de Athelstan. El dominico se volvió: dos corpulentos patanes, vestidos con chaqueta de cuero, calzas metidas en botas de tacón alto, cinturones con espada atados a la cintura, permanecían en silencio junto a la puerta con una porra en la mano.

—Decid a vuestros adorables muchachos que se marchen —pidió Cranston. La madre Veritable hizo un gesto con la cabeza. Cranston oyó que la puerta se cerraba.

—Maese Rolles ha enviado un mensaje esta mañana para decir que habían hallado a las dos muchachas en el granero. Muertas por una flecha de ballesta y una daga, ¿no es así? He ido a ver los cadáveres —prosiguió la madre Veritable como si describiera una visita a un puesto del mercado—. Todavía eran bellas, pero estaban muertas. —Medio sonrió—. Maese Rolles les había quitado las joyas.

—Lo había olvidado. —Cranston chasqueó los dedos—. Tenía intención de entregarle las joyas a fray Athelstan para que las venda y distribuya el dinero entre los pobres.

—No lo quiero —protestó Athelstan. A pesar de la aparente acritud de aquella mujer, se preguntaba si estaba tratando de verle el sentido al horror que había presenciado—. Sir John —se volvió al forense—, haga que devuelvan las joyas aquí.

La madre Veritable sonrió con los ojos.

—El hábito no hace al monje —murmuró haciendo un guiño a Athelstan—. No muchos sacerdotes habrían dicho eso. ¿Rezasteis por ellas, padre?

Athelstan asintió.

—¿Sabéis lo que ocurrió? —insistió Cranston.

—Según lo que Rolles y los otros han descrito —suspiró la madre Veritable—, las dos muchachas disfrutaron de la velada y se marcharon tranquilamente a reunirse con su cliente en el granero.

—¿Y sabéis quién era él?

—Sir John —miró con coquetería al forense—, si lo supiera, mis apuestos muchachos ya le habrían visitado. Maese Rolles no lo sabía. Nadie vio nada.

—¿Alguna vez maese Rolles...? —Athelstan buscó las palabras.

—¿Cató este vino? —bromeó la madre Veritable—. ¿En su taberna? No, que yo sepa. —Se dio unos golpecitos en la punta de la nariz—. Pero aquí siempre es bien recibido.

—¿Sabéis quién se aloja en La Noche en Jerusalén? —preguntó Cranston—. El Judas.

La madre Veritable meneó un rato la cabeza e hizo una mueca.

—Y los Halconeros, los Caballeros del Halcón de Oro.

La madre Veritable descansó los codos en la silla y clavó la mirada en el suelo.

—¿Alguna vez vienen aquí? ¿Maurice Clinton, Thomas Davenport, Reginald Branson, Laurence Broomhill, Stephen Chandler? ¿Vinieron aquí? —repitió Cranston—. ¿Sus nombres os dicen algo?

La madre Veritable apartó la cara y se quedó mirando el fuego. Tosió como para aclararse la garganta, sus hombros se estremecían y Athelstan se dio cuenta de que estaba llorando. La estancia se había quedado mortalmente silenciosa, el único ruido que se oía era el crepitar de las llamas y el chisporroteo de uno de los braseros. La madre Veritable se levantó, cogiendo un bastón, y se acercó cojeando a una mesita auxiliar en la que había un calentaplatos. Destapó una cazuelita y espolvoreó unas hierbas en ella; luego, volvió a la silla, secándose las lágrimas de la mejilla.

—Me rompí una pierna. —Se sentó con dificultad, agarrándose a su bastón—. Sir Jack os lo contará, fray Athelstan. Un hombre al que no le gustaba me vino a visitar con sus matones, pero para responder a vuestra pregunta, sí y no. No, esos caballeros no han estado aquí... recientemente. Y sí, conozco sus nombres. —Se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. Como he dicho, en los días gloriosos... Eran amigos de Culpepper, y el otro que robó el tesoro lombardo y huyó.

—¿Qué os hace estar tan segura de que ellos lo robaron? —preguntó Athelstan.

—Porque al mismo tiempo desapareció Ginebra. Ella y Culpepper estaban locamente enamorados, su belleza le había trastocado. —La madre Veritable se apoyó en su bastón con una expresión remota en los ojos—. Días gloriosos —susurró—. Londres estaba lleno de jóvenes soldados, caballeros y escuderos, preparándose para la Gran Expedición. El Támesis rebosaba de barcos, buques mercantes de Hainault, buques de guerra de Flandes, galeras de Venecia... todos los jóvenes señores listos para tomar la

Cruz y salir a matar al infiel por el buen Jesús. —Se interrumpió—. Culpepper y el resto se quedaron en La Noche en Jerusalén. Él y Ginebra se reunieron. Claro que esos hombres venían aquí, incluso sir Maurice Clinton, que estaba muy enamorado de mí, al menos en aquella época.

—¿Ginebra os contó lo que planeaban?

La madre Veritable negó con la cabeza.

—Insinuó que esta vida no era para ella, que algún día las cosas cambiarían, que su caballero, como algún héroe de la corte de Arturo, vendría galopando y se la llevaría en brazos. Culpepper estaba profundamente enamorado de Ginebra; ella creía estar enamorada de él.

—¿Creía? —preguntó Athelstan.

—El corazón de Ginebra era inconstante como la luna. Sólo soñaba con prosperar, con convertirse en una gran dama.

—¿Y el padre de sus hijas?

La madre Veritable ahogó la risa.

—Es un hombre sabio el que conoce a su padre. Ginebra cometió un error, pero tenía muchos admiradores. Habéis sido amable, padre, así que os contaré esto. La noche en que desapareció, bueno, la tarde anterior, recogió todas sus pertenencias y se marchó furtivamente. Estaba muy excitada. Le pregunté adónde iba.

—¿Y?

—Bueno, a vuestra iglesia, padre.

—¿San Erconwaldo?

—Es lo que dijo. Nunca se la volvió a ver ni se tuvo noticias de ella.

La madre Veritable se inclinó y dio unos golpecitos a sir John, que empezaba a quedarse dormido. El forense se rebulló.

—¿Qué creéis que ocurrió, Roheisa? —Chasqueó los labios.

—He oído cosas —confesó—. Y podéis examinar los archivos, sir Jack, y veréis que una mujer, cuya descripción coincide con la de Ginebra, fue vista subiendo a bordo de un buque mercante, un barco veneciano, tres días después de que la flota de cruzados partiera hacia Alejandría. —Hizo una mueca—. Pero esto es todo.

—¿Y sus dos hijas?

—Las crié yo, eran idénticas. Se parecían muchísimo a su madre. A veces creía que Ginebra había vuelto. —Puso el bastón al lado de la silla.

—¿Podemos registrar sus cámaras?

—Ya lo he hecho. No hay gran cosa.

—¿Podemos verlo? —insistió Athelstan.

—¿Me devolverán las joyas? —preguntó.

—Tenéis mi palabra —le aseguró Cranston.

La madre Veritable se puso en pie y, apoyándose en el bastón, se dirigió hacia la puerta. Susurró algo a los criados que estaban fuera y regresó a su silla, donde se sentó serenamente como una abadesa en un convento. Poco después entró en la estancia una mujer joven, con el cabello castaño rojizo recogido atrás. Lucía un vestido verde, con cinturón blanco. Si la madre Veritable era la abadesa, aquella joven se mostraba tan tímida y recatada como una novicia. Acercó un taburete y se sentó al lado de su ama, con una bolsita de cuero en las manos.

—Esta es Donata —explicó la madre Veritable—, amiga íntima de las dos muchachas muertas.

Donata levantó su pálido rostro; sus ojos almendrados tenían una expresión serena, calmada.

—Donata de momento está descansando —prosiguió la madre Veritable—, por eso no lleva la cara ni los labios pintados. También está de luto. —Tocó la cinta negra que la muchacha llevaba atada en su esbelto cuello—. Donata, éstos son sir John Cranston y fray Athelstan. No, no tengas miedo, sir Jack aquí no tiene autoridad. —La madre Veritable sonrió—. Mientras tenga clientes poderosos. Cuéntales lo que sabes.

—Beatrice y Clarice... —empezó Donata.

Athelstan distinguió un acento del sudoeste. Reparó en lo largos y delgados que eran los dedos de la muchacha. Se preguntó qué hacía una joven tan hermosa en una casa como aquella, hasta que recordó la multitud de gente joven, hombres y mujeres, que venían del campo en busca de trabajo.

—¿Qué les ocurría? —preguntó fray Athelstan.

Donata respiró hondo, cerrando bellamente sus hermosos ojos.

—Tenemos que dar todo lo que ganamos a la madre Veritable, que tan bien nos cuida —se apresuró a añadir—. Pero una noche que habían bebido, dijeron, bueno, dijeron que podían ganar más oro y plata del que yo podía imaginar, eso es todo lo que dijeron. —Se encogió de hombros—. Creí que era una broma, palabras dichas por efecto del vino.

—¿Quiénes eran sus clientes? —preguntó Athelstan.

Donata le miró fijamente con serenidad.

—Fray Athelstan —dijo riendo la madre Veritable—, nuestros clientes no llevan carteles colgados al cuello, vienen y se van como sombras.

—Es lo único que dijeron —insistió la muchacha. Entregó la bolsita a Athelstan—. Aquí guardaban sus cosas de valor.

Athelstan desató el cordón y vació el contenido: algunas joyas, baratijas, chucherías, botones, horquillas, un mechón de pelo y un pequeño rollo de pergamino, bastante sucio y amarillento. Athelstan dejó la bolsa y desenrolló el manuscrito. Estaba escrito en tinta negra oscura. La letra parecía de escribano, clara y bien formada; era un poema escrito en francés normando, a imitación de los trovadores de París. Athelstan leyó las primeras líneas.

*Le Coq du Couronne Rouge est Maigre
Comment le grand Seigneur, Monsieur Le Coq...*

Athelstan se dio cuenta de que era uno de esos hábiles trucos de los poetas: las referencias a un «gallo» y a una «cresta roja» eran alusiones sexuales. El texto estaba apretado, tenía poca importancia, de modo que volvió a enrollarlo y lo guardó.

Cranston hizo ademán de levantarse, pero de pronto alargó el brazo y cogió a Donata por la muñeca. La muchacha se sobresaltó.

—¿Los Caballeros del Halcón Dorado?

La madre Veritable quiso protestar; Cranston apretaba los dedos de la otra mano en la boca de Donata.

—¡Haré que te arresten, muchacha, y te interroguen si no cuentas la verdad!

La brusquedad de sir John sorprendió a Athelstan. Por la cara de Donata podía decir que sir John había puesto el dedo en la llaga.

—¿Vienen aquí? —preguntó sir John—. Esos grandes señores de Kent, no juntos, sino quizá de uno en uno. Es así, ¿no es cierto? —Apretó más. Donata, con los ojos desorbitados por el miedo, asintió—. Y preguntaron por Beatrice y Clarice, ¿verdad? ¿Cuáles?

La muchacha, aterrada, negó con la cabeza.

—Soltadla, sir Jack.

La madre Veritable cogió su bastón y golpeó con él en el suelo. Cranston dejó a la chica. Donata recogió la bolsa. Se levantó tan deprisa que volcó el

taburete y a continuación corrió hacia la puerta, cerrándola con un golpe tras de sí.

—Habéis sido demasiado brusco.

—Ya os lo he dicho, he venido a buscar la verdad —replicó Cranston—. ¿Realmente esperáis que crea que cinco grandes señores de Kent, que han venido a Londres a celebrar algo, a llenar sus estómagos con vino, cerveza y buena comida, no satisfacen sus otros apetitos? ¿Qué no visitarían un burdel que habían frecuentado en su juventud? Ah, ahora que son importantes se comportan de modo diferente, ¿verdad? No subirán el sendero tambaleantes, riendo, cantando, sino, como vos diríais, como un ladrón en la noche. Ahora, si queréis, madre Veritable, puedo hacer que registren este lugar. Puedo hacer venir a maese Flaxwith.

—Os he dicho más de lo que debería, sir John. ¡Conocéis las reglas de esta casa sobre el secreto! Sí, tenéis razón. Todos estuvieron aquí, de uno en uno. Todos pidieron ver a Beatrice y a Clarice, a veces una, a veces las dos juntas.

—¡Ah! —Cranston suspiró—. Y por tanto no es imposible imaginar que, la noche de la Gran Caza de Ratas, uno o dos, o todos esos fornidos caballeros, preguntaron por Beatrice y Clarice.

—¿Pero por qué reunirse en el granero? —preguntó Athelstan.

—La madre Veritable conoce la respuesta a eso, ¿verdad? —Cranston se levantó y se quedó junto a la dueña del burdel—. Quienquiera que las contratase no se atrevía a llevarlas a su cámara; no querían que estas historias llegaran a Kent. Quién sabe, quizás en el mismo granero, en alguna otra taberna o incluso vuestro cementerio, fray Athelstan.

Cranston se inclinó y dio un apretón en el hombro de la madre Veritable.

—¿Cuál de los caballeros prefería a ambas chicas juntas? ¡No me miréis así! ¿Cuál de ellos?

Cranston cogió el bordado y lo sostuvo como si estuviera a punto de arrojarlo al fuego.

—¡Dos jóvenes mujeres fueron brutalmente asesinadas!

—Lo hacían todos —declaró la madre Veritable.

—¿Y qué decían las muchachas? Vamos —gruñó Cranston—. Sabéis historias de vuestros clientes.

—Son viejos como vos, sir Jack, o sea que tienen dificultades, en especial el bajito y gordo, sir Stephen Chandler.

—¿Sabéis que ha muerto? —preguntó Athelstan.

La madre Veritable emitió un sonido grosero con los labios.

—Así que ha muerto otro hombre, padre. ¡A mí qué me importa! Sí, todos venían aquí. Siempre pedían por las hijas de Ginebra. Les gustaba. Veían a esas muchachas como un vínculo con el pasado.

—¿Y algo más? —tentó Cranston—. Si Ginebra estaba tan enamorada de Culpepper, y era inalcanzable para ellos, podrían pensar que las hijas eran compensación suficiente.

—Conocéis a los hombres, señor forense, mejor que yo. Ahora, debéis terminar.

—¿Esta costumbre de maese Rolles de enviar recado para las chicas...? —preguntó Athelstan.

—Es muy beneficiosa para ambas partes.

—¿Y ellas siempre vuelven con la plata?

—Suelen hacerlo. A veces alguna me engaña, pero en raras ocasiones.

—¿Y el benedictino? —preguntó Athelstan—. Malaquías.

La madre Veritable meneó la cabeza.

—No sé nada de él.

Poco después Cranston y Athelstan abandonaron la casa y enfilaron Darkhouse Lane, cuando empezaba a oscurecer y una leve neblina procedente del río empezaba a cubrir callejuelas y arroyuelos. En las ventanas ya podían verse velas encendidas y linternas colgadas fuera de las casas. Sin embargo, aún reinaba un gran bullicio en la principal vía pública. Las multitudes, con sus multicolores atavíos, estaban impacientes por comprar; el comercio llegaba a su fin, por lo que el precio de la carne, el pescado y las verduras se rebajaba. Los alguaciles también estaban ocupados, desfilando por las calles con unos escalones de madera, anunciando que una lavandera, ocupada con su ropa en el Támesis, había resbalado por aquellos escalones y se había ahogado. Los alguaciles declaraban que los escalones habían sido valorados en una tercera parte de su coste y, debido al accidente, se vendería la madera y los beneficios irían a la Corona. Detrás de ellos iba un elaborador de velas de cera sentado de espaldas en un caballo, con un cántaro sobre la cabeza del que le caía encima agua sucia, el castigo por sacar agua de una conducción pública. Los alguaciles iban acompañados por un grupo de gaiteros, que ensordecían el ambiente con su estruendo. Dos locos, atraídos por el ruido, hacían cabriolas, agitando sus sucios harapos en la brisa procedente del río.

—¿Adónde vamos, sir John? —preguntó Athelstan.

—¿Adónde creéis?

Cranston torció a la derecha y Athelstan gruñó cuando se dio cuenta de que volvían a la Noche en Jerusalén, aunque enseguida concedió que tal visita era necesaria; aquellos caballeros de Kent no eran tan inocentes y nobles como parecían.

Llegaron al patio de los establos, Cranston lo cruzó con grandes pasos, llamando a gritos al tabernero. Athelstan recorrió con la mirada el recinto empedrado. La taberna debía de haber sido una mansión señorial, con establos, cobertizos, casas solariegas y graneros. Éstos ahora se habían reconvertido para ser utilizados por los viajeros. El granero, con las puertas ahora ocultas por un enorme carro de costados altos, se hallaba en el otro extremo. Athelstan se dio cuenta de que podía llegarse a él desde la puerta principal de la taberna así como a través de la puerta lateral y la puerta de la cocina, por no mencionar las diversas ventanas. Por la noche el patio estaría oscuro como la boca de lobo, quizás iluminado por una antorcha o un brasero, pero podía imaginar a alguien moviéndose en la oscuridad, con una ballesta en una mano, la daga metida en el cinturón, deslizándose como el Ángel de la Muerte por la puerta entreabierta e introduciéndose en el granero. Dentro, una linterna con tapa proporcionaría suficiente luz al asesino. Beatrice y Clarice estarían cansadas. Habrían bebido mucho... ¿Cuánto se tarda en soltar la cuerda del arco para enviar la flecha zumbando en el aire? La muerte a tanta proximidad sería inmediata. La otra muchacha estaría confusa, el asesino podría acercarse a grandes pasos y hundir la daga en ella. Athelstan se levantó la capucha y se quedó mirando el suelo de guijarros cubierto de barro, reluciente por la ligera llovizna que había empezado a caer. El acto asesino no duraría más de unos segundos, menos de lo que tardaría un sacerdote en recitar su salterio.

—Bien, Athelstan.

Cranston estaba parado en la puerta de la taberna y le hacía señas. Athelstan se apresuró a reunirse con él, agradeciendo el dulce calor del interior. Rolles estaba ocupado en la cocina, pero el forense insistió en verse con los caballeros, y poco después Cranston estaba sentado a la cabecera de la larga mesa de nogal del aposento, mientras maese Rolles, fray Malaquías y los cuatro caballeros se situaban a ambos lados. Athelstan se sentó en el otro extremo. Sacó su bandeja de escritura, destapó el tintero y preparó una afilada pluma.

—Debo protestar —declaró sir Thomas Davenport—. Mi señor forense, teníamos intención de visitar Trinity, invitados por los concejales del ayuntamiento.

—Me daría igual si os hubiera invitado Dios Todopoderoso —espetó Cranston—. Tengo más preguntas para haceros.

Davenport puso cara de fastidio. Sir Reginald Branson, con su largo cabello gris atado en una cola, hizo ademán de marcharse, arrastrando la silla hacia atrás, con su capa negra y blanca colgada de un brazo.

—Si os vais, señor, os haré arrestar por asesinato. —Cranston dio un puñetazo en la mesa—. Y lo mismo os digo a vos, maese Rolles, por muy ocupado que estéis, aunque tuvierais a José y María en el establo, aunque, conociéndoos, ni siquiera les habríais dado eso.

La ira de Cranston acalló toda protesta.

—Maese Rolles, ¿contratáis chicas a la madre Veritable?

—Ya os lo he dicho. —El gordo rostro del tabernero relucía de sudor; arrugó el entrecejo entre sus ojitos de cerdo, respiró ruidosamente y señaló el tapiz—. Se deja una carta allí, con una moneda de plata y el nombre de la muchacha que se desea. —Tamborileó con los dedos sobre la mesa—. A veces lo dejan para mí, otras lo pongo yo para el mensajero de la madre Veritable...

—¿Cuántas monedas? —interrumpió Athelstan.

—Sea cual sea el trato, se hace un depósito de dos monedas; una para mí y la otra para la madre Veritable.

—¿No va esto contra las ordenanzas de la ciudad? —preguntó Athelstan.

—Decídselo, sir John.

—Southwark se halla bajo la jurisdicción de la Corporación. Mientras Rolles no albergue realmente a las muchachas en cuestión, no quebranta ninguna ley. Así que estas mozas simplemente llegan y sus clientes las están esperando, ¿no?

—Sí —dijo Rolles—. La noche de la Gran Caza de Ratas entraron en la taberna. Tenían que reunirse con su cliente una vez terminada, hacia la segunda hora después de medianoche. En la taberna hay velas horarias. Las muchachas no podían perderse semejante cita. Las vi allí hasta poco antes de la pelea, cuando el Judas mató a Toadflax creyendo que era el Misericordia.

—¿Por qué estamos aquí? —Sir Laurence Broomhill, un poco más bajo que el resto, se inclinó sobre la mesa y miró con furia a Athelstan.

—Lo sabéis muy bien. ¿Alguno de los presentes —Cranston les miró a todos— juraría que nunca ha yacido con una de las mujeres asesinadas o con ambas?

Sir Laurence se retiró.

—Responded a la pregunta. —Cranston golpeó la mesa—. Vinisteis a Londres para celebrar lo que llamáis «los viejos tiempos», cuando os reuníais aquí como cruzados bajo el estandarte de lord Pedro de Chipre. Volvéis cada año. Os alojáis aquí y oís misa en San Erconwaldo. También visitáis el burdel, y siempre pedís por Clarice o Beatrice.

—¿Es cierto eso? —preguntó fray Malaquías débilmente—. ¿Os asociáis con prostitutas?

—No podéis asistir a misa —declaró Athelstan—. No debéis tomar la Eucaristía hasta que pongáis fin a este pecado, os confeséis y recibáis la absolución.

Los caballeros quedaron visiblemente desconcertados y permanecieron en silencio.

—En realidad —prosiguió Athelstan—, no os quiero en mi iglesia. Habéis fornicado.

—Lo que para mí es más importante —observó Cranston— es que uno, dos o todos podéis haber cometido un asesinato. ¿Dónde os encontrabais la noche en que estas muchachas fueron asesinadas?

—Salimos del bar —explicó sir Maurice Clinton—. Nos marchamos después de la Gran Caza de Ratas. Regresamos a nuestros aposentos.

—¿Todos? —preguntó Cranston.

—Decid la verdad —instó fray Malaquías—. Adelante, sir Laurence.

El caballero apoyó los codos en la mesa y se pasó los dedos por su ralo cabello.

—Todos regresamos a nuestros aposentos. Fray Malaquías fue al mío, alarmado por el ruido de una pelea que venía de abajo. Quería saber si compartiría una copa de vino con él, pero yo había bajado para averiguar el motivo de tanto estruendo.

—¿Y qué pasó entonces? —preguntó Athelstan—. ¿Qué hicisteis, fray Malaquías?

—Bajé a ver qué era lo que había causado el tumulto. Por entonces el hombre ya estaba muerto y su cuerpo yacía en el bar. Salí al patio de los

establos a tomar el aire. Vi volver a sir Stephen, envuelto en su capa. Parecía agitado. —El benedictino miró alrededor de la mesa—. No quiero traicionar a mis camaradas, pero debemos contarle a sir John lo que ocurrió en el bar.

—Adelante —dijo el forense.

—Durante la Gran Caza de Ratas —relató sir Maurice—, Chandler se separó de nosotros. Le vi discutir con las dos prostitutas.

—¿Queréis decir que él las solicitó?

Sir Maurice asintió.

—Ellas no querían saber nada de él —prosiguió—. Se reían, le empujaban. Él regresó sudando, maldiciendo por lo bajo.

—¡Oh *Domine, miserere*! Señor, tened piedad —susurró sir Laurence.

Cranston extendió las manos sobre la mesa.

—¿Es posible —preguntó Davenport— que sir Stephen fuera insultado por esas dos prostitutas? Puede que las invitara a venir aquí y ellas se negaran porque tenían otro encargo.

—Debo confesar —intervino sir Maurice— que hemos registrado las posesiones de sir Stephen. Tenía una ballesta, que ahora falta.

Athelstan escrutó a aquellos caballeros de Kent, poderosos señores, hombres que poseían ricas haciendas, guerreros de la Cruz, que llevaban vidas secretas, que viajaban a Londres —Athelstan reprimió su ira— para ir de jarana y de parranda. Pecaban en secreto en la oscuridad de la noche y después acudían a su iglesia para comer y beber el cuerpo y la sangre de Cristo. Ah, sí, reflexionó Athelstan, sir Stephen o en realidad todos aquellos hombres matarían a una prostituta en un abrir y cerrar de ojos, por rabia, frustración o la sensación de que su honor había sido mancillado. Miró a sir Jack, que también estaba absorto en sus pensamientos; recordó que el forense le había dicho que los caballeros como aquellos, señores feudales, eran de mirada dura, corazón de piedra y avariciosos. No era de extrañar que los campesinos de sus condados de los alrededores de Londres hirvieran de descontento. Los hombres hablaban en susurros diciendo que pronto habría un levantamiento, dirigido por la Gran Comunidad del Reino. Cranston afirmaba que la revuelta empezaría en Kent, lo que no era ninguna sorpresa, dado que los señores de ese condado eran unos hipócritas estrechos de miras como aquellos.

—¿Alguno fue a ese cobertizo? —preguntó Cranston.

—¿Qué podría yo tener que ver con esas prostitutas? —El benedictino levantó la mano derecha y exhibió sus dedos deformes—. Obra de una cimitarra, sir John. No podría manejar una ballesta. Preguntad a cualquiera de estos buenos hombres. —La voz de Malaquíás estaba llena de sarcasmo—. Con esa arma soy más un peligro para mí mismo que para nadie.

—Y vos, maese Rolles, ¿dónde estabais?

El tabernero se puso en pie y se dirigió hacia la puerta. Llamó a Tobías, que servía de cocinero y tonelero, y volvió a su silla. Poco después un hombre joven, de cabello rojo y erizado, con un mandil de cuero, entró en la estancia.

—Tobías, diles a estos caballeros dónde estuve después de la Gran Caza de Ratas.

El hombre se rascó la cara con dedos manchados de sangre; luego, jugueteó con el cuchillo de carnicero que llevaba en el bolsillo de su mandil.

—Se produjo la pelea —masculló—. Sí, eso es, se produjo la pelea, pero vos estabais ocupado en la cocina. Cuando regresasteis, Toadflax estaba muerto. Dejasteis el cadáver tendido en el bar y volvisteis a la cocina.

—Sí —declaró Rolles con exasperación—, ¿y qué ocurrió entonces?

—Os quedasteis allí. Había algún problema con el pan negro —explicó Tobías—. La masa no había subido en el horno.

—Gracias, maese Tobías —espetó Cranston—. ¡Podéis iros!

El forense se quedó sentado tamborileando con los dedos en la mesa, observando a Athelstan, que, con la cabeza baja, escribía a toda prisa en el pergamino que mantenía extendido con unos pesos colocados en cada esquina. El fraile ahora escribía la crónica de todo lo que había ocurrido. Cranston se alegraba, pues no encontraba sentido a la cadena de acontecimientos.

—Sir John —dijo sir Maurice—, habéis mencionado nuestros fallos, pero ¿qué podéis decirme de sir Stephen? Su cadáver yace frío y rígido en un cobertizo de la taberna.

—Por lo que sé, sir Stephen podría ser un asesino —replicó Cranston. Se interrumpió a tiempo para no especular abiertamente sobre si la noche anterior Chandler había salido al patio por voluntad propia o enviado por sus camaradas.

—Hablando de quién estaba dónde —Rolles se rebulló en la silla—, la madre Veritable ha sido muy sincera con vos, sir John. ¿Os ha dicho que ha

estado aquí, en la taberna, esta misma mañana, cuando sir Stephen ha muerto?

Athelstan levantó la cabeza, entrecerrando los ojos. Era evidente que Rolles estaba perdiendo los estribos, hervía por dentro, alarmado por cuánto habría confesado Donata, la muchacha de la madre Veritable.

—¿Qué estáis diciendo? —preguntó Athelstan.

—Dos de sus chicas fueron asesinadas aquí. —Rolles no podía evitar el desprecio en su voz—. Era bien sabido que Chandler era cliente suyo. Anoche las solicitó a las dos, y ella ha estado en la taberna la mañana en que él ha muerto.

Athelstan reanudó su escritura.

—Y hay alguien más. —Rolles se pasó la lengua por los labios—. El hombre que se refugia en vuestra iglesia, que se hace llamar el Misericordia.

—¿Le conocéis bien? —preguntó Cranston.

—Es un alegre bribón —declaró Rolles—. Anoche estuvo en la Gran Caza de Ratas. Viene a menudo a esta taberna. —Se interrumpió, reuniendo sus pensamientos—. También él habló con Beatrice y Clarice; eso fue antes de que engatusara a Toadflax para que llevara colgado al cuello aquel cuchillo.

Athelstan se puso a escribir de nuevo, tomando buena nota de lo que oía. Cranston empujó su silla hacia atrás, se puso en pie y se acercó a la ventana que daba al jardín. El día llegaba a su fin, estaba oscureciendo, la niebla del río se hacía más densa.

—Sir John, ¿habéis terminado? —Maese Rolles comenzaba a impacientarse.

—¿Es cierto —preguntó Cranston sin girarse— que hace veinte años se decía haber visto a Richard Culpepper y a Ginebra la Dorada?

—Tantas veces como hojas hay en los árboles —respondió sir Maurice—. Se ofrecía una generosa recompensa. Nunca se consiguió nada.

—Aquella tarde —prosiguió Cranston—, cuando Culpepper desapareció, ¿recogió todas sus cosas?

—Sí, todo.

—Incluida la verdad —espetó Cranston—. Caballeros, liemos terminado, pero nadie ha de abandonar esta taberna o Southwark sin mi permiso. Ah —sonrió con falsedad a Rolles—, las joyas de las mujeres

muertas hay que devolverlas a la madre Veritable. —Agitó una mano—. En cuanto al cadáver de Chandler, haced lo que queráis con él.

Salieron de La Noche en Jerusalén. Cranston quería ir a una casa de comidas, proclamando a voz en grito que deseaba cenar en buena compañía y no con un hatajo de hipócritas.

—Sir John —Athelstan se levantó la capucha—, me gustaría bajar al río. Quiero ver el lugar donde se produjo el gran robo. ¿Lo conocéis?

—El Muelle de las Ostras —respondió Cranston—, o eso indicaron los informes. También sé dónde podemos comer.

Recorrieron las calles, que ahora, a medida que caía la noche y venía del río una helada niebla, se iban vaciando. Los puestos habían sido retirados; sólo algunos vendedores de huevos, acarreando sus cestas, gritaban: «¡Diez por un penique!». Cranston condujo a Athelstan por un laberinto de callejuelas y calles, sucias y hediondas, y de nuevo a la vía pública que serpenteaba hasta el río. Siguieron por Mincing Lane, pasando por delante de una pequeña capilla para cantores que, según explicó Cranston, había sido construida en memoria del conde de Pembroke, que había resultado muerto en un torneo el día de su boda. Las calles se hicieron más ruidosas a medida que se acercaban al río. Los destripadores de pescado aún intentaban vender lo que les había sobrado. El pesador estaba ocupado comprobando los pesos y medidas para el queso, la mantequilla y la cera. Al fin llegaron al Muelle de las Ostras. Más abajo había un gran molino de viento; aun así, el aire apestaba debido a las curtidurías que había cerca. Los pescadores, con ajadas gorras de lana, se preparaban para una noche de pesca. Cerca de los escalones, los remeros habían traído sus capturas de ostras, buccinos y mejillones, dejando sus cestas ante el sargento de los buccinos y el examinador de las ostras, dos oficiales que garantizaban la calidad de cada captura antes de que se vendiera.

Los oficiales permanecían bajo un toldo de piel. Cranston y Athelstan se reunieron con ellos, y comieran ostras y cebollas, utilizando como mesa una cabeza de cerdo, mientras el forense compartía su milagroso odre de vino. Más abajo, unos muchachos con cestas corrían de un lado a otro ofreciendo salmón, caballa, anguilas y arenques a sólo dos peniques. Los muchachos se pararon para ridiculizar a una pescadera que había sido obligada a permanecer en los muelles por vender morralla, que ahora le habían liado alrededor del cuello. Mientras Cranston charlaba con los oficiales, Athelstan se secó la boca y se acercó a los escalones que bajaban al río.

Intentó olvidar los ruidos y los olores, con el fin de imaginar aquel muelle la noche del gran robo. Se acercó todo lo que pudo a la orilla. El río estaba en marea baja, la niebla impedía toda visión, excepto el resplandor de una antorcha o linterna de alguna barcaza que descendía hacia Westminster. Los zarcillos de la niebla se enroscaban como los fríos dedos de un fantasma.

—¡Cuidado, padre! —gritó uno de los muchachos.

Athelstan bajó la mirada a los escalones cubiertos de verde limo.

—El tesoro lombardo llegó —murmuró—. Sería descargado, probablemente lo dejaron en el muelle. Culpepper y su compañero, ayudados por los dos barqueros... —Interrumpió sus susurros—. No —reflexionó—, Culpepper esperaría a que se marcharan los que habían traído el tesoro. Él y su cómplice entonces matarían a los barqueros, cargarían sus cuerpos con piedras y se ocuparían de que... —Athelstan se mordisqueó el labio—. No —susurró—. Esto son tonterías, debo hacer más averiguaciones.

—¿En qué pensáis, padre? —Cranston se acercó a él, chupando una ostra.

—No puedo pensar en nada, sir John, de momento.

—Me parece que no iré a casa —declaró Cranston.

—Pero lady Maud os echará de menos.

—Voy a quedarme en La Noche en Jerusalén, pero antes tomaré unas ostras más.

Athelstan le dio unas palmadas en la mano. Se despidió, cogió su cartera con los útiles de escritura y su bastón y se marchó del muelle.

Cuando llegó a San Erconwaldo, su parroquia era un hervidero de actividad. El Judas había encendido braseros y sus camaradas estaban agrupados alrededor de éstos, calentándose las manos mientras asaban tiras de tocino. Athelstan sabía que era mejor no poner objeciones. Tenían derecho a alimentarse y calentarse en los terrenos de la Corona; sin embargo, sonrió para sí, los hombres no habían hecho todo lo que habían querido. Al parecer, las mujeres de la parroquia habían decidido hacer su colada y, como de costumbre, habían extendido la ropa sucia sobre las tumbas y los muros del cementerio. Vislumbró al Judas de pie junto a la entrada techada del cementerio y alzó la mano. El otro se metió un trozo de carne en la boca y se dio la vuelta. Athelstan se encogió de hombros. Entró en el cementerio por la puertecita lateral de mimbre y miró alrededor. Aquí el suelo era de tierra fina y sabía que algunos niños jugaban a bolos

utilizando huesos y cráneos. Siguió el sinuoso sendero que rodeaba la iglesia e iba hasta la casa de los muertos. *Tadeo* estaba comiendo hierba, mientras que Godbless debía de haberse unido al resto de hombres.

Athelstan entró para asegurarse de que todo estaba a salvo. Abrió el arca mortuoria; el palio de la parroquia, el pico y la pala aún estaban allí, así como el ariete que se utilizaba para apretar los cadáveres en la tierra. Volvió a cerrar con llave el arca y dio unas palmadas a cada uno de los tres ataúdes de la parroquia que estaban apilados en el caballete de tres ruedas. Godbless lo mantenía todo en orden. Cuando salió de la casa de los muertos, Athelstan reparó en dos gallinas que picoteaban la tierra y se preguntó si Godbless las habría robado o si simplemente habían entrado por sí solas. Se encaminó hacia la iglesia, a la que accedió por la puerta de los féretros. Fue recibido por el acostumbrado olor a muros antiguos, incienso y cera de velas. En el santuario relucía una candelabro, así como velas ante la pequeña capilla de la Virgen. Athelstan caminaba con cautela. En los oscuros rincones se oía el corretear de ratones.

—No deberíais estar aquí, pequeños —murmuró Athelstan—. ¡*Buenaventura* el asesino os encontrará!

—¿Quién es? —gritó el Misericordia, alarmado—. ¿Quién anda ahí?

—*Pax et bonum* —gritó a su vez Athelstan—. No te preocupes, soy fray Athelstan.

Recorrió la nave y cruzó la reja del coro; allí se detuvo. La madera olía a recién pulida y recordó que el día anterior cinco de sus feligreses, que se hacían llamar la «Hermandad de la Luz de la Cruz», habían limpiado y pulido la reja de roble. En el santuario reinaba la oscuridad, salvo por la vela que titilaba en el elevado altar y la lámpara roja que mostraba el píxide que contenía la sagrada hostia y colgaba de una cadena de plata. Junto al altar se movió una sombra.

—Puedes salir.

El Misericordia salió a la luz y se sentó en el escalón de arriba.

—Tengo hambre, padre, creía que no volvería nunca.

—Lo siento —replicó Athelstan—. He tardado más de lo que pensaba. El asesinato es un asunto fastidioso. Así que quédate aquí, que volveré con comida, una buena jarra de vino, un poco de carne y pan, por no mencionar un pedazo de queso. Después hablaremos de qué papel tuviste, si es que tuviste alguno, en estos terribles asesinatos.

—¡Padre...!

—¡Oh! —exclamó a su vez Athelstan—, Creo que han traído aquí un cofre desde La Noche en Jerusalén.

—¿Qué ocurre? —preguntó el Misericordia en tono de súplica—. He oído rumores. Cuando he salido a aliviar el cuerpo, Pike el acequero me ha dicho que se habían cometido horribles asesinatos.

—Ah sí. Pero ¿dónde está el cofre?

—Watkin lo ha dejado allí. Él y Ranulfo lo han traído.

Athelstan cruzó el santuario. El cofre estaba debajo de la mesa del ofertorio. Lo sacó y, haciendo caso omiso de las peticiones de comida del Misericordia, volvió a cruzar la nave y a salir al exterior, donde dejó el cofre. El Judas estaba sentado en el escalón inferior. Se volvió y señaló el cofre.

—Esto lo han metido antes. Esperaba que estuviera a salvo ahí dentro.

—Tiene tres cerraduras —dijo Athelstan—, y el Misericordia no es tonto, y vos tampoco. Si un hombre que pide refugio roba a la Iglesia, o interfiere en algo, la ley dice que puede ser entregado a los hombres del sheriff.

El Judas se mordió el pulgar.

—Pronto será mío.

—¿Siempre ponéis tanto celo cuando queréis cazar a un hombre?

—Vos predicáis, yo cazo —replicó el otro hombre con aspereza.

Athelstan señaló el anillo de oro que llevaba colgado de una cadena al cuello.

—¿Es recuerdo de una dama?

—Mi prometida.

—¿Murió?

—No, la encontré con otro hombre. Les maté a los dos. —El Judas echó la cabeza hacia atrás y miró fijamente a Athelstan, los ojos entrecerrados—. Ella lo significaba todo para mí. Les encontré en el bosque. Él sacó un cuchillo y yo alegué defensa propia.

—¿Y desde entonces sois cazador de hombres? ¿Y vuestra alma, Judas?

—Dejo estas cosas a los que son como vos y a Dios. Bueno, no habéis venido para interrogarme sobre un anillo.

—¿Estáis seguro de que no sabéis nada de esas dos mujeres que fueron asesinadas en La Noche en Jerusalén?

El Judas negó con la cabeza.

—No sé nada de ello. Estaba peleando por mi propia vida.

Athelstan miró al otro lado del cementerio. Reparó en que el Judas había dividido a sus hombres para mantener a la vista todo el exterior de la iglesia; sus propios feligreses ahora estaban arracimados en torno a un brasero improvisado, disfrutando de la carne y la cerveza.

—¿Se une a nosotros, padre? —preguntó el Judas.

Athelstan recogió el cofre e hizo un gesto de negación con la cabeza.

—¿Rezaréis vos, Judas?

El cazador de hombres hizo ademán de volverse, pero se detuvo y miró por encima del hombro.

—Hablaré con Dios, padre, cuando Él hable conmigo.

Capítulo V

Sir Laurence Broomhill estaba medio dormido, soñoliento aunque consciente de que se hallaba en su cámara de La Noche en Jerusalén. Deseaba de todo corazón estar de nuevo en su cómoda casa solariega en el camino a Gravesend, pero ninguno de ellos podía haber previsto lo que había ocurrido. Sir Laurence, igual que el resto, había bebido en abundancia aquella tarde y se retiró a su cámara, La Morte d'Arthur, con sus tapices de colores que mostraban con lujo de detalles la lucha del Gran Héroe contra Mordred, con su armadura negra. La imagen de los caballeros con yelmo y visera, espadas y escudos alzados, le provocó nítidos recuerdos de las batallas de Outremer, fuera de Alejandría.

Durante un tiempo, sir Laurence recordó aquellas flechas, recubiertas en su extremo de algodón en llamas, volando por los aires. Tregar por escaleras envueltas en fuego mientras los hombres, pequeñas figuras negras atrapadas en el infierno, caían como hollín al suelo. La espantosa canción de las catapultas, el siniestro estruendo de los arietes, el crujir de las torres de asedio y aquella escalofriante ascensión a los parapetos... Sir Laurence había estado allí, fue uno de los primeros, ansioso por encontrar la absolución prometida en el corazón de la batalla, rodeado del siseo de la espada, el ruido del hacha y la música de las flechas proyectadas contra el fiero firmamento antes de caer como una lluvia mortal. A ambos lados de sir Laurence los hombres caían mientras luchaban por avanzar bajo el gran estandarte blanco con la cruz roja. Todos estaban enloquecidos, el ruido de la batalla latía con fuerza en sus venas, empeorado por la fiebre producida por el implacable sol y la multitud de moscas. Sus oponentes, hombres con turbante y ondulante capa, caían ante ellos como el maíz al ser cortado, salpicando sangre.

Sir Laurence abrió los ojos. Incluso ahora recordaba sus rostros contorsionados así como los de los inocentes, abatidos a medida que los cruzados se adentraban en la ciudad: los jóvenes, las mujeres, que quedaban heridas, con los ojos ciegos y brotándoles sangre por la boca. Sir Laurence nunca olvidaría la exquisita belleza de aquellos patios con fuentes, el agua teñida de rojo. Jardines perfumados convertidos en campos de batalla, los gritos que helaban la sangre. ¿Y después? Sentados en sillas con

incrustaciones de ébano, durmiendo en mullidos divanes, bebiendo sorbete y vino, llenándose la boca de dátiles secos y vistiéndose con las suaves telas que encontraban en las arcas del tesoro de sus enemigos. Sir Laurence suspiró pesadamente. A pesar del derramamiento de sangre, él y los otros Caballeros del Halcón Dorado habían tomado aquella victoria como una señal del favor de Dios. Todos habían sobrevivido, regresado a casa para disfrutar de los frutos de sus proezas.

Sir Laurence se puso tenso al oír que llamaban a la puerta. Se irguió y bajó de la cama. Cruzó la habitación. Estaba a punto de correr los cerrojos cuando reparó en el pedazo de pergamino que pasaban por debajo de la puerta. Lo recogió, lo leyó rápidamente y palideció. Volvió a cruzar la estancia con grandes pasos y enterró el pequeño rollo en el brasero, dejando que se perdiera entre el carbón encendido. Paseó arriba y abajo un rato, preguntándose si despertar al resto o no, pero rechazó la idea de inmediato. La nota era bien explícita: prometía revelar la verdad que había tras la muerte de Chandler y le advertía que acudiera solo. Sir Laurence se puso las botas, se abrochó su cinturón de guerra, cogió la capa y salió a la escalera. Los pasadizos estaban desiertos. El bar aún no se había llenado para la jarana de la noche, mientras que aún faltaba un rato para que él y el resto de los caballeros se reunieran para disfrutar de un festín a base de cisne asado y cualesquiera otras exquisiteces que el tabernero les pudiera ofrecer.

Sir Laurence se detuvo. Miró al otro lado del bar, observando a una moza que limpiaba una mesa. Con la muerte de Chandler y aquel dominico de piel olivácea y sus acres comentarios sobre el pecado y la absolución, todo el placer de la visita había desaparecido. Llegó a la puerta de la bodega, la abrió y entró en la mohosa oscuridad. Había velas encendidas en los huecos que quedaban entre los viejos ladrillos rojos. Aun así la oscuridad era terrible, y la sensación de miedo se veía aumentada por los chillidos y el corretear de las alimañas. Sir Laurence llegó al último escalón; todo estaba oscuro, salvo la vela que relucía en el otro extremo. Aguzó la vista; ¿era una linterna o una lámpara? Distinguía los toneles y cubas apilados a ambos lados y el camino empapado de vino en medio.

—¿Quién anda ahí? —Su voz resonó. Se llevó la mano a la daga. Tal vez debería volverse. La bodega ahora se había quedado en silencio. Las ratas y los ratones se ocultaban en la oscuridad, como si ellos también fueran conscientes del mal que acechaba allí. Sir Laurence avanzó y su pie

tropezó con algo. En cuestión de segundos oyó un chasquido y su pierna se rompió cuando las crueles garras se agarraron y hundieron en ella. Lanzó un grito mientras lenguas de dolor ascendían por su pierna, obligándole a retroceder, sintiendo como si tuviera fuego en el cuerpo. Intentó moverse pero no pudo, y en su agonía recordó los frondosos bosquecillos de papiros que crecían junto al gran río cerca de Alejandría, aquellas enormes bestias de agua con sus largos hocicos y crueles dientes que podían llevarse a un hombre y cortarle una extremidad de un bocado. ¿Estaba ocurriendo esto? Sir Laurence se dio cuenta de que no podía moverse en absoluto. El dolor era intenso. Aquel terrible frío, las palabras del dominico sobre el pecado resonaban... ¿El pasado había dado un salto hacia delante como una pantera para castigarle? Sir Laurence lanzó un grito cuando una nueva ola de dolor atroz le recorrió el cuerpo...

* * *

Athelstan volvió a su casa y encontró la cocina y la trascocina fregadas y limpias. Benedicta, que tenía llave, también había dejado una tarta y pastelillos recién hechos. El fuego estaba alimentado, con leña fresca encima para mantener las llamas bajas, pero el calor del carbón que había debajo era agradable. *Buenaventura*, tumbado, levantó la cabeza con desdén cuando entró el dominico. Athelstan cortó la tarta y se llevó los utensilios de peltre, cucharas de asta y servilletas al otro lado de la iglesia, y le dijo al Misericordia que esperara un poco más. Entonces visitó los establos donde *Philomel*, con el vientre lleno, roncaba ruidosamente.

Athelstan cerró su casa con llave y alzó la mirada al campanario. La niebla se estaba extendiendo, empujada por una brisa cortante que venía del río. En pocas horas lo cubriría todo como una gruesa manta. Miró hacia el cielo. Las estrellas parecían muy distantes. Le habría gustado subir y pasar las últimas horas de la noche observando la rueda de estrellas y preguntarse si aquel cometa que recientemente había vislumbrado se vería de nuevo. A Athelstan le gustaba pasar las veladas suspendido, como lo había descrito a Cranston, entre el cielo y la tierra, contemplando la gloria de Dios, mientras *Buenaventura* se despatarraba a su lado. ¿Se movía la Tierra?, se preguntaba Athelstan. ¿O eran las estrellas? Había leído ciertos nuevos tratados reunidos por su casa madre de Blackfriars. ¿Estaba Aristóteles en

lo cierto? ¿Los planetas emitían música mientras giraban? ¿Qué fuerza, aparte del poder de Dios, mantenía las estrellas en su posición? Sin embargo, ¿por qué caían los planetas?

Notó un movimiento contra su pierna y bajó la mirada a *Buenaventura*.

—Gran asesino de los callejones —susurró.

Se quedó unos instantes contemplando el fuego de los braseros y medio escuchó a los hombres que se agazapaban a su alrededor. Sus roncas canciones le hicieron sonreír. Watkin debía de haber bebido mucho. Sólo cantaba cuando tenía el vientre lleno de cerveza. Athelstan volvió apresurado a la iglesia. Avivó el fuego de un pequeño brasero y llenó dos calientaplatos con carbón encendido. Cuando empezaron a calentar el santuario, él y el Misericordia se sentaron a ambos lados de la reja del coro, apoyados en la madera mientras compartían la comida y el vino. El Misericordia comió con voracidad, tragando la tarta y dos pastelillos incluso antes de que Athelstan hubiera terminado la bendición. Después, con una mano sobre un calientaplatos y sosteniendo una copa con la otra, el Misericordia se quedó con la mirada perdida en la nave.

—¿Qué antigüedad tiene este lugar, padre?

—Unos dicen que doscientos años; otros, trescientos. Algunos incluso afirman que fue construido antes de que viniera el Conquistador.

—¿Contiene algo valioso?

Athelstan recordó el anillo y rápidamente se palpó la bolsita, notando con los dedos el pequeño estuche.

—Contiene muy poco —admitió—. Según la ley canónica, sólo deberíamos tener un misal, un juego completo de vestiduras, una capa de hilo fino, un píxide en una cadena de plata y un estuche para el corpus.

—¿Qué es eso?

—La bolsa de piel en la que se guarda el píxide. ¿Nunca has robado en una iglesia?

El Misericordia negó con la cabeza. Estaba a punto de decir algo pero cambió de idea.

—Mirad.

El Misericordia señaló la niebla, que ahora se introducía por debajo de la puerta.

Athelstan había encendido dos antorchas de pared, pero la niebla se filtraba y, con las sombras acosándoles, la iglesia parecía un lugar aún más sombrío.

—¿Aquí entran los fantasmas?

—Tal vez —bromeó Athelstan.

El Misericordia dejó escapar un gruñido bajo.

—No te preocupes —le tranquilizó Athelstan—. Los fantasmas no pueden entrar en las iglesias. Watkin afirma que a veces, a primera hora de la mañana, se ve a un hombre joven, con los ojos oscuros enrojecidos y el rostro blanco como la nieve, en el escalón de arriba, rodeando a un perro con el brazo. Los feligreses afirman que era un joven aprendiz que se colgó de un árbol en el cementerio. Y, por supuesto —prosiguió Athelstan—, un antiguo sacerdote de la parroquia hizo magia negra. Se llamaba Fitzowlfe. Le conocí en una ocasión; era una mente torturada con el alma negra como la medianoche. Ah, por cierto —Athelstan señaló la parte posterior de la iglesia—, allí, ¿ves la rendija de los leprosos? En otro tiempo hubo una leprosería cerca de aquí. A las pobres almas que vivían en ella no les estaba permitido entrar en la iglesia, o sea que si querían oír misa miraban a través de las rendijas de la pared de la iglesia desde fuera. A veces se ve el fantasma de una pobre mujer leprosa arrodillada allí. Es pelirroja y tiene la piel escamosa. Se dice que se burló de la misa, pero yo creo que no es más que una historia para asustar a los niños.

El misericordia volvió a llenar su copa.

—¿Y qué fantasmas albergas tú? —preguntó Athelstan—. Sé que eres un estudioso y cantante, vaya que ¿qué te ha traído por aquí?

—Era miembro de la Sociedad de Le Puy. El nombre procede de la ciudad francesa Le Puy-en-Velay. Es una sociedad dedicada a la música. Su propósito... —intentó hacer memoria entrecerrando los ojos—. Ah, sí, eso es lo que dicen sus estatutos: «Para el aumento de la alegría y el amor, y con ese fin, la difusión de la felicidad, la paz, la armonía y el júbilo, para que todo esto se mantenga». —El Misericordia abrió los ojos—. Vengo de la universidad de Cambridge. Era un buen cantante, poeta... La sociedad solía reunirse en St. Martin's, en la ciudad. Había que pagar seis peniques para ser admitido, y cada año tenías que componer una canción. Se celebraba un concurso, y el ganador era coronado con una guirnalda dorada.

—¿Y qué ocurrió?

—Bueno, cuando nos reuníamos, uno de nosotros recibía dinero para comprar una vela de cincuenta libras de pura cera de abeja. En una ocasión, me dieron a mí el dinero, pero corrían malos tiempos para mí, así que

compré una vela barata y rellené el centro con grasa, trementina, cera de zapatero y resina.

—¡Oh, no! —exclamó Athelstan.

—¡Oh, sí! —declaró el Misericordia—. Compré la vela y se la entregué a nuestro jefe. Cuando se encontraba en mitad de la nave de la iglesia, la vela... bueno, la llama llegó a la trementina y la grasa y todo desapareció en una lluvia de llamas. Me expulsaron de la sociedad. —Se encogió de hombros—. Y una cosa llevó a otra: robar, hacer trampas, birlar, recortar monedas... al principio me iba bien, hasta que los hombres del sheriff descubrieron mi identidad. Me declararon proscrito y me escondí.

—¿Por qué? —preguntó Athelstan—. Tienes una mente aguda y eres ingenioso.

El Misericordia se cubrió la cara con las manos. Murmuró algo inaudible.

—¿Por qué te escondes ahora? —preguntó Athelstan.

—No lo sé. —El Misericordia apartó las manos—. Soy un hombre astuto. He engañado a muchos. Me ha ocurrido en otras ocasiones. Algún oficial poderoso con cuya esposa me he acostado, o un comerciante al que he engañado. No es la primera vez que me han seguido cazadores de hombres como si fuera un ciervo.

—¿Y esta vez?

El Misericordia meneó la cabeza.

—Sea quien sea —confesó—, la malicia está arraigada. El Judas me ha perseguido por todo Southwark. Le conozco de nombre. Hizo colgar a dos amigos míos.

—¿Y anoche? —preguntó Athelstan—. ¿En la Gran Caza de Ratat?

—Tenía que estar allí. Lo sé todo de vuestra parroquia, fray Athelstan. Entre los que viven en el mundo de las sombras, Ranulfo el cazador de ratas tiene una fama temible. Decidí apostar por él y gané una buena suma.

—Pero ¿sospechabas que el Judas te seguiría?

—Oh, sí, ese bastardo es peor que un mastín de caza. Así que decidí hacerle una jugarreta. Eché un vistazo al bar y allí vi al pobre Toadflax, pelirrojo y de cara pálida. Guardaba más que un leve parecido conmigo, así que le pagué una moneda y le di una de mis dagas misericordia. No pretendía que mataran a ese pobre desafortunado. Creía que podría retrasar al Judas.

—¿Viste entrar en la taberna al Judas?

—Sabía que estaba allí, pero me escondí en las sombras. Estaba decidido en lo de mi apuesta.

—¿Le viste hablar con alguien? —preguntó Athelstan—. Debías de preguntarte quién le había contratado.

—No me importa quién lo haya hecho. Quienquiera que sea no puede atraparme. Es el perro al que ha contratado el que me preocupa.

—¿Y viste la pelea?

—Sólo la vi empezar.

—¿Conoces a maese Rolles?

—¿Conocerle? Es un pariente lejano. A menudo me da albergue. Me dijo que me anduviera con cuidado.

—O sea que te alojas con frecuencia en La Noche en Jerusalén, ¿eh?

—Sí, en los establos, o bien en el granero.

—¿Y las dos muchachas que fueron asesinadas? —Athelstan prosiguió el interrogatorio—. Beatrice y Clarice.

El Misericordia desvió la mirada y se encogió de hombros.

—Las conocía de vista. Se rumorea que pasaron por el garrote.

—No, las mataron una ballesta y una daga.

—Las vi hablar con aquel caballero gordo. —El Misericordia miró a Athelstan por el rabillo del ojo—. Pike es una buena fuente de información; se ha producido otro asesinato en la taberna, ¿verdad? Bueno —prosiguió—, eso me ha estimulado la memoria. Aquel caballero habló con las dos muchachas. Ellas bromeaban con él diciendo que ya tenían un cliente para esa noche, y que tendría que esperar. —El Misericordia hinchó las mejillas—. Es todo lo que sé, padre. Vi la Gran Caza de Ratas, recogí mi dinero y me marché. Intenté cruzar el puente de Londres, pero el Judas tenía espías allí. Se levantó un griterío... —No terminó la frase.

Athelstan se levantó y se llevó los platos y cucharas. *Buenaventura* se deslizó por la puerta entreabierta para iniciar la caza de la noche. Athelstan estaba a punto de retirarse cuando se produjo un clamor ante la puerta principal. Se apresuró a acercarse a ella y retiró la barra. Fuera había dos mujeres. Detrás de ellas, a cierta distancia, el Judas y los alguaciles observaban con atención.

—Buenas noches, padre. —La voz era dulce y educada—. ¿Podemos entrar?

Athelstan dio un paso atrás. Le pareció que las dos mujeres llevaban capa y capucha, pero cuando atravesaran el umbral de la puerta se dio

cuenta de que ambas vestían el grueso hábito marrón y la almidonada toca blanca de las monjas. La que había hablado era joven y bonita, de rostro suave, los ojos grises separados. Lucía una cruz celta de plata al cuello, un sencillo cordón blanco en la cintura. La otra era mucho mayor, y en su mano izquierda, surcada de venas, llevaba un anillo. Athelstan comprendió que la más joven era novicia, mientras que la mayor ya había profesado en las Clarisas pobres del convento franciscano del norte de la Torre, cerca de Poor Jewry. La joven de rostro angelical indicó con un gesto a su compañera que se quedara cerca de la puerta, mientras ella tendía los brazos a Athelstan para intercambiar el beso de la paz.

—Señora. —Athelstan la besó con suavidad en ambas mejillas.

—Ésta es sor Catalina. —Los ojos grises sonrieron—. Yo soy Edith Trávsa.

—¿Cómo decís?

—Soy Edith Trávsa.

De pronto Athelstan recordó el verdadero nombre del Misericordia.

—¿Sois...?

—¡Edith!

El Misericordia echó a correr hacia ella. Athelstan se apresuró a cerrar la puerta y volvió a poner la barra y correr los cerrojos. Se giró. Edith y el Misericordia estaban entrelazados en un fuerte abrazo. La novicia abrazaba al joven como lo haría una madre con un hijo, dándole suaves palmadas en la espalda con sus blancos dedos.

—Edith, no deberías haber venido. —El Misericordia dio un paso atrás—. Fray Athelstan, ésta es mi hermana.

—Creo que será mejor que nos apartemos de la puerta —instó Athelstan—. Sor Catalina, ¿estáis cómoda?

La vieja monja sonrió y mostró una dentadura mellada.

—Me quedaré aquí —dijo en tono cantarín—. La madre superiora nos ha dado una hora. Hemos dejado fuera a nuestro porteador. Nos llevará de regreso sanas y salvas.

—¿Queréis comer o beber algo?

—No hay tiempo, no hay tiempo. —La voz de Edith era seria y la anciana asintió.

Athelstan acompañó a los hermanos al santuario. Trajo una silla para la novicia mientras él y el Misericordia se sentaban en el escalón de la reja del coro.

—Me he enterado de que te habían cogido —dijo ella.

—No me han cogido —declaró el Misericordia—, y no deberías haber venido. Escaparé, tendremos suerte.

—Te he traído algo...

—No es necesario —le interrumpió el Misericordia—. Fray Athelstan, ¿os importaría dejarnos a solas?

—Sólo si me contáis de qué va todo esto.

—Edith y yo —la prisa del Misericordia era evidente— somos hermanos. Nuestros padres vivían cerca de Cripplegate. Eran sastres. Murieron cuando la peste se cernió de nuevo sobre aquellas tierras. También perecieron otros parientes. Tengo que cuidar de Edith. Bueno, ella estaba prometida a Henry Sturny...

—¡Ah, sí! —interrumpió Athelstan—. Los Sturny. Según tengo entendido, son comerciantes de telas en Cheapside.

—Henry ama a Edith, Edith ama a Henry, pero estaba la cuestión de la dote por medio. —El Misericordia respiró hondo—. Malgasté la riqueza de mis padres. Ahora, padre, ya conocéis la razón de mi maldad. Dejé a Edith al cuidado de las buenas Clarisas pobres, y he pasado todos y cada uno de los momentos de los últimos tres años tratando de reunir su dote. Quinientas libras esterlinas en total.

Athelstan se dio cuenta, por la forma en que aquel astuto hombre miraba a su hermana, de cuánto la amaba. Hizo ademán de marcharse, pero se volvió.

—¿Conoces a alguno de esos caballeros que detentan el grandioso título del Halcón Dorado? Podrías conocerles por su nombre y posición en el condado de Kent.

El Misericordia parpadeó y carraspeó.

—He hecho —eligió sus palabras con cuidado— negocios con ellos.

—¿Quieres decir que les has engañado?

—¿Qué es esto? —interrumpió Edith.

—Éstas son las depredaciones usuales de vuestro hermano —explicó Athelstan—. ¿Sabéis que es muy conocido por todos los agentes de la ley al sur del río Trent?

Edith enrojeció, turbada.

—Bien —prosiguió Athelstan—. Responde a mi pregunta y os dejaré solos.

—Me llevé una liebre para comer y un faisán de sus campos —confesó el Misericordia—. También he vendido toda clase de cosas a sus aldeanos y arrendatarios.

—¿Tienen algo contra ti?

—Puede que lo tengan.

El Misericordia desvió la mirada y Athelstan supo que había más cosas de las que había admitido. El dominico se inclinó.

—Crees estar a salvo —advirtió—, pero no lo estás. Esos hombres son poderosos, son guerreros, terratenientes, que te verían colgar de una rama y no parpadearían. ¿Alguno de ellos es enemigo tuyo?

—Tuve un escarceo con una de sus hijas.

—¿Y?

—Alguna de sus mujeres, pero he olvidado quién era. Fue hace unos años. Padre, esto es todo lo que diré.

Athelstan esbozó una bendición en su dirección y se alejó. Habló con sor Catalina, una anciana alma bondadosa y parlanchina, que le contó su infancia, le dijo que se había criado en Southwark y había visitado a menudo San Erconwaldo. Ah, sí, claro que recordaba a Fitzowlfe, el sacerdote demonio, y habló en susurros de sus prácticas de las artes negras. Athelstan, de espaldas al santuario, escuchaba a medias y aguzaba el oído. La resonancia de la iglesia era muy buena, hecho que Athelstan siempre procuraba recordar cuando oía las confesiones de sus feligreses. Edith y su hermano habían empezado a hablar en susurros, pero su conversación se había convertido en una discusión y alzaron las voces. Athelstan estaba seguro de que había oído mencionar el nombre de la madre Veritable. Sor Catalina decía que se comentaba que Fitzowlfe había cometido otras blasfemias en la oscuridad de la noche. Athelstan sonreía y asentía. La conversación que se desarrollaba en la parte alta de la iglesia ahora volvió a los susurros, y al final Edith, con los ojos brillantes y las mejillas sonrojadas, bajó por el pasillo, con las manos ocultas en las voluminosas mangas de su vestido. Se paró ante el fraile e hizo una inclinación de cabeza.

—Fray Athelstan, gracias por su amabilidad con mi hermano y conmigo. Ahora debo marcharme, ya se hace tarde...

Con aire distraído pasó por su lado. Sor Catalina la cogió del brazo, y cuando Athelstan desatrancó la puerta, ambas salieron y bajaron la escalinata. El fraile cerró y atrancó la puerta otra vez. A continuación

regresó a la reja del coro, impaciente por interrogar al Misericordia, pero el fugitivo ahora estaba tumbado en el santuario completamente dormido, o fingiendo estarlo. Así que se santiguó y salió a la noche por la puerta lateral, cerrándola con llave tras de sí.

—¿Quién anda ahí?

Athelstan se giró en redondo. El Judas estaba parado casi detrás de él.

—Ésta es la Casa del Señor —dijo Athelstan con aspereza—, terreno de la iglesia. No deberíais deslizaros en la noche como un ladrón.

—¿Quién era esa mujer?

—No es asunto vuestro —replicó Athelstan, acercándose a él—. Estáis verdaderamente decidido a llevar a ese hombre ante la justicia, ¿verdad?

—Me pagan bien.

—¿Quién?

—No lo sé —dijo el Judas sonriendo—. Si lo supiera, sin duda pediría más. Por cierto, ¿dónde está vuestro gato?

—Está en la iglesia —Athelstan señaló con la cabeza—, cazando ratones. Puede salir por la puerta de la sacristía.

—Vuestro gato y yo tenemos mucho en común.

—No, señor, no es así —le contradijo Athelstan—. Mi gato caza para comer. Vos... —Athelstan jugueteaba con el cordón que llevaba atado a la cintura—. A vos, señor, os gusta. Os ayuda a llenar el oscuro vacío de vuestra alma, ¿no es así? Es una manera de exorcizar vuestros demonios. Os deseo buenas noches.

Athelstan volvió a su casa y cerró la puerta con llave. Hacía frío. Avivó el fuego, retiró un poco de carbón, llenó el calentacamas y se lo llevó al altillo donde tenía la cama. Apartó las sábanas y las mantas. El colchón de paja que había debajo estaba frío, helado. Athelstan puso el calentacamas con cuidado bajo las sábanas y bajó la escalera. Se sentía agitado e inquieto. Había pasado el día ocupado no sólo con el espantoso asesinato sino con gente que ocultaba sus pecados bajo mentiras y engaños. El Misericordia había sido menos que sincero, mientras que la presencia del Judas resultaba opresiva y amenazadora.

Athelstan fue a la trascocina y cogió de la pequeña despensa una hogaza de pan, un poco de queso y un tarro de mantequilla. Llenó media copa de vino y se sentó frente al fuego, tratando de encontrar sentido a los acontecimientos del día. Recordó el pequeño cofre del dormitorio de sir

Stephen. Lo abrió y vació el contenido sobre la mesa; estaba a punto de examinarlo cuando llamaron a la puerta.

—Por san Miguel y todos sus ángeles —masculló Athelstan—, ¿es que no voy a tener paz?

Volvió a correr los cerrojos, medio esperando ver al Judas; en cambio, a quien vio fue a una mujer joven, con la cabeza cubierta por una capucha, que estaba de pie fuera de la luz, y detrás de ella había otra figura, oculta por la oscuridad.

—¿Qué ocurre? —Athelstan tan sólo entreabrió la puerta.

—Padre, ¿no me reconocéis? —Se apartó la capucha.

—¡Vaya, si sois Donata! —Athelstan saludó a la joven que había conocido en casa de la madre Veritable.

—Padre, ¿puedo entrar? —suplicó la muchacha—. Estoy muerta de frío y muy asustada. No quiero haceros daño. Mirad. —Se volvió hacia la persona que estaba detrás de ella; entonces se acercó a Athelstan con un pequeño cofre—. Os he traído un regalo. No quería dejar las preciadas posesiones de Beatrice y Clarice con esa vieja arpía.

Athelstan lo cogió.

—¿Y quién está con vos?

—Me llamo Jocelyn.

Un hombre joven salió de las sombras. Era alto y delgado, de rostro franco y bondadoso y el cabello negro y rebelde. Athelstan percibió el olor de cuero sudado.

—Soy oficial de Colchester —explicó Jocelyn—. Comercio con artículos de piel. —Señaló la oscuridad—. He dejado atado mi caballo junto a la entrada del cementerio. Uno de vuestros feligreses ha dicho que lo vigilaría.

A Athelstan le gustó el aspecto del joven, y se dio cuenta de que Donata estaba visiblemente agitada.

—Será mejor que entréis.

Entraron a la luz. Athelstan atrancó la puerta tras ellos y les acompañó a la mesa, donde les sirvió un poco de harina de avena, que ya tenía preparada para la mañana, y dos jarritas de cerveza que sacó del barril de la trascocina. Ambos estaban hambrientos. Athelstan se sentó a la cabecera de la mesa entre ellos. *Buenaventura* arañó la puerta y cuando le abrieron se acomodó ante el fuego.

—Una noche agitada —murmuró Athelstan—, pero ¿por qué estáis aquí?

—Huyo de la madre Veritable —soltó Donata—. Jocelyn me ama y yo le amo a él. Vamos a Colchester. Nos casaremos en la iglesia de San Lucas.

—No, no vais a Colchester —sonrió Athelstan—, huís a Colchester; tú estás obligada a trabajar para la madre Veritable. Aunque —se apresuró a añadir— estoy de acuerdo con lo que hacéis. Pero ¿por qué?

Jocelyn alargó el brazo sobre la mesa y cogió la mano de su amada.

—Me doy cuenta de que estáis enamorados —observó Athelstan—. Y lo que hacéis está bien —añadió mirando fijamente al oficial—. ¿Tengo vuestra palabra de que obraréis de forma honorable?

—Por mi alma, padre. Nos casaremos antes de Adviento. Intercambiaremos nuestros juramentos en la puerta de la iglesia.

—Quiero irme —explicó Donata—. La madre Veritable es perversa de verdad. Se lleva nuestra alma y vende nuestro cuerpo. Sí, vivimos con comodidades, pero estamos a disposición de cualquier hombre con el vientre hasta los bordes de cerveza y el corazón lleno de lujuria.

La joven se frotó los ojos.

—Estoy cansada de la violencia —susurró—, de los dedos ávidos y las bocas apestosas.

—¿Qué es lo que te ha hecho decidirte ahora? —preguntó Athelstan.

—Los asesinatos de Beatrice y Clarice. —Le miró directamente—. Amo a Jocelyn, padre, quiero hijos —se apretó el estómago—, aquí, en mi seno. No quiero tomar las pociones y los polvos de la madre Veritable. No quiero hacerme vieja consumida por la enfermedad, o morir en algún granero, con la garganta cortada de oreja a oreja, o apuñalada en algún hediondo callejón. No quiero la seda ni los costosos perfumes, ni hombres que me miren como si fuera un caballo en Smithfield.

—Estás enamorada, pero también asustada, ¿no es así? —preguntó Athelstan.

La joven asintió.

—La madre Veritable descubrió lo de Beatrice y Clarice. Que tenían un plan secreto para amasar su propia fortuna y huir de su casa.

—¿Igual que su madre?

—Sí, igual que su madre —asintió Donata—. La madre Veritable se encolerizó, las amenazó a gritos.

—¿Cuál era este plan? —preguntó Athelstan.

Donata meneó la cabeza.

—En verdad no lo sé, pero creo que ese estafador, el Misericordia, estaba implicado.

—Eso no es lo que la madre Veritable me ha dicho esta mañana.

—Os ha mentado. Aquellos caballeros iban detrás de las dos chicas. Les he visto visitar la casa. Siempre lo mismo, Beatrice y Clarice, o individualmente o juntas.

—¿Así que la madre Veritable odia al Misericordia?

—Creo que sí, padre, pero no sé por qué.

—¿Podría ella haber contratado al Judas? —preguntó Athelstan—. Has oído hablar de él. Está fuera, vigilando las puertas de mi iglesia.

—Todo el mundo le conoce —declaró Donata—. Puede que le contratara la madre Veritable. —Exhaló un fuerte suspiro—. Por eso me han permitido salir esta noche. Me han enviado a consolarle, a invitarle a los aposentos de la madre Veritable. Así que me las he arreglado para reunirme con Jocelyn. —Se apartó la capa—. He dejado allí la ropa. Tenía que aprovechar esta oportunidad. No regresaré.

—¿La madre Veritable estuvo en la Gran Caza de Ratat? —preguntó Athelstan.

—Es posible.

—¿Podría haber matado a esas dos muchachas?

—La madre Veritable es violenta —intervino Jocelyn—. Yo visitaba su casa, así es cómo conocí a Donata. La he visto con la porra y el cuchillo. Padre, es feroz como cualquier mercenario.

—¿Por qué has acudido a mí? —preguntó Athelstan. Cogió la mano de la joven, aún fría, y le acarició suavemente los dedos.

—Quiero vuestra absolución, padre. Quiero confesar mis pecados.

—Ya lo has hecho. —Y entonces la bendijo, diciendo—: Yo te absuelvo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—¿Es así de sencillo, padre?

—Así de sencillo —afirmó Athelstan.

—¿No tenéis que ponerme una penitencia?

—Ya la has hecho. —Athelstan retiró la silla—, pero te daré otra: vete de Southwark y no vuelvas nunca más. Quédate con Jocelyn, ámala, cierra la puerta del pasado con cerrojo y candado... Pero hay algo más, ¿verdad?

La joven se mordió el labio.

—Te has marchado en plena faena —bromeó Athelstan—, sólo con una capa y unas sandalias. Necesitas dinero, ¿no?

—Yo tengo un poco —intervino Jocelyn—, pero Donata ha insistido en pedirnos ayuda. Ha dicho que vuestros ojos eran bondadosos.

—¿Por eso me has traído el cofre? —preguntó Athelstan.

Donata negó con la cabeza.

—No, ése es mi regalo. Beatrice y Clarice eran amigas mías, esto es lo único que queda de ellas. Les gustaba mucho este cofre, no sé por qué. No debe tenerlo la madre Veritable.

Athelstan se quedó mirando el pequeño cofre con su descolorida tapa de cuero azul y las cruces celtas negras pintadas encima. No cabía duda de que era antiguo, las cerraduras estaban rotas, la tapa no cerraba demasiado bien, mientras que el cuero pintado que lo recubría estaba descolorido y arañado. Athelstan abrió la tapa: el cofre estaba vacío.

—¿Por qué Beatrice y Clarice tenían tanto apego a esto?

—No lo sé, padre. Decían que era un recuerdo y me lo confiaron. No debían de querer que la madre Veritable supiera que lo tenían, pero —se frotó un costado de la cabeza—, si hacía tanto tiempo que estaba en su poder, seguro que lo sabía.

Donata parpadeó para apartar las lágrimas.

—Padre, lo siento, pero vos me podéis ayudar a mí más de lo que yo puedo ayudaros a vos.

Athelstan se puso en pie, fue al altillo donde estaba su cama y sacó de su escondrijo una bolsita. Bajó y se la entregó a la joven.

—¿Podéis decirme, antes de que os marchéis, cómo pensaban escapar de la madre Veritable Beatrice y Clarice?

—No lo sé, realmente no lo sé. Lo único que sé es que el Misericordia puede que estuviera implicado.

—¿La madre Veritable recurriría al asesinato para conservar a estas muchachas?

—Por supuesto, padre. Ella decía que valían más que una bolsa de oro.

—¿Y las mataría para advertir al resto?

Donata se puso en pie.

—Padre, os doy las gracias, y para responder a vuestra pregunta, sí, por eso huyo ahora. Debo irme —rogó—. Queda poco tiempo.

Athelstan abrió la puerta y los amantes se deslizaron en la noche, despidiéndose y dándole las gracias en susurros. Una vez cerrada la puerta y

corridos los cerrojos, el fraile se santiguó y rezó una breve plegaria para que las cosas les fueran bien a ambos.

Volvió al cofre de sir Stephen Chandler y revolvió impaciente los objetos. Olía a menta debido a las bolsitas acolchadas que había dentro. El contenido consistía en objetos personales, reliquias del pasado: un banderín azul oscuro, pulcramente doblado, que exhibía un halcón dorado, con las alas extendidas y las garras curvadas para atacar; una llave; una daga turca con la empuñadura adornada de piedras preciosas y protegida en una funda de plata y púrpura; un pequeño relicario, que supuestamente contenía un pedazo de la Verdadera Cruz; una bolsita de terciopelo llena de monedas de oro y plata; un pequeño crucifijo; una bolsa de arena; dos exquisitas madreperlas; fragmentos de pergamino, un libro de cuentas encuadernado en piel de becerro y un rollo de pergamino de color crema. Athelstan examinó con atención estos dos últimos escritos. El primero contenía las cuentas de las fincas de sir Stephen, con los gastos y los ingresos pulcramente anotados. Un rápido escrutinio demostró lo próspero que había sido sir Stephen: venta de ganado, maíz, heno, pescado y madera, por no mencionar los ingresos procedentes de alquileres así como ciertas inversiones mercantiles.

—En verdad estaba metido en todo —murmuró Athelstan.

Los gastos eran igualmente grandes: ofrecimientos para misas; la fundación de una capilla para cantores en una iglesia de Canterbury; regalos para los criados en Navidad, primavera, mediados de verano y la fiesta de San Miguel; ropa elegante traída de Flandes; muebles, obra de artesanos de Londres, Canterbury y Dover. El bello rollo de pergamino, blando y envuelto en tiras de seda roja, era un borrador del testamento de sir Stephen. La caligrafía era la de un escriba profesional, el latín el de un estudioso, y sus cláusulas, según concluyó Athelstan, eran obra de algún abogado de categoría. De acuerdo con éstas, sir Stephen había dejado la mayor parte de sus bienes y riqueza a sus hijos. Sólo legó una cosa a sus colegas, a saber, aquel cofre y todo su contenido.

El dominico apartó los documentos y se quedó mirando a *Buenaventura*, que estaba enroscado confortablemente en el suelo.

—¿Por qué —murmuró para sí— traería sir Stephen estos documentos? Sus cuentas, sí, pero ¿por qué su testamento?

Athelstan despejó la mesa y sacó su bandeja de escritura. Examinó el memorando que había escrito con tanta prisa durante el interrogatorio de sir

John en la taberna. Fuera resonaban los gritos ahogados de los secuaces del Judas, que ahora se estaban acomodando para pasar la noche.

Athelstan ordenó sus pensamientos.

Item ¿La muerte de Toadflax? Un lamentable accidente, muerte accidental, dictó Cranston. Pero ¿qué demuestra eso? Que el Judas no había recibido la descripción completa y por ello se confundió fácilmente. Un sutil truco del Misericordia que demostraba lo astuto y receloso que era.

Item El asesinato de las dos prostitutas.

Athelstan se detuvo: se sentía culpable. Tachó la palabra «prostitutas» y escribió «mujeres».

¿Quién invitó a Beatrice y a Clarice a la Gran Caza de Ratat? Era bien conocida la forma en que fueron citadas, por lo que las muchachas no sospechaban nada ni actuaron con cautela. En consecuencia, debían de saber que si las invitaban a la taberna de maese Rolles harían negocio, de lo contrario no habrían rechazado a Chandler. Pero ¿quién había pedido que acudieran? ¿Uno de los caballeros? ¿El Judas? ¿Maese Rolles? ¿Incluso el Misericordia, tal vez? Pero ¿por qué el Judas o maese Rolles iban a asesinarlas? ¿Y el Misericordia? ¿Alguna de estas dos jóvenes les había engañado y pagaron el precio? Era muy improbable; el Misericordia era un bribón, pero no un asesino. ¿La madre Veritable? Era una mujer con el alma oscura, cruel y despiadada; ¿estaba tan enfadada con estas dos jóvenes porque planeaban huir que las mató? Pero, ¿por qué la reina de las prostitutas iba a eliminar la fuente de tantos beneficios? ¿Los caballeros?

Athelstan se frotó la nariz con el extremo de la pluma.

Todos ellos, o uno de ellos, podría ser el asesino, pero ¿por qué? ¿Los asesinatos de estas dos jóvenes están relacionados con el misterio de la desaparición de su madre?

Athelstan reprimió un estremecimiento.

—Es como si el tiempo se repitiera —murmuró. Ginebra la Dorada había intentado escapar, pero había desaparecido. Athelstan albergaba la profunda sospecha de que habían matado a aquella pobre mujer. Ahora sus hijas habían sufrido el mismo destino.

Item La muerte de sir Stephen Chandler. Era un gordo y próspero caballero que se preparaba para bañarse y disfrutar de una copa de vino de Burdeos. ¿Quién envenenó aquel vino? No la jarra, sino la copa. Esto significa que el asesino entró en aquella cámara y mezcló un poderoso veneno inmediatamente antes o después de verter el vino. ¿Fue maese Rolles? No, es demasiado obvio. ¿Quién, entonces?

Athelstan cerró los ojos e intentó imaginar aquella cámara. Si entró alguien, debió de actuar muy deprisa para poner los polvos en una copa mientras el caballero de aguzada vista se preparaba para darse su baño. Un error, el más mínimo de los errores, y el asesino se vería atrapado.

Entonces, ¿cómo lo hicieron? ¿Y de qué se sentía tan culpable sir Stephen? ¿Mató él a esas jóvenes? ¿Había estado en el patio con su ballesta, que ahora faltaba? ¿Su discusión con Beatrice y Clarice durante la Gran Caza de Ratas desembocó en violencia?

Item El gran robo que tuvo lugar veinte años atrás. ¿Sólo es una historia o ha desempeñado un papel vital en estos tristes sucesos?

Athelstan empezaba a creer que existía alguna relación. Levantó la mirada y oyó la llamada de una lechuza. El dominico recordó un sermón dado por el prior Anselmo en el que dijo que el pecado no perdonado, antiguo y rancio, nunca moría, sino que acechaba en los matorrales de la vida, listo para atraparlo a uno, para hacerle caer. ¿Estaba sucediendo eso ahora? ¿Veinte años después de que desapareciera el tesoro lombardo, junto con los barqueros y aquellos dos jóvenes caballeros de Kent? ¿Aquellos antiguos pecados regresaban como aves carroñeras para picotear los huesos del presente?

Athelstan dejó la pluma y relejó atentamente lo que había escrito. Una cosa le desconcertaba sobre aquel robo ocurrido hacía tantos años ya. ¿Por qué se había elegido sólo a dos caballeros para proteger el tesoro? ¿Y por qué aquellos dos? Se levantó de la mesa, se desperezó y fue a arrodillarse al

lado de *Buenaventura*. El gato apenas se movió. Athelstan se santiguó y, levantando la mirada hacia el crucifijo clavado en la pared, se puso a recitar sus oraciones de la noche, concluyendo con el *De Profundis* por su hermano Francis y sus padres. Athelstan procuró pasar por alto los pecados de los demás para concentrarse en los suyos propios, e hizo esfuerzos por repararlos: la reunión con aquellos caballeros que habían luchado en el pasado le recordó que él había convencido a Francis para que ingresara en los ejércitos del Rey y se lo había llevado a Francia, donde resultó muerto, y él regresó y rompió el corazón de sus padres al darles la noticia de la muerte de su amado hijo menor. Athelstan se sentó en los talones. Estos pecados, perdonados o no, jamás le abandonaban.

Su mente vagó hasta el Muelle de las Ostras y la noche en que habían robado el tesoro, cuando el destino de tantas vidas había cambiado para siempre. Athelstan se enorgullecía de su lógica, del modo en que argumentaba un caso basándose en los hechos. Desconfiaba de las llamadas teorías místicas y falsos sentimientos espirituales. No obstante, aunque luchó contra la tentación, no pudo evitar llegar a la conclusión de que ahora, en Southwark, en la taberna La Noche en Jerusalén, los pecados del pasado habían regresado para acosar a los vivos.

Capítulo VI

Sir John Cranston, forense de la ciudad de Londres, se encontraba en su despacho del Ayuntamiento, que daba a Cheapside. Había llegado justo antes de que amaneciera, resplandeciente con sus calzas grises y chaqueta acolchada de un tono morado tirando a rojizo, forrada de cordoncillo plateado, sobre una camisa de batista con encajes hasta la barbilla. Estaba sentado en su silla, que parecía un trono, detrás de la gran mesa de roble sobre el estrado, en un extremo de la estancia. A su izquierda, un ejemplar de los *Estatutos y ordenanzas de la ciudad*; a su derecha, su ancho cinturón de guerra de cuero. La bandeja de escritura que tenía ante sí contenía hojas de vitela, plumas y un cuchillo bien afilados, piedra pómez y un espolvoreador de arena fina. Justo bajo el estrado, en un taburete alto, inclinado sobre su escritorio, estaba sentado Simon el escribano. Los asuntos del día estaban a punto de comenzar, y bajo su alborotado cabello blanco, el rostro de Simon, arrugado y blanco como la tiza, era serio. No obstante, mantenía la cabeza baja para ocultar su gozo. Nada gustaba más a Simon que entretener a su esposa y numerosa familia con las obras y dichos de sir John Cranston. El día de hoy prometía proporcionar nueva diversión, Cranston parecía estar de muy buen humor y algunos de los casos daba la impresión de que serían muy discutidos.

—¿Habéis enviado a alguien a la Cancillería de los Secretos —gritó Cranston— a decirles a esos perezosos que quiero ese documento?

—Sí, sir John —respondió Simon con aire triste, meneando la cabeza—. Pero ya conocéis a esos escribanos de la Cancillería... es firmad esto y firmad lo otro y por la autoridad de quién... —Simon agitó en el aire una mano manchada de tinta—. Y así sucesivamente.

—Bien, bien —murmuró Cranston. Se rascó la cabeza, buscando bajo la mesa el milagroso odre de vino.

El asunto de los asesinatos en La Noche en Jerusalén le tenía tan perplejo que había decidido no quedarse allí sino regresar a casa, al amoroso abrazo de lady Maud y a los gritos de bienvenida de sus dos hijitos.

—Buenos chicos, buenos chicos —masculló el forense.

—¿Sir John?

—Nada.

Cranston se irguió en la silla, tomó un trago de su odre de vino y, como de costumbre, se lo ofreció a Simon, quien, como de costumbre, declinó cortésmente.

—Bien —dijo Cranston—, empecemos. Decidle a Flaxwith que haga entrar al primero.

Simon hizo sonar la campanilla. Flaxwith, respirando pesadamente y acompañado por sus dos feos mastines, hizo entrar a una fila de prisioneros, un grupo de juerguistas que se habían emborrachado, habían atacado al vigilante y se habían orinado en el Gran Canal en Cheapside. Cranston les puso una multa de un chelín a cada uno y les sentenció a pasar una mañana en los muelles con un cubo de orina de caballo colgado del cuello. El siguiente caso era un pequeño comerciante culpable de vender mercancías después de que hubiera sonado la sirena del mercado y el comercio del día hubiera terminado. Sin embargo, tenía un aspecto tan patético y hambriento que Cranston le dio seis peniques, le ofreció un trago y cerró el caso. A continuación entraron dos mujeres y un hombre: Eleanor Battlewaite y Mary Dodsworth, seguidas por un hombre de aspecto llamativo, vestido con una capa negra decorada con estrellas de plata y medialunas doradas. Cranston se recostó en la silla y escuchó a Simon, quien trató de mantener la voz tranquila mientras leía la acusación.

—Un momento —gritó Cranston—. ¿Cómo os llamáis?

—Pedro el Profeta —respondió el hombre con voz chillona.

—Adelante —dijo Cranston.

Simon describió el caso: Eleanor había acusado a Mary de robarle un metro de seda, Mary había contratado a Pedro el Profeta, le había contado secretos de Eleanor y le había sobornado para que se acercara a ella y la persuadiera de que ella no le había robado la seda. El caso proseguía. Eleanor y Mary se gritaban, Pedro el Profeta protestaba alegando su inocencia. Cranston al fin se cansó de todo ello y dio un golpe en la mesa.

—¿Así que decís que sois profeta?

—Sí, mi señor.

—¿O sea que sabéis cuánto voy a ponerlos de multa?

—Bueno, yo...

—Decidme —pidió Cranston con dulzura—, ¿qué va a ocurrir aquí?

Pedro el Profeta decidió que el silencio era la mejor defensa.

—Muy bien. —Cranston volvió a dar un puñetazo en la mesa—. Mary Dodsworth, pagaréis una multa de cinco chelines por robar la seda y contratar al profeta. Pedro el Profeta, vos pagaréis la misma multa por ser un charlatán. Eleanor Battlewaite, dos chelines por ser tan estúpida como para creerle y por hacerme perder el tiempo.

Cranston les hizo salir enseguida y les siguió otro adivino, Richard el panadero, quien creía que podía predecir acontecimientos cortando una hogaza de pan. Le impusieron una multa y le hicieron salir, así como a dos pasteleros que habían intentado vender tartas como de carne de venado cuando en realidad contenían buey rancio. Flaxwith despejó la sala y Cranston se recostó en su silla.

—¡Por todos los diablos! Estoy harto de esto. Voy a rezar.

—¿A la iglesia de costumbre, sir John?

—Sí —respondió Cranston—. A la iglesia de costumbre.

El forense bajó la escalera y cruzó el patio. Hacía buen día. Las nubes se habían deshecho, el cielo era azul y el bullicio del mercado casi quedaba ahogado por el fuerte tañido de las campanas de la iglesia. Cranston se quedó parado unos instantes en la entrada del patio del Ayuntamiento. Le gustaba esta escena. La sirena del mercado había sonado y había comenzado otro día de comercio. A ambos lados de la gran vía pública de Cheapside los puestos y tiendas abrían y los aprendices ya voceaban, impacientes por captar la atención de los ciudadanos que se congregaban para realizar la actividad comercial del día. Los cocineros estaban ocupados y el dulce olor de pasteles horneados y carne con especias flotaba por todas partes, mezclándose con los olores más desagradables de excrementos de caballo, paja mojada y los montones de estiércol que aguardaban los carros que los recogerían. Entró un grupo de caballeros a caballo, sentados con arrogancia en sus altas sillas picudas, un glorioso conjunto de color, arneses relucientes y el destello de la espuela, la daga y el bocado de los caballos. Junto a ellos corrían cazadores y monteros que sacaban los perros a los campos del norte de la ciudad. Tropas de prisioneros eran escoltados por alguaciles de la Corporación impacientes por depositar su carga en la flota, *Marshalsea*, o en las barcazas prisión que esperaban en el Támesis para llevárselos río abajo a ser juzgados en Westminster.

Cranston cruzó Cheapside. Los propietarios de los puestos vociferaban y alardeaban; ya había estallado una pelea respecto a un barril de sal procedente de Poitou, mientras más abajo el Tribunal de Vendedores

Ambulantes, que arbitraba el mercado, estaba juzgando si una pieza de cuero era piel de oveja o, como afirmaba el comerciante, provenía de Córdoba. Ataban a gente a las gradas o la conducían arriba para permanecer de pie en la jaula sobre el Gran Canal. Dos figuras desgarbadas se acercaron cojeando a Cranston. Éste gruñó y trató de ir más deprisa, pero sus perseguidores fueron implacables y le bloquearon el paso.

—Buenos días, sir John. ¿Y cómo está lady Maud?

Cranston miró con ceño a estos dos mendigos profesionales, Leif el cojo, que conservaba sólo una pierna pero podía moverse más deprisa que muchos hombres con dos, y Rawbum, quien, muchos años atrás, borracho como una cuba, se había sentado en una sartén de aceite hirviendo y vivió para no olvidarlo jamás.

—Sir John, hemos compuesto una nueva canción.

Cranston les miró fijamente sin parpadear, y sin más dilación, Leif, con una mano al pecho, la cara llena de cicatrices alzada al cielo, empezó a cantar del modo más espantoso, mientras Rawbum tocaba una melodía en una flauta de caña.

—Muy bien, muy bien —interrumpió Cranston, metiendo una moneda en la mano de cada uno—. Ya he oído suficiente, ahora largaos.

Los dos mendigos, dándole las gracias al unísono, habrían seguido aún más a sir John, pero éste se volvió con gesto amenazador y ellos, captando la indirecta, se encaminaron hacia una pastelería, mientras el forense, disparado como una flecha, cruzaba a toda prisa Cheapside y se adentraba en el agradable calor de su taberna predilecta, El Cordero de Dios. Una vez instalado en su asiento preferido junto a una ventana que daba al jardín de hierbas finas, sir John agradeció los amorosos servicios de la cervecera, que puso ante él una gran jarra de espumosa cerveza y tiras de pan con piel. Bebió y comió contemplando el jardín, oculto su vivo color verde bajo la escarcha. El amplio estanque de carpas aún estaba cubierto por una capa de hielo y Cranston comprendió que aún tardaría algún tiempo en sentirse el calor del sol. Charló de esto con la cervecera mientras recorría la taberna con la mirada. Le trajeron una segunda jarra. Sir John se la bebió a sorbos mientras escuchaba a un muchacho que cantaba en la calle una dulce canción: «El ángel del Señor anunció a María».

—Me pregunto —reflexionó Cranston— si el ángel bueno de Dios me revelará la verdad.

Se recostó en la silla con la jarra en la mano y recordó los sucesos de la noche anterior. Había dejado a Athelstan y regresado a La Noche en Jerusalén para tomar una taza de leche caliente con vino, donde había entablado conversación con Tobías el tonelero. Tobías se había horrorizado al enterarse de los espantosos asesinatos de Toadflax, Chandler y las dos prostitutas. Cranston se bebió la jarra, distraído por el individuo envuelto en una capa que estaba acurrucado en el rincón de la chimenea. El forense se enorgullecía de conocer a todo el que entraba en El Cordero de Dios, pero reparó en que éste era un extraño y volvió a sus reflexiones. Tobías también se había enojado en nombre de maese Rolles.

—Estuvo en la cocina conmigo todo el tiempo —había protestado el tonelero— y yo sé quién lo hizo. —Se había dado unos golpecitos en la nariz con aire de experto.

Cranston le había invitado a beber y Tobías confesó que había visto a Chandler, gordo como una ciruela, entrar desde el patio.

—Y lo que es más importante —susurró—, vi sangre en sus manos.

Tobías entonces pasó a explicar que esto despertó tanta curiosidad en él que visitó a la lavandera de la taberna, responsable de la ropa de los huéspedes. Ambos habían revuelto entre las prendas y encontrado servilletas de la cámara del hombre muerto con manchas de lo que sospechaban podía ser sangre seca. La lavandera no estaba segura; señaló que Chandler había intentado lavar él mismo las servilletas. Tobías informó de inmediato a maese Rolles de lo que había descubierto. El tabernero se alegró y se pavoneó como un gallo en un montón de estiércol, exclamando que, de acuerdo con una antigua ley, no podía ser multado con el «murdrum», un antiguo impuesto con que se gravaba a todos los posaderos y taberneros en cuyo recinto se hubiera producido una muerte misteriosa. Rolles, aún feliz con esta noticia, también se había reunido con Cranston, repitiendo lo que Tobías le había dicho y mostrándole con aire triunfal las servilletas manchadas. Cranston las examinó con atención y llegó a la conclusión de que Rolles y Tobías estaban en lo cierto. Las manchas parecían ser de sangre seca. ¿Así que Chandler había matado a aquellas dos prostitutas, escondido su ballesta y regresado a su cámara para lavarse las manos? Pero ¿por qué un poderoso terrateniente, que podía más que pagarse mujeres como Beatrice y Clarice, las asesinaría en tan espantosas circunstancias? ¿Y la muerte del propio Chandler? ¿Era una venganza? ¿Tenía fiebre Chandler aquella mañana debido a lo que había hecho? ¿Se

había dado aquel baño para limpiarse toda prueba de su crimen? Sir John encargó con aire distraído otra jarra de cerveza.

—Pagaré aquello.

La figura que estaba agazapada en el rincón de la chimenea se levantó, se quitó la capa y se acercó a sir John.

—¡Qué sorpresa! —Cranston le tendió la mano para estrechársela—. ¿Cómo sabíais que estaría aquí?

Matthias de Evesham estrechó la mano del forense y se deslizó a su lado en el banco, volviéndose para poder mirarlo a la cara, entrelazados los ensortijados dedos como algún sacerdote bondadoso esperando oír una confesión. La cervecera les sirvió otras dos jarras. Matthias levantó la suya, brindó con Cranston y bebió unos sorbos despacio. El forense se apartó un poco para examinar más atentamente al recién llegado. Matthias de Evesham había sido nombrado recientemente maese de la Cancillería de los Secretos de la Oficina de la Noche, que tenía sus despachos en la Torre. Con su rostro redondo y alegre, sus brillantes ojos azules y agradable sonrisa en la boca, tenía todo el aspecto de un buen monje, impresión que él alimentaba deliberadamente con su hablar suave y su eterno buen humor. La única cosa evidente que revelaba que no era ningún asceta era su amor por la joyería: el collar de oro que llevaba al cuello, los costosos anillos que adornaban todos sus dedos, por no mencionar el brazalete de oro que lucía en la muñeca izquierda.

Éste era un hombre con secretos, estudioso de lógica y filosofía, que había enseñado en las escuelas de Oxford y Cambridge, incluso en las de París, antes de entrar al servicio del regente Juan de Gante. Muchos le tomaban por sacerdote, pero maese Matthias estaba casado —un buen matrimonio era el suyo— con lady Alice, propietaria de una agradable mansión entre el Temple y Fleet Street. Casado o no, aún resultaba atractivo para las damas, así como un gran divulgador de secretos. Organizaba a los espías de Juan de Gante en casa y en el extranjero y aconsejaba al regente en privado así como en las reuniones del Gran Consejo de Westminster.

—¿Estáis bien, sir John? —Matthias rompió el silencio— ¿Y lady Maud?

—Estoy bien —respondió Cranston—. Mi esposa está bien, mis hijos están bien, mis perros están bien, mi gato está bien, los peces de mi estanque están bien. No habéis venido navegando por el Támesis para preguntarme eso, ¿verdad?

—No, así es. —Matthias se rió y dejó su jarra—. Pedisteis un inventario de los documentos, así como de las investigaciones realizadas después de que robaran el tesoro lombardo.

—Una petición razonable —replicó Cranston—. Quiero saber qué investigaciones se hicieron, qué se descubrió.

—Muy poco.

—Entonces, ¿por qué no me dejáis ver los documentos?

—Fueron destruidos.

Matthias tenía una expresión tan afligida que Cranston estalló en carcajadas.

—¿Esperáis que me lo crea?

—No, no lo espero —Matthias sonrió—, pero es cierto que fueron destruidos, porque no nos proporcionaban ninguna pista sobre el paradero del tesoro.

—¿Habláis en plural? —preguntó Cranston.

Matthias pasó un dedo por el borde de la jarra de cerveza.

—Lo diré muy claro, sir John, a nadie le gustaría más que a mi señor, Juan de Gante, descubrir qué ocurrió con el tesoro. Responderé a todas las preguntas que queráis hacerme y os enteraréis de muchas más cosas por mí que por cualquier otro.

Cranston se limitó a mirarle fijamente.

—Hace veinte años —empezó Matthias—, el ejército de cruzados que partió de aquí negoció un enorme préstamo de los banqueros lombardos, a cambio del cual los banqueros recibieron la promesa de ciertas concesiones comerciales tanto en el mar de Irlanda y el canal de la Mancha como en el Mediterráneo. También les aseguraron un porcentaje de cualquier botín. Los lombardos enviaron el tesoro a la Torre. En aquella época, mi señor, Juan de Gante, era Guardián de la Torre.

—¡Ah! —exclamó Cranston—. Ahora nos entendemos.

—La víspera de la festividad de San Mateo, el veinte de setiembre de 1360 —prosiguió Matthias—, se llevaron el tesoro de la Torre, lo colocaron en una barcaza y lo enviaron a un lugar secreto.

—¿Por qué no lo llevaron directamente a los barcos?

—El almirante de la flota decidió que era demasiado peligroso. Quería que el tesoro se enviara a través del río a Southwark y luego fuera transportado en secreto al buque insignia. Por razones que él conocía mejor que nadie le parecía que así era más seguro, y lo mismo a Juan de Gante.

—¿Por qué tanta cautela? —preguntó Cranston.

—Para mantener a salvo el tesoro. Veréis —Matthias se secó la boca con una servilleta—, si alguien se hubiera enterado de lo que ocurría y hubiera deseado robar el tesoro, esperaría que lo transportaran por tierra por la orilla norte del Támesis, pasando por el puente de Londres para llegar al buque insignia, o en barcaza real río abajo en dirección a Westminster. Sir Jack, cuando la flota de los cruzados se hallaba anclada, todos los piratas del río y bandidos que habían oído algo del tesoro vigilarían el buque insignia. Podían haber atacado cuando era transportado, sin duda habrían sabido cuándo llegaba y adonde era conducido. Así que Juan de Gante y el almirante de la flota decidieron que había que transportar el tesoro en barcaza, cruzar el río durante la noche e ir por la orilla sur del Támesis. Esto significaba que la ruta de la barcaza, su destino y la hora de su llegada serían un secreto. En todo momento hay barcas que van y vienen de la Torre a Southwark. Una vez cruzado el Támesis, tenía que ser recogido por dos caballeros y transportado al buque insignia. Los barqueros entregaron el tesoro a dos caballeros en los que Gante confiaba. —Matthias hizo una mueca—. Bueno, en aquella época; eran Richard Culpepper y Edward Mortimer. Fueron elegidos por lord Belvers, pero fue Juan de Gante quien en realidad tomó la decisión.

—¿Por qué —preguntó Cranston— no les dieron escolta militar?

—Para atraer el mínimo de atención posible.

—¿Por qué eligieron a Culpepper y a Mortimer?

—Porque —Matthias suspiró— todo el mundo confiaba en ellos, en especial Su Ilustrísima.

Cranston se mordió la piel del pulgar. Como todo lo que provenía del regente, Cranston percibía que la historia de Matthias era una mezcla de verdad y mentiras. El forense miró rápidamente alrededor y se acercó.

—Maese Matthias —susurró—, vayamos al grano. ¿Cómo puedo saber que no fue el propio regente el que robó el tesoro?

Matthias sonrió.

—Su Ilustrísima me advirtió de que diríais eso. Dos cosas. —Matthias alzó una mano—. En primer lugar, el capitán de su guardia trajo a la Torre un documento firmado por Culpepper. En segundo lugar, durante meses, después del gran robo, el dedo de la culpa señaló a mi señor. Él juraba que no sabía nada.

—En una palabra —dijo Cranston—, vuestro señor estaba furioso.

—Sí, y aún lo está —coincidió Matthias—. No ha olvidado lo que ocurrió hace veinte años y aún hace averiguaciones con cautela, pero no ha descubierto nada.

—La mujer —declaró Cranston—, la cortesana conocida como Ginebra la Dorada. Dicen que la vieron aquí y allí.

—Rumores. —Matthias meneó la cabeza—. Historias, la gente estaba ansiosa por obtener la recompensa. Una gran recompensa, sir John, cien libras, por no mencionar el perdón de cualquier delito.

Matthias sorbió por la nariz.

—Su Ilustrísima el regente ha oído hablar de los asesinatos ocurridos en La Noche en Jerusalén, la muerte súbita y misteriosa de sir Stephen, y siente curiosidad. Quiere saber si estos sucesos están de alguna manera relacionados con el tesoro lombardo. Me ha pedido que os pida que lo recordéis.

—¿De quién sospecha? —preguntó Cranston.

—A menudo se pregunta adónde huyeron Culpepper y Mortimer, o dónde escondieron el tesoro.

—¿De quién sospecha? —repitió Cranston, cogiendo el brazo de Matthias.

—Hay un hombre que se ha refugiado en la iglesia de San Erconwaldo, protegido por vuestro secretario, Athelstan el dominico. ¿Sabíais que hace veinte años el padre del Misericordia y maese Rolles eran íntimos amigos? ¿Que el Misericordia a menudo escapaba de su maestro de escuela, de la catedral de San Pablo, para frecuentar la taberna de Rolles? Su Ilustrísima se pregunta si el Misericordia, un bribón nato, sabe algo de esta fechoría. ¿Es este el motivo por el que alguien contrató a un cazador de hombres tan despiadado como el Judas para encontrarle y llevarle ante la justicia? ¿Es porque el Misericordia sabe algo del tesoro lombardo?

Matthias se puso en pie y recogió su capa; señaló el pan con miel.

—Deberíais comer eso, sir John. Sería un pecado desperdiciarlo —se inclinó—, igual que el favor de Su Ilustrísima.

Cuando Matthias se hubo marchado, Cranston cogió el pan con miel y se lo comió, pensativo. Se preguntó cuánta verdad había en lo que le había contado aquel hombre. La cervecera se acercó. Cranston le dio las gracias con aire distraído, pagó la factura y salió de la taberna, encaminándose hacia el río para alquilar la barcaza de maese Moleskin para que le llevara a Southwark...

* * *

Athelstan se había levantado temprano para recoger leña para el fuego en el bosquecillo que había en el otro extremo del cementerio. Saludó a sus feligreses y a otros miembros del cuerpo de alguaciles lo más caritativamente que pudo e intentó distraerse admirando el cielo, que estaba despejado por completo y prometía un buen día. Contestó a los que le saludaban a gritos, aunque reparó en que Watkin y Pike le daban la espalda. Regresó a la cocina, preparó el fuego, se lavó las manos y se acomodó para prepararse para la misa de la mañana. Athelstan, con *Buenaventura* acurrucado a su lado, recitó el «Adoro te devote» de Tomás de Aquino, el gran teólogo dominico. Un golpe en la puerta le interrumpió y, rogando tener paciencia, abrió. Sin embargo, en lugar del Judas o de uno de sus feligreses, quien estaba allí parado era fray Malaquíás, con su hábito negro de benedictino, la capucha echada atrás y sobre los hombros unos cuévanos de cuero.

—¡Padre! —Malaquíás dio un paso atrás—. No parecéis complacido.

—Padre —replicó Athelstan—, creía que erais otra persona.

Intercambiaron el beso de la paz y Athelstan le acompañó a la cocina. Debido al ayuno que debía guardar antes de la misa, sólo pudo ofrecerle una taza de agua, pero Malaquíás hizo gestos de negación con la cabeza, diciendo que sólo le agradaría calentarse los dedos ante el fuego.

—¿Os habéis alojado en La Noche en Jerusalén? —preguntó Athelstan.

—No. —Malaquíás extendió las manos para que se le calentaran—. Ya estoy harto de mis compañeros. Me marché por la tarde, me avergonzaba de lo que dijeron, ¡aquellas dos pobres muchachas, asesinadas! ¡Sir Maurice y el resto comportándose correctamente durante el día, pero obrando como pecadores por la noche!

—¿Os sorprende? —preguntó Athelstan.

—Sí, sí —respondió el benedictino—. Oh, entiendo el comer y el beber. Puedo entender que se vean tentados por una moza de taberna, pero elegir a aquellas dos muchachas es cruel, en especial dado que conocían a su madre. No soy un santurrón —Malaquíás se puso más cómodo en el taburete—, pero no creo que me reúna con ellos el año que viene. El pasado ya no existe, ha terminado.

—¿Habéis buscado a vuestro hermano? —Athelstan alzó una mano en gesto de disculpa—. Lo sé, ya os lo pregunté.

—He hecho lo que he podido —respondió Malaquías—. Mi orden tiene casas a todo lo largo y ancho de la cristiandad, allí reposan toda clase de viajeros. También hace negocios con los grandes y con los miserables, así que está bien situada para enterarse de cosas. Bueno, me han llegado noticias, pero en el fondo sé que mi hermano está muerto.

—¿Y Ginebra la Dorada?

—También.

—¿Vuestro hermano alguna vez insinuó lo que se planeaba?

—Era mucho más joven que yo. Tenía la cabeza llena de sueños de caballería, de mujeres hermosas, de justas y torneos y valientes hazañas. Ah, sí, se hacía el alegre bribón, pero en realidad perdió su corazón y su alma por Ginebra. El no la veía como una cortesana o una prostituta, sino como una bella damisela que sufría, atrapada en una vida de la que ansiaba escapar.

—¿Y era así?

—Tenía un rostro bello como un ángel, un corazón no malo pero codicioso. Era de mente inconstante, de humor variable, sin embargo habría sido más fácil conseguir que vuestro gato cantara el Ave María que hacer que mi hermano se diera cuenta de la verdad. La última vez que le vi fue el día antes de que llegara el tesoro. Parecía distraído, quizás excitado. —Malaquías echó hacia atrás el taburete y se puso en pie—. Pero después de eso, nada.

—¿Y por qué le escogieron a él? —preguntó Athelstan.

—Ya os lo he dicho. Lord Belvers, su comendador, confiaba en él. Juan de Gante también desempeñó su papel; Mortimer era su hombre.

—¿De verdad creéis que él robó ese tesoro? —preguntó Athelstan.

—En el fondo, no, pero la evidencia parece señalar otra cosa. Ruego por él en misa.

—Yo también lo haré en la mía —declaró Athelstan—. ¿Conocéis mi historia, padre Malaquías?

—He oído hablar de ella —respondió el benedictino—. Sé que cuando aún erais novicios, vos y vuestro hermano os alistasteis en las levas que iban a Francia. Él murió allí, ¿verdad?

—Y yo regresé —dijo Athelstan—. Mi orden hizo que mi noviciado fuera el doble de largo, toda humilde tarea me era destinada. —Abrió la

puerta—. Dejadme expresarlo así, padre: lo sé todo sobre las letrinas y cloacas de Blackfriars.

Salieron de la casa y entraron en la iglesia por una puerta lateral. Athelstan se dirigió hacia la reja del coro, se paró y ahogó un grito.

—¿Padre?

—¿Dónde está?

Athelstan se apresuró a entrar en la sacristía. Abrió la puerta lateral que salía a la pequeña letrina construida sobre un albañal. Al otro lado del cementerio, miembros del grupo de vigilantes le miraban fijamente. Athelstan volvió a la iglesia y cerró la puerta con llave.

—Es el Misericordia —dijo Athelstan con voz entrecortada—. Al parecer ha desaparecido. Vamos, padre, ayudadme.

Registraron la iglesia, la capilla para cantores, la sacristía, incluso la pequeña cripta que estaba en desuso, pero no había señales del Misericordia, nada que indicara su presencia, salvo una jarra de cerveza vacía y un plato con algunas migas rancias. Había desaparecido con sus armas. Athelstan se rascó la cabeza. No quería llamar a gritos al Misericordia ni dar la voz de alarma. Estaba sorprendido, aunque un poco aliviado. ¿Cómo había logrado escapar aquel bribón? Una vez más registró la iglesia, y envió a fray Malaquías a recorrer el perímetro del cementerio y visitar a Godbless, que roncaba en la casa de los muertos. El benedictino regresó haciendo gestos de negación con la cabeza.

—Se ha ido —dijo—, como la nieve en primavera. No hay el más mínimo rastro de él.

—No daremos la voz de alarma —señaló Athelstan— hasta que haya celebrado misa.

Se pusieron a preparar el altar, encendiendo las velas y llenando las vinagreras con agua y vino. Athelstan se vistió y celebró la misa solo en la pequeña capilla para cantores, mientras Malaquías hacía lo mismo en el altar mayor. Athelstan trató de pensar sólo en lo que estaba ocurriendo, en el Gran Milagro del pan y el vino que se convierten en el cuerpo y la sangre del Dios invisible, pero, como después confesó a Malaquías, le distraía otro milagro. ¿Cómo podía desaparecer de su iglesia un criminal como el Misericordia y atravesar impunemente un círculo de hombres armados, en vigilancia constante?

—Bueno —Athelstan se santiguó—, será mejor que proclame la buena noticia para que todos la oigan.

Recorrió la nave, abrió la puerta principal y, haciendo caso omiso de las protestas de Pernel y Cecilia la cortesana, que habían estado esperando para oír misa, aunque confesaron que habían llegado tarde, llamaron al Judas desde la entrada techada. Este sabueso y cazador de criminales se acercó contoneándose, con la espada golpeándole en el muslo.

—Buenos días, padre.

—Buenos días, señor. —Athelstan esbozó una sonrisa forzada—. Debo informaros de que el hombre al que había dado refugio, el Misericordia, ha desaparecido.

—¿Qué?

El Judas subió corriendo la escalinata, apartó a Athelstan de un empujón y, abriendo la puerta con brusquedad, irrumpió en el santuario. Athelstan le siguió, protestando. El Judas cogió el pequeño silbato que le colgaba del cinturón, abrió la puerta de los difuntos y emitió tres largos pitidos. Pronto la nave se llenó de hombres, incluidos Pike, Watkin y otros feligreses. Athelstan decidió dejarles hacer. Una vez más registraron la iglesia, pero no hallaron ni rastro. El Judas, respirando con furia, entró y se quedó ante fray Athelstan, el sudor resbalándole por la cara sin afeitar y un fuerte olor a vino en su aliento. Hizo ademán de dar un empujón a Athelstan, pero el dominico le apartó la mano. El Judas se alejó al oír el murmullo amenazador de los feligreses de Athelstan.

—¡Por el amor de Dios —rogó Athelstan—, pensad dónde estáis! Esto es una iglesia; yo soy su sacerdote. No tengo nada que ver con la huida de vuestro prisionero. Lo sabéis.

El Judas abrió la boca para protestar pero se detuvo a tiempo. Apartó a Athelstan y salió como una tromba al porche, gritando a los otros que se unieran a él.

—Una manera emocionante de comenzar el día —murmuró Malaquías.

—Sí, y no ha hecho más que empezar.

Athelstan regresó a la casa, donde él y Malaquías rompieron el ayuno. El dominico aún se hallaba distraído y desconcertado por la desaparición del Misericordia. Se excusó y volvió a la iglesia, donde Pernel la mujer flamenca estaba intentando colocar una corona de flores a la estatua de la madre de Dios en la capilla de la Virgen. Athelstan la ayudó. La mujer dio un paso atrás, pasándose los dedos por el cabello de extraño color, mientras las lágrimas le resbalaban por el rostro pálido.

—Padre, ¿oiréis mi confesión?

—Oh, no, Pernel, otra vez no —dijo Athelstan.

—¡Pero me he acostado con hombres, docenas de hombres!

Athelstan le cogió el rostro entre las manos, mirando fijamente aquellos ojos salvajes, frenéticos.

—Pernel, son imaginaciones tuyas. Eres una buena mujer.

—¿Creéis que iré al cielo, padre?

Athelstan la soltó.

—Bueno, si tú no vas, Pernel, no irá nadie.

—Ha vuelto el fantasma de la rendija.

—¿Qué? —exclamó Athelstan.

Pernel señaló la parte posterior de la iglesia.

—Salid fuera, padre. Cuando esta mañana no he podido entrar en la iglesia, he dado la vuelta para echar un vistazo. Ella debía de llevar una vela.

Athelstan, intrigado, salió por la puerta de la sacristía y recorrió el lateral de la iglesia. Encontró una abertura en forma de diamante, se agachó y atisbo por ella. Vio a Pernel en la entrada de la reja del coro, y sus dedos tocaron la pieza de cera del borde de la abertura. La arrancó, miró al otro lado del cementerio y se rió en voz baja. Recordó a la novicia con la voluminosa túnica que la noche anterior había entrado en la iglesia, Pike y Watkin en el cementerio, la oscuridad, la densa niebla. Athelstan volvió a entrar en la iglesia.

—Pernel, hazme un favor, ¿quieres? Ve a decirles a Watkin, Pike y Ranulfo que quiero verles inmediatamente.

—¿Por qué? ¿Queréis oír su confesión, padre?

—Sí —murmuró Athelstan—, ¡antes de que les cuelgue!

La vieja mujer flamenca se apresuró a marcharse, y un poco más tarde los tres sinvergüenzas entraron en la iglesia. Athelstan le dijo a Pernel que se quedara fuera y vigilara la puerta de la sacristía mientras él llevaba a los tres hombres al santuario. Se quedaron delante de él, avergonzados.

—Sí, parece que todos estáis a punto de subir al carro para ser ejecutados.

Athelstan se sentó en los escalones del altar y les miró.

—¿Sabéis que os pueden colgar por ayudar a un villano a escapar cuando ha pedido refugio?

—Pero, padre, ¿cómo ha podido...?

—Ah, ha sido muy fácil, Pike. Te diré cómo lo hicisteis, y después decidiré si informo o no al Judas. El Misericordia tiene un ingenio inconstante, la mente ágil y la lengua hábil. Os conocía a los tres antes de refugiarse aquí.

Los tres tenían la vista clavada en el suelo como si nunca lo hubieran visto.

—Ranulfo, ¿dónde están tus hurones?

—Con Godbless, en la casa de los muertos.

—Allí es donde estarás tú, hombre estúpido. Como decía, el Misericordia es un alegre bribón. A menudo salía de la sacristía para aliviarse, y en secreto entabló conversación con vosotros tres. Sospeché que llevaba encima monedas de plata escondidas. Pagó a uno de vosotros para que cruzara el río y le contara a su hermana Edith, que está refugiada en el convento de las Clarisas pobres, el apuro en el que se encontraba. Todos sabéis que ella le visitó aquí anoche, y una cosa que tienen los hábitos de las monjas es que debajo se puede esconder un ejército. Le trajo una muda de ropa, dinero, comida, todo lo que podría necesitar para huir. Me pidió poder hablar con él a solas, y sería fácil esconder un hatillo en un rincón oscuro del santuario. Se marchó, yo me marché, el retén de fuera se instaló para pasar la noche. De alguna manera vosotros tres lograsteis vigilar una parte del muro del cementerio. Habíais acordado con el Misericordia, a cambio de un puñado de monedas de plata, hacerle una señal cuando pudiera salir sin peligro de la iglesia. —Athelstan señaló la abertura de la pared—. ¿Y qué mejor plan que encender una vela y colocarla en la abertura, la señal de que no había peligro y podía salir? El Misericordia estaba preparado, vestido con peluca y una capa oscura. Salió con sigilo de la sacristía, cruzó el cementerio y se alejó en la noche.

Watkin dio un salto, alarmado, cuando *Buenaventura* entró en la iglesia y se sentó junto a su amo, como si tuviera curiosidad por descubrir lo que estaba ocurriendo.

—Puede que me haya equivocado en algún detalle —dijo Athelstan en un susurro—, pero creo que la historia es cierta. ¿Sí? ¿Cuánto os pagó?

—Diez marcos —masculló Ranulfo—. Tres para cada uno y uno para la iglesia.

—Tengo una idea mejor —replicó Athelstan—. Podéis quedaros uno cada uno y yo me quedaré siete para la iglesia. Vamos.

Los tres se apresuraron a entregarle las monedas. Athelstan les devolvió una.

—Pike, dásela a Pernel, y yo de ti me mantendría lejos del Judas. —Se puso en pie—. Sólo es cuestión de tiempo el que su ingenio siga el mismo camino que el mío.

Athelstan les despidió y regresó a su casa. Malaquías estaba profundamente dormido, con la cabeza apoyada en el brazo, así que Athelstan le dejó y subió sin hacer ruido al altillo donde estaba su cama, sacó el calentacamas y recogió las cosas. Oyó gritos y salió al cementerio, pero sólo era el Judas y sus hombres que se preparaban para marcharse. Athelstan había vuelto y estaba alimentando el fuego cuando Cranston cruzó la puerta como una tromba. Malaquías se despertó sobresaltado. Excusándose, el benedictino saludó a sir John pero rechazó el ofrecimiento de Athelstan de comida y dijo que regresaría a la taberna. Una vez se hubo ido, sir John hizo partícipe a Athelstan de toda la información que había recabado en El Cordero de Dios. Athelstan escuchó en silencio y ocultó su inquietud. Temía al regente y se preguntaba por qué un hombre como Matthias de Evesham tenía tanto interés.

—No es sólo el tesoro, sir John, hay algo más.

—¿Y qué tal por aquí?

Cranston se sentó a la mesa secándose la frente y se sirvió un cuenco de harina de avena con miel. Dejó de comer y escuchó con sorpresa cuando Athelstan le informó de la desaparición del Misericordia.

—Diré a ese Judas que tenga las manos...

El forense fue interrumpido por unos furiosos golpes en la puerta. Athelstan abrió e irrumpió en la habitación uno de los mozos de la taberna de Maese Rolles, con el rostro enrojecido y el cabello pegajoso por el sudor.

—Sir John —dijo con voz entrecortada—, tenéis que venir. He ido hasta Cheapside pero no os he encontrado. Sir Laurence Broomhill ha resultado horriblemente herido y yace moribundo en La Noche en Jerusalén.

Athelstan hizo que el mozo se calmara dándole una taza de suero de leche. Tirándole un poco de la lengua, el mozo relató que, a última hora de la noche anterior, la taberna se había despertado con un grito espantoso. Maese Rolles había entrado en la bodega y encontrado a sir Laurence Broomhill en un charco de sangre, con la pierna atrapada en un cepo que Rolles guardaba en la bodega.

—Maese Rolles a veces los utiliza —explicó el muchacho—. Los pone en su jardín para los que pescan en el estanque de carpas o entran a robar en sus establos o cobertizos.

Sir John asintió para indicar que entendía, aunque en realidad detestaba semejantes artilugios, que cada vez eran más utilizados por los poderosos y adinerados para proteger sus jardines y huertos, y eran tan afilados y potentes que podían partir en dos la pierna de un hombre.

—¿Fue un accidente? —preguntó Athelstan.

El muchacho se encogió de hombros.

—Maese Rolles no lo sabe. Él cree que sir Laurence bajó a la bodega a por vino; han encontrado una jarra cerca.

—¿Por qué no me han enviado a buscar inmediatamente? —preguntó Cranston.

—Oh, sir John —balbuceó el muchacho—, todo ha sido tan horrible, han tenido que liberarle la pierna, vendársela y llevarle a su cámara. Han enviado a buscar a maese Stapleton el médico, pero no ha podido hacer nada. Sir Laurence ahora yace sudoroso y ensangrentado. Yo le he visto. — El muchacho imitó las convulsiones del caballero moribundo.

—Sí, sí —dijo Cranston—, sé lo que ocurre. Fray Athelstan —señaló hacia la puerta—, otro día, otra búsqueda.

Capítulo VII

Encontraron La Noche en Jerusalén extrañamente tranquila. Rolles había cerrado la puerta, impidiendo que los clientes entraran en el patio de los establos. Había mozos de cuadra yendo arriba y abajo, hablando en susurros. Los pasadizos y el bar permanecían en silencio. Sir Maurice Clinton y el resto ya esperaban en los aposentos de arriba. Cranston y Athelstan les saludaron y estaban a medio subir la escalera cuando se encontraron con Rolles.

—Llegáis demasiado tarde, señor. —Rolles señaló hacia la cámara—. Broomhill ha muerto. Stapleton el médico acaba de irse; no ha podido hacer nada.

El tabernero parecía extrañamente agitado. Athelstan le consideraba un hombre con el alma dura como el pedernal, que ni siquiera las circunstancias más extremas podían debilitar; ahora su rostro rollizo estaba pálido y sin afeitar, y sus ojos enrojecidos.

—No soy un hombre rico, padre. —El tabernero se señaló la ropa, que estaba empapada de sangre—. Estoy perdiendo clientela. No quiero ver a esos caballeros aquí nunca más.

Se interrumpió cuando fray Malaquías subía la escalera, con una estola al cuello, una ampolla de óleos santos en la mano derecha y una vela de cera de abeja en la izquierda.

—Tengo que ungirle —murmuró el benedictino.

Le dejaron pasar. Rolles siguió bajando; Athelstan y Cranston subieron a la galería y esperaron fuera de la cámara de sir Gawaine.

—Podéis entrar.

Fray Malaquías se encontraba junto a la cama; la vela estaba apagada y el óleo santo guardado en su bolsita de cuero.

Cranston emitió un silbido mientras recorría la habitación con la mirada.

—¡Parece un campo de batalla!

Las colgaduras de la cama, las sábanas, la colcha y las alfombras estaban empapadas de sangre. Había por todas partes vendas, parches de hilo, así como los cataplasmas que Stapleton había empleado para tratar de detener la hemorragia. El cuerpo, cuya piel estaba blanca como la de un leproso, yacía despatarrado en la cama, desnudo de cintura para abajo. Athelstan se

acercó mientras Cranston, cogiendo su odre de vino milagroso, se apartó con repugnancia. La pierna derecha de Broomhill estaba destrozada entre la rodilla y el tobillo. La herida dejaba la carne viva al descubierto, así como músculo y venas, y, mirando de cerca, Athelstan incluso vio que el hueso de debajo estaba hendido. El olor era repugnante; la infección ya había iniciado su curso.

—Ha debido de sufrir una terrible agonía —observó Athelstan, mirando fijamente el rostro del hombre muerto, contraído por sus últimas convulsiones.

—Stapleton le ha administrado un opiáceo —informó Malaquías.

—No podíamos hacer nada. —Rolles permanecía en la puerta como un profeta del destino aciago—. Absolutamente nada.

—¿Ha dicho algo antes de morir? —preguntó Athelstan.

—Farfullaba sobre el pasado. —Rolles entró en la cámara—. Hablaba de una gran bestia del río que podía salir y tragarse el cuerpo de un hombre. Estaba febril, no sabía lo que decía.

—¿Qué hacía en la bodega?

—Bajó a última hora de la tarde. Encontré una jarra cerca; quizás iba a llenarla de una de las cubas.

—¿No hay criados, pinches de cocina, mozos? —preguntó Athelstan.

—Por supuesto —espetó Rolles—, pero a veces las galerías están desiertas, y no me opongo a que clientes especiales se sirvan ellos mismos. Los caballeros siempre pagan bien.

—Pagan bien. —Athelstan repitió estas palabras—. Fray Malaquías, ¿cuál es la fuente de riqueza de estos caballeros?

—Fincas, algunas en las tierras más fértiles de Kent, rebaños de ovejas, derechos de pesca. Podríais llenar un barco con sus fuentes de beneficios.

—Pero antiguamente eran pobres.

—Los hombres pobres se hacen ricos cuando sus padres mueren. Además, los caballeros trajeron botín de Egipto. Asaltaron palacios y tesoros. Sir Maurice Clinton cogió una caja de madreperlas, de belleza exquisita, llamadas las Perlas de Saba; supuestamente pertenecieron a la gran amante de Salomón.

—¿Y qué fue de ellas?

—Cuando regresábamos a casa, la flota amarró en Génova. Los genoveses estuvieron muy complacidos de comprar todo tesoro que los cruzados hubieran obtenido.

—¿Vos recibisteis una parte de esta riqueza?

—No —respondió Malaquías con una sonrisa—, pero mi orden sí.

—Oh, por el amor de Dios, dejémoslo aquí. —Cranston cogió una colcha y cubrió con ella el cadáver—. Maese Rolles, quiero ver el lugar donde ocurrió.

Malaquías se quedó en la cámara mientras Rolles les acompañaba a la bodega; Athelstan siguió de mala gana al forense por la escalera de piedra, donde en los nichos de las paredes ardían unas cuantas velas. Cuando llegaron abajo se detuvieron mientras Rolles encendía unas linternas que colgaban de unos ganchos y vieron una caverna larga y de techo bajo con cubas y barriles apilados a ambos lados. En el rincón, a la derecha de Athelstan, había artículos de jardinería: azadones, azadas y palas.

—He hecho todo lo que he podido para limpiar la sangre —masculló Rolles, y señaló el gran cepo ovalado que ahora estaba apoyado en la pared. Lo cogió y separó los dientes.

—Un artilugio sencillo —admitió Athelstan—, y sin embargo tan mortal.

El cepo se abría y se mantenía separado mediante un muelle. Cuando Rolles lo tocó con un palo, los dientes se juntaron produciendo un chasquido tan fuerte que Athelstan dio un brinco.

—Necesito esto —explicó Rolles, percibiendo el horror de Athelstan—. ¡Padre, pregúntele a sir John, a cualquiera! Tengo estanques con carpas, establos y cobertizos que he de proteger. Una panda de desvalijadores pueden llevarse el ganado en una noche. El solo hecho de saber que hay cepos les mantiene alejados.

—Necesitáis una licencia —espetó el forense.

—La tengo. Conozco la ley, sir John, sólo puedo utilizar esto cuando puedo demostrar que corro el peligro de que me roben.

—Y lo que es más importante —Athelstan se agachó—, ¿por qué estaba abierto anoche? ¿Y por qué sir Laurence bajó aquí?

Recogió la jarra de metal.

—¿Era esto de su cámara?

—No lo sé.

Athelstan miró fijamente el estrecho pasadizo de aquella tenebrosa bodega, tratando de imaginar lo que había ocurrido. Sin duda los Caballeros del Halcón Dorado estarían alterados por la muerte de Chandler, así como por su propia confesión de que frecuentaban a prostitutas. Podría ser que

hubieran bebido copiosamente. Sir Laurence, ansioso por tomar más vino, cogió una jarra de su cámara o cocina y bajó allí.

—¿Esta bodega siempre está a oscuras?

—Claro —respondió el tabernero—. Sólo se encienden velas cuando es necesario.

—¿Y si sir Laurence hubiera bajado aquí esperando ver a alguien? Él no conocía este sitio. ¿Qué hacéis, sir John, cuando bajáis escaleras en la oscuridad, en particular si habéis estado bebiendo?

—Ir con mucho cuidado; esas pequeñas velas que hay en los nichos de las paredes apenas proporcionan luz.

—Y no sabemos —reflexionó Athelstan— si sir Laurence llevaba alguna linterna.

Cerró los ojos, tratando de recordar cómo bajaba la escalera del campanario de su iglesia. Odiaba aquella escalera de caracol; nunca estaba seguro de cuándo había llegado abajo. ¿Le habría pasado lo mismo a sir Laurence? Athelstan se puso en pie. La zona de alrededor de los escalones apestaba a la cal y el vinagre que Rolles había utilizado para limpiar la sangre; aún había algunas salpicaduras en la pared y el suelo, al pie de la escalera.

—Sir Laurence debía de estar distraído.

Athelstan cogió el cepo y lo colocó, cerrado, al pie de la escalera. Después caminó entre las cubas y los barriles hasta el fondo. Aquí la albañilería era irregular y Athelstan observó, justo por encima de su mirada, un hueco bastante grande.

—Hermana cera —murmuró, recordando lo que había descubierto en la abertura en la pared de la iglesia aquel mismo día—. ¡Hermana cera, habéis vuelto a ayudarme!

La cera del ladrillo estaba blanda y limpia, recién formada.

—Maese Rolles, venid aquí. —El tabernero bajó para reunirse con él—. ¿Habéis puesto una vela aquí?

El tabernero limpió la cera con los dedos.

—No, no. Por la cantidad de cera que hay, debe de haber habido una vela encendida bastante rato.

Athelstan pidió a Rolles que trajera una vela de sebo. El tabernero sacó una de la caja que había debajo de la escalera, la encendió y la colocó en el nicho. Apagaron las linternas de la bodega. Athelstan subió la escalera, haciendo caso omiso de las quejas de Cranston referentes a la oscuridad,

luego se volvió y bajó lentamente de nuevo. Aunque era consciente de las lucecitas de los nichos de la pared, le atraía aquella solitaria vela que ardía al fondo de la bodega. Llegó al último escalón.

—Sir Laurence fue asesinado. —Su voz resonó sombríamente en la oscuridad—. Maese Rolles, por favor, encienda las linternas. Sir John, si tiene la bondad...

Abandonaron la bodega y se dirigieron al patio de los establos, lejos de todo oído que pudiera escucharles.

—Estoy seguro de que sir Laurence fue asesinado —repitió Athelstan—. De alguna manera, alguien colocó ese cepo y le invitó a bajar a la bodega. Me pregunto cuál fue el señuelo. Quizás una revelación sobre los misterios que ahora nos acosan o alguna otra cosa.

—Era peligroso —declaró Cranston—. Alguien más podía haber resultado muerto.

—No creo que al asesino le importara. La verdadera pregunta es ¿de quién se trata? ¿Es el tabernero? ¿Alguno de esos caballeros? Y el Judas y la madre Veritable parecen capaces de ir y venir como les place.

Athelstan miró al otro lado del granero.

—¿Tenemos a un asesino, sir John —preguntó— o dos? ¿O incluso más? Piense en estos misterios como en líneas. Tenemos las extrañas hazañas del Misericordia; tenemos ese infame roto de hace veinte años; tenemos la muerte de esas dos jóvenes; ahora tenemos el asesinato de dos caballeros. Es una cuestión de lógica, sir John. ¿Las líneas corren separadas y paralelas, o se unen, liándose una con otra?

Iba a continuar cuando el Judas cruzó la verja contoneándose, con el rostro brillante de placer.

—¡Le he encontrado! —Dio una palmada con las manos cubiertas de cuero—. Fray Athelstan, le pido disculpas por mi anterior rudeza, pero han atrapado al Misericordia.

—¿Dónde?

Cerca de Bishopsgate. Yo tenía a algunos hombres en el camino de salida. Han enviado un mensaje: el Misericordia se halla sano y salvo en Newgate y voy a visitarle allí. —Riendo con placer, el Judas dio unas palmadas a Athelstan en el hombro y entró en la taberna.

—Poco consuelo encontrará allí —murmuró Cranston—. Padre, ¿adónde vais? —Athelstan ya se dirigía a grandes pasos hacia la verja.

—A Newgate, sir John. Quiero interrogar al Misericordia antes de que el Judas le visite.

Esta vez a Cranston le costó seguir el paso a Athelstan cuando recorrían las estrechas callejuelas que conducían al muelle. Se vieron retrasados un rato, cuando alguaciles con palos y porras intentaban dominar una pequeña pero muy ruidosa multitud que gritaba: «¡Palas y cubos!», el grito usual que corría por la orilla del río cada vez que un individuo particular trataba de invadir un tramo del Támesis.

—¡Está ocurriendo en ambas orillas del río! —exclamó Cranston cuando subían a la barcaza de Moleskin.

—Así es, sir John —coincidió Moleskin—. Si los ricos hacen lo que quieren comprarán todas las parcelas de tierra que hay a lo largo del Támesis. No podré amarrar mi barcaza sin pagar un impuesto, mientras que vos, sir John, no podréis dar de beber a vuestro caballo.

—Y las mujeres de la parroquia —interrumpió Athelstan— no tendrán dónde lavar la ropa. El agua es un regalo, sir John; como dice el Evangelio, el Buen Señor deja caer la lluvia sobre los justos y los injustos.

—Pero el injusto recibe más —espetó sir John—, porque tiene el barril más grande.

—Y ha robado al hombre justo —añadió Moleskin, remando y haciendo avanzar el bote por la agitada corriente para cruzarla.

Mientras Cranston y Moleskin discutían y bromeaban, Athelstan miraba fijamente la otra orilla del río. La niebla aún se cernía en la parte central. El fraile rogó en silencio por que Moleskin conservara la calma y aguzara la vista para ver las diversas chalanas, los barcos de pesca y barcazas de toda descripción que iban y venían por el Támesis. A su derecha distinguió las líneas del puente de Londres, incluidas las picas que sostenían las cabezas cortadas de los traidores. Se preguntó cómo le iba a maese Burdon, el Guardián del Puente. Burdon era un enano, muy orgulloso de la confianza depositada en él, un hombrecillo agradable de no ser por su costumbre bastante macabra de peinar el cabello de las cabezas cortadas.

Athelstan, reflexionando sobre el tumulto que quedaba atrás, se preguntó cómo se las arreglarían los que eran como Burdon, Moleskin, Pike el acequero, Ranulfo y el resto cuando se produjera la gran revuelta. Había escuchado con atención a sir John, había presenciado la desgarradora pobreza de los más necesitados de Londres, consciente de las historias que llegaban del campo que decían cómo los campesinos estaban furiosos por

los impuestos y gravámenes que se les imponían. ¿Llegaría la revuelta a Southwark? ¿Se unirían a ella sus propios feligreses? ¿Conseguirían algo o todo terminaría en luchas callejeras y ejecuciones en masa en Smithfield y en todas partes? Oyó que Moleskin mencionaba la muerte de las dos prostitutas la noche de la Gran Caza de Ratas, ansioso por descubrir si Cranston conocía todos los detalles escabrosos. ¿Cruzaban el Támesis por algo relacionado con esto? Cranston respondió con evasivas mientras Athelstan pensaba en que el Misericordia había sido atrapado cerca de Bishopsgate.

—¿Habéis llevado a alguien sospechoso a la otra orilla? —preguntó de pronto.

—Sospecho de todos mis pasajeros, padre —respondió Moleskin.

—¿Os habéis enterado de cómo escapó el Misericordia?

Moleskin negó con la cabeza, pero sus ojos le traicionaron.

—Si huyerais a Londres, ¿cómo lo haríais? —preguntó Athelstan.

—Sin duda no utilizaría el puente ni una barca —respondió Moleskin—, sino que iría al sur por el campo.

—Eso es lo que yo pensaba. —Athelstan señaló la orilla que se acercaba—. O sea que debía de ir a reunirse con alguien, y sé con quién.

Una vez llegaron a tierra, en Queenhithe, Athelstan recordó a Cranston la visita de la noche anterior.

—¿O sea que iba a reunirse con su hermana? —preguntó Cranston.

—Eso creo. Quizá fuera una última visita —respondió Athelstan—. Cometió un error: el Judas sabía más del Misericordia de lo que creía su víctima.

Entraron en Thames Street, abriéndose paso entre la ajetreada multitud. Las calles y callejones eran mucho más anchos que en Southwark, la gente iba mejor vestida, con abrigo forrado de piel en sus bordes, mantos y capuchas forradas de armiño, los mercados eran más prósperos, los puestos tenían altos montones de mercancía. Por los precios que se pregonaban Athelstan comprendió cuánto había subido el coste de todo, ya fuera ropa y artículos de piel del extranjero o verduras de los huertos de las afueras de la ciudad. Pasaron por delante de la mole de San Pablo, subieron por Dyer Lane y entraron en el bullicio de la zona donde los carniceros tenían sus puestos. El ancho callejón empedrado estaba resbaladizo debido a las asaduras y sangre esparcidos por todas partes. Manadas de perros se disputaban con mendigos y pobres estos residuos. En el aire flotaba el olor

de carne cruda; incluso los carniceros y aprendices estaban empapados de sangre, sus puestos resbaladizos por los jugos que goteaban, y por el precio de un penique se permitía a los pobres poner pots y cazos debajo para recoger estas gotas. Cranston era conocido aquí; era saludado ruidosamente por los alguaciles así como por los oficiales que vigilaban la cadena frente a Newgate, cuyo patio delantero se extendía hasta las puertas de barrotes de hierro negras de la prisión.

Athelstan detestaba ese lugar; era un verdadero pozo de miseria. Fuera de la verja había una multitud de prisioneros, unidos por cadenas y esposados, enviados por sus carceleros a recoger limosnas para ellos y otros internos. Los parientes de los que permanecían en los pozos y mazmorras intentaban sobornar a los guardias y carceleros para que entregaran mensajes y regalos a sus seres queridos que estaban dentro. Una mujer gritaba que tenía hijos que alimentar, pero ¿cómo podía hacerlo si su esposo estaba encadenado? Athelstan le puso una moneda en la mano; sólo cuando hubieron cruzado la verja y entrado en el patio de la prisión Cranston, con cierta exasperación, explicó que la mujer era una actriz que a menudo se aprovechaba de los transeúntes. En el patio de la prisión también reinaba un gran bullicio. Filas de prisioneros, temblando en sus harapos y pies descalzos, esperaban ser llevados a las celdas, mientras un oso de aspecto cansado estaba encadenado en un rincón. Uno de los carceleros explicó que su propietario se había emborrachado y había atacado a un espectador.

—Me parece una pena castigar al oso —murmuró Athelstan—, parece muy cansado y viejo.

El carcelero siguió su mirada, rascándose la barba incipiente de la mejilla.

—¿Qué sugerís, padre, una bendición?

—No. —Athelstan puso una moneda en la mano del hombre—. Aseguraos de que le den de comer y de beber y tenga un aspecto más feliz antes de que salgamos.

El carcelero accedió y les acompañó a la hedionda prisión. Recorrieron estrechos pasillos mal iluminados, bajaron escaleras mohosas, entraron en lo que el carcelero llamó el «Infierno», un estrecho y sombrío pasadizo con mazmorras a ambos lados. Fueron presentados a su guardián, un hombre corpulento con un mandil de cuero atado a la cintura. Éste reconoció a sir John y rápidamente devolvió el sello oficial que Cranston siempre llevaba encima para identificarse.

—El Misericordia está aquí. —Señaló con un dedo regordete—. El Judas me pagó bien para mantenerle encerrado.

Les condujo por el corredor. De vez en cuando Athelstan oía un gemido, un grito o un ronco insulto lanzado a ellos a través de las pequeñas rejas que había en la parte superior de cada puerta; en ocasiones vislumbraba unos ojos relucientes, de loco, que les miraban. La celda del Misericordia estaba al final, construida en lo que antes eran los cimientos de la antigua muralla romana, una de las celdas más seguras de la prisión, explicó el guardián, insertando una llave y corriendo los oxidados cerrojos. El interior era pequeño, sin ninguna ventana ni abertura que dejase paso al aire o la luz. Apestaba como una letrina y los juncos del suelo se habían convertido en sucio barro. El Misericordia, que estaba sentado en un rincón, se puso en pie de un salto. El guardián hizo señas a Athelstan para que entrara y le entregó la pequeña vela de sebo que llevaba en la mano.

—Padre, creía...

—Creías que era el Judas.

El Misericordia asintió y se derrumbó de nuevo en el rincón, mirando temeroso a sir John.

—Vamos a procurar que tus invitados estén lo más cómodos posible.

El carcelero cogió la vela a Athelstan y la clavó en una oxidada espita de hierro que sobresalía de la pared. Entró dos taburetes para Cranston y Athelstan y luego cerró la puerta, pero no antes de explicar que no la cerraría con llave; si necesitaban ayuda, él estaría fuera.

—¿Por qué habéis venido? —preguntó el Misericordia—. ¿Mi huida le ha avergonzado?

—Sé cómo escapaste. —Athelstan se sentó—. Queda poco tiempo, el Judas estará aquí pronto.

—No puede hacerme daño, no se atreverá.

—No te hará daño —explicó Cranston—. Simplemente quiere verte colgado.

—Citaré el verso del cuello.

—¡Ah! —exclamó Athelstan—. Las primeras líneas del salmo 50. Pedirás ayuda de la Iglesia y solicitarás que te entreguen a los tribunales eclesiásticos. El Judas seguirá persiguiéndote. Así que dime —Athelstan se inclinó hacia delante—, ¿por qué te persigue de forma tan implacable? ¿Quién le contrató?

—No lo sé.

—Mientes. Puede que seas un criminal, pero Londres está lleno de Misericordias.

Athelstan se fijó en que el rostro del prisionero tenía un moretón sobre la ceja derecha, y que su justillo estaba desgarrado.

—Te maltrataron, ¿verdad?

—Sin duda los alguaciles no eran franciscanos. —El Misericordia sonrió—. Pero, ¿por qué estáis aquí?

—Podría ofrecerte el perdón. —Athelstan dio un golpecito a Cranston en la bota—. El regente podría concederte la amnistía por todos los crímenes cometidos, a condición de que abandonaras Londres y me contaras todo lo que sabes.

El cambio en el Misericordia fue notable. Se quedó mirando fijamente al forense, que estaba sentado apretándose la nariz para no sentir el mal olor.

—¿De veras podéis hacer eso?

—Claro que sí. El señor forense, aquí, se ocupará personalmente de ello, absoluto perdón y clemencia. Te entregarán una carta para mostrársela a todos los sheriffs, jueces locales de puertos, alguaciles y alcaldes para que te dejen pasar.

El Misericordia se cubrió la cara con las manos.

—La verdad —exigió Cranston—. Toda la verdad.

—¿Quién contrató al Judas?

El Misericordia levantó la cabeza.

—No lo sé, padre. —Levantó las manos para suplicar mientras Cranston resoplaba en señal de burla—. No sé, puede que fuera la madre Veritable, aunque el Judas no lo sepa.

—¿Por qué le contrataría la madre Veritable?

—Por numerosas razones. Como sabéis, padre, vendí una poción, unos polvos, que yo afirmaba que podían aumentar la potencia de un hombre entre las sábanas. Yo visitaba a menudo la casa de la madre Veritable. Me hice amigo de Beatrice y Clarice. No, no, es cierto; disfrutaba con su compañía, y ellas con la mía. Decían que no era como el resto. Yo me comportaba con dignidad y las trataba como damas. Ellas me hablaban de sus clientes, de sus extraños deseos y vicios. No debían hacerlo. La madre Veritable es muy estricta. Me hablaron de los caballeros, en particular del gordo que bebió veneno y murió.

—¿Sir Stephen Chandler?

—Sí, el mismo. Visitaba a las muchachas cada vez que venía a Londres, no sólo cuando los Caballeros del Halcón Dorado se reunían para su celebración anual. Sir Stephen tenía una gran ambición en asuntos de alcoba, pero no la potencia para hacerla realidad. Persuadí a las chicas para que vendieran mis polvos milagrosos a su elegante cliente. Lo hicieron, y ganaron un buen dinero.

—¿Pero no funcionó?

—Claro que no, padre. Las chicas se rieron y yo compuse un poema sobre sir Stephen.

—Lo encontré —exclamó Athelstan— entre sus pocas posesiones. Algo sobre una cresta roja, un gallo que perdía su poder. Conozco canciones de éstas compuestas por estudiantes cuando quieren burlarse de un maestro.

—¿Por qué la cresta roja? —preguntó Cranston—. No veo el significado.

—Chandler era pelirrojo —respondió Athelstan—, mientras que Stephen, en griego, significa cresta.

—Y el gallo —el Misericordia terminó la explicación— era un apodo que le daban a Chandler cuando era joven. Verdaderamente se retrataba como un donjuán. Entregué mi poema a las chicas, pero también vendí copias en ciertas tabernas de Kent. De alguna manera sir Stephen lo descubrió. Se quejó a la madre Veritable. Ella azotó a las chicas, les quitó el oro que tenían escondido y me prohibió que volviera a su casa.

—De manera que sir Stephen, así como la madre Veritable, tenían un gran motivo de queja contra ti. También él podía haber contratado al Judas.

—Todo es posible, sir John, en especial con esa cruel arpía.

El Misericordia se quedó callado, como si escuchara los débiles sonidos del resto de la prisión, los gritos y temidos ahogados, el golpear de puertas, el siniestro arrastrar de cadenas.

Athelstan recorrió la celda con la mirada. A la escasa luz vio que las paredes estaban incrustadas de suciedad y barro. En algunos lugares algún prisionero había tallado su nombre o una plegaria, otras veces sólo había hecho una señal, una estrella, los pechos de una mujer o, más frecuentemente, una horca con una figura colgada.

—¿Por qué crees que fue la madre Veritable quien contrató al Judas? —preguntó Cranston—. ¿Por qué elegirla a ella y no a sir Stephen?

—Yo me había mezclado con sus muchachas, me había burlado de un cliente poderoso.

—Pero hay algo más. Se refiere a tu hermana, ¿verdad? Anoche, en la iglesia, oí que mencionabais el nombre de la madre Veritable.

—Padre, tenéis un oído tan aguzado como vuestro ingenio. Hace dos años yo aún era amigo de la madre Veritable, y ella me permitía alojarme en su casa. Conoció a Edith y se prendó de ella. Quería que le confiara a mi hermana.

—¿Que se hiciera prostituta? —preguntó Cranston.

—He oído cosas peores —declaró con amargura el Misericordia—. Recorred las calles de vuestra ciudad, sir John, no todas las rameraas buscan clientes por gusto. Yo, por supuesto, me negué. La madre Veritable me ofreció oro y plata. Lo que ella llamó placeres inimaginables. Seguí negándome. Me prohibió entrar en su casa pero, donde fuera posible, me vería con Beatrice y Clarice fuera.

—¿Las invitaste tú a La Noche en Jerusalén para la Gran Caza de Ratat?

—No, padre, no fui yo. Pudo ser Chandler. Recordad que él se acercó a ambas chicas. Creo que exigía satisfacción.

—¿Has dicho que te reunías con las chicas?

—Donde podía, pero utilizaba a su amiga Donata como mensajera. Una noche, debió de ser hace unos dos meses, fueron a La Noche en Jerusalén. Algún cliente las había contratado y me reuní con ellas en el patio. Las dos estaban muy nerviosas. Decían que tenían una prueba de lo que le había ocurrido a su madre y, tal vez, la verdad que se escondía tras el gran robo.

—¿Qué?

—Sí, mi señor forense. No me contaron mucho. Se lo pedí pero ellas se negaron. Se reían bajito y afirmaban que si no perdían la cabeza poseerían un gran tesoro y podrían dejar para siempre a la madre Veritable. Por supuesto, no las creí.

—Debieron de ofrecerte alguna prueba.

—Dijeron que mi hermana la tenía. La tenía sobre su persona. Hablaban con acertijos. También habían confiado en Donata. Donata dijo que no sabían si estar contentas o tristes, si habían descubierto algo que podría demostrar el destino de su madre. Le rogué a Donata que hiciera todo lo posible por averiguar algo, pero Beatrice y Clarice no habían olvidado la paliza que les había propinado la madre Veritable por sir Stephen.

—¿Crees que Chandler las asesinó?

—Es posible, padre. La noche de la Gran Caza yo estaba en el bar. Quería estar allí, no sólo para apostar y recoger mis cuantiosas ganancias,

sino para hablar con Beatrice y Clarice. Sabía que el Judas me perseguía, que me seguía la pista como un sabueso. Empleé aquella estratagema con el pobre Toadflax y me mantuve en las sombras. Cuando se inició la pelea, Beatrice y Clarice habían salido del bar para ir al granero. Yo estaba asustado. Sabía que el Judas pronto se daría cuenta de que había cometido un error y volvería a arrojar su red. Así que me deslicé a la cocina, donde maese Rolles estaba gritando a algún pobre cocinero que había cometido un error. Le pedí ayuda y le pregunté adónde habían ido las chicas. Me respondió que estaban en el granero, que fuera con ellas y me escondiera.

—¿Maese Rolles siempre te ofrecía este tipo de ayuda?

—Sí, le conozco desde hace mucho tiempo. Es muy estricto. Sólo puedo entrar en su taberna cuando me da permiso y esconderme sólo cuando él me lo indica. Veréis, sir John, tengo un acuerdo similar con posaderos y taberneros a todo lo largo y ancho de Inglaterra.

—¿Te encontraste con Beatrice y Clarice?

—Padre, estaba terriblemente asustado. Tenía el vientre lleno de cerveza y cerdo asado. Iba a reunirme con ellas. Vislumbré un resquicio de luz a través de la puerta del granero, pero necesitaba aliviarme. No me atrevía a ir a las letrinas del final de la pared. Tenía miedo de que me atraparan allí. Así que salí corriendo. Se me acercaron otras personas, que habían estado también en la Gran Caza de Ratas, hombres que habían huido al llegar el Judas, y me contaron la pelea que había empezado en el bar. Cualquier otra noche habría corrido, me habría alejado de la taberna todo lo posible.

—Pero querías reunirte con Beatrice y Clarice, ¿no es así?

—Sir John, estaba decidido a hacerlo. Había estado en el granero en otras ocasiones; es un buen sitio para esconderse. Así que volví al patio. Vi a sir Stephen, borracho como una cuba, entrar tambaleándose. Esperé un rato y después le seguí. Atisbé dentro.

El Misericordia se llevó los dedos a la cara.

—Las dos muchachas estaban muertas. Puede que una de ellas gimiera un poco; Beatrice, que tenía una daga clavada. Clarice sin duda estaba muerta, con una flecha de ballesta en el pecho. Yacía en un charco de sangre. Sir Stephen estaba arrodillado junto a los cadáveres. Estoy seguro de que distinguí una ballesta.

—¿Él las mató?

—Padre, podría haberlo hecho. En su estado de ebriedad tal vez creyó que tenía una buena causa. Yo crucé el patio corriendo y me escondí en las

sombras. Sir Stephen salió y cerró las puertas, colocando la tranca.

—¿Colocó la tranca? —preguntó Athelstan—. ¿Qué quieres decir?

—Bueno, padre, estoy seguro de que, antes de verle entrar en el granero, sir Stephen tenía la tranca en la mano. Debió de sacarla y, a pesar de estar borracho, sabía dónde estaba.

—Entonces, una de dos —declaró Athelstan—, o bien, las muchachas entran en el granero y alguien atranca la puerta desde fuera, tras lo cual sir Stephen llega, quita la tranca, entra en el granero y las mata o... —Athelstan dio unos golpecitos a la cartera con los útiles de escritura que tenía junto a su pierna— o bien el asesino, otra persona, sigue a esas muchachas al granero, las mata y se marcha, dejándolas encerradas. ¿La linterna aún estaba encendida?

—Oh, sí, padre, la vi colgada de uno de los ganchos. Para entonces yo estaba realmente asustado. No quería que me acusaran de asesinarlas, así que huí. Aquella noche había bebido demasiado, tenía la mente confusa. A la mañana siguiente el Judas encontró mi rastro, por eso acudí a vuestra iglesia a pedir refugio.

—¿Y no sabéis lo que las muchachas habían descubierto de su madre?

—Padre, si lo supiera os lo diría. Por supuesto me pregunté qué significaban sus palabras.

—¿Lo hablaste con Edith? —preguntó Athelstan.

—No, padre. Nunca le dije de dónde venían la plata y el oro que gané. Oh, creo que lo sospechaba. No le gustaba la madre Veritable y se quejaba con amargura de cómo la miraba. Edith decía que no quería tener nada que ver con ella, con el burdel o con nadie que viviera allí. Ni siquiera mencionaba su nombre a menos que fuera necesario.

—Esta mañana...

Cranston tomó un generoso trago de vino de Burdeos de su odre milagroso; se lo ofreció a Athelstan, quien declinó la invitación, y luego al Misericordia. Éste no se anduvo con miramientos; bruscamente, bebió con avidez.

—¿Decíais, sir John, esta mañana?

Cranston volvió a guardar el odre de vino.

—Esta mañana he descubierto que, cuando erais muchacho y aún no teníais suficiente experiencia en desaguizados para componer poemas burlándoos de los ancianos, servisteis como mozo en la taberna de maese Rolles.

—Ah, sí. Él y mi padre eran parientes lejanos. Aun entonces, sir John, tenía olfato para las fechorías, ¿y qué mejor lugar que la taberna de maese Rolles? Yo hacía de mozo, o ayudaba en las cocinas. Me gustaba mezclarme con los pillos, los salteadores de caminos, los charlatanes, y escuchar sus pintorescas historias de la vida en los caminos, de aquellos a los que habían engañado.

—Así que conocías a los Caballeros del Halcón Dorado antes de que se hicieran cruzados.

—Oh, sí, y a Ginebra la Dorada. ¡Grandes días, sir John! Maese Rolles hacía poco que había comprado la taberna y estaba decidido a hacerse un nombre. Esos caballeros se alojaban allí cuando eran más jóvenes, más vigorosos.

—¿Recuerdas la noche en que robaron el tesoro lombardo?

—Por supuesto, sir John. La flota se preparaba para zarpar. Aquella tarde en particular, Richard Culpepper y Edward Mortimer se hallaban ausentes. Yo les había visto marcharse justo antes de ponerse el sol. Llevaban justillos acolchados, cinturones con la espada en la cintura, habían bebido y comido escasamente. Entonces yo no sabía lo que estaba ocurriendo. Hacia la misma hora, estoy seguro, vi a Ginebra; luego ella también desapareció. Jamás volví a verla.

—Escucha —Athelstan levantó una mano—, recuerdas aquella noche, estoy convencido de que no la has olvidado. Con los años debes de haber refrescado la memoria. ¿Sí?

El Misericordia asintió.

—Y las recientes revelaciones de Beatrice y Clarice...

Athelstan se interrumpió al oír un grito espantoso en el pasadizo.

—No os preocupéis, padre —murmuró el Misericordia—. Es un prisionero que cree que es el Espíritu Santo... se lanza contra la pared.

—Mi pregunta es... —prosiguió Athelstan—. Es muy importante: ¿Viste a la madre Veritable, a maese Rolles o a alguno de esos caballeros salir de la taberna la noche en que robaron el tesoro lombardo?

—No, padre. Preguntad a maese Rolles. Habían alquilado una cámara particular. La madre Veritable les proporcionó diversión. La juerga se prolongó hasta altas horas de la noche.

—¿Y después? —preguntó Cranston.

El Misericordia se encogió de hombros, extendiendo las manos.

—Al cabo de unos días, sir John, la flota había partido. Empezó la búsqueda del tesoro lombardo. El resto de la historia ya la conocéis. Los valientes caballeros partieron a las Cruzadas, y años más tarde regresaron a Inglaterra. ¡Es todo lo que sé! ¿Obtendré el perdón?

—Recibirás clemencia —Cranston se puso en pie—, pero tardará tiempo.

—¿Me traeréis comida y bebida?

—Haré lo que pueda —prometió Athelstan—. De momento, has de tener paciencia.

Salieron de la celda y, mientras desandaban los malsanos pasadizos del Infierno, el fraile le insistía a su compañero para que le acompañara al convento de las Clarisas pobres, que se hallaba al otro lado de la ciudad, cerca de Aldgate.

—Tengo hambre —protestó el forense.

—Vos siempre tenéis hambre —observó Athelstan. Le dio las gracias al guardián cuando volvieron al patio de la prisión—. Ah, tengo que ver el oso.

—Claro, al fundador de vuestra orden le gustaban mucho los animales.

—Se equivoca de orden, sir John, ése era san Francisco, aunque *Dominicanis* puede traducirse por «¡sabueso de Dios!».

«En cuyo caso...», reflexionó Cranston mientras observaba a Athelstan acercarse al oso, aparentemente ya de mejor humor a juzgar por la fruta podrida que tenía a su alrededor.

—En cuyo caso —murmuró Cranston para sí—, vos pertenecéis a la orden correcta, Athelstan, el sabueso de Dios y mío.

Athelstan se volvió, satisfecho porque el oso era bien atendido, al menos de momento. Salieron de la prisión, abriéndose paso entre la prensa y pasando por Cock Lane hasta Smithfield. Athelstan confesó que prefería el aire fresco, fuera de los muros de la ciudad, antes que el hedor de Cheapside; Cranston estuvo de acuerdo. El día aún era bueno pero empezaba a nublarse, la brisa, cada vez más fuerte, tiraba del sombrero del forense. Tomaron la carretera que serpenteaba entre la gran mole del priorato de san Bartolomé y el alto muro de ladrillo rojo del hospital que llevaba el mismo nombre. Aquí los mendigos y los enfermos pululaban en torno a las puertas solicitando limosnas, o esperando con impaciencia ser vistos por uno de los buenos hermanos. Algunos de estos bribones de la ciudad saludaron la aparición de Cranston de forma ruidosa. El forense

respondió con amistosos insultos mientras deseaba en silencio que Athelstan no caminara tan deprisa. Intentó entablar conversación con el dominico, pero Athelstan, con la cabeza cubierta por la capucha, estaba más preocupado por el denso humo negro que llegaba de la gran zanja de la ciudad, donde los que rebuscaban entre las basuras, con máscara y capucha para protegerse del mal olor, como diablillos salidos del infierno, se afanaban en quemar los montones de residuos. Doblaron la esquina, pasaron por delante de Ramsey Inn, en Cripplegate, y prosiguieron hasta el pantano. Athelstan se detuvo, se apartó la capucha para saborear la fresca brisa y observar los pájaros, cuervos de grandes alas negras, que planeaban en círculos sobre él.

—Bueno, Athelstan, ¿qué opináis de todo esto? ¿Creéis que el Misericordia nos ha dicho la verdad?

—En la medida de lo posible, sir John. Merece el perdón. Sólo espero que el Judas no se tome la justicia por su mano. Ya he conocido a otros de esta clase; toda ofensa es personal, una fuente de animosidad. Odia al Misericordia, pero si es porque ese bribón le hizo tragar el polvo o por algún otro asunto no lo sé.

—¿Y asesinó Chandler a esas dos chicas?

—De momento, eso sólo Dios lo sabe. Una cosa que me intriga es la tranca de la puerta del granero. Quien mató a Beatrice y Clarice... ¿por qué se molestaría en atrancar la puerta? Un asesino huiría. Una cosa es cierta —prosiguió—, puede que el Misericordia sea un fugitivo, un bribón de pies ligeros, pero no se quedaría quieto si dos amigas suyas fueran asesinadas. En cuanto a su asesino... no sé... —Athelstan meneó la cabeza—. La madre Veritable sin duda tiene un alma monstruosa. Es lo bastante perversa para hacer matar a esas dos muchachas así como para perseguir al Misericordia.

—¿Y los asesinatos de sir Stephen y sir Laurence? —preguntó Cranston.

—¡Ah, son un misterio!

—¿Los caballeros podrían ser responsables de todas las muertes? —El forense tiró de la manga de Athelstan—. ¿Podrían haber matado a Culpepper y Mortimer, asesinado a Ginebra la Dorada, robado el tesoro lombardo y haberlo escondido hasta su regreso?

—Sir John, proseguid.

—Regresan a Inglaterra, cargados con el botín que sólo aumenta sus ganancias obtenidas por medios ilícitos. Se convierten en propietarios,

señores del condado. Cada año se reúnen en Londres para celebrar su éxito. Recientemente descubren que no sólo uno de ellos es engañado por el Misericordia y burlado por dos prostitutas, sino que esas dos prostitutas también han descubierto lo que ocurrió hace veinte años.

—¿Y? —preguntó Athelstan, volviendo su rostro contra la brisa.

—Bueno, contratan al Judas para seguir la pista al Misericordia. Quieren verle bailar en el aire en Smithfield. Convencen a Chandler de que contrate a esas dos muchachas, para que esperen en el granero la noche de la Gran Caza, donde más tarde las mata. O quizá sir Laurence Broomhill salió antes que él para cometer el asesinato.

Athelstan se pasó la cartera con los útiles de escritura a la otra mano, mirando con atención el camino que se extendía ante ellos. El pantano estaba lleno de conejeras, una constante trampa para el incauto.

—Sir John, acepto que hay cierta lógica en lo que decís, pero es un camino peligroso. Según esa teoría, los caballeros son todos ladrones y asesinos, vulnerables a la traición. Sin embargo, no explica cómo fue asesinado sir Stephen, envenenado su vino con tanta astucia, o cómo atrajeron a sir Laurence hasta la bodega y colocaron el cepo que le aguardaba. Tengo más objeciones a vuestras hipótesis. El Misericordia nos acaba de informar de que la noche en que robaron el tesoro lombardo todos los caballeros, junto con maese Rolles y la madre Veritable, estaban de juerga en una cámara de la taberna, borrachos como cubas. ¿Cómo se deshicieron de cuatro cadáveres: Culpepper, Mortimer y los barqueros; cinco si incluimos a Ginebra? Además, Culpepper y Mortimer eran caballeros, no serían víctimas fáciles.

»Llegamos entonces al tesoro lombardo. Desapareció sin dejar rastro. Si sir Maurice y el resto lo robaron, seguramente intentaron venderlo. Y sin embargo... —Athelstan se detuvo tan en seco que Cranston chocó con él—. Lo siento, sir John. Sin duda aquella noche se planeó alguna fechoría, alguna conspiración sutil. ¿Recordáis lo que nos dijo la madre Veritable, que Ginebra había insinuado que algún día huiría de aquella vida de trabajo duro? Me pregunto qué le ocurrió. ¿Es posible que Culpepper y Mortimer aún estén vivos, acechando en algún lugar de la ciudad, escondidos tras otra identidad? Después está el asunto del regente. ¿Por qué le interesa tanto nuestra investigación? ¿Podría estar implicado el Judas? ¿Dónde estaba hace veinte años? ¿Hay alguna relación —mientras Athelstan seguía hablando Cranston se detuvo para beber del odre de vino milagroso— entre

un hombre que no tiene nombre propio y la conspiración para robar el tesoro lombardo?

Athelstan se paró mientras Cranston volvía a tapar el odre de vino milagroso.

—Sin duda voy a preguntárselo la próxima vez que le vea —gruñó Cranston.

—Hay otro problema, sir John. Si esos caballeros robaron el tesoro pero no intentaron venderlo, ¿dónde lo escondieron mientras se hallaban en ultramar? ¡No podían ocultarlo en un barco de guerra, ni en un campamento militar!

Athelstan volvió a sus reflexiones mientras pasaban por delante de Santa María de Belén y siguieron por Portsoken, hasta los edificios de piedra caliza de las Clarisas pobres. Una portera les hizo entrar por la verja con postigos y les acompañó a través de unos jardines bien cuidados hasta la casa de invitados, una cámara larga, encalada, completamente vacía salvo por una mesa, un banco de respaldo alto, dos sillas y un taburete. En el otro extremo se erguía la cruz franciscana de san Damián, con su textura de vivos colores e imágenes grabadas, cada una de las cuales contaba una historia. Mientras esperaban, Athelstan se la describió a Cranston y le explicó que aquella era la cruz ante la que san Francisco había orado cuando recibió la misión de reconstruir la Iglesia de Cristo.

—¿Padre Athelstan?

Athelstan se volvió. Edith, acompañada por sor Catalina, se hallaba en la puerta.

—¿Todo va bien? —Se acercó apresurada a él—. ¿Está mi hermano a salvo?

—No, no lo está. —El padre Athelstan le cogió las manos, conmovido por la expresión de espanto de la joven.

—¿Le han cogido?

Se había puesto tan pálida que Athelstan creyó que iba a desmayarse y la acompañó amablemente hacia una silla. La presentó a sir John y acercó un taburete para sentarse frente a ella.

—Vuestro hermano ha sido capturado y enviado a Newgate. Sin embargo hay esperanzas para él. Nos ha contado ciertas cosas que pueden ayudarle a conseguir el perdón.

Edith hundió el rostro entre las manos y sor Catalina se apresuró a consolarla, murmurando que todo iría bien y que rezaría para que así fuera.

—Lo que hicisteis anoche fue una locura —declaró Athelstan. Seguidamente, le indicó a sir John que se sentara en la otra silla—. Ayudasteis a vuestro hermano a escapar, ¿verdad? Una muda de ropa, dinero, incluso un arma. Le capturaron intentando venir aquí. Lamento traeros esta mala noticia, pero...

—Tenía que ayudarle —le interrumpió Edith, mirando con ferocidad a Athelstan—. Vos no entendéis, padre Athelstan, cuánto odio a esa vieja zorra, esa malvada arpía. —Hizo caso omiso de la mirada de desaprobación de sor Catalina—. Si mi hermano se hubiera quedado en vuestra iglesia le habría hecho asesinar. Le odia por negarse a entregarme a ella y su sucio trabajo.

—Vuestro hermano tenía amistad con dos de las muchachas que trabajaban en la casa de la madre Veritable. —Athelstan tomó las manos de Edith entre las suyas—. Puede que no conozcáis su historia, que su madre desapareció hace muchos años. Ellas afirmaban que habían dado con un secreto, una pista de lo que había ocurrido. Cuando vuestro hermano les preguntó de qué se trataba, respondieron que la respuesta podía encontrarse sobre vuestra persona.

Edith apartó las manos, con cara de incredulidad.

—En una ocasión —dijo en susurros—, vino mi hermano y me hizo una pregunta similar. ¿Qué hay en mi persona que tenga importancia? —extendió las manos—. Visto la túnica marrón y la toca blanca de una novicia franciscana, llevo un anillo de compromiso en el dedo —encerró en su mano la cruz celta que llevaba colgada al cuello—, y esto es todo. ¿Qué puedo tener en común con dos prostitutas y su madre, muerta años atrás?

—¿Hay alguna cosa —insistió Athelstan, echando una rápida mirada a sir John, para asegurarse de que no se había quedado dormido— que podáis decirnos?

Edith hizo gestos de negación con la cabeza.

—Desde que entré aquí, esto es todo cuanto he llevado conmigo. ¿No es cierto, sor Catalina?

La anciana monja no podía ofrecer ayuda alguna, señalando que iba vestida igual que Edith: un anillo que simbolizaba su unión con Cristo, la cruz al cuello y el cordón en la cintura, en uno de cuyos extremos había tres nudos que simbolizaban sus votos de obediencia, pobreza y castidad. Sor Catalina les dejó un rato y regresó con una bandeja en la que había una jarra de suero de manteca, cuatro copas y un plato de mazapán. Sir John se sirvió

dulces, pero declinó cortésmente el ofrecimiento de suero de manteca, afirmando que su odre de vino milagroso era suficiente.

De pronto, tocaron a la puerta y entró una de las sirvientas del convento, que llamó a Athelstan. El dominico la siguió fuera. Había oído ruido de caballos en el patio, pero le sorprendió encontrar el Carcelero del Infierno de la prisión de Newgate, el rostro bañado en sudor, desmontándose de su cabalgadura.

—Fray Athelstan, tenía que venir. He oído que decíais a sir John que os dirigíais a las Clarisas pobres y por eso, cuando ha ocurrido, he venido a comunicároslo yo mismo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Athelstan.

El guardián cerró los ojos y respiró hondo.

—El prisionero, el Misericordia, ha muerto. Le he encontrado en su celda.

Capítulo VIII

Fray Malaquíás, de la orden de san Benedicto, abrió la puerta de la iglesia de San Erconwaldo, la cerró tras de sí y se apoyó en ella, levantando la mirada al techo abovedado. Malaquíás tenía miedo. Había mucho en lo que pensar, mucho que hacer, sin embargo acechaban peligros por todas partes. Respiró hondo y recorrió la iglesia con la mirada. Tenía que hablar con fray Athelstan, pero la casa del sacerdote estaba cerrada con llave y los únicos habitantes del lugar consagrado a Dios eran el gato *Buenaventura*, aquel viejo caballo de guerra que pacía en el establo y *Tadeo*, el macho cabrío de mirada triste, que miraba desde el otro lado del cementerio. Era evidente que *Tadeo* echaba de menos a su propietario, Godbless. El mendigo, rápido como un conejo, se había unido al resto de feligreses de Athelstan en la taberna Piebald, convocados allí por Pernel la flamenca, que al parecer había recibido una misteriosa herencia. Crim el monaguillo, que jugaba en la entrada techada, le había contado todo esto a Malaquíás antes de ir corriendo a reunirse con los otros niños en el patio de los establos de la taberna Piebald, donde también esperaba sacar algún provecho de la parranda, una tajada de pato asado o una taza de vino caliente con especias.

Malaquíás golpeaba nerviosamente el suelo. Había venido aquí muchos años atrás con su amado hermano, Richard Culpepper. Cerró los ojos. Incluso ahora, veinte años después, sentía un dolor opresivo en el pecho, una profunda sensación de pérdida que acosaba su alma, y por debajo, una ira y una rabia atroces. Algunas veces, en su monasterio, fray Malaquíás no podía dormir; salía fuera y contemplaba la pálida luna y se preguntaba, una vez más, qué había ocurrido realmente. Richard tenía que estar muerto, tenía prueba de ello, a menos que le hubiera ocurrido algo igualmente espantoso. Malaquíás abrió los ojos. Procuró no recordar los viejos tiempos, el tiempo glorioso en que el corazón de Richard estaba lleno de pasión, su lengua siempre dispuesta a charlar sobre las grandes hazañas de los valientes caballeros. Aún echaba de menos a Richard. Maldecía el día en que aquella ramera, Ginebra la Dorada, había entrado en su vida, molestándole con sus favores, insinuando lo que podría ser. Richard, crédulo como siempre, había creído que un rostro bonito significaba un corazón justo. ¡Cuán equivocado estaba!

El destino de Richard irritaba a fray Malaquíás, pero otras dos preguntas le acosaban. ¿Qué planeaba Richard la noche en que desapareció, y qué ocurrió realmente cuando se hizo de noche? Con los años, Malaquíás había recogido y cribado la información, sin embargo la verdad aún se escondía tras la negrura de aquella fatídica noche.

—*Tenebrae facta est* —susurró en la tenebrosa nave—. Y cayó la oscuridad.

¿No era así como los escritores del Evangelio describían el momento en que Judas traicionó a Cristo?

Malaquíás se humedeció los labios resecos. Había venido aquí para pensar, así como para ver el anillo que había entregado a Athelstan. Quería sacar fuerzas de él. No quería pensar en los otros, en Chandler yaciendo como una apestosa carpa en su sucia bañera o en Broomhill sufriendo convulsiones en el lecho mientras la sangre le manaba como vino de una cuba resquebrajada. Oyó el chillido de un ratón y una forma oscura cruzó como una flecha la nave poco iluminada, pasando de un crucero al otro. Si *Buenaventura* se encontraba allí, pensó Malaquíás con ironía, habría otra muerte. Pero ¿no era así la vida? Si pudiera descubrir lo que Richard realmente había planeado... Malaquíás suspiró con exasperación y recorrió la nave hacia el altar con pasos resonantes. Se acercó a la reja del coro e hizo una genuflexión; le resultó difícil mirar el píxide que colgaba de su cadena en el santuario. El Misericordia ya no se encontraba entre estas paredes sagradas; sintió lástima por aquel bribón. ¿No decían que se estaba pudriendo en alguna celda de Newgate?

Malaquíás subió los escalones que conducían al altar mayor. Levantó el grueso cobertor verde forrado de oro, apartó el paño del altar y contempló la piedra de la reliquia. A la escasa luz vislumbró la cruz roja tallada en la piedra y palpó el borde de ésta. Aún estaba firme, lo que significaba que Athelstan todavía no la había extraído para insertar el anillo. El benedictino volvió a cubrir la reliquia; recordó entonces el altar en el que había celebrado misa. En la capilla de la Virgen ardía una vela. Sirviéndose de ella, Malaquíás encendió una segunda y a continuación llevó ambas a la capilla de los cantores. A pesar de la estatua de san Erconwaldo, las velas y la ropa blanca, ésta tenía un aspecto desnudo y sobrio; no era de extrañar que Athelstan deseara decorarla de forma más conveniente. Quizá cuando todo esto hubiera terminado, se prometió Malaquíás, donaría un poco de dinero como reparación por lo que había ocurrido.

Malaquíás se acercó a la estatua de san Erconwaldo y se la quedó mirando, y ésta le miró sin verle desde su soporte. En realidad no tenía ninguna devoción especial al obispo de Londres que había vivido y muerto cientos de años antes de que llegara el gran conquistador. No, pensó Malaquíás, su devoción era más personal, y derivaba de aquellos días gloriosos en que él y su hermano Richard habían llegado a Southwark con el resto. A menudo habían acudido a esta iglesia y holgazaneado en la hierba, descansando entre las tumbas mientras compartían vino y comida, antes de que aquella gran ramera, Ginebra la Dorada, se introdujera en sus vidas y todo cambiara. Richard ya no se veía con su hermano, se encerraba con su amante, se volvió reservado, a menudo se ausentaba durante días y regresaba sin dar ninguna excusa o explicación.

Después del gran robo y la desaparición de Richard, cuando la flota estaba a punto de partir, Malaquíás había acudido a esta iglesia y jurado a su santo patrón que si alguna vez descubría la verdad haría una ofrenda especial. Ahora levantó la vela para examinar la estatua con más atención, palpando debajo de la ropa. Suspiró con alivio. También aquí la piedra de la reliquia estaba firme; Athelstan seguía teniendo el anillo en su poder. Estaba a punto de sentarse en el pequeño taburete para proseguir sus maquinaciones cuando oyó un ruido, una puerta que se abría o se cerraba. Aguzó el oído. ¿Podía ser el gato? Estaba seguro de que había cerrado bien la puerta. Otro ruido, el de una bota suave. Malaquíás salió de la capilla de los cantores, sosteniendo en alto las velas.

—¿Quién anda ahí? —gritó. La luz tenebrosa era más profunda en los rincones y cruceros—. ¿Quién anda ahí? —repitió.

Malaquíás sintió frío. ¿Iba a convertirse también él en víctima de un brutal asesinato? ¡Claro que no! Pero había alguien en la iglesia, escabullándose en la oscuridad, observándole como una gárgola de la noche. De nuevo, un ruido. Malaquíás se apartó justo a tiempo. Algo duro y reluciente giró en la oscuridad y se clavó en la madera pulida de la reja de la capilla. El corazón le dio un vuelco al ver el siniestro destello de la hoja, el oscuro mango marrón de la daga. Otro ruido. Retrocedió en la capilla, apagando deprisa las velas. Se palpó la túnica y sacó su pequeña navaja. No quería quedar allí atrapado. Miró al otro lado de la nave y vio con alivio el resplandor de la luz del día: ¡la puerta lateral no tenía echado el pestillo! Malaquíás intentó controlar la respiración, el zumbido en sus oídos y aquel hormigueo producido por el miedo que le hacía desear rascarse el cuello y

la espalda. Tenía que escapar del templo antes de que quienquiera que le estuviera persiguiendo le atrapara y le matara allí, donde había hecho su juramento. ¡Por Richard tenía que cumplirlo!

Malaquías alargó la mano sobre el altar y cogió el misal encuadernado en piel de becerro. Se dirigió hacia la puerta de la capilla y arrojó el libro hacia la nave. Otra daga silbó en el aire, pero el avisado fraile ya iba en volandas hacia la salida mientras oía una tercera daga que se estrellaba contra un pilar. Llegó a la puerta, la abrió y salió. La cerró tras de sí y corrió hacia la casa del clérigo, que aún estaba cerrada con llave. Malaquías corrió a una ventana. Por suerte las dos persianas estaban abiertas. Rezó en silencio a quienquiera que le estaba protegiendo; el dominico debía de tener gran confianza en sus feligreses. Deslizó el cuchillo por la rendija, haciendo palanca hacia arriba. Oyó que se abría y, recogiendo la túnica negra, entró por la ventana, magullándose el codo, el brazo y las rodillas cuando cayó al suelo. Desesperado por escapar de su perseguidor, olvidó su dolor y cerró la persiana, afianzando la tranca con una cuchara de asta que cogió de la mesa.

Escuchó unos instantes. El silencio fue quebrado por el ruido de voces de una mujer y niños que se aproximaban a la iglesia. Empapado en sudor, Malaquías se deslizó al suelo, temblando mientras la profunda ira por lo que había ocurrido superaba el miedo que le embargaba.

* * *

—La muerte llega de muchas formas, sin embargo aterroriza a todos por igual.

Cranston, de pie junto a Athelstan, contemplaba al Misericordia, su cadáver despatarrado en el suelo de la celda cubierto de barro. A la vacilante luz de la linterna el rostro del bribón era verdaderamente espantoso, los ojos ya no exhibían alegría sino que estaban entrecerrados en una mirada fija sin vista. Los labios, antes siempre listos para reír, ahora eran de un extraño color azulado, abiertos para mostrar la lengua hinchada y el reguero de saliva blanca en la piel amarillenta sin afeitar. Las mejillas parecían hinchadas.

Athelstan ya había realizado los ritos funerarios; ahora estaba de pie, como siempre hacía en semejantes ocasiones, fascinado por el temor de la muerte súbita. Él y Cranston habían hecho todo lo posible por consolar a

Edith, la habían acompañado a su cámara del tercer piso del convento y dejado al tierno cuidado de sor Catalina antes de marcharse apresurados. El guardián se había marchado antes, cabalgando de nuevo a la prisión resonándole en los oídos la orden de Cranston de que no tocaran nada hasta que ellos llegaran. Sin embargo, ¿qué había allí para ver? ¿Cómo podían explicar esto?

Athelstan recogió el pastel de carne a medio comer. Su corteza era gruesa y dorada, el relleno reluciente y succulento. Athelstan reconoció que era uno de los famosos y deliciosos pasteles de carne de Newgate procedente de las tiendas que compraban el sabroso relleno directamente en los puestos de viandas próximos. Una exquisitez de la zona, la corteza muy cocida incluía un sabroso estofado de carne de buey picada y verduras. También recogió la servilleta en la que había estado envuelta, ahora sucia de polvo y barro. La utilizó para coger el pastel, se lo llevó a la nariz y lo oliscó con cuidado. Percibió el aroma de la sabrosa carne pero algo más, algo dulce, como si hubieran añadido azúcar. ¿Era alguna forma de arsénico? ¿O el jugo de alguna hierba mortal? Dejó la servilleta y el pastel en una repisa.

—Decidme —se volvió al guardián—, contadme de nuevo lo que ha ocurrido.

—Bien, os habéis marchado... —El guardián se pasó el manojito de llaves de una mano a la otra—. En realidad, apenas os habíais ido cuando ha entrado uno de mis alguaciles. Le habían entregado un pastel de carne para el prisionero, supuestamente comprada por el propio sir John. —El guardián señaló el cadáver—. ¿Qué iba a hacer? Un regalo del señor forense no es para mangarlo. Gracias a Dios que no lo he hecho. —Se estrujó la nariz—. En general estos regalos se los quedan los carceleros, pero como acababais de marcharos, sir John, y teníais un interés especial por este prisionero, se lo hemos entregado.

El guardián se acercó a la puerta y llamó a un hombre. Se oyó ruido de pasos que corrían y un hombre robusto, de baja estatura, vestido con el uniforme blanco y negro de la prisión, entró en la celda. Se quedó mirando con tristeza el cadáver, retorciéndose las manos.

—Mi señor forense —tragó saliva con fuerza—, yo no lo sabía. Creía que era un obsequio vuestro. Cuando lo he traído aún estaba caliente.

—¿Quién os lo ha dado? —preguntó con aspereza Athelstan.

—Padre —el hombre suspiró—, en realidad no lo sé. Me hallaba de guardia fuera de las puertas, con hombres y mujeres que me empujaban, mendigos pidiendo limosna, esposas de prisioneros chillando. Lo único que recuerdo es una capucha negra, la cabeza vuelta a un lado. Me entregaron el pastel con un penique.

—¿Y la voz? —preguntó Cranston.

—No he podido reconocerla, sir John. Sólo han sido unas palabras: «Un regalo del señor forense para el prisionero conocido como el Misericordia».

El alguacil juntó las manos como si rezara.

—Sir John, es todo lo que puedo deciros. Por mi vida, aun bajo juramento, no podría reconocer o recordar el aspecto de ese hombre o su voz.

Athelstan le hizo marchar.

—Entonces, maese guardián, vos habéis traído el pastel de carne al prisionero, ¿no es así?

—Sí, claro, padre. He pensado lo mismo que el alguacil. No hay que interceptar un regalo del señor forense.

—¿Qué hacía el Misericordia cuando habéis entrado en la celda?

El guardián señaló hacia los grilletes oxidados que colgaban de un gancho en el rincón del fondo.

—Igual que otros prisioneros, pasaba el rato grabando en la pared. Lo he mirado, pero no le encuentro sentido.

Athelstan cogió la linterna, se la dio a Cranston y se acercó a la pared. Lo que el Misericordia había grabado era reciente, diferente del resto. Una cita latina, «*Quem quaeritis?*», y debajo los números «1, 1, 2, 3, 5».

—¿Qué significa eso? —preguntó Cranston—. Entiendo latín; es una pregunta: «¿A quién buscáis?». Pero ¿qué significa? ¿Y los números?

—Sólo Dios lo sabe —murmuró Athelstan—, y el Misericordia, pero él también se ha ido con Dios. Recordad, sir John, que el Misericordia probablemente no nos lo contó todo. Debió de guardarse algo.

Athelstan regresó junto al guardián.

—Bueno, entonces os habéis ido. ¿Y qué ha ocurrido entonces?

—He regresado por el pasadizo. De pronto he oído un grito estremecedor. Aunque estoy acostumbrado. Lo que ocurre, padre, es que cuando traen a los prisioneros, a menudo no comprenden lo que ocurre, entonces pasa algo, y puede ser algo agradable como comida, una copa de vino o una visita, y se dan cuenta de dónde están verdaderamente y qué se

ha hecho de ellos. —El guardián se colgó el manojó de llaves en el cinturón—. Si abriera la puerta a todo prisionero que grita, me pasaría todo el día haciéndolo. Los gritos siguieron, y después se fueron haciendo más débiles. —Golpeó con un dedo en la pared de su izquierda—. Entonces el prisionero de la celda de al lado, que suele estar callado, empezó a gritar que ocurría algo.

—¿Quién hay ahí? —preguntó Cranston.

El guardián entrecerró los ojos.

—Ah, sí, el número 35, el Zanquilla.

—¡Ah! —Sir John sonrió—. ¡El vendedor de reliquias! Maese guardián, déjenos tener unas palabras con él.

El carcelero les acompañó fuera y abrió la puerta de al lado. Un hombrecillo que estaba sentado en un rincón se puso en pie de un salto. Era tan bajito y delgado, vestido con su camisa hecha jirones, calzas remendadas y botas aparentemente demasiado grandes para él, que Athelstan comprendió el porqué de su mote, pues tenía las piernas delgadas como agujas. El prisionero se acercó a la luz. Tenía el rostro triste, incluso sus ojos parecían marchitos. Le recordó a Athelstan un plañidero profesional, impresión realzada por el pelo lacio de color gris que le colgaba a ambos lados de la cara.

—Oh, sir John Cranston —exclamó el Zanquilla con voz débil, sonriendo y mostrando una dentadura mellada. Entrelazó las manos—. Qué gran placer, qué gran honor, una visita del señor forense.

—¿Inocente o culpable? —preguntó con aspereza Cranston.

—Oh, culpable, mi señor forense. No mentiré. Tan criminal como Judas.

—¿De qué se le acusa?

—De lo de siempre, sir John, reliquias, me matarán.

—¿Cuántas veces ya, Zanquilla?

El prisionero se dio unos golpecitos en la barbilla, levantando la mirada al techo.

—Creo que es la sexta, no, la séptima vez, sir John. Es probable que esta vez sean azotes —su expresión se hizo más triste aún— o recortarme las orejas. —Le temblaba el labio inferior mientras hacía esfuerzos por reprimir las lágrimas—. Tal vez incluso me marquen la mejilla.

—¿Qué hacías esta vez?

—Perros muertos, sir John.

—¿Cómo dices?

—Perros muertos. Hervía sus cadáveres, trituraba sus huesos en un molinillo manual. —El Zanguilla respondió a la mirada extrañada de Athelstan—. Trituraba los huesos, compraba algunos estuches de oropel y un rollo de tela que cortaba en tiras muy pequeñas y lo vendía como reliquias.

—¿De quién? —Athelstan estaba auténticamente intrigado por este curioso hombrecillo.

—Santa Úrsula y las once mil vírgenes martirizadas por los malvados hunos.

—¿Y cómo te atraparon? —preguntó Cranston.

—Mis vecinos, que alertaron al vigilante al quejarse del olor.

—Bueno, al menos sólo eran reliquias y no esas pociones que vendías. ¿Por qué te han puesto en el Infierno?

—*Hermisimus*, padre —dijo el Zanguilla con orgullo—. Sudor de las axilas.

—Incluso los otros prisioneros se quejan —explicó el guardián—. Tuvimos que ponerle aquí por su propia seguridad.

—Deberías lavarte las axilas —declaró Athelstan—. Utiliza una mezcla de menta y fresas silvestres, te ayudará a evitar el mal olor.

—Ah, es buena idea, padre. Podré venderlo como auténtica cura, ¿no?

—Y si eres útil —Cranston se inclinó, tapándose la nariz—, te dejaré en libertad. Yo mismo redactaré la orden judicial bajo mi propio sello.

—Oh, sir John —el Zanguilla cerró los ojos y gimió de placer—, eso sería muy amable de vuestra parte.

—¿Dejarás de hacer lo de los huesos de perro?

—Por mi alma, sir John.

—Dime entonces —instó Cranston— qué es lo que has oído de la celda de al lado.

—Oh, he oído el ruido metálico de los grilletes, así que he sabido que estaba grabando en la pared.

—Sí, sí —se impacientó sir John—, pero ¿qué ha ocurrido después?

—He oído que se abría la puerta, la voz del guardián y después todo ha quedado en silencio. Debe de haber pasado un rato, y entonces he oído gemir en voz baja y después unos gritos terribles. Sir John, me han partido el corazón. También gritaba algo.

—¿Qué?

El Zanguilla abrió los ojos.

—¿Me pondréis en libertad?

—¿Qué has oído? —insistió Cranston.

—Gritaba: «Ofre, Ofre» o algo así. Sir John, eso es todo lo que recuerdo. Os juro que si recuerdo alguna cosa más iré a visitaros personalmente.

—¡Sólo si te has lavado las axilas! —Cranston hurgó en su bolsa de dinero y metió una moneda en la mano del prisionero—. Ahora vete y espera en el patio. Enviaré la orden judicial al guardián.

—¡Oh, mi señor forense!

El Zanquilla se habría hincado de rodillas, pero Cranston le cogió por el hombro y lo arrojó a la puerta entreabierta.

—Oh, sir John.

—¿Qué quieres?

—¿No necesitaríais mil estuches de reliquias?

—Lárgate.

—Muy bien, sir John —y el Zanquilla se marchó a toda prisa por el pasadizo.

—Ocupaos de que lleven el cadáver a Blackfriars —ordenó Athelstan—. Que lo envuelvan en un *brandeum*... una mortaja adecuada —explicó—. Mis buenos hermanos lo colocarán en un féretro hasta que su hermana decida dónde hay que darle sepultura.

Salieron de Newgate. Fuera de la prisión la zona se había convertido en una feria improvisada que atraía a las multitudes a contemplar una representación, una vieja historia con dos personajes centrales que llevaban máscara y cuernos de vaca. Primero, Chivevache, una vaca delgada y fea que se alimentaba de mujeres pacientes; en consecuencia siempre estaba delgada y hambrienta. A continuación, Bicorne, una vaca grande y gorda porque se alimentaba de maridos pacientes. Entre ambas bailaba un personaje vestido con una capucha de cuero que asumía el papel del Digitus Infamus —o Dedo Corazón—, que hacía comentarios lascivos sobre por qué estas dos vacas existían y eran tan diferentes. Por supuesto, esto provocaba el interés de los espectadores, que rápidamente se dividían en varones y mujeres, que se lanzaban obscenidades mientras el Digitus Infamus explicaba por qué las esposas carecían de paciencia mientras los maridos eran modelos de virtud. De vez en cuando, el personaje interrumpía sus comentarios para cantar alguna canción aún más irreverente sobre un gentil gallo que residía en la cámara de su señora. Naturalmente, cuando un

chiquillo vestido con harapos recorría la multitud con un cubilete para recoger peniques, recibía muchas monedas de los hombres y hosco rechazo por parte de las mujeres.

—He visto esta representación cien veces —murmuró Cranston mientras conducía a Athelstan a través de la gran multitud—. Siempre produce el mismo efecto. Los hombres disfrutan con la broma y pagan; la semana que viene volverán, y la vaca delgada y fea se alimentará de maridos pacientes y en consecuencia pasará hambre, mientras que la vaca gorda lo hará de esposas pacientes. Es una manera hábil de hacer dinero.

Dejaron la gran plaza y la representación salaz y entraron en la oscura frialdad de una cervecería, bajando la cabeza para evitar el gran arbusto verde que colgaba sobre el umbral de la puerta. Cranston tomó asiento junto a una ventana e inmediatamente pidió dos jarras de cerveza; luego dictó una carta en favor del Zanguilla dirigida al Carcelero de Newgate y la envió a la prisión por mediación de un mozo. Cuando hubo hecho esto brindó con Athelstan, tomó un largo trago y se apoyó en la pared.

—¿Quién mató al Misericordia? —preguntó.

—Alguien que nos ha seguido a Newgate y nos ha visto marchar —respondió el fraile—, y ha decidido actuar de inmediato. Todos estos asesinatos, sir John, estoy seguro de que tienen su raíz en lo que ocurrió hace veinte años. El Misericordia descubrió algo, o aquellas dos muchachas le contaron algo. Ellas tenían que morir, y él también. Pero la cuestión es: ¿quién lo hizo?

—La Noche en Jerusalén —observó Cranston— se encuentra en Southwark. Alguien ha tenido que cruzar el río, recorrer Cheapside, comprar ese pastel de carne, envenenarlo, dejarlo en Newgate y después regresar. ¡Eh, muchacho! —Llamó al mozo, que había aparecido en la puerta, jadeando aún después de su recado a Newgate—. Ven. —Cranston le cogió por el delgado brazo y le metió una moneda en la sucia mano—. Toma un chelín. Ve a la taberna conocida como La Noche en Jerusalén... está en Southwark, no lejos del puente. Dile al posadero que deseo verle a él, a todos los caballeros y a la madre Veritable dentro de una hora.

El muchacho miró a la cervecera, que estaba cerca de los barriles. Ella le hizo un gesto de asentimiento.

—Repite el mensaje —pidió sir John.

El muchacho, acostumbrado a semejantes tareas, cerró los ojos y repitió fielmente lo que Cranston le había dicho; luego, salió a la calle a toda prisa.

—Uno de ellos ha debido de salir de Southwark.

—Una persona de quien sabemos poco —observó Athelstan distraído— es el hombre que estaba con Culpepper la noche en que robaron el tesoro lombardo... ¿cómo se llamaba? Ah, sí, Edward Mortimer. En realidad, sir John, sabemos muy poco de este tesoro y de su estancia en la Torre. ¿Podría llevar a cabo averiguaciones con discreción?

Cranston accedió.

—Y yo —se ofreció Athelstan— descubriré más cosas sobre los Lombard, el nombre del banquero responsable; también preguntaré a Moleskin si sabe algo de los dos barqueros que desaparecieron.

Athelstan se terminó la cerveza y cogió su cartera con los útiles de escritura, que se colocó en la falda.

—Me pregunto qué quería decir el Misericordia —murmuró— con todos esos números y la frase en latín. ¿Y qué gritaba? ¿Qué querrá decir «Ofre»? Era un hombre con educación, sir John, y si de algo no me cabe la menor duda es de que callaba algo; quizás haya dejado este mensaje en la pared sólo por si ocurría algún imprevisto.

—¿Podría haberle matado el Judas? —Cranston apuró su jarra.

—Es posible —coincidió Athelstan—. También él es un hombre rodeado de misterio, que se alegró de la captura del Misericordia. Puede que le haya asesinado él mismo, por miedo a que el ingenio del Misericordia le permitiera escapar de Newgate o de la horca. Esto, a su vez, plantea otra cuestión. ¿Fue el Judas contratado por alguien a quien conocemos, o por un completo extraño? ¿Y dio esa persona, fuera quien fuese, instrucciones al Judas para que se asegurara de que no sólo capturaban al Misericordia sino de que le mataban? Ah, bien, sir John, se hace tarde.

Salieron de la cervecería y, para evitar el gentío, se desviaron por Dean's Lane, pasando por delante de la casa madre de Athelstan, Blackfriars, hasta East Watergate. El día se estaba nublando, la muchedumbre apuraba otro día de comercio que ya tocaba a su fin, deseosa de escapar del frío atroz. El muelle todavía estaba desierto ya que era demasiado pronto para que los pescadores se aprestaran a faenar. Las barcas habían terminado de descargar sus productos y ahora, amarradas, esperaban a que anoheciera. Los alguaciles patrullaban, vigilando que ningún comerciante intentara comprar o vender sin permiso de la Corporación o los gremios.

Alquilaron una barca, Athelstan decepcionado porque no pudo encontrar a Moleskin, y remaron río arriba, contra la fuerte corriente. Se estaba levantando niebla. Athelstan iba acurrucado en popa, con la capucha apretada en la cabeza, mientras Cranston, siempre curioso, hacía constantes comentarios sobre qué barcazas pertenecían a qué nobles, así como de los dignatarios de la ciudad que iban y venían de la Torre de Westminster.

—Gracias a Dios que no tenemos que pasar por debajo del puente de Londres —señaló Cranston—. El río se está embraveciendo y con la niebla apenas distingo la parte superior del puente.

Athelstan medio escuchaba; tenía los ojos cerrados y rezaba el rosario. El río siempre le daba miedo; una buena parte del cementerio de San Erconwaldo estaba reservada para los cuerpos de las pobres almas que se habían ahogado del lado de Southwark...

—¡Ya lo tengo!

—¿Qué? —preguntó Cranston.

—Nada, sir John. Sólo es que... me pregunto si buscaron en el río los cuerpos de Culpepper y Mortimer, por no mencionar a los dos barqueros. Quiero decir si los buscó debidamente el pescador de hombres.

—Entonces, ¿estuvo aquí? —preguntó Cranston.

Había conocido a la persona a la que se refería Athelstan, un hombre siniestro, de rostro cadavérico, contratado para buscar en el río los cuerpos de los ahogados.

—Creo que sí —respondió Athelstan—, pero ya veremos.

Descendieron cerca de la taberna El Obispo de Wichester, un poco más abajo de las infames casas de baños que no eran sino una pantalla para la prostitución y otros pecados secretos, como bien sabía Athelstan. Una vez en el muelle miró alrededor en busca de Moleskin, pero el muchacho que vigilaba su barca le informó de que el barquero se encontraba en la tienda de alimentos junto a la taberna Piebald, donde tenía cosas que hacer con maese Merrylegs, el propietario. Cuando se dirigían a La Noche en Jerusalén, Athelstan y Cranston se detuvieron allí. Moleskin estaba sentado en el rincón del fondo, absorto en la conversación con Merrylegs, quien complementaba sus ingresos con la venta de artículos robados por los feligreses de Athelstan en los puestos de Cheapside. Una vez vieron la enorme silueta de Cranston que se dirigía hacia ellos, Merrylegs y Moleskin se apresuraron a separarse, metiendo todo lo que tenían delante, sobre la mesa, en una bolsa de cuero.

—¡Oh, que Dios os bendiga, fray Athelstan! —Moleskin trató de ocultar su culpabilidad tras una sonrisa mientras Merrylegs se alejaba a toda prisa—. Y vos, sir John, ¿queréis un poco de cerveza?

—Me gustaría saber qué tienes en esa bolsa —dijo el forense—, pero en cambio te daré una tarea. ¿Recuerdas el robo del tesoro lombardo?

—Por supuesto, ilustrísima —se apresuró a responder Moleskin—. Toda la gente del río se enteró.

—¿Dejaron los barqueros viuda, familia?

—Sólo viudas. —Moleskin hizo una mueca—. Y una de ellas también murió, ¡ahogada cuando lavaba ropa! Una mujer necia, siempre insistía en beber cerveza. —Agitó un dedo ante la cara del forense—. Cerveza y río no se pueden mezclar.

—¿Y la otra viuda? —preguntó Athelstan.

—Ah, esa es la gorda Margot. Se marchó de Southwark, vende pescado en Billingsgate.

—Mañana por la mañana —dijo Athelstan—, después de la misa, lleva a la gorda Margot a verme.

Moleskin accedió. Athelstan y Cranston prosiguieron su camino. Cuando llegaron a La Noche en Jerusalén, maese Rolles estaba muy ocupado en el bar. Les saludó con hosquedad, mascullando que estaba muy atareado.

—He reunido al resto —declaró, secándose las manos—. Están en los aposentos de arriba. Sir John, ¿qué es todo esto?

Los ojos negros del tabernero casi quedaban ocultos por las arrugas de grasa; sin embargo su irritación era evidente por su forma de quejarse y porque no paraba de mirar con ansia hacia la cocina, donde cocineros y pinches se afanaban, preparándose para la diversión de la noche.

—¡Maese Rolles, se trata de un asesinato!

—No tiene nada que ver conmigo —farfulló el tabernero.

—Señor mío —Cranston le dio una fuerte palmada en el hombro—, se han encontrado tres cadáveres en vuestra taberna, y el Misericordia está muerto.

Maese Rolles ahogó un grito.

—¿Muerto? —balbuceó—. Pero si le pusieron a salvo en Newgate.

—Estaba a salvo —replicó Athelstan—, pero ahora está muerto. Ha sido envenenado en su celda.

Rolles inmediatamente les acompañó a los aposentos. Los caballeros se encontraban allí, con expresión malhumorada, visiblemente irritados por la perentoria llamada de Cranston, y también lo estaba la madre Veritable, quien hizo evidente su irritación dándose la vuelta, mostrándose aparentemente más interesada por lo que estaba sucediendo en el jardín.

Cranston se sentó a la cabecera de la mesa, y Athelstan a su lado.

—Parecéis impacientes con nosotros —empezó a decir el forense—, así que seré claro. No estoy de humor para delicadezas. ¿Dónde estabais esta tarde?

Se interrumpió mientras Athelstan abría su cartera con los útiles de escritura y colocaba sobre la mesa una pieza de vitela junto con la pluma, el tintero y el enarenador.

—¿Bien? ¿Dónde estabais? —repitió.

—Todos estábamos —aquí declaró sir Maurice Clinton—. Puedo asegurarlo, así como maese Rolles. —El caballero señaló al tabernero—. También puedo responder por él.

—¿Y vos, madre Veritable? —preguntó con dulzura Cranston.

—Bueno, sir Jack —su voz estaba llena de sarcasmo—, he estado aquí desde mediodía a petición de maese Rolles. Estábamos hablando del entierro de las pobres Beatrice y Clarice.

—¿Y no ha salido nadie? —inquirió Athelstan.

—Los caballeros —intervino maese Rolles— se han levantado tarde, han roto su ayuno y han permanecido en su cámara, se han sentado en el jardín y, después de mediodía, han comido aquí. Preguntad a cualquiera de las doncellas o pinches. Será mejor que les diga, sir John, qué ha ocurrido realmente.

—El Misericordia está muerto —declaró Cranston—. Estaba a salvo en una celda de Newgate, pero alguien le ha hecho llegar un pastel de carne afirmando que se trataba de un obsequio mío. El pastel estaba envenenado...

Athelstan observó los rostros de los caballeros para ver su reacción. Los hombres parecían poco preocupados, mientras que la madre Veritable se limitó a encogerse de hombros y a hacer una leve mueca.

—Mirad alrededor, sir John —indicó sir Maurice—. ¿Quién falta?

—El Judas. —Habló sir Thomas Davenport—. En realidad, no le he visto desde esta mañana. ¿Y dónde está el padre Malaquías?

—¿Por qué se nos ha de interrogar —dijo sir Reginald Branson—, porque un bribón, indudablemente a punto de ser colgado, haya comido un pastel de carne envenenado?

Sus palabras provocaron risas, que Cranston acalló golpeando la mesa.

—El Judas —preguntó Athelstan—, ¿su caballo está aún en el establo?

—Sí —respondió Rolles—, yo mismo lo he visto allí. Si queréis, registraré su cámara.

Todos esperaron mientras el tabernero salía y, quejándose en voz alta, subía la escalera a toda prisa. Regresó poco después.

—La puerta no tenía el pestillo puesto —declaró, sentándose de nuevo—, pero la cámara está vacía. Todas sus cosas, las alforjas —extendió las manos—, han desaparecido.

—¿Pero no su caballo?

—No, padre, ni su caballo ni los arreos. ¿Quizás el Judas haya alquilado otra cámara?

—No se lo reprocharía —gruñó sir Thomas Davenport—. Maese Cranston, deberíamos poder irnos de aquí cuando queramos.

—Para vos soy sir John —dijo Cranston con aspereza—, y os aseguro, señor, que si os marcháis de Southwark os haré arrestar y traer a rastras atado a la cola de mi caballo.

—¡Basta! —gritó Athelstan, y su voz creó un silencio de perplejidad—. ¿A qué viene esta hostilidad? —prosiguió el dominico—. Cinco personas han sido asesinadas de forma horrible, sus almas han sido enviadas a Dios antes de hora. Bajo esos asesinatos laten los sucesos ocurridos hace veinte años, el tesoro lombardo robado y cinco almas también desaparecidas. Dios sabe si también fueron asesinadas.

—Padre, eso es un libro cerrado —replicó sir Maurice—. Entonces no se pudo saber la verdad.

—Seguro que conoce el proverbio, sir Maurice: la verdad es hija del tiempo. Si resolvemos el misterio de entonces, podremos descubrir la verdad de ahora. —Lanzó una rápida mirada a Cranston—. Así que esta tarde nadie ha salido de la taberna y, por lo tanto, probablemente no ha estado implicado en el asesinato del Misericordia.

—¿Probablemente? —preguntó con aspereza la madre Veritable.

—Bueno, señora, puede que no hayáis salido de la taberna, pero un hombre al que odiabais ha sido asesinado.

La madre Veritable hizo una mueca, tamborileando los dedos sobre la mesa.

—Hace veinte años —prosiguió Athelstan alegremente—, robaron el tesoro lombardo. Maese Rolles era propietario de esta taberna y los Caballeros del Halcón Dorado se alojaban aquí.

Todos estuvieron de acuerdo.

—Aquella noche en particular os reunisteis aquí. Las dos únicas personas que faltaban eran Richard Culpepper y Edward Mortimer.

—Fray Malaquías tampoco estaba aquí —intervino sir Maurice—. Estuvo ausente todo el día visitando Charterhouse y Clerkenwell. No volvió hasta tarde, cuando la noticia del robo había circulado por toda la ciudad.

—Muy bien. —Athelstan se subió las mangas de su hábito—. Mientras os encontrabais aquí, Richard Culpepper se enamoró perdidamente de la cortesana conocida como Ginebra la Dorada. ¿Es correcto?

Sir Maurice asintió; la madre Veritable repitió la palabra «enamorado» por lo bajo.

—Señora, ¿os parece divertido?

—Sí, padre —respondió ella con frialdad—. Todo el mundo estaba perdidamente enamorado de Ginebra, mientras que ella se enamoraba de cualquiera que tuviera oro y plata.

—Ginebra insinuó —declaró Athelstan— que iba a haber un cambio en su vida. ¿Alguien sabe a qué se refería?

—¡Era una prostituta! —gritó Davenport—. ¡No se nos puede hacer responsables de lo que ocurría en su mollera vacía!

—¿Así que ninguno de vosotros estaba enamorado de ella?

—¡Claro que no! —intervino Branson, el rostro sonrojado—. Culpepper era nuestro camarada; cada uno a lo suyo, digo yo.

—¿Culpepper o Mortimer —prosiguió Athelstan— os dijeron por qué les habían elegido para recibir el tesoro lombardo y transportarlo al buque insignia?

—No —sir Maurice hizo gestos de negación con la cabeza—. No lo descubrimos hasta más tarde. Al parecer, como he dicho, lord Belvers les eligió especialmente, aunque corrían rumores de que el responsable era Su Ilustrísima el regente.

—¿Por qué?

—Ambos habían luchado en el séquito de Juan de Gante. Supongo que eran sus vasallos.

—¿Los dos? —preguntó Cranston—. Culpepper es un apellido de Kent, pero Mortimer es del sur de Gales, ¿no?

—Cierto, sir John. Mortimer era amigo y camarada de Culpepper, un mercenario que a menudo frecuentaba nuestra compañía, un buen espadachín y maestro de la ballesta. Culpepper y Mortimer eran dos almas gemelas. Durante los días anteriores al gran robo a menudo estuvieron ausentes; obraban de un modo bastante misterioso, no nos decían adónde iban ni qué hacían.

—¿Y nunca les interrogasteis?

—Sí, claro, padre, teníamos curiosidad, pero eran días de mucho ajetreo: la flota se preparaba para zarpar, los hombres buscaban amigos y camaradas y, desde luego, siempre existía la atracción de Ginebra la Dorada.

—Entonces —dijo Athelstan para resumir—, no sabéis nada del tesoro lombardo ni por qué fueron elegidos vuestros dos camaradas para aceptarlo; pasasteis la noche aquí, en la taberna, no tenéis conocimiento de por qué Ginebra insinuó que pronto tendría un cambio de vida, y no sabéis que ocurrió con el tesoro ni con Culpepper y Mortimer.

—Hablaré por todos nosotros —declaró con brusquedad sir Maurice—. A nosotros también nos gustaría saber por qué se nos hace permanecer aquí y por qué —añadió, mirando con amargura a sir Cranston— dos de nuestros camaradas, sir Laurence y sir Stephen, han sido asesinados y su asesino aún no ha sido atrapado.

—Estamos buscando al asesino —Cranston se puso de pie, echando la silla hacia atrás— y hasta que encontremos a esa persona todos los presentes en esta sala, por no mencionar al Judas y a fray Malaquías, se consideran sospechosos.

Athelstan guardó sus útiles de escritura en la cartera, consciente del siniestro silencio. Una vez fuera, Cranston se llevó un dedo a los labios. Cruzó el patio del establo y salió a la calle.

—¿Es posible —Athelstan se subió la capucha, ajustándose al hombro la correa de la cartera— que Culpepper o Mortimer, o quizás ambos, aún estén vivos y sean responsables de estos asesinatos? ¿Dónde están el Judas y fray Malaquías? Tienen que responder a algunas preguntas.

—Oh, he olvidado preguntarles eso.

Cranston le pidió a Athelstan que esperara y volvió a entrar en la taberna a grandes pasos. El fraile esperó con impaciencia, observando a dos chiquillos que jugaban con una vejiga de cerdo hinchada, pero le distrajeron

dos niñas que perseguían una rata a la que habían ahuyentado de un montón de basura. El sol había desaparecido. Athelstan sentía frío y hambre, y se apoyó en el poste de la verja.

—Es hora de rezar —susurró—, de comer y dormir.

—Bien —Cranston ya regresaba—. He preguntado y nadie ha podido ayudarme.

—¿Sí, sir John?

—¿Alguno de ellos contrató al Judas? No han podido decirme nada, ni siquiera saben su verdadero nombre. Me pregunto —Cranston dio unos golpecitos en el suelo con la bota—, me pregunto si el Judas fue contratado o si él tiene algo que ver con esos sucesos del pasado. He registrado los establos. Su caballo y arreos siguen allí. Haré salir a mis buscadores. Si es necesario, le arrestaré.

—Muy bien, sir John.

—Parecéis cansado —dijo Cranston amablemente—. Ya hemos padecido suficientes calamidades por hoy. —Dio unas palmadas a Athelstan en el hombro—. Volved a vuestras plegarias, monje, yo iré a ver qué ha estado haciendo lady Maud.

Cranston se alejó por la calle.

—¿Sir John?

—¿Sí, padre?

—Soy fraile.

—Y muy bueno. Que tengáis un buen día, padre.

Athelstan regresó a San Erconwaldo. Algunos niños de la parroquia estaban jugando en el cementerio. Subió los escalones de la iglesia y penetró en la sombría nave. Encendió algunas velas de sebo en el altar de la Virgen, cogió una y dio la vuelta al santuario. Visitó la capilla de los cantores y se fijó en las velas que había en el suelo. El misal había desaparecido y su curiosidad se avivó cuando lo encontró tirado en la nave, cerca de un pilar. Se apresuró a ir a su casa. No parecía que faltara nada, pero cuando dio la vuelta a la llave en la cerradura, se dio cuenta de que algo extraño ocurría, aunque la cocina estaba barrida y limpia y el fuego encendido y avivado.

—Fray Athelstan, lo siento.

El fraile levantó la mirada, sorprendido, cuando fray Malaquías bajó la escalera del altillo donde estaba la cama. El benedictino tenía aspecto de haber estado profundamente dormido. Calentándose las manos sobre el

fuego, Malaquías le contó al párroco su visita a la iglesia, el ataque de que había sido víctima y que había huido a la casa en busca de refugio.

—Es extraño —dijo sonriendo—, nunca creí que una iglesia pudiera ser tan peligrosa. Padre, no he tenido otra opción, no había nadie cerca. He forzado las persianas y me he escondido; no me atrevía a salir.

—No he visto ni rastro de vuestro agresor en la iglesia ni en el cementerio.

—Una vez aquí dentro —declaró el padre Malaquías— no ha habido ningún otro ataque. Me parece que mi agresor se ha marchado.

Athelstan le tranquilizó diciéndole que había actuado bien, mientras intentaba controlar su ira por el modo en que había sido profanada su iglesia para el asesinato y el sacrilegio.

—¿Ha arrojado cuchillos? ¿Estáis seguros de eso?

—Muy seguro, padre. Dos no me han dado en la mejilla de milagro; eran largos, delgados y feos. Creía que moriría de miedo. Fui a la iglesia a meditar, a efectuar mis devociones. No me gusta la taberna. Ahora desconfío mucho de mis compañeros. Mis días con ellos han terminado.

Levantó la mano lisiada.

—Les conozco desde hace más tiempo del que quiero recordar. He comido, bebido, vivido, dormido y luchado con ellos.

—¿Creéis que uno de ellos era vuestro asaltante?

—Tal vez. —Malaquías se frotó la mejilla—. Y sin embargo, conozco a esos caballeros. Mi asaltante era rápido, era un hombre acostumbrado a la daga, y a menos que esté equivocado, no es una habilidad que comparta ninguno de ellos.

—Vamos a ver, vamos a ver.

Athelstan se llevó a Malaquías de nuevo a la iglesia. Encendieron velas y efectuaron un atento registro, pero aparte de la madera astillada de la entrada a la capilla de los cantores, Athelstan no encontró ni rastro de cuchillo alguno.

—Haré que Crispin el carpintero se ocupe de la madera. —Athelstan dio unas palmadas a Malaquías en el brazo—. Si lo deseáis, podéis quedaros conmigo. Os sentiríais más a salvo, ¿verdad?

El benedictino asintió.

—Iré más tarde a recoger mis cosas. Si me ofrecéis refugio, padre, cuando todo esto termine, antes de irme —ofreció— compensaré todos los daños o inconvenientes que haya causado.

Athelstan le acompañó de nuevo a la casa, describiéndole lo que había ocurrido aquel día. Hablaba mientras preparaba la comida de la noche. Cogió un trozo de jamón curado con especias del gancho que colgaba en la despensa, pan del día anterior, pequeños tarros de mantequilla y miel y una jarra de cerveza. Recitó la bendición y se sentó a la mesa.

—¿Conocíais al Misericordia? —preguntó Athelstan.

—Le recuerdo vagamente de joven, un muchacho descarado que se ocupaba de la taberna de maese Rolles, nada importante. Lamento su muerte. Que Dios le acoja en su seno y descanse en paz. Padre, hoy no he ido a Cheapside. —Malaquíás sonrió—. Por vuestros ojos puedo decir que debéis de sospechar de todos.

—¿Y al Judas? —preguntó Athelstan.

—Athelstan, tampoco sé nada de él, ni sé nada de maese Rolles ni de la madre Veritable. ¿Los caballeros? Creía que eran hombres honorables, bulliciosos cuando eran jóvenes, valientes luchadores en la guerra, respetables y rectos en sus años de madurez.

—¿Creéis que podrían haber matado a vuestro hermano y robado el tesoro?

—¿Cómo habrían podido hacerlo? —Malaquíás desvió la mirada—. La noche en que se llevaron el tesoro estaban borrachos. Yo me encontraba en la otra orilla del río visitando hermanos en Charterhouse. Les vi a la mañana siguiente; estaban completamente abatidos, en realidad, irritables. Fray Athelstan, fui a ultramar con esos hombres, dormí a su lado en el barco, en la playa, en el desierto. Luché con ellos ante los muros de Alejandría. Oí sus confesiones. Si el tesoro hubiera estado en su poder, habría sido evidente. Los ratones de vuestra iglesia son más ricos de lo que lo eran ellos. Pasaban estrecheces, incluso para comer y beber. Cuando amarramos en Génova para cargar el barco de provisiones, tuvieron que dejar en prenda algunas de sus armas y pedir préstamos a sus camaradas.

—Pero ¿no podían haber robado el tesoro y haberlo escondido hasta su regreso?

—Es posible. —El benedictino apartó su plato, cogió un trozo de queso y lo masticó lentamente—. Mi orden tiene casas repartidas por todo el reino, desde Cornualles hasta las montañas de Escocia. He hecho averiguaciones entre ellos; algunas veces nuestros abades hacen de banqueros. También he pasado listas a los gremios de orfebres y joyeros de Londres, Bristol, Nottingham, Carlisle e incluso en los cinco puertos. He

prometido recompensas por cualquier pista sobre el tesoro lombardo que se encuentre.

—¿Cómo conocíais la descripción de ese tesoro?

—Fui a ver a Teodoro Tonnelli, jefe de la banca lombarda en Londres. Aún hace negocios aquí. Me proporcionó una lista completa de lo que se había robado. También él ofreció una recompensa.

Athelstan se tapó la cara con las manos. Trató de visualizar el Muelle de las Ostras por la noche, las antorchas encendidas, Culpepper y Mortimer, los dos barqueros.

—¿Cómo transportaron el tesoro?

—Según Tonnelli, en un cofre recubierto de hierro con tres cerraduras. Las llaves habían sido entregadas al capitán del buque insignia.

—¡Ah! —exclamó Athelstan—. Más precauciones, ¿eh? No puedo imaginar a nadie tratando de forzar ese cofre en el muelle o en una barcaza por la noche. —Volvió a cerrar los ojos—. Estoy tratando de imaginar, Malaquías, cómo ocurrió. ¿Vuestro hermano y Mortimer mataron a los barqueros y desaparecieron en la oscuridad con el tesoro? ¿O los barqueros colaboraron? Si fue así, seguramente alguien les habría visto, dos o cuatro hombres tambaleándose en la oscuridad con un pesado cofre... Sin embargo, si fueron atacados, los cuatro hombres debían de ir bien armados; se habrían defendido. El estrépito de las espadas, los gritos... ¿alguien tendría que haberlo oído! ¿Y cómo habrían podido acercarse tanto?

Athelstan se pasó los dedos alrededor de los labios para limpiarse las migas.

—Por supuesto, es posible que un ballestero diestro, quizá dos expertos arqueros, deslizándose en la oscuridad, abatieran a los cuatro hombres con flechas certeras. Pero estamos igual que antes: no se ha encontrado el tesoro, ni los restos de ninguno de los cuerpos. Si hubo derramamiento de sangre... —abrió los ojos—. El Muelle de las Ostras fue inspeccionado a la mañana siguiente, ¿no?

Malaquías asintió.

—Yo mismo fui allí, padre, y no había ni rastro de ellos. Mi hermano era un hombre luchador, le habían confiado una tarea importante. Iría con cautela. ¿Cómo se habrían podido acercar tanto los atacantes?

—¿Así que no podéis decirme nada de vuestro hermano?

—Lo que sé —respondió Malaquías, haciendo la señal de la cruz— es lo que ya sabéis.

—¿Creéis que vuestro hermano y Mortimer sobrevivieron?

—¿Y que me han atacado en vuestra iglesia? No. —Malaquías cogió un trozo de queso y lo partió en dos con los dedos—. Creo que mi hermano y Mortimer están muertos. —Se llevó la mano al pecho—. Es sólo una sensación que tengo aquí.

Athelstan examinó atentamente al benedictino: Malaquías parecía muy agitado, como si tratara de controlar su genio.

—Nadie ha salido hoy de la taberna —Athelstan compartió con él sus pensamientos—. Sin embargo, ¿quién ha asesinado al Misericordia? ¿Quién os querría ver muerto?

—Está el Judas.

—Ah, sí. —Athelstan se limpió el resto de migas y fue a llenar de nuevo la jarra de cerveza—. Me temo —dijo desde la despensa— que ha desaparecido y se está convirtiendo en el chivo expiatorio de todas las maldades.

—No sé nada de él —dijo Malaquías—. ¿Por qué iba a atacarme?

—Habladme de Mortimer —pidió Athelstan cuando regresaba.

—Era galés, emparentado con la gran familia. Ya conocéis a los de su clase, el hijo menor del hermano menor; lo único que tenía Mortimer era un arma y un caballo. Era un hombre de rostro oscuro, con el cabello negro como el azabache que le llegaba hasta los hombros. Hábil con la daga, bueno con el arco. Mortimer y Richard se conocieron durante las guerras de Francia y se hicieron amigos íntimos. Yo tenía la sensación de que Richard había encontrado en él a otro hermano.

Athelstan percibió un asomo de celos en la voz de Malaquías.

—Sé lo que estáis pensando: que estoy celoso de Mortimer. De alguna manera siempre hacía reír a mi hermano. Mortimer era cerrado, reservado, a menudo desaparecía durante días y noches, mirada furtiva, pero se podía confiar en él. Tenía una hermana, una mujer muy tranquila.

Malaquías se levantó de la mesa.

—Está oscureciendo, padre, no puedo decir nada más. Es la hora de vísperas, pero no entraré solo en vuestra iglesia.

—Oremos juntos —murmuró Athelstan—. Pediremos fuerza contra el demonio que acecha como un león en busca de alguien a quien devorar.

Capítulo IX

Los dos caballeros se estaban preparando para atacar, una unión apasionada de hombre y caballo impacientes por abatir a su oponente. El heraldo, en el centro de las bandas —una larga extensión de lona con múltiples cubiertas sobre un patio elevado en el centro de Smithfield—, levantó su bastón blanco, difícil de distinguir con el fuerte sol de la mañana. Todos los ojos lo observaban, fascinados por este heraldo con librea azul, roja y dorada que daría la señal para que comenzara el torneo. Sobre los márgenes de la lona los trompeteros esperaban para emitir sus toques de trompeta. Sobre ellos, rígidos gallardetes y estandartes flojos desplegados en la brisa de primera hora de la mañana. La ropa, de vistosos colores, exhibía las armas y escudos heráldicos de los dos oponentes: una medialuna plateada sobre gules y conchas doradas; y un jabalí gris claro listo para cargar en un campo azul oscuro, sobre una franja de estrellas plateadas en un fondo rojo. Los dos caballeros esperaban a ambos extremos de la lona en su armadura plateada, listos para iniciar la justa; sus monturas de guerra, impacientes por atacar, resollaban y daban coces en la tierra, resplandecientes en sus ricos atavíos de gala y relucientes arneses negros. Los caballeros permanecían sentados con la cabeza ligeramente baja para poder ver más claramente a través de la rendija del visor; las elegantes plumas de los cascos se ahuecaban en la brisa. El ruido de los caballos, el crujir de los arneses y el estruendo de la armadura llegaban hasta los espectadores, lo que intensificaba su excitación.

Empezó a oírse el redoble de un tambor, un impresionante sonido hueco. La multitud se quedó callada, la justa iba a comenzar. Los caballeros, incapaces de controlar a sus inquietos caballos, los dejaron avanzar un poco para aliviar la tensión. Todos los ojos observaban a sus campeones, sentados inmóviles en sus altas sillas de montar con las viseras bajadas, los escudos en alto, las lanzas despuntadas a punto. Sonaron las trompetas, un estruendo que hizo huir volando a los pájaros que estaban posados en los árboles cercanos. La multitud lanzó un gemido de placer. Otra ráfaga de trompetas, seguida de una tercera, y los protagonistas de la justa avanzaron, una resplandeciente visión de color deslumbrante. Los caballos se pusieron a trotar, el heraldo bajó su bastón y retrocedió cuando los caballos iniciaron

el galope, en un ataque furioso, resonando el retumbar de sus cascos. Las lanzas afinaron su ángulo, cruzándose por encima del cuello de los caballos para alcanzar su objetivo, los escudos ligeramente alzados; una vista magnífica, hombre y caballo, libres como un ave, rápidos y furiosos como un halcón descendiendo en picado.

Se produjo un fuerte estrépito de acero. Cada uno destrozó la lanza y el escudo de su oponente. Un caballero osciló un poco en su silla pero logró permanecer en su asiento. Llegaron al final de la franja. Les llevaron nuevas lanzas y comenzó de nuevo la música de batalla cuando ambos caballeros volvieron a la carga, atacándose con furia. Volvieron a encontrarse en el centro, las lanzas se rompieron, los caballos relinchaban y se encabitaron. El caballero que combatía bajo el estandarte del oso gris osciló peligrosamente. Intentó enderezarse, su caballo se desvió, los pies con cota de malla se liberaron de los estribos y el caballero se tambaleó y cayó al suelo en medio de un fuerte estrépito. Su oponente tiró de las riendas y dio la vuelta. El caballero caído intentó levantarse, luchó débilmente y se quedó tumbado mientras escuderos y pajes, en tabardos de vivos colores como un campo de flores, se apresuraban a acercarse para ayudarlo.

—¡Que Dios y san Jorge nos ayuden! —Sir John Cranston, forense mayor de la ciudad, se volvió al hombrecillo delgado que estaba de pie a su lado—. Bien, Bohun, ha sido una buena lucha. Me ha recordado mis días de juventud.

—Sí, sir John. Pero ¿a qué se debe el torneo?

Cranston pasó un brazo sobre los hombros de su antiguo camarada.

—Os he pedido que nos reuniéramos aquí, Bohun, pues sabía que os interesaría. El caballero del Oso Gris es sir William Stafford, y su oponente es sir Humphrey Neville, ambos jóvenes de la corte. Ahora, hace un mes, nuestro noble regente organizó un *Bal des Ardents*.

—¿Y qué es eso? —preguntó Bohun.

—Una pequeña vanidad que nuestro regente ha importado de Francia, donde los nobles de la corte, por Dios sabe qué razón, se visten como hombres salvajes de los bosques, con el rostro manchado de barro, la cabeza y el cuerpo cubiertos de capas de heno, paja y helechos. Lo que ocurre es esto... —Cranston tenía los ojos fijos en el desventurado caballero que se llevaban en una camilla—. Oh, bien —murmuró—, no parece estar gravemente herido. Lo que ocurre es esto: a los jóvenes les gusta pelear para asustar a las damas, por eso todas las velas están apagadas

en el gran salón. Aparecen los hombres salvajes de los bosques con antorchas. Las damas de su corazón tienen que descubrir quién es su amado. Bueno, para abreviar, a sir Humphrey, ya por accidente, ya de forma intencionada, se le cayó su antorcha y prendió fuego en la chaqueta de sir William. Una dama lo apagó, pero sir William se puso furioso; afirmaba que no había sido ningún accidente y retó a duelo a sir Humphrey. Parece que el honor ha sido satisfecho.

—Qué pena que esos dos estúpidos no fueran consumidos por el fuego.
Cranston se rió.

—Bohun, vamos a visitar las glorias de Smithfield.

Cruzaron la amplia zona que se extendía frente a la gran iglesia de San Bartolomé y su hospital, lugar de encuentro favorito fuera de los muros de la ciudad antigua, con sus puestos improvisados, el punto de reunión de pequeños buhoneros y comerciantes que vendían mercancías variadas. La mayor parte de la gran extensión estaba dedicada a la feria del caballo, que atraía a gentes de toda clase y condición, desde poderosos nobles vestidos con sedas y capuchinos con túnicas forradas de armiño hasta viajeros con sus chaquetas de piel de oveja y gorras peludas. Todos los artistas de la ciudad acudían aquí, no sólo las prostitutas y los acróbatas, sino los goliardos, los contadores de historias y los cantantes. Los vendedores ambulantes ofrecían reliquias, los pajareros vendían pájaros blancos que, si te miraban directamente —o eso pregonaban sus propietarios—, podían curarte la enfermedad conocida como piel amarilla. Soldados de la Torre con cota de malla se cruzaban con arqueros de la guarnición de Westminster, inconfundibles con sus capelinas, sus pequeñas gorras de hierro y brillantes tabardos azules y dorados. Los pedigüños pedían limosnas con aire lastimoso a las bonitas hijas de los mercaderes poderosos, que se apartaban con repugnancia. Cranston, con un brazo sobre el hombro de su amigo, le guió entre la multitud que se arremolinaba, los ojos aguzados para distinguir a los bribones y ladrones de bolsas que pululaban como moscas sobre un montón de estiércol.

—¿Cómo estáis, viejo camarada? —Cranston dio un estrujón a Bohun.

—Feliz como unas castañuelas.

—¿Tenéis sed?

—¡Siempre!

Cranston guió a Bohun hacia una cervecería improvisada instalada bajo uno de los árboles, que vendía tazas de ponche caliente y jarras de fuerte

cerveza enriquecida con manzanas asadas, azúcar sin refinar, nuez moscada picada y jengibre, con diminutos pastelillos dulces flotando en la superficie. Encargó dos, y él y su camarada se sentaron en un banco que había cerca, donde bebieron a sorbos apreciando la bebida.

—Solía venir aquí —murmuró Cranston, señalando la multitud—. Mi padre era un hombre temible, guardián de los caballos de los Reales Establos, en Clerkenwell. Me recogía en la escuela de la catedral de San Pablo, y si el maestro decía que lo había hecho bien me traía aquí para tomar un poco de esto. Días felices, ¿eh, Bohun? No me hice filósofo ni abogado —prosiguió—, sino el primer y principal caballero. Disfruté de los días de gloria. —Tomó otro sorbo de la jarra.

—Sir John —Bohun suspiró—, hace muchos años que os conozco, nuestra amistad es profunda. —Dejó la jarra en el suelo, entre sus pies, y ladeó la cabeza, medio escuchando a un grupo de estudiosos que se encontraban cerca y cantaban con voz suave el himno «Alma Mater Dea»—. Fui sargento de la Torre, responsable del *Garde à manger* y *Garde au vin*, supervisor de la comida y el vino. Sospecho que no me habéis traído aquí para volver a cruzar las puertas de marfil y asta y entrar en el reino de los sueños, de lo que habría podido ser.

—Agudo como siempre. —Cranston dio un tirón al *ganache*, el sobretodo que llevaba Bohun atado en la cintura con una cinta—. ¿Habéis perdido peso?

—*Bellum intestinum* —susurró Bohun, levantando la jarra—. ¡La guerra interior! Algo ocurre con mis intestinos, sir John. A mediodía estoy cansado y vuelve el dolor, por eso estoy impaciente. Bueno, ¿por qué me habéis traído aquí?

Cranston miró el rostro de Bohun y se compadeció de él. Algunos de sus viejos amigos ya se habían ido; Cranston siempre temía que algún día perdería la amistad de Athelstan, cuya orden le enviaría a cualquier casa del reino.

—El tesoro lombardo —empezó—. Hace veinte años, los banqueros enviaron un cofre a la Torre. Estaba destinado a la cruzada de Pedro de Chipre contra Alejandría. ¿Lo recordáis? Inglaterra había firmado un tratado de paz con Francia, y muchos caballeros y hombres de guerra se agruparon bajo el estandarte de lord Pedro. Se reunió una flota inglesa en el Támesis. Los banqueros proporcionaron este tesoro, que más tarde podía ser intercambiado por oro y plata, a cambio de lo cual, como de costumbre,

se les devolvería su préstamo con un interés así como una parte de todos los beneficios. El tesoro se entregó a la Torre, un lugar seguro cuando nuestro noble regente, Juan de Gante, era su guardián. Él temía que lo robaran si lo enviaba por tierra o por el puente de Londres, así que al parecer salió del Muelle de la Torre, cruzó el río, fue por la orilla sur del Támesis, por debajo del puente de Londres hasta el Muelle de las Ostras en Southwark. Aquí tenía que ser entregado a dos caballeros, Richard Culpepper y Edward Mortimer. Éstos, ayudados por dos barqueros, tenían que llevar el tesoro hasta el buque insignia de la flota, que estaba anclado en mitad del río, en algún lugar entre Queenhithe y Dowgate. El tesoro les fue entregado; Culpepper selló un documento que así lo acredita, pero desde esa noche jamás se ha sabido nada del tesoro, de esos caballeros ni de los barqueros que fueron contratados. En aquella época vos erais sargento de la Torre.

—Supongo que no me queda mucho de vida —Bohun se frotó las manos— y no estoy seguro ni de la importancia ni de la verdad de lo que voy a decir, pero —tomó un sorbo de su bebida— la Torre estaba llena de hombres de Gante, arqueros, lacayos y caballeros de la casa. Los lombardos trajeron su tesoro en un carro.

—¿Era el cofre muy grande?

—Aproximadamente, de un metro de largo, y un poco más de alto. Era un gran cofre de roble negro, reforzado con tiras de hierro. Tenía tres cerraduras y alguien me dijo que ya le habían entregado las llaves al almirante de la flota. —Bohun cerró los ojos, ansioso por recordar los detalles—. Llevaron el cofre a la Torre Normanda. Los lombardos habían puesto sus sellos en él, y también lo hizo Juan de Gante. Le recuerdo, ¿cómo se puede olvidar aquel cabello dorado, aquellos ojos azul claro? Vi el cofre porque se guardó en la bodega con el vino. Dos días más tarde había desaparecido, eso es todo lo que sé. Cuando llegó la noticia del robo, Gante se puso fuera de sí. Se encerró en los aposentos reales, negándose a ver a nadie, ni siquiera a los mensajeros enviados por su padre el rey.

—¿Y vos no sabíais nada? —Cranston mostró sorpresa.

—Sir John, se suponía que el tesoro era un gran secreto. No sé lo que le ocurrió, ni a sus guardianes tampoco. Pero os diré una cosa: Edward Mortimer era uno de los secuaces de Juan de Gante. Oh, sí —sonrió al ver la expresión de Cranston—, Mortimer sellaba documentos con él, luchó en su séquito en Gasconia; allí es donde conoció a Culpepper. Y debéis saber también, sir John, que en los días que precedieron al gran robo, Culpepper y

Mortimer visitaban regularmente la Torre y eran recibidos nada menos que por el propio regente. Por supuesto —se encogió de hombros—, no hay nada malo en ello. Les habían confiado una misión secreta. A veces iba con ellos una mujer.

—¿Una mujer con el cabello dorado?

—No, sir John. Esta mujer era menuda y morena. A menudo se quedaba en el refectorio y era servida por el encargado de la despensa.

—¿Quién era?

—Al principio creí que se trataba de la mujer de Mortimer. En realidad, era su hermana Helena. Estaba muy unida a su hermano, tenía una casa en Poor Jewry.

Cranston vació su jarra de un trago y se levantó de un salto, listo para marcharse.

—¿Adónde ahora, sir John?

—Helena Mortimer, en Poor Jewry. ¿Todavía vive?

—Sólo Dios lo sabe, sir John.

—Bueno, si vive, la encontraré.

Cranston dio las gracias a su viejo amigo, le prometió que pediría a fray Athelstan que dijera una misa por él y se apresuró a marcharse hacia Aldgate. Se abrió paso por las calles secundarias de la ciudad, los callejones que discurrían a lo largo de la zanja de la ciudad desde St. Giles hasta Sainte Mary Axe Street y Poor Jewry. Este era un barrio amplio, las casas a ambos lados eran antiguas y altas, construidas sobre bases de piedra, la parte superior tan inclinada que se formaba un túnel con una franja de cielo entre ellas. Era un barrio respetable, aunque destartado, de la ciudad, con carteles chillones colgados de ganchos sobre las puertas de las tiendas; una calle donde se podían comprar caros objetos de cuero y chucherías de plata. La mayoría de las casas ya no eran propiedad de un solo ocupante, sino que cada planta era alquilada por propietarios ausentes. Cranston hizo averiguaciones en una pequeña cervecería de la esquina de un callejón.

—¿Helena Mortimer? —respondió la cervecera—. ¿Qué asunto tenéis con ella?

Examinó a este hombre corpulento que llevaba gorro de castor y una túnica forrada de pieles, que bebía su cerveza chasqueando los labios en señal de aprobación. Cranston rebuscó bajo su túnica y sacó el sello que identificaba su cargo.

—Sir John Cranston, Forense de la Ciudad.

La cervecera se sonrojó, le arrebató la jarra de la mano y casi le empujó por la puerta, señalándole un poco más abajo en la calle.

—La segunda casa después de la tienda. Encontraréis la puerta abierta. Helena vive en la planta baja.

Cranston le dio las gracias y, cuando llegó al lugar, casi choca con una mujer menuda y de piel morena, el cabello negro veteado de gris, que salía por la puerta. Su rostro era redondo y sonriente, tenía la piel suave y aceptó de buena gana, con voz cantarina, las disculpas de Cranston.

—¿Helena Mortimer?

—La misma.

La mujer dio un paso atrás, alarmada; Cranston sacó su sello.

—He de hablar con vos sobre vuestro hermano Edward.

—¿Le habéis encontrado?

—Todavía no, señora.

Helena le hizo entrar en la casa y pasaron por una estrecha cámara enlosada, pulcramente barrida y fregada. Abrió una puerta con llave tras la cual se extendía una pequeña estancia que contaba con una ventana de bisagras que daba a un jardín de hierbas aromáticas. La habitación estaba bien amueblada, con telas de colores colgadas en las paredes blancas, las sillas y taburetes de oscuro roble pulido. La mujer le invitó a tomar asiento a un lado de la chimenea mientras ella se quitaba la túnica y se sentaba en un taburete alto, en el que los pies casi le colgaban. Le recordó a Cranston un bonito pajarillo, con la cabeza ladeada, los ojos vivos y alerta.

—¿Qué os ha hecho pensar que hemos encontrado a vuestro hermano?

—Un momento, sir John.

Helena se levantó y, frotándose las manos, cogió un trapo acolchado y colocó el pequeño brasero entre los dos.

—Oh, aún debe de estar vivo.

Volvió a levantarse y se acercó a un cofre, y con un tintineo de llaves abrió la cerradura y levantó la tapa. Cogió una bolsa de tela de lana blanca atada en el cuello y con el sello del león rampante rojo de la familia Mortimer.

—Cada trimestre —anunció con orgullo—, por Pascua, a mediados de verano, San Miguel y Navidad, recibo una bolsa como ésta —se inclinó hacia delante; los ojos le brillaban—, que contiene cinco libras esterlinas.

—Una cantidad generosa.

La incredulidad de Cranston la intrigó.

—Sinceramente, sir John. Cada trimestre maese James Lundy, orfebre de Cheapside, envía a uno de sus aprendices con esta bolsa. Es lo que Edward me prometió. Verá —prosiguió—, los Mortimer somos de Gales. Estamos emparentados, muy de lejos, con la familia Mortimer; nuestro pariente es el conde de March. Bien —se fue animando—, Edward y yo éramos los únicos hijos de un tercer hijo...

Mientras iba desgranando la historia familiar, Cranston, totalmente aturdido, la miraba fijamente.

—Entiendo, entiendo —interrumpió amablemente Cranston—. Así que vos y vuestro hermano abandonasteis Gales. Edward era maestro espadachín y arquero, ¿no es así?

—Pronto fue ascendido en los séquitos de los grandes señores. Sirvió a Eduardo *el Príncipe Negro*, sir Walter Manny y Juan de Gante antes de trasladarse a Kent, donde conoció a Richard Culpepper. Richard me gustaba de verdad, no en el sentido carnal, sir John; se convirtió en otro hermano para mí. Edward y Richard eran inseparables, yo les decía que eran dos ojos en la misma cabeza. Richard siempre cuidó de Edward. También apreciaba mucho al hermano de Culpepper, Thomas, el monje benedictino, demasiado severo y piadoso para mi gusto.

—¿Y qué hay de los demás? —preguntó Cranston.

—Bueno, eran amables. Uno de ellos, Chandler, sí, tenía una mirada lasciva y le sudaban las manos. Edward le retó a duelo, así que me dejó sola.

—¿Habéis estado casada, señora?

—Oh, no, sir John, soy la solterona de la parroquia, aunque tengo mis admiradores. Está maese Sturmy, que es herrero, y John Roper, que es...

—Sí, sí —le interrumpió Cranston—. Señora, ¿habéis oído hablar del gran robo del tesoro lombardo?

El cambio que se operó en la mujer fue notable. Su rostro se quedó pálido, frunció los labios. Miró a sir John como si fuera a echarle de su casa.

—Mi hermano no fue culpable de ningún delito. Debió de ocurrir algo.

—Por supuesto, señora. —Cranston se quitó los guantes y se calentó los dedos sobre el brasero—. Pero es un gran misterio, ¿no le parece? Sé muchas cosas de vuestro hermano —prosiguió—. Tengo entendido que no era ningún ladrón.

La sonrisa volvió al rostro de Helena, y ésta ofreció a sir John una copa de malvasía, que él aceptó de buena gana.

—Contadme vuestra historia, señora.

—Hace veinte años —respondió con aquella voz cantarina—, hacia mediados de verano, llegamos a Londres. Edward y Richard estaban muy excitados por la gran expedición a ultramar. Edward me encontró alojamiento en Candlewich Street. Me dejaron sola, aunque él y Richard me visitaban a menudo cuando se dirigían a la Torre.

—¿Iban con frecuencia allí? —Cranston se dio cuenta de que la casa se había quedado en silencio; se sobresaltó cuando oyó un ruido en el pasaje.

—Sólo son ratones —dijo Helena sonriendo—, y sí, acudían con frecuencia a la Torre. —Se inclinó hacia delante—. Asuntos secretos, sir John.

—¿Qué eran?

—No lo sé, era un secreto.

—¿Y Edward nunca os lo dijo?

—Oh, no; me contó que Richard se había enamorado. Yo me puse un poco celosa y dije lo sola que me encontraba, así que a veces me llevaban a la Torre con ellos. Era asombroso, sir John, ni siquiera los castillos de Gales son como aquello.

—¿Con quién se reunían?

—Debía de ser con Su Ilustrísima, Juan de Gante; Edward y Richard se encerraban con él. Yo era joven y despreocupada y prestaba poca atención. Edward hacía todo lo que podía por mí. Decía que me compraría esta casa.

—¿Qué? —A Cranston casi se le cayó la copa de malvasía—. Creía que vuestro hermano era pobre.

—Yo también, sir John. Un día anunció que le habían encomendado una misión, buen oro y plata.

—¿Y Richard?

—No sé, quizá. Pero sabiendo lo que sé, probablemente se lo dio a su amante, la del pelo dorado de la que hablaba a menudo. Yo elegí esta casa. Poor Jewry no es una zona demasiado rica, pero tampoco demasiado pobre. Después de la Gran Peste los precios habían caído. Tiene cinco cámaras arriba. Se las alquilo a alumnos del Colegio de Abogados. Edward me prometió que traería un tesoro de ultramar, y que cada trimestre recibiría cinco libras esterlinas.

—¿Y cuándo empezaron estos pagos?

—Bueno —levantó la mirada al techo, hacia la pequeña rueda catalina de velas que colgaba de su reluciente cadena negra—, los compañeros de Edward regresaron a Inglaterra unos dos o tres años después. Yo no había tenido noticias de mi hermano, pero fue hacia esa época cuando empezaron los pagos.

—Señora —Cranston dejó su copa en el suelo y le cogió la mano. La sonrisa de Helena se ensanchó. Cranston sintió una profunda tristeza. Aquella mujer realmente adoraba y quería a su hermano, no podría creerle capaz de ningún mal; durante años se había negado a enfrentarse a la verdad —, señora —repitió—, tras todo esto se esconde un gran misterio. Vuestro hermano Edward desapareció, no fue a ultramar. Nadie sabe dónde está, ni siquiera vos, pero cuatro veces al año, durante los últimos diecisiete años, vos recibíais cinco libras esterlinas, ¡una buena suma! Seguramente os preguntáis dónde se encuentra vuestro hermano. ¿Por qué no os visita? ¿Cómo envía este dinero al orfebre? Era un espadachín sin tierras, ¿qué beneficios tenía?

Helena parpadeaba con furia, los ojos anegados en lágrimas.

—No lo sé —balbuceó—. Sir John, de veras que no lo sé. Esto es lo que pienso. Su Ilustrísima el regente, aunque entonces no era regente, también apreciaba a Edward y le confió el tesoro lombardo. Creo que aquella noche ocurrió algo terrible en el río. Edward y Richard fueron atacados, quizá Richard resultó muerto y Edward tuvo que huir, en lugar de hacer frente a la desgracia. Sir John, le habrían acusado de robo, ¡le habrían podido colgar! Creo que huyó, cambió de nombre y algún día —añadió con esperanza— regresará.

—Pero ¿por qué no ahora? —preguntó Cranston.

—A veces, sir John —señaló hacia la puerta—, sólo de vez en cuando, tengo la sensación de que me observan. Quizás Edward sabe que, si le encontraran aquí o en cualquier otro sitio, y yo estuviera con él, me podrían acusar de cómplice.

Cranston se recostó en la silla y miró fijamente el tapiz que colgaba en la pared: Adán y Eva en el Jardín del Edén bajo el árbol del conocimiento; una serpiente dorada con manchas negras enroscada en el tronco y las fauces de su gran cabeza de hidra dividida en una exhibición de afilados dientes y lengua ágil. «Me pregunto —reflexionó Cranston—, qué significaba la serpiente en la vida de Edward Mortimer.» Aceptó la lógica de lo que Helena decía; hasta cierto punto poseía su propia verdad. Pero ¿dónde había

conseguido Mortimer, un pobre caballero, aquel dinero, y dónde aún se escondía, cuidando de su hermana?

—James Lundy, el orfebre, ¿habéis acudido a él?

—Por supuesto, sir John, pero ya conocéis a los orfebres. Maese Lundy es un hombre bondadoso, pero orfebre. No revelará los secretos de sus clientes. «No digo a nadie que os doy la bolsa», declara, «no le cuento a nadie que os la entrego». Lo único que dirá es que a cualquier hora del día, aunque en general por la noche, un hombre con capucha y visera, vestido de monje, entra, deja la bolsa, recibe la firma de maese Lundy y se marcha.

—Pero maese Lundy tiene que ver el emblema del león rojo en la bolsa. Es orfebre, debe de recordar el gran robo y darse cuenta de que un Mortimer estuvo implicado en él.

—Yo le pregunté lo mismo. —Helena fue a llenar de nuevo su copa y trajo la botella para llenar la de sir John—. Me informó de que lo único que él recibe es una bolsa negra sellada. No sabe qué hay dentro; eso es lo que me entrega a mí.

Cranston tomó un sorbo de malvasía. Cuanto más averiguaba en torno a las misteriosas desapariciones, más crecía su perplejidad. Quizá debería haberse traído a Athelstan.

—¿Vuestro hermano —efectuó un último intento— dijo algo, señora? ¿Algo sobre lo que con los años habéis reflexionado, que pueda proporcionar alguna pista de lo que ocurrió?

Helena cerró los ojos, el rostro tenso por la concentración.

—Sólo una cosa. —Abrió los ojos—. Me dijo que nunca me moriría de hambre, y que quizás algún día sería una gran dama.

—Y eso es lo que sois.

Cranston apuró la copa y se puso en pie. Cogió la mano de Helena y le besó las yemas de los dedos, se despidió y se marchó. Se hallaba en el pasaje, oliendo el dulce perfume del romero y la ruda, cuando Helena fue tras él.

—Sir John —le llamó sin aliento—. Habéis sido muy amable. Hay otra cosa.

Le pidió que se quedara mientras ella iba al piso de arriba, y volvió con un pequeño cofre con gemas artificiales incrustadas. Lo abrió y extrajo una cruz de oro en una cadena de plata.

—Era de mi madre.

—Es muy bella —dijo Cranston—. Pero ¿qué importancia tiene?

—El día antes de que Edward desapareciera vino a verme, pálido y agitado, algo inusual. Le pregunté qué pasaba, pero no me lo dijo. Ahora lo sé. Edward siempre llevaba esto al cuello. Me pidió que lo pusiera a salvo, pero dijo que antes de zarpar hacia ultramar volvería a recogerlo. Bueno, ¿no os parece extraño, sir John? ¿Por qué no se lo puso aquella noche?

—Tal vez tenía miedo de perderlo.

—Pero podía haber ocurrido lo mismo a bordo del barco o en la salvaje lucha ante Alejandría. Y siempre lo llevó.

—Señora, verdaderamente no lo sé.

—Debéis de pensar que soy irresponsable —prosiguió Helena—, que vivo en el paraíso de los necios. No aceptaré que mi hermano ha muerto. La verdad es, sir John, que en lo que respecta a Edward vivo envuelta en una niebla de misterio. Si está vivo, ¿por qué no viene a recoger la cruz, por qué no se preocupa por ver a su amada hermana? Y si está muerto, ¿quién me envía este dinero?

—No puedo responder a esto —respondió Cranston—, pero tengo una última pregunta que formularos. Después de la desaparición de vuestro hermano, ¿os visitó alguien?

—Oh, Juan de Gante vino a verme. Me trajo regalos, dijo que si alguna vez tenía algún problema le escribiera.

—¿Alguien más? Por ejemplo los caballeros, los camaradas de Culpepper.

Helena negó con la cabeza.

—Sólo uno, el hermano de Richard, Malaquías el benedictino. Cuando regresó la flota, a menudo me visitaba, me hacía preguntas, pero yo no soltaba prenda. Tenía una mirada muy fría.

—¿Qué clase de preguntas os hacía? —indagó Cranston.

—Oh, las mismas que vos. —Señaló detrás de él—. Se sentaba en la cámara pasando el rosario. Una cosa que me preguntó fue si alguna vez había buscado verdaderamente a mi hermano. Le conté muy por encima lo que había hecho, que había escrito a amigos de Gales. Incluso escribí a sir Maurice Clinton, pero nunca me contestó. Después dijo una cosa extraña. Me preguntó si había pensado en contratar a un cazador de hombres.

—¿Cómo?

—Un cazador de hombres. Ya sabéis, sir John, a menudo antiguos soldados se dedican a perseguir criminales. Respondí que no.

—¿Eso hizo? —Cranston sonrió—. Señora, ¡muchas gracias!

Cranston salió de la casa a zancadas y abandonó Poor Jewry, torció por Aldgate, pasó por Leadenhall, el Tun y entró en Cornhill. Tan absorto estaba en sus propios pensamientos que ni siquiera la serie de villanos inmovilizados en los grandes cepos frente a Walbrook le llamaron la atención con sus roncos gritos. Los transeúntes le miraban con curiosidad, mientras que el corpulento forense, una figura bien conocida en este amplio distrito, parecía ajeno a los saludos y preguntas que le lanzaban a gritos. Cranston recorrió el Mercery, con los pulgares metidos en su ancho cinturón de guerra, apartándose sólo cuando el Carro de la Vergüenza, lleno de criminales camino de la horca, le obligaban a entrar en un portal. El cargamento de última hora de la mañana era un grupo de prostitutas a las que habían pillado ofreciéndose fuera de la esquina que tenían asignada detrás de Cock Lane. Todas conocían a sir John desde hacía tiempo, y le hicieron gestos obscenos o bromas groseras. Esta vez quedaron defraudadas. Cranston no reaccionó, se limitó a mirarlas impertérrito. Se apoyó en el poste de una puerta y miró los puestos del otro lado, bajo sus toldos de colores. Esta parte del mercado vendía artículos de piel, cacerolas y sartenes y tapicerías de fina textura procedentes del extranjero. Mientras observaba la variedad de colorido, ni siquiera la aparición de un famoso ladronzuelo apodado «Pulgar de oro» le provocó.

Cranston estaba fascinado por lo que Helena le había contado. ¿Edward Mortimer aún vivía? ¿Aún le enviaba dinero a su hermana? Y, lo que era más importante, ¿Malaquías, el benedictino, había contratado al Judas? ¿Tenía razón Athelstan? ¿La Noche en Jerusalén se había convertido en un imán espiritual que atraía todos los pecados del pasado? Cranston recordó sus años de estudiante en los fríos cruceros de la catedral de San Pablo. Sus maestros le hablaron de las Furias de la Antigua Grecia que perseguían a los criminales por los túneles de los años y siempre atrapaban a su víctima. Todos los que se habían reunido en La Noche en Jerusalén, así como los que no lo habían hecho, como el viejo Bohun y Helena, estaban misteriosamente vinculados a aquel gran robo perpetrado veinte años atrás. Todos excepto uno: el Judas, que perseguía al Misericordia; sin embargo, nunca había hecho ninguna referencia a Mortimer ni a Culpepper. ¿Había estado Malaquías buscando al Misericordia porque aquel bribón, ahora muerto y pudriéndose en un ataúd, sabía algo del tesoro lombardo y los hombres que lo habían robado? Sin embargo, no parecía haber nexo alguno entre Malaquías y el Judas. Nunca les había visto hablar. Cranston maldijo

su memoria, aunque estaba seguro de que Malaquíás había negado conocer a aquel despiadado cazador de hombres.

—¡No merodeéis por aquí!

Cranston se giró en redondo y rápidamente se disculpó con la anciana de ojos furiosos que había aparecido en el umbral de una puerta apoyándose en un bastón. Recordó por qué se encontraba allí y prosiguió su camino hacia West Cheap y la tienda del orfebre, maese James Lundy. Dos bellas niñas de cabello rubio estaban jugando fuera, bien vestidas con su guardapolvo de fustán. Anunciaron que eran hijas de maese James y señalaron la puerta tras la cual su padre estaba instruyendo a los aprendices que se ocupaban de los puestos del exterior. Cranston entró. James Lundy era un hombre menudo; tenía el cabello negro y lo llevaba peinado hacia atrás. Se levantó cuando entró el forense, y en su rostro gentil apareció una sonrisa.

—¡Vaya, sir John!

Se dieron la mano y Lundy le llevó al despacho que estaba en la parte posterior de la tienda; era una cámara pequeña, encalada, con robustas puertas de hierro reforzadas con acero y una única ventana que era un agujero fortificado. Había arcas y cofres, todos pulcramente etiquetados, agrupados contra la pared o en los gruesos estantes de roble más arriba. Lundy le indicó que se sentara en un taburete.

—Sir John, ¿a qué debo este placer?

—Helena Mortimer. —Cranston decidió omitir las delicadezas—. Os respeto, maese James, pero el asunto que me trae aquí es urgente. Cada trimestre enviáis una bolsa a su casa de Poor Jewry.

—Seré igual de franco, sir John: no sé lo que hay en esa bolsa ni por qué se envía. Soy banquero, orfebre. La gente me confía sus objetos valiosos y sus secretos.

—¿Cómo va vestido el hombre?

Lundy sonrió.

—Habéis visitado a la señora Helena, ¿verdad? De lo contrario no sabríais que es un hombre. Sir John, viene a mi tienda encapuchado y enmascarado. Me entrega la bolsa y unas monedas por las molestias. Yo le doy un recibo y se marcha.

—¿No sospecháis?

—Lo que hace no es ningún crimen. La gente da indemnizaciones, compensaciones; si quiere mantener ocultos su rostro y sus motivos, ¿quién soy yo para preguntar? Es todo lo que puedo decir.

Cranston le dio las gracias y se marchó, decidido a visitar al cordero de Dios y regresar luego a Southwark a interrogar a fray Malaquías.

OceanofPDF.com

Capítulo X

Athelstan se había levantado temprano y había despertado a Malaquíás, que dormía en la improvisada cama montada bajo el altillo. Ambos se habían preparado para la misa, que celebraron justo al amanecer, antes de regresar a la casa del cura. Malaquíás se mostró generoso en su gratitud, temeroso, como dijo, de volver a La Noche en Jerusalén. Athelstan insistió de nuevo en que podía quedarse en San Erconwaldo todo el tiempo que quisiera. Repitió su promesa ante los cuencos de humeante harina de avena aderezada con miel, seguida de pan más bien rancio, tocino salado y la cerveza negra que Athelstan había calentado sobre el fuego como Cranston le había enseñado a hacer. Malaquíás se sentía ahora más cómodo, y Athelstan comprendía el horror que había experimentado el benedictino. La luz del día iluminaba las señales que las dagas del asesino habían dejado en las paredes de la iglesia. El benedictino había recuperado la confianza en sí mismo y comía con apetito. Aceptó la hospitalidad que le brindaba Athelstan y dijo que volvería a La Noche en Jerusalén para recoger sus cosas, así como para comprar provisiones para la despensa.

—Enviaré a Crim —le propuso Athelstan—. Le diré que os espere. Es hábil con la carretilla y vos podéis apilar en ella vuestras posesiones.

—Un último favor, padre. —Malaquíás dejó su cuchara de asta—. Anoche os dije que había venido a San Erconwaldo a rezar; también vine para ver el anillo que os había entregado, sólo una vez más, antes de que quedara sellado bajo la piedra de las reliquias.

—¡Por supuesto!

Athelstan se dirigió hacia el arca de la parroquia, la abrió y sacó el anillo de su pequeño estuche. Se lo entregó a Malaquíás, quien se acercó a la ventana y, sin dejar de examinarlo, se lo devolvió a Athelstan.

—Me alegro de haber traído aquí este anillo. Es lo mínimo que podíamos hacer por todas las molestias causadas.

Athelstan dio vueltas al anillo, observando aquellas extrañas cruces talladas en el interior.

—Es bastante pequeño —declaró el dominico—. Parece un anillo de mujer. El buen obispo debía de llevarlo en el dedo meñique, como nosotros llevaríamos un anillo de amistad.

—Athelstan —Malaquíás se puso en pie—, debo irme.

Recogió su capa y se marchó. El dominico le oyó saludar a los feligreses que ya se estaban congregando fuera para otra reunión del consejo de la parroquia. Athelstan se tapó la cara con las manos y gimió; como si no tuviera ya un mar de problemas. *Buenaventura* entró por entre las persianas medio abiertas, dejándose caer con suavidad al suelo. Como de costumbre, dio la vuelta a la mesa y luego se tumbó frente al fuego. Al no llevarle Athelstan su cuenco con leche, levantó la cabeza, mirando con fiereza con su único ojo bueno.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Athelstan—. ¡Me recuerdas a Cranston cuando tiene ganas de tomar un buen clarete!

Dio al gato su leche y se sentó encorvado en el taburete junto al fuego. La noche anterior él y Malaquíás habían entonado sus vísperas y completas, de pie en aquella umbría iglesia, resonando sus voces, *Exsurge Domine, Exsurge Domine*. Athelstan recordaba las palabras de ese salmo: «Levántate, oh, Señor, levántate y juzga mi causa, pues una banda de hombres perversos me han acosado y desean llevar mi alma al infierno». El problema, reflexionó Athelstan, residía en quiénes eran los malos. ¿Quién había matado al Misericordia y lanzado aquel perverso ataque al pobre monje benedictino, que iba desarmado? ¿Qué había querido indicar el Misericordia con aquellas extrañas marcas en la pared? ¿O aquellas dos mujeres muertas, Beatrice y Clarice, con sus veladas referencias a que la hermana del Misericordia, Edith, tenía sobre su persona la posible solución a la desaparición de su madre? Athelstan recordó el rostro surcado de lágrimas de Edith y sintió una punzada de compasión y culpabilidad. Debía ir a visitar a aquella pobre mujer. Había intentado hablar con Malaquíás la noche anterior, pero el benedictino estaba cansado y, como le había confesado, había bebido una jarra de cerveza de más, así que se había retirado temprano. Athelstan, antes de retirarse él también, había cerrado la iglesia, se había asegurado de que Godbless había comido y estaba caliente en la casa de los muertos. Había pasado una noche intranquila, plagada de sueños. Por alguna extraña razón soñó que estaba celebrando misa, y cuando se volvía para alzar la Hostia, una manada de comadreas estaba arrodillada ante él. No le gustaban estos sueños o pensamientos.

Athelstan se sobresaltó cuando llamaron a la puerta. Entró Benedicta, con la cabeza y los hombros ocultos por un grueso chal de lana, sus bellos ojos relucientes en el frío.

—Padre, estamos preparados —dijo.

—«¡Oh, Dios! —exclamó Athelstan, citando del salmo—. Acudid enseguida en mi ayuda, apresuraos a ayudarme.» ¿Estáis bien, Benedicta? Os he visto en la misa de Malaquías.

—He decidido ir a la capilla de los cantores. Tenía que huir de Pernel y esos guantes que se ha comprado.

Athelstan se puso la capa.

—Los problemas del día no han hecho más que empezar.

Salió de la casa, comprobó dónde estaba *Philomel* y siguió a Benedicta por la escalera y a la iglesia, cerrando la puerta tras de sí. El consejo de la parroquia estaba preparado en toda su gloria. Watkin había bajado la silla del santuario, así como otra más pequeña para él, de modo que, como jefe del consejo, pudiera sentarse a la derecha de Athelstan. El resto se sentaba en bancos o taburetes. Por sus caras de enojo y pétreo silencio era evidente que la batalla estaba a punto de empezar. Watkin el que recogía el estiércol tenía la mirada fija en el suelo, con una expresión de furia en su rostro mofletudo y sin afeitar. Pike el acequero parecía bastante pagado de sí mismo. A su lado, Imelda, de lengua afilada, se inclinaba hacia delante como un gato a punto de saltar, mirando con ira a los ojos de Cecilia la cortesana, que parecía fresca como un ranúnculo, su dorado cabello como un nimbo alrededor de su bello rostro. Permanecía sentada con timidez e iba vestida con un guardapolvo nuevo azul oscuro con enaguas blancas debajo. Se había levantado ambas prendas para ofrecer a Pike una generosa visión de sus delicados tobillos. La marrana de Úrsula estaba tumbada en medio de todos, temblándole sus gordos flancos, profundamente dormida. Ranulfo tenía en brazos su caja con los hurones mientras Pernel, con el pelo recién teñido, no paraba de admirar los guantes rojo oscuro que había comprado y cortado: su dorso, tachonado de trocitos de cristal, tenía unas campanillas atadas. No paraba de agitarlas y el tintineo era un motivo más de irritación para el resto de feligreses. Sólo faltaba Moleskin; Athelstan recordaba su encuentro con el barquero la tarde anterior.

—Bueno, padre, ¿vamos a empezar? —Watkin se levantó.

—Sí, sí. Primero trae la vela horaria.

—¡Oh, no! —gimió Basil el herrero—. Padre, no estáis enojado con nosotros, ¿verdad?

—No, no lo estoy —respondió Athelstan—, pero veo que vosotros estáis enojados unos con otros. Se están formando nubes, llegará la ira, caerá el

rayo.

Watkin trajo la vela horaria y la colocó al lado de la marrana de Úrsula, mientras Crim el monaguillo salía corriendo para traer una vela de la capilla de la Virgen.

—He encendido la vela —dijo Athelstan, tomando asiento—. Esta reunión terminará cuando la llama llegue al siguiente círculo rojo.

Hizo un gesto de asentimiento a Mugwort el campanero, que estaba sentado en su taburete, con su tosca bandeja de escritura sobre la falda.

—Anotad sólo las decisiones importantes; después, volved a poner ese cuaderno en la sacristía. Bien, los preparativos para Adviento. Watkin, tendrás que coger tu carretilla e ir al monte a recoger toda la vegetación que puedas...

—No habéis dicho una plegaria. —Pernel levantó una mano enguantada y la agitó con vigor.

—No, no lo he hecho —confesó Athelstan—, y me parece que la necesitamos. —Cerró los ojos y, con voz potente, cantó los tres primeros versos del *Veni Creator Spiritus*. El consejo de la parroquia permaneció transfigurado. Fray Athelstan poseía buena voz, vibrante, y cuando cantaba con los ojos cerrados reconocían que no se hallaba del mejor humor. Les había enseñado la traducción de estas palabras y siempre hacía énfasis en los mismos versos: «Oh, ven, Padre de los pobres, / Oh, ven con riquezas que resistan».

—Ya sabéis de qué estoy hablando. —Athelstan abrió los ojos—. Hemos pedido a Dios que caliente nuestros fríos corazones y nos haga doblegar nuestro rígido cuello. Ahora, Watkin, la vegetación...

El consejo de la parroquia fue tratando cada asunto, pero en cuanto llegaron a la función de Navidad, se les fue el santo al cielo al resurgir la intensa y amarga rivalidad. Athelstan gritó pidiendo silencio, pero, como susurró a Benedicta, era «una voz clamando en el desierto». No obstante, recibió una buena lección de lenguaje de la calle, mientras Imelda y el resto se lanzaban insultos. Athelstan decidió capear el temporal, manteniendo la mirada fija en la llama de la vela. Pronto aprendió algunas maneras de referirse a los testículos, un homosexual, una prostituta, un orinal y un bastardo. Durante un rato dejó que sus feligreses se gritaran hasta quedar agotados, y cuando le miraron en busca de indicaciones, se volvió de inmediato a Huddle el pintor.

—¿Para qué se utiliza la clara de huevo? —preguntó—. Lo mencionasteis la semana pasada cuando propusisteis pintar la gran Cadena del Ser en uno de los cruceros.

Los feligreses miraron con incredulidad a su sacerdote. No había respondido a la pregunta que ellos le habían hecho, sino que se había limitado a seguir adelante y, por supuesto, una vez se le preguntaba a Huddle sobre pintura no había forma de pararle. Inició de inmediato una conferencia explicando que la clara de huevo batida se utilizaba para ligar la pintura, pero que debía mezclarse con arsénico rojo para evitar el mal olor y la podredumbre. Athelstan le dejó hablar, y en cuanto desapareció el anillo rojo de la vela, se puso en pie, hizo la señal de la cruz y se dirigió hacia el santuario a rezar.

Se arrodilló junto a la reja del coro, con los ojos cerrados. El consejo de la parroquia finalizó de forma brusca y los miembros decidieron unánimemente proseguir fuera su discusión.

—Fray Athelstan.

El fraile se volvió. Moleskin se hallaba en medio de la nave, con la mano en el brazo de una anciana vestida de negro de pies a cabeza. Athelstan se levantó y fue a reunirse con ellos.

—Ésta es Margot. —Moleskin se atascó al pronunciar el nombre.

—Señora, sed bienvenida. —Athelstan le cogió la mano surcada de venas; estaba fría como el hielo—. Será mejor que os sentéis.

Margot le miró con ojos legñosos.

—Os he escuchado decir misa, padre. He venido algunas veces, en las grandes festividades. Moleskin me llamaba la «Gorda Margot». —Se dio unos golpecitos en las huesudas mejillas y se apartó un mechón de pelo blanco de la frente, remetiéndolo bajo su sombrero negro—. Pero de eso hace años; ahora estoy delgada como un alambre.

Athelstan la llevó a donde se había reunido el consejo de la parroquia y dejó que la anciana se calentara los dedos sobre el brasero.

—Margot —Athelstan abrió su bolsa, sacó una moneda y la dejó caer con suavidad en la mano de la anciana—, esto es por las molestias. Sois la viuda de uno de los barqueros que desaparecieron la noche del gran robo.

Los ojos de la anciana se llenaron de lágrimas y se sentó en un taburete.

—Se llamaba Godric; era un buen hombre, padre. Aquella tarde se marchó. No he vuelto a verle, aunque encontramos su barca más abajo en el río, atrapada en unos juncos.

—¿En Southwark? —preguntó Athelstan.

—No, no, donde el río hace una curva, yendo hacia Westminster. Sólo la barca, padre. Ni remo ni nada. Era como si la mano de algún gigante fantasmagórico la hubiera cogido y la hubiera vaciado de hombres y objetos.

—¿Había alguna señal de violencia... alguna mancha de sangre?

Margot negó con la cabeza.

—Era una embarcación larga y baja, padre, construida con madera fina, con bancos y un armario pequeño en cada extremo para que Godric y su compañero guardaran sus cosas. Estaba pintada de negro, con la proa y popa altas. Godric la llamaba «Gloria del Támesis».

—¿Alguna vez os dijo vuestro hombre —preguntó Athelstan— por qué había sido contratado aquel día?

—No le contrataron, padre.

—¿Cómo? Creía que así era.

—No, no. —Margot hizo enérgicos gestos de negación con la cabeza—. Aquellos dos caballeros pagaron bien a Godric. Lo único que me dijo fue que habían alquilado la barcaza, pero no a él.

—Ah, o sea que tenían que llevar su barcaza al Muelle de las Ostras y entregarla.

—Eso creo. No estoy muy segura de dónde la cogieron los caballeros, pero Godric tenía que quedarse en el embarcadero hasta que ellos regresaran. No sabía por qué, pero los caballeros eran respetables, así que confió en ellos. También le pagaron con buena plata.

Se interrumpió cuando Malaquías entró por la puerta lateral de la iglesia. Saludó a Athelstan con la mano y se dirigió hacia la capilla de la Virgen.

—Proseguid —pidió Athelstan.

—Os he contado todo lo que sé, padre. A mi hombre le pagaron buena plata, tenía que alquilar su barcaza y esperar en el Muelle de las Ostras. Se marchó justo antes de la puesta de sol; jamás he vuelto a verle ni a saber nada de él.

Athelstan dio las gracias a Moleskin y a Margot, y cuando se marcharon, se sentó en la silla del santuario. Lo que Margot le había contado poseía una lógica propia. Culpepper y Mortimer jamás le contarían a nadie lo que estaban haciendo. ¿Y el dinero entregado a los barqueros? Debía de proceder o del almirante de la flota o quizá del propio Juan de Gante.

Athelstan se levantó y estaba a punto de dirigirse hacia la capilla de la Virgen cuando la puerta se abrió de golpe y entró Cranston.

—Padre, tengo noticias.

Athelstan se llevó un dedo a los labios e hizo señas con la cabeza en dirección a la capilla de la Virgen.

Cranston miró hacia allí a la escasa luz.

—¡Precisamente! —exclamó—. Fray Malaquías, quiero tener unas palabras con vos.

El benedictino se santiguó y bajó.

—Padre Malaquías —Cranston señaló hacia el taburete—. Iré al grano. Acabo de visitar a Helena Mortimer, en Poor Jewry.

—¿Y?, sir John.

—Vos también la visitasteis. ¡Podíais habérmelo dicho!

—Bien, claro, su hermano era amigo íntimo de Richard. Es lógico, ¿no?, que fuera a ver esta mujer. Sin embargo, no sabe nada...

—¿Contratasteis vos al Judas?

—No seáis ridículo. Sí, hablé de esta posibilidad con la señora Mortimer. También es lógico, sir John. Quiero decir, contratar a un cazador de hombres para encontrar a un hombre. —Extendió las manos—. Mi señor forense, lo que he hecho, para citar las Sagradas Escrituras, lo he hecho a plena luz del día.

Cranston se encorvó. Por la actitud del benedictino supo que no estaba escondiendo nada.

—¿Sabíais que Mortimer era un seguidor de Juan de Gante?

—Tal vez un servidor, pero no había nada importante en eso. Su Ilustrísima estaba profundamente alterado por la desaparición de mi hermano, así como por la de Edward Mortimer. Quizá sir Maurice no os lo ha contado, pero Juan de Gante instigó la búsqueda más concienzuda de los caballeros desaparecidos. Alertó a todo sheriff, alguacil, alcalde y autoridad portuaria del reino. Si él no logró éxito alguno con sus pesquisas, ¿cómo iba a tenerlo yo? No miento. Preguntádselo vos mismo a Su Ilustrísima. Las cartas y mandatos que ordenaban esta búsqueda aún están en la Cancillería, los he visto con mis propios ojos. Bueno —fray Malaquías se puso en pie—, fray Athelstan, he traído mis posesiones, necesito guardarlas en vuestra casa. —Malaquías inclinó la cabeza a Athelstan, esbozó una bendición en dirección a Cranston y se marchó.

—¿Se aloja aquí? ¿Por qué? —Cranston se secó el sudor con el borde de la toga.

Athelstan le contó brevemente todo lo que había ocurrido desde que se despidieron el día anterior. Cranston mantuvo la calma; luego relató a su vez todo lo que había descubierto. Durante un rato ambos permanecieron sentados en silencio.

—Ah, por cierto —Cranston arrastró los pies—, en mi breve pero gélida travesía por el Támesis me encontré con maese Flaxwith. El Judas al parecer ha desaparecido. Sólo me gustaría saber quién le contrató.

—Nos hacemos las mismas preguntas —dijo Athelstan— y recibimos las mismas respuestas. El misterio cada vez es más insondable. Tengo un barril del mejor Burdeos escondido en mi despensa. No puedo llevaros allí a causa de Malaquíás. Así que, como el Melquisedec de la antigüedad, quedaos aquí sentado, os traeré pan y vino y, en presencia de Dios, nos sentaremos como maestro y alumno y discutiremos lo que hemos descubierto.

Cranston accedió de buena gana. Athelstan trajo una pequeña jarra de clarete, dos copas de peltre y un plato de pan con mantequilla y miel. Mientras Cranston comía, Athelstan preparó su bandeja de escritura y se puso cómodo en el taburete de Mugwort.

—Bueno, vamos a hacer una lista de los misterios.

Item Sir Edward Mortimer y sir Richard Culpepper desaparecen con el tesoro lombardo del Muelle de las Ostras hace veinte años. Y desde entonces no vuelve a saberse nada de Ginebra la Dorada.

Item Los dos barqueros también desaparecen, pero se cree que sólo tenían que entregar la barcaza a Culpepper y más tarde reunirse con ellos en el Muelle de las Ostras; sin embargo, también ellos desaparecieron y la barca se halló flotando río abajo cerca de Westminster.

Item A pesar de la escrupulosa búsqueda, por parte de Su Ilustrísima Juan de Gante así como de fray Malaquíás, jamás se ha hallado rastro alguno del tesoro lombardo ni de las personas desaparecidas.

Item No cabe duda de que Culpepper y Mortimer recibieron dinero por la tarea secreta que les había sido asignada. Creía que sólo era para pagar a los barqueros y la barcaza, pero se trataba de

una suma considerable. Mortimer podía ofrecer regalos a su hermana y comprarle una casita en Poor Jewry.

Item El tesoro lombardo había sido confiado a Su Ilustrísima Juan de Gante, quien contrató a estos dos caballeros para que no se pudiera seguir la pista de los movimientos de este tesoro. Nadie, aparte de Gante y los dos caballeros, sabía cuándo, dónde y cómo iba a ser transportado.

Item Aunque Mortimer y Culpepper desaparecieron, Helena Mortimer recibe cada trimestre cinco libras esterlinas en una bolsita que exhibe el blasón de los Mortimer. Ésta es entregada al orfebre Lundy, quien no tiene conocimiento de quién o por qué se hace esta entrega. También esto es lógico. No es ningún crimen dar a una solitaria solterona medios para disfrutar de una vida confortable. También sabemos que Ginebra la Dorada alardeaba de alguna riqueza inesperada que transformaría su vida, pero tampoco de ella se sabe nada.

Athelstan hizo una pausa y tomó un sorbo de vino.

—Bueno, sir John, ahora avanzamos veinte años.

Siguió escribiendo.

Item ¿Quién asesinó a aquellas dos desgraciadas mujeres en el granero? Probablemente la misma persona que las había contratado. ¿Fue Chandler, o aquel gordo caballero que ahora está muerto simplemente tropezó con los cadáveres? No hay ninguna prueba de que nadie más se acercara al granero en aquella ocasión.

Item ¿Quién contrató al Judas? ¿Quién es el Judas?

Athelstan levantó la mirada.

—Ni siquiera conocemos su nombre. Le encargaron la tarea de perseguir al Misericordia. ¿Por qué? —Siguió escribiendo mientras hablaba—. ¿Porque el Misericordia era un bribón que había engañado a sir Stephen y compuesto un poema sobre él? —Hizo gestos de negación con la cabeza—. No, seguro que no.

Item El Misericordia frecuentaba la taberna La Noche en Jerusalén. Hace veinte años, cuando se produjo el gran robo, afirmaba que todos los demás implicados, aparte de Malaquías, se

quedaron de jarana en aquella taberna toda la noche. También esto es lógico. Los compañeros de Culpepper, por no mencionar a maese Rolles y a la madre Veritable, ni siquiera sabían que el tesoro lombardo estaba siendo transportado por el Támesis. No hay ninguna prueba de que los caballeros, Rolles o esa reina de las brujas jamás se hiciera con una riqueza inesperada.

Item Existía alguna relación entre el Misericordia y las dos hermanas, Beatrice y Clarice. También ellas empezaron a hacer insinuaciones de una riqueza inesperada, de transformar sus vidas, de saber lo que le había ocurrido a su madre. La única pista que dieron fue una velada alusión a algo que Edith, la hermana del Misericordia, llevaba sobre su persona. No he podido descubrir de qué se trata.

Item La madre Veritable tiene una buena razón, por lo tanto, igual que sir Stephen Chandler, de odiar al Misericordia, quien puede que planeara llevarse a dos de sus chicas favoritas. Los tres se habían burlado de un cliente muy valioso. Sin embargo, no existe ninguna prueba de que la madre Veritable, ni nadie más, fuera a Cheapside a entregar el pastel envenenado para silenciar al Misericordia. Por supuesto, el Judas había desaparecido, salvo su caballo y arreos. Puede que matara al Misericordia y regresara para atacar a Malaquías en la iglesia. Pero ¿por qué?

Item ¿Qué quería decir el Misericordia al gritar «Ofre, Ofre» antes de morir? ¿Y qué eran aquellas extrañas marcas hechas en la pared de la prisión? ¿La cita *Quem quaeritis*, por no mencionar los números 1, 1, 2, 3, 5?

Athelstan dejó de escribir y examinó con atención sus conclusiones. Cranston, que había escuchado mientras se terminaba el pan y el vino, se acercó y se sentó junto a él. Examinó las abreviaciones que Athelstan había hecho al reseñar todos los puntos.

—Al final —murmuró Cranston—, volvemos al gran robo.

—Hay dos personas —dijo Athelstan— a las que no hemos interrogado. Y deberíamos hacerlo, tarde o temprano. Su Ilustrísima Juan de Gante y *signor* Teodoro Tonnelli.

Athelstan miró fijamente el magnífico gallo rojo que Huddle el pintor había empezado a pintar en uno de los pilares. Se suponía que representaba

el gallo que cantó tres veces, cuando Pedro negó conocer a Cristo durante la Pasión de Nuestro Señor. En el otro pilar, un elegante pelícano se hiere en el pecho para alimentar a sus polluelos, un símbolo de Cristo dando Su Cuerpo y Sangre al mundo. El fraile se dio cuenta entonces, allí sentado, de que había subestimado la habilidad de Huddle para dar vida a estos dos símbolos, y sintió una punzada de pesar por no haber felicitado más efusivamente a aquel pintor de ojos soñadores.

—¿Padre?

—Sí, sí —respondió Athelstan—, deberíamos hacerlo ahora. Pero Tonnelli no nos verá sin permiso de Juan de Gante, actuará como un banquero cauto.

—Le enviaré la carta yo mismo —se ofreció Cranston—. Su Ilustrísima el regente está en su palacio de Saboya.

Athelstan se apresuró a ir a su casa a buscar una hoja de vitela de la mejor calidad, un enarenador y una tira de lacre. Sir John le dictó la carta. Athelstan derritió la cera y utilizó el enarenador para espolvorear el finísimo polvo con el fin de que la tinta no se corriera. Sir John selló la carta y la volvió a sellar cuando Athelstan la dobló.

—Benedicta está en casa —declaró Athelstan—. Creo que Malaquías la está estorbando. Ella la llevará.

Salió apresurado y cuando regresó encontró a Cranston dando golpecitos en el suelo pavimentado con la bota.

—Están los otros misterios —declaró con aire triste el forense—. Por el amor de Dios, Athelstan, ¿cómo envenenaron a Chandler? ¿Y aquel salterio, qué grandes maldades había cometido para no parar de pedir perdón?

—Era soldado, y sólo Dios sabe qué horrores cometió en ultramar, mientras que su lujuria debía de ser una úlcera en su alma. Pero ¿su asesinato? No puedo decirlo, sir John, ni tampoco el de Broomhill. Oh, le tentaron a bajar a aquella bodega, pero quién, cómo y por qué sigue siendo un misterio.

Athelstan se sentó en su taburete, con la cabeza en las manos. Cranston le miró por el rabillo del ojo. Esta clase de misterios a menudo le dejaban perplejo, pero le preocupaba más el que Athelstan, aquel frailecillo de rostro moreno, estuviera desconcertado. El tiempo pasaba como la arena en un reloj. ¿Por cuánto tiempo podría retener a aquellos caballeros? Tarde o temprano se impondrían y buscarían el apoyo del Canciller o de un juez de

la Magistratura de Westminster y tendría que dejarles marchar. Athelstan levantó la cara y sonrió.

—Ahora sé —suspiró— lo que los antiguos querían decir con psicomancia.

—¿Cómo decís?

—Es un término griego, sir John, que significa guerra en la mente o en el alma, el conflicto de ideas diferentes. Las contradicciones impiden el progreso —se dio unos golpecitos en la cabeza— en toda esta confusión.

—¿Y bien?

—Bueno, citaré al gran Arquímedes y su famosa frase: *Pou-sto*, que significa «Actúo desde donde estoy». Arquímedes quería decir que si uno está en el lugar correcto con los instrumentos adecuados, ningún problema es imposible. —Señaló la umbría iglesia—. Aquí es donde nosotros empezamos, sir John, éste es nuestro lugar.

—¿Y los instrumentos adecuados?

—Bueno, recuerdo mis estudios de aquel brillante dominico Tomás de Aquino y su *quinque viae*.

—Oh, no —se quejó Cranston.

—No, sir John. Aquino tenía que estudiar un problema más complejo que el que nosotros afrontamos: la existencia de Dios. Creó lo que él denominó *quinque viae*, las cinco vías. Para resumir, sir John, todo ha de tener una causa. Así que vamos a ver la causa de todo esto y el lugar donde todo empezó. ¿De acuerdo, mi señor forense?

—De acuerdo, el robo del tesoro lombardo, hace veinte años en el Muelle de las Ostras.

—Bien, empecemos por ahí. Nos han dicho que trajeron el tesoro al muelle.

—Sí —gruñó sir John.

—¿Por qué? —preguntó Athelstan.

—Bueno, porque estaba lejos de la ciudad pero cerca de la flota de los cruzados.

—¿Cómo sabemos eso?

—Bien —Cranston extendió las manos—, es la historia aceptada.

—Sí, eso es lo que me intriga. En realidad, la vieja Margot fue menos explícita. ¿Enviaríais vos un tesoro a un muelle de Southwark? ¿Qué garantía habría de que el muelle fuera un lugar seguro, que no hubiera algún bandido o salteador de caminos acechando allí? El buen Dios sabe que en

Southwark hay un puñado suficiente de ellos, y siempre los ha habido. Y si vais a robarlo, ¿lanzaríais un ataque a cuatro hombres fuertes y esperaríais que no hubiera ningún testigo? ¿Ningún mendigo merodeando en las sombras, ningún salteador de caminos escondiéndose de la ley, ninguna pareja de amantes abrazándose? Si hubierais planeado semejante robo correríais un riesgo muy grande. Al fin y al cabo, no sabíais que Juan de Gante no iba a enviar una compañía de arqueros con el tesoro.

—Pero eso demuestra que Culpepper y Mortimer son culpables —replicó sir John—. Ahora sabemos que estaban solos.

—No, no lo sabemos. Los barqueros debieron de ser cómplices porque también desaparecieron. Sé lo que estáis pensando, sir John, pero vuestra hipótesis es débil. Me resulta difícil aceptar que Culpepper y Mortimer recibieran el cofre del tesoro, cargaran la barcaza, persuadieran a dos honrados barqueros de que se fueran por el río con ellos, viajaran hasta algún lugar solitario, abrieran el cofre y desaparecieran en la noche para siempre. No creo, sir John, que Culpepper y Mortimer robaran el tesoro, lo que significa que lo hicieron otros, lo cual a su vez nos devuelve al problema de cómo los agresores se sentían tan seguros para robar un valioso tesoro en uno de los conocidos muelles de Southwark. Recordad, sir John, que el Muelle de las Ostras se menciona en todos los relatos, pero según la vieja Margot, éste era tan sólo el lugar donde su marido tenía que recuperar su barcaza. ¿La llevó allí o a algún otro sitio?

Sir John tenía el labio inferior echado hacia fuera, señal de que estaba considerando muy en serio la teoría de Athelstan. Sostuvo la mirada del fraile y parpadeó.

—Tenéis razón, monje.

—Fraile, sir John.

—Da igual, seguís teniendo razón. Me pregunto qué pensaría Moleskin sobre vuestra teoría.

—*Res ipsa loquitur*: Los hechos hablan por sí mismos. Ahora busquemos la prueba. Sé que Moleskin no está lejos, está conspirando con Merrylegs.

Athelstan salió apresurado por la puerta principal y bajó la escalera. Cranston le oyó llamar a Crim, que hacía de peón albañil en el cementerio. Cuando el fraile regresó, Cranston se alegró al ver su mal disimulada excitación: paseaba arriba y abajo, toqueteando los nudos de los votos del cordón que le rodeaba la cintura.

—No puede ser el Muelle de las Ostras —no paraba de exclamar—, no puede ser, no con una parroquia como ésta cerca.

Distraído así, Athelstan hizo caso omiso de las preguntas de Cranston sobre Moleskin y salió a llenar la pila con agua bendita. Después volvió y se sentó enfrente de sir John.

—Benedicta ha accedido a entregar la carta —declaró—. Debemos interrogar al regente le guste o no.

—¿Estará él detrás de este misterio? Oh, *Jesu miserere*, espero que no. —Cranston bajó la voz—. Es una verdadera salamandra. Todo lo que toca queda manchado.

—Salamandra o no —replicó Athelstan—, tiene algo que ver en este asunto.

Estaba el fraile a punto de irse a arreglar las velas del altar mayor cuando Moleskin, vestido con la chaqueta de su gremio, confeccionada con una piel de caballo sin curtir y teñida de vivo color verde, entró corriendo por la puerta.

—Oh, padre —dijo con voz entrecortada—, estaba con Merrylegs. Es un cocinero maravilloso y ha preparado unas pastas para vender a mi esposa...

—No importa —dijo Athelstan con inusual aspereza—. Moleskin, ¿has oído los rumores sobre el gran robo? Te lo pregunto en confianza, ¿traerías tú un tesoro, incluso en plena noche, al Muelle de las Ostras de Southwark?

—No, padre, no lo haría, y a menudo he pensado que...

—Hace veinte años —prosiguió Athelstan—, ¿quién se encontraría en el Muelle de las Ostras en plena noche?

—Bueno, padre, los de costumbre: ramera, algunos pescadores, mendigos buscando desperdicios o un lugar para dormir. ¡Ah! —Moleskin se llevó los dedos a los labios— ¿Esto fue hace veinte años?

—Sí.

—¿El año de nuestro Señor 1360, el trigésimo tercer año del reinado del viejo rey?

—Sí —ladró Cranston.

—¡Ah! —Moleskin alegremente hizo caso omiso de la ira del forense—. Eso sucedió entonces tres años después de la guerra del Gran Hedor.

—¿El qué? —preguntó Athelstan.

—El Gran Hedor —explicó Cranston— se produjo en el año 1357, tras un verano muy seco y caluroso. No llovió, y los riachuelos y canales del Támesis se contaminaron y se llenaron de basura. El olor llegó tan al norte

como el gran bosque de Epping. —Agitó un dedo delante de Moleskin—. Sé lo que vas a decir.

—Es cierto, sir John, el Hedor duró años, al menos dos, creo. Muchas ancianas piadosas creían que se iba a producir el Segundo Advenimiento y que estaba a punto de abrirse el Séptimo Sello del Libro del Juicio de Dios, así que formaron las Vespertinas. Cada noche, después de vísperas, estas piadosas criaturas formaban una procesión con antorchas, mientras sus maridos portaban estatuas de los santos de la peste; ya sabéis, Sebastián y el resto. Caminaban a lo largo de los muelles de Southwark, rogando que Dios enviara lluvia y un viento que lo limpiara todo. Yo entonces era joven, pero estoy seguro de que las Vespertinas aún estaban en activo en la época del gran robo. Aún recuerdo sus cánticos y plegarias pidiendo a Dios que repeliera a los demonios y los aires y vapores apestosos que habían traído del infierno.

—Gracias, gracias.

Athelstan despidió a Moleskin y lentamente empezó a recoger sus útiles de escritura.

—O sea que, después de todo, no fue el Muelle de las Ostras, sir John. Quiero visitar la sala de la Cancillería en la Torre. Quiero ver qué decían los documentos publicados en la época. Le diré a Malaquías adonde vamos...

* * *

Se hacía llamar Rosamund Clifford. Por supuesto, cuando la detuvieron junto a la pila bautismal de la iglesia de St. Mary-le-Bow les había dado otro nombre, Mathilda, pero éste no era un nombre empleado por los trovadores o juglares. Rosamund Clifford sonaba romántico; había oído la leyenda de que una vez un rey inglés había tenido una amante con ese nombre que más tarde fue envenenada en el centro de un laberinto. Bueno, ése no sería su destino, pensó mientras salía de la casa de la madre Veritable y torcía por un callejón estrecho como un alfiler. Rosamund: la madre Veritable dijo que procedía de *rosa mundi*, rosa del mundo. Resultaba adulator, aunque sus rivales, que también sabían un poco de latín, la llamaban «Rosa Munda», la rosa ulcerada. ¡Haría caso omiso de estas burlas! Después de las muertes de Beatrice y Clarice, así como de la

misteriosa desaparición de Donata, ahora ella era la principal dama del establecimiento de la madre Veritable.

Rosamund encorvó sus bonitos hombros con alegría; había recibido un mensaje de lo que la madre Veritable llamaba el Castillo del Amor de La Noche en Jerusalén. Sir Thomas Davenport necesitaba sus servicios. Rosamund se sintió complacida con la noticia, y se había engalanado con todo su esplendor. Llevaba el cabello de color rojo vivo recogido en una red bordada, o retícula, mientras que su vestido de escote bajo, prestado por la madre Veritable, era de una costosa tela azul de Provenza. Debajo, enaguas blancas con bordes de encaje y medias de color azul oscuro con estrellas plateadas, en los pies zuecos españoles, y zapatos de tacón alto y suela gruesa sobre suaves zapatillas de lana. Rosamund había visitado a sir Thomas anteriormente; a él siempre le gustaba verla vestida así. Acarició con los dedos el broche de plata en forma de pera que llevaba prendido en la capa, símbolo evidente de deseo sexual. Recorrió las callejuelas con paso ligero, ajena a las miradas lascivas y a los susurros; iba bien protegida por dos de los matones de maese Rolles, armados con porras, a poca distancia detrás de ella. Rosamund tenía hambre y la boca se le hizo agua cuando entró en La Noche en Jerusalén. Quizá maese Rolles le daría un plato de colza y lentejas aplastadas con el mortero junto con migas de pan, especias e hierbas, o quizás un plato de *pain pour dieu*, círculos de pan bañados en yemas de huevo, dorados al fuego y espolvoreados con canela y azúcar. Pronto quedó decepcionada.

—Está arriba —Rolles interrumpió sus pensamientos. El tabernero se hallaba en la entrada del bar. Sin duda no tenía buen aspecto, pensó Rosamund. La mujer subió la escalera; ¡ni siquiera le había ofrecido una copa de vino! Le habían informado de que sir Thomas la esperaba en la Cámara Galahad y tuvo que entrar en la galería contigua antes de deletrear las palabras que estaban pintadas en oro sobre la gran puerta de roble.

—Sir Thomas.

No obtuvo respuesta. «Probablemente está borracho y lloroso», pensó, pues le gustaba el vino.

—¡Sir Thomas!

Llamó con fuerza y pegó la oreja a la puerta. Probó el cerrojo, pero la puerta no se movió. Cogió una jarra que había en el suelo, junto a la habitación, y la utilizó para hacer más ruido al llamar.

—¿Qué ocurre? —Sir Maurice Clinton, su enjuto rostro malhumorado, salió de la puerta de al lado, envolviéndose en una capa con bordes de piel —. ¿Qué ocurre, muchacha, no puedes despertar a sir Thomas?

—No, señor, no puedo.

Rosamund jamás olvidaría lo que ocurrió a continuación. Maese Rolles, alertado también por el ruido, subió la escalera como una tromba. Se unieron a ellos sir Reginald Branson así como criados y doncellas. Sir Thomas Davenport seguía sin responder, y la agitación de todos aumentó cuando recordaron los brutales asesinatos de Chandler y Broomhill. Al fin forzaron la puerta, rompieron los goznes y las cerraduras y cerrojos se liberaron. La puerta cayó con estruendo, revelando una imagen espantosa. Sir Thomas yacía en el suelo con un candelero puntiagudo clavado en el corazón. A su alrededor, el suelo relucía a causa de la sangre, que aún brotaba y se iba extendiendo por las alfombras turcas. Nadie dijo a Rosamund que se quedara atrás y ésta, fascinada por el horror, entró en la habitación con el resto.

—Le han asesinado —susurró el jefe de mozos de cuadra.

Rosamund contempló aquella espantosa visión. Sir Thomas yacía acurrucado ligeramente hacia un lado, como si se hubiera caído de la silla de respaldo blando que había junto a él; su cara estaba pálida, pero ¡qué expresión tenía! ¡Como si los ojos sin vista estuvieran a punto de parpadear y aquellos labios entreabiertos estuvieran a punto de hablar! Rosamund vio que sir Maurice recogía una piedra de solaz, semipreciosa, sus relucientes rubíes ovalados y pulidos, y la dejaba sobre la mesa. Luego, se agachó junto al cadáver y le dio la vuelta con suavidad.

—Será mejor que le dejemos —susurró Rolles—. Hay que llamar a ese gordo forense y su entrometido fraile. No, no lo hagáis —exclamó cuando sir Maurice iba a arrancarle el candelero de la carne.

—Sí, dejadlo —instó sir Reginald—. Deberíamos irnos de la habitación, dejarlo todo hasta que llegue Cranston.

Capítulo XI

Athelstan y Cranston estaban sentados soplándose los dedos en la gélida sala de la Cancillería en la Torre. A Athelstan comenzaba a dolerle la garganta y notaba la espalda sudada y fría. Se preguntó si no estaría a punto de sufrir uno de esos ataques de reuma. Se prometió en silencio un vaso de aguamiel antes de retirarse aquel día y procuró olvidar las molestias. Recorrió con la mirada la estancia circular situada en lo alto de una de las torres, a poca distancia del Torreón Normando. Las ventanas ojivales estaban cubiertas con tablas, en la cavernosa chimenea ardía un fuego, los braseros chisporroteaban y relucían, y sin embargo la temperatura de la cámara seguía siendo glacial. Colebrook, el fornido lugarteniente, con quien Cranston y Athelstan habían tenido trato en ocasiones anteriores, les había saludado en la Puerta del León y les había conducido de inmediato a la sala de la Cancillería. Hubert, el secretario en jefe, de mala gana había dejado su amada tarea de archivar y registrar memorandos, mandatos, cartas y proclamas. Se trataba de un hombre que guardaba una curiosa semejanza con un ave, tanto por su aspecto como en sus movimientos, y había señalado los diversos grandes cofres y arcas que estaban pulcramente ordenados por año de reinado junto a las paredes de la habitación. Al principio dio a Cranston una conferencia sobre el almacenaje, la conservación y el archivo del pergamino, y, haciendo caso omiso de sus interrupciones, insistió en mostrarles cómo se anotaban en un registro y se almacenaban los documentos. Después les hizo con orgullo una demostración del nuevo invento que había descubierto en Hainault, lo que él denominó un «Rotulus», una pequeña rueda con un mango en un lado. El rollo de vitela se unía al borde con un cierre y la rueda giraba de modo que un investigador podía examinar las diferentes membranas enrolladas.

—Si una carta está sellada con el Gran Sello o el Sello del Monarca —anunció Hubert con pomposidad— se copia y se trae aquí. Oh, ya os he oído, sir John, recuerdo el año del Gran Hedor, y ¿quién puede olvidar el robo del tesoro lombardo? —Frunció el rostro formando una expresión de dura condena—. En aquella época yo estaba en la Cancillería; se emitieron proclamas, al norte, sur, este y oeste. Venid, os las mostraré.

Rebuscó en los cofres y sacó un pequeño rollo de pergamino, con su contenido resumido en latín al dorso. Lo insertó en el Rotulus y Athelstan inició su búsqueda.

—Muy curioso —observó Athelstan, haciendo girar el mango de madera—. No cabe duda de que Su Ilustrísima, el regente —hizo una seña afirmativa a Hubert—, aunque entonces aún no lo era, no cabe duda de que estaba fuera de sí.

—Oh, es muy cierto —entonó el secretario—. Padre, yo le vi al día siguiente del robo. Estaba furioso como una pantera. Los ojos le brillaban de cólera, arremetió contra todo el mundo.

—¿Estáis seguro de eso? —preguntó Athelstan.

—Padre, soy un secretario experto. Inscibí las cartas del antiguo rey cuando yacía en cama, aquejado de multitud de dolencias. Aquel día Su Alteza estaba enojado. Si hubiera cogido a los que perpetraron el robo los habría colgado de la horca más alta.

Athelstan, con Cranston de pie a su lado, prosiguió su investigación.

—Muy notable. —Sir John señaló un documento—. Los barcos no estaban anclados en Southwark sino entre la flota del río y el Muelle de San Pablo.

—Y mirad —Athelstan señaló una línea—, no hay ninguna referencia, por lo menos al principio, al Muelle de las Ostras. Simplemente a un gran robo en el río. —Hizo girar el mango de nuevo para que el documento avanzara hacia delante—. Sólo un mes después del delito se menciona el Muelle de las Ostras. Recordad lo que os dije, sir John, sobre Arquímedes. Tenemos que ir al lugar adecuado, y ahora lo tenemos.

Se interrumpió mientras Cranston tomaba un largo trago del odre de vino milagroso, se lo ofreció a Athelstan, quien, como siempre, rehusó la invitación con la cabeza, y luego a Hubert, quien, a pesar de su talla, sorprendió a Cranston con el generoso trago que tomó.

—Lo que significa, sir John —prosiguió Athelstan—, y tendremos que formularle esta pregunta a Su Alteza, es por qué se mencionaba el Muelle de las Ostras, cuando todo indica que el robo tuvo lugar en la orilla sur del río, pero mucho más abajo. Imaginad, sir John, si podéis, la orilla de Southwark. Pasáis por delante de la taberna El Obispo de Winchester, las cocinas, los lavaderos, ¿y después qué?

Cranston cerró los ojos.

—Orillas llenas de barro —respondió—, campos pantanosos y después barro y esquisto. Lugares solitarios. —Abrió los ojos—. El lugar ideal.

—Exactamente, sir John, creo que allí es donde tuvo lugar el robo.

Hubert el secretario escuchaba con atención.

—Ah, entiendo lo que queréis decir —masculló—. Por Santa María y todos los ángeles, qué interesante.

—Pronto será puesto en conocimiento del público. —Athelstan se apartó—. Bien, sir John, en esa fértil mente vuestra, imaginad la barcaza con el tesoro saliendo de la Torre. Cruza directamente el río, sigue la orilla por el lado de Southwark, pasa por delante del Muelle de las Ostras, hacia este lugar solitario. Culpepper y Mortimer están esperando con su propia barcaza. Utilizan linternas o antorchas para guiar al grupo desde la Torre hasta donde ellos están esperando. Se cambia el tesoro. A la vacilante luz de las antorchas, Culpepper firma con prisas el documento de entrega.

Athelstan volvió al Rotulus y encontró el documento de entrega.

—Sólo una palabra, *thesaurum*, que en latín significa «tesoro», indicaba la gran riqueza que recibió. El documento había sido redactado por algún escribano. El grupo que salió de la Torre probablemente se llevó útiles de escritura. Culpepper garabateó su nombre, «Ricardus Culpepper», con una cruz al lado, y debajo, «Edwardus Mortimer», quien dibujó un tosco león, el símbolo de su familia. —Athelstan contempló las firmas. Algo en ellas avivó su memoria, pero ni por lo más remoto hubiera podido saber qué era—. Bueno —prosiguió—, el tesoro se cambia de barca, la de la Torre se va. No estoy demasiado seguro de cuándo llegaron los barqueros, pero allí, en aquella oscura y solitaria orilla, el demonio atacó. Diga lo que diga la gente, yo creo verdaderamente que cuatro almas fueron enviadas a la noche eterna. El cofre del tesoro es robado, la barcaza es desvalijada y empujada hacia el río, donde la marea se la lleva hasta que encalla en unos juncos cerca de Westminster.

—¿Y los cadáveres de los cuatro hombres? —preguntó Cranston.

—No lo sé, sir John, de veras que no lo sé.

—Pero ¿por qué mencionar el Muelle de las Ostras?

Athelstan estaba a punto de responder cuando llamaron a la puerta. Entró Colebrook, agarrando por el pescuezo a un mozo de La Noche en Jerusalén. El muchacho se liberó y se lanzó hacia Athelstan, estando a punto de chocar con él.

—Padre —dijo con voz entrecortada—. Tenéis que venir. —Tragó saliva con dificultad—. Sir Domus...

—Sir Thomas —le corrigió Athelstan.

—Bueno, está muerto —declaró el muchacho—. Le han clavado un candelero en el pecho. Maese Rolles está furioso como un perro hambriento atado a una correa.

—¿Cuándo ha ocurrido? —preguntó Cranston.

—Esta mañana —respondió el muchacho, con los ojos fijos en la moneda que Athelstan tenía en la mano—. Un auténtico misterio —susurró—. Las ventanas tenían los postigos puestos, las puertas de la cámara estaban cerradas con llave y cerrojos. A maese Rolles tampoco le ha gustado eso. —Sus ojitos no abandonaban la moneda—. Una buena puerta de la Cámara Galahad rota, los cerrojos y los goznes destruidos. Sir Thomas yaciendo en un charco de sangre como un pato en un puesto del mercado... nadaba en sangre, en realidad...

—Gracias —le interrumpió Athelstan, metiéndole la moneda en la mano—. Ahora vete, Gabriel.

—No me llamo Gabriel.

—Hoy sí —sonrió Athelstan.

Dieron las gracias a Hubert y a Colebrook y, con el muchacho corriendo delante de ellos como un mono recién liberado de su cadena, salieron por la Puerta del León, tomaron Thames Street y entraron en Billingsgate. Se abrieron paso por el mercado del pescado, apartando a los aprendices de ojos vivos impacientes por venderles la pesca del día. El muchacho se movía como una liebre, esquivando los puestos, haciendo gestos obscenos a cualquiera que intentara detenerle. Cuando se aproximaban al puente de Londres, Cranston tuvo que gritarle que se detuviera mientras él y Athelstan se paraban para recuperar el aliento.

—Otro asesinato, padre —dijo el forense entre jadeos—, y parece tan misterioso como el último.

Y emprendieron la marcha de nuevo por la estrecha vía. Pasaron por delante de las tiendas y casas construidas a ambos lados del puente, de los huecos donde se encontraban los grandes estercoleros, llenos de apestosa basura, desconfiando de la improvisada alcantarilla que discurría por el centro de la vía. El hedor era repugnante. Athelstan detestaba aquel lugar. En las barandillas del puente sobresalían las largas picas de las que colgaban las cabezas cortadas de traidores y criminales. El muchacho aquí

tuvo que reducir la marcha, pues la multitud se apretaba para mirar y ver correr el agua, quedarse boquiabierta ante las cabezas cortadas, visitar las tiendas y puestos o rezar en la fría oscuridad de la capilla de Santo Tomás, construida en el medio del puente directamente sobre el torrente. Athelstan se santiguó cuando cruzó la puerta entreabierta. Esbozó una bendición en dirección a Bourdon, el diminuto Guardián del Puente, que estaba sentado en los escalones de la capilla, con un cubo de salmuera entre los pies en el que estaba lavando la cabeza cortada de un criminal. El fraile mantuvo la mirada baja. Estas imágenes le resultaban ofensivas, y la vertiginosa altura sobre el agua siempre le ponía un poco nervioso. Se alegró de dejar el puente y apresurarse por las callejuelas hasta llegar al patio de La Noche en Jerusalén.

Rolles se reunió con ellos en la puerta y, como un profeta llamado a juicio, les acompañó con aire triste a la Cámara Galahad por la escalera de roble.

—Les he dicho a todos que no tocan nada.

—¿Habéis enviado a buscar al padre Malaquíás? —preguntó Athelstan, mirando fijamente el cuerpo bañado en sangre.

—Ha estado aquí mucho más temprano esta mañana —respondió Rolles—. Después se ha ido con sus pertenencias. ¡Que se vaya con viento fresco!

—¿Ha subido aquí? ¿Ha visitado a sir Thomas? —preguntó Cranston.

—No, su cámara está en el otro lado. De todos modos, a aquella hora sir Thomas no se encontraba en su cámara, sino sentado en el jardín. Ha entrado, ha tomado una copa de malvasía y ha regresado a su cámara. Había contratado los servicios de una de las chicas de la madre Veritable, una prostituta llamada Rosamund. La he dejado en el cenador del jardín.

Athelstan se giró y miró la puerta. El dintel estaba estropeado; los goznes de cuero, cerrojos y cerraduras habían arrancado grandes trozos de madera al ser forzados.

—¿La puerta estaba bien cerrada?

—Vedlo vos mismo, padre.

Cranston se acercó a la ventana. Aún tenía los postigos cerrados y la tranca puesta. El ambiente estaba muy caldeado, y por debajo de la leve fragancia de perfume olió algo más, un olor a sangre, a algo malsano. Abrió los postigos y miró fijamente la ventana, con su pequeño pestillo, que parecía que no había sido abierta durante días, y demasiado pequeña para que un hombre entrara por ella. Volvió junto al cuerpo, que yacía

ligeramente de costado, con la boca y los ojos abiertos, la piel de un color blanco apergaminado. Por cómo la rigidez comenzaba ya a adueñarse de brazos y manos, calculó que sir Thomas debía de yacer muerto desde hacía al menos dos horas.

Athelstan cogió servilletas del *lavarium* y las utilizó para arrodillarse junto al cadáver. Retiró la pequeña cruz de madera que llevaba al cuello y realizó los ritos de los muertos, bendiciendo la frente, los ojos, la nariz y boca ensangrentada del hombre, haciendo la señal de la cruz con el pulgar mientras recitaba rápidamente las palabras de absolución e invitaba a los poderes del cielo a venir para reunirse con aquella alma y protegerla así de las manos del enemigo. Athelstan se preguntó en secreto si era demasiado tarde. Quizás el alma ya había abandonado el cuerpo y su destino se hallaba a merced de Dios. Una vez hubo finalizado, dio la vuelta al cadáver y, con ambas manos, arrancó el candelero, un arma de feo aspecto con una base ancha y la punta tan afilada y mortal como cualquier cuchillo. Al salir produjo un pequeño chasquido y manó más sangre de la herida. Athelstan entregó el candelero a Cranston y examinó con atención el cadáver. La carne estaba fría y pegajosa, los músculos duros. Se fijó en que la mayor parte de la sangre manchaba el estómago y la falda de la toga. No descubrió ninguna otra magulladura o marca, y cuando olió la copa de vino que estaba sobre la mesa, así como el plato de dulces que había al lado, no percibió ningún mal olor. Cogió una piedra de solaz y notó que encajaba perfectamente en la palma de su mano.

—Sir Thomas la utilizaba a menudo. —Clinton estaba parado en el umbral de la puerta, y Branson detrás de él—. A menudo utilizaba esa piedra, flexionando los dedos, para consolarse.

—¿Necesitaba consuelo? —preguntó Athelstan.

Sir Maurice se encogió de hombros.

—Y vos, señor —Cranston señaló a sir Reginald Branson—, ¿sabéis algo de la muerte de este hombre?

—Sólo lo que veis —replicó Branson con aspereza—, y lo único que puedo añadir, señor forense, es que están asesinando a hombres buenos, caballeros de la Corona, pero nadie es llevado ante la justicia. Este hombre ha sido asesinado. —Branson entró en la habitación—. Mirad, sir John, el cadáver, registrad esta cámara. A sir Thomas le gustaba la vida y todas sus comodidades. Se trajo una copa de vino, un plato de dulces. Había invitado

a una joven dama para compartir su compañía, ¡que fue cortada en seco! Alguien ha entrado en esta cámara y le ha apuñalado en el corazón.

Athelstan, que seguía arrodillado, cogió la mano derecha de Davenport, ligeramente salpicada de sangre, la piel limpia y suave, las uñas bien cortadas. Suspiró y se puso en pie, y, sin hacer caso de las protestas de Clinton, se puso a registrar la cámara con ayuda de Cranston. No encontró nada fuera de lo esperable: tesoros personales, un libro de plegarias, ropa, documentos, bolsas con plata. Todo estaba ordenado. Las cortinas de la cama ya habían sido recogidas, como si sir Thomas se hubiera preparado para su visita. Athelstan no encontró nada importante, ninguna señal de lucha.

—¿La habitación estaba así? —preguntó.

Sir Maurice asintió.

—Pero ¿cómo se puede apuñalar a un hombre en el corazón —continuó el sacerdote— si la puerta está cerrada con llave y con el cerrojo puesto, los postigos atrancados y no hay ninguna otra entrada? No hay ninguna, ¿verdad, maese Rolles?

El tabernero hizo gestos de negación.

—Sin embargo, alguien ha entrado —insistió Athelstan—, un amigo al que se le permitió acercarse mucho, coger ese candelero y clavárselo a sir Thomas en el pecho. ¿Había bebido mucho vino hoy?

—Bastante —respondió sir Maurice—. Se ha pasado gran parte de la mañana sentado en el jardín, disfrutando del sol, observando las carpas del estanque.

—Luego ha entrado —Rolles prosiguió la historia—. Estaba de un humor excelente. Ha encargado que le subieran a la habitación una copa y un plato de dulces y a mí me ha pedido que enviara a Rosamund.

—¿Así que no ha utilizado el Castillo del Amor? El bolsillo del tapiz.

—Oh, sí, padre, pero yo me había olvidado de comprobarlo. Con todos estos problemas, y tan temprano... Cuando he mirado he visto el pequeño rollo de pergamino. Sir Thomas estaba muy impaciente. Le he preguntado si quería que Rosamund viniera después de oscurecer. Me ha dicho que no. Cuando ha llegado la moza ha sido cuando le hemos encontrado, muerto.

Athelstan pidió a Cranston que despejaran la habitación. El forense pidió educadamente a Rolles y a los dos caballeros que esperaran abajo. Athelstan se acercó al alto sillón de madera. Se sentó, con los brazos

cruzados, mirando fijamente el cadáver y los charcos de sangre que había a su alrededor.

—Sir John —susurró—, en el nombre de Dios, ¿qué está ocurriendo? He ahí un hombre robusto, sano y fuerte, más interesado en su clarete y su prostituta que en otra cosa, pero le encuentran apuñalado en una cámara cerrada con llave.

—Había bebido mucho, padre. Quizá más de lo que pensamos, lo que le haría débil y vulnerable.

—¿Para quién? —Athelstan levantó la cabeza—. Sólo hay una explicación, sir John; la única explicación lógica es que el asesino se introdujo aquí con sigilo, asesinó a sir Thomas y se escondió hasta que rompieron la puerta, pero incluso entonces... —Se puso en pie—. Tengo que ver a esta Rosamund.

Bajaron la escalera. Athelstan dijo a sir Maurice que podía velar el cadáver de su camarada. Rolles le acompañó al jardín, donde Rosamund, envuelta en su capa, estaba sentada en un cenador, con una copa de vino en la mano y comiendo uvas, bastante ruidosamente, que cogía de un cuenco.

Athelstan se presentó a sí mismo y a Cranston, y se sentó al lado de la joven mujer. A pesar de su pelo rojo, boca sonriente y ojos alegres, a Athelstan Rosamund le recordó a Cecilia la cortesana. Durante un rato se limitó a permanecer sentado con la mirada fija en el otro extremo del jardín, admirando los pequeños parterres, los herbarios elevados, las parcelas con verduras, separadas del jardín de hierbas aromáticas por un pequeño paseo con un enrejado en el que ahora crecían rosales. A su derecha se podía entrever, tras una hilera de árboles cuyas ramas se entrecruzaban en un intrincado tamiz, el alto muro de ladrillos, hendido por una pequeña puerta de postigo. En el centro del jardín relucía un amplio estanque con carpas, bordado de piedra de colores.

—Siempre me han gustado los jardines —empezó diciendo—, en especial los de este estilo, diseñados para recibir los rayos del sol.

—La madre Veritable tiene jardín.

Rosamund sonrió a sir John, que estaba fuera del cenador, desnudándola con la mirada de arriba abajo. Ella cruzó las piernas, balanceando un pie hacia delante y hacia atrás, se puso a tironear un zarcillo de pelo y desvió la mirada, demasiado impaciente por coquetear con este poderoso forense real.

—El mozo de cuadra me ha traído aquí fuera. Estoy sentada en el mismo lugar donde sir Thomas se sentó antes de ir a su cámara. Oh, fray Athelstan,

qué cosa tan espantosa. Estoy contenta de estar aquí sentada. El jardín de maese rolles es famoso. Dicen que cuando compró la taberna lo diseñó él mismo.

—¿Habéis visto el cadáver de Davenport? —preguntó Cranston.

—Oh, sí, como un trozo de carne en el puesto de un carnicero, sangre por todas partes, y ese candelero, sobresaliéndole como un cuchillo del diablo.

—¿Y no había nadie en la habitación? —preguntó Athelstan—. Quiero decir, además del cadáver.

—Claro que no.

Rosamund siguió parloteando y, sin que la invitaran a hacerlo, sonriendo coquetamente a Cranston, recitó todo lo que había ocurrido aquel día, desde el momento en que la madre Veritable la había llamado hasta el hallazgo del cadáver de sir Thomas. Luego se terminó el cuenco de uvas, apuró la copa de vino y se puso en pie.

—Ahora debo irme —dijo con voz suave, sin dejar de mirar a Cranston—. He sido buena chica.

Cranston abrió su bolsa y le puso una moneda de plata en la mano. Alzándose de puntillas, Rosamund le dio un beso en cada mejilla y, contoneándose, se alejó por el caminito para regresar a la taberna. Cranston se sentó al lado de Athelstan.

—Bonito jardín —comentó—. Ojalá yo pudiera tenerlo, pero los perros se comerían las carpas y los cachorros se caerían al agua. ¿Qué opináis de todo esto, Athelstan? ¿Quién puede haber matado a sir Thomas?

—Todo es muy confuso, muy confuso —dijo Athelstan—. A veces, sir John, vislumbro la verdad. ¿Estos asesinatos siguen una línea lógica... ya he hablado de esto antes... o se trata de dos líneas? ¿Diferentes asesinos que actúan por su cuenta? Estoy seguro de que estos buenos caballeros, y maese Rolles y todos los de la taberna, pueden explicar sus movimientos. Fray Malaquías al parecer estaba de nuevo en San Erconwaldo. El Judas es el que me preocupa.

Se puso en pie, seguido por Cranston, y se acercó al estanque de carpas, donde observó los grandes peces dorados que nadaban perezosamente entre los juncos. Athelstan intentó ocultar el nerviosismo que le atenazaba el estómago. Hoy había visto algo, pequeños detalles que había descartado. Deseaba volver a San Erconwaldo, sentarse y reflexionar sobre lo que sabía. Absorto en sus pensamientos, volvió a entrar en la taberna. Rolles se

encontraba en el bar, supervisando a las mozas y cocineros. Athelstan pasó a la cocina sin que le hubieran invitado a hacerlo. A través de las nubes de vapor que salían de los hornos y dos grandes calderos que colgaban sobre el fuego, examinó las ventanas abiertas y la puerta lateral.

—¿Puedo ayudaros en algo? —Rolles, secándose en el mandil los dedos manchados de sangre, estaba parado en la puerta.

—Sí, señor. ¿Habéis visto al Judas?

—Ni por asomo, pero su caballo y arreos están en los establos.

—Me gustaría ver su cámara.

Rolles se encogió de hombros y encargó a un mozo que acompañara a Athelstan. Cranston decidió que se quedaría y probaría la cerveza de la taberna. El muchacho, armado con un manojo de llaves, le acompañó a la segunda galería y abrió la puerta de la cámara del Judas. El fraile la cerró y se apoyó en ella, mirando alrededor. No había gran cosa: una cama baja, algunos muebles auxiliares, un *lavarium*; el arca a los pies de la cama estaba vacía, así como un pequeño cofre que reposaba sobre la mesa. Athelstan observó las manchas frescas de tinta en la mesa y se preguntó que habría estado escribiendo el Judas. Estaba a punto de marcharse cuando cambió de opinión y se puso a registrar la habitación más a fondo, levantando taburetes, corriendo el banco, apartando la cama de la pared. Profirió una exclamación de placer al ver un pedacito de pergamino arrugado en el suelo. Lo alisó y se acercó al ventanuco para ver mejor. En un lado había una lista de suministros, pero en la otra el Judas había escrito, una y otra vez: «1, 2, 3, 4, 5, 1, 2, 3, 4, 5, 1, 2, 3, 4, 5, 1, 2, 3, 4, 5, 4 no 5, 4 no 5...». Había subrayado estas columnas. ¿Qué demonios significaba aquello?, ¿4 no 5?

Athelstan oyó voces en el patio y, poniéndose de puntillas, miró por la ventana. Henry Flaxwith, con sus dos perros del diablo a su lado, discutía con un mozo de cuadra. Athelstan dobló el papelito, se lo metió en el bolsillo y bajó. Cranston estaba sentado en el bar y Flaxwith le susurraba algo al oído. El forense hizo señas al fraile de que se acercara.

—No quiero beber, sir John.

—Qué pena —Cranston sonrió—. Creo que vais a necesitarlo. —Dio unas palmadas en la robusta mano de Flaxwith—. Henry ha sido un buen sabueso. Ha estado en la orilla del río y ha visitado al pescador de hombres. —Bajó la voz y se inclinó hacia él—. Ha encontrado al Judas, desnudo tal como vino al mundo. —Cranston se dio unos golpes en el pecho—. Muerto.

Una herida horrible en el pecho. El pescador de hombres encontró su cuerpo atrapado entre los juncos bajo el puente de Londres.

—¿Estáis seguro? —preguntó Athelstan—. Henry, ¿cómo lo habéis sabido?

—Acababa de salir de aquí. Le he pedido al pescador de hombres que me dejara ver sus cadáveres. Reconocería a ese hombre bajo cualquier circunstancia, ahogado en el río, la piel verdosa por el limo. Padre, era el Judas y está muerto...

* * *

Cranston y Athelstan se quedaron de pie en la entrada del Depósito de San Pedro, que se erguía apartado del muelle, cerca de La Reole. El aireapestaba a brea de las redes y cuerdas que se secaban al débil sol; era un lugar sombrío, en especial ahora, a primera hora de la tarde, cuando el astro rey empezaba a ponerse y llegaba la neblina desde el Támesis. Incluso en un día soleado no era un lugar frecuentado por muchos. La gente lo llamaba «la Casa del Hombre Ahogado», o «el Depósito de Cadáveres del Mar». El Depósito de San Pedro era un edificio de un solo piso de piedra gris, con un empinado tejado de tejas rojas, construido por los padres de la ciudad como casa de los muertos para los cadáveres que llegaban arrastrados desde el Támesis: una capilla primitiva donde los cuerpos de los ahogados podían permanecer para ser inspeccionados y recogidos por apenados parientes o, si no, enterrados a muy bajo coste para la Corporación en uno de los terrenos para pobres de los cementerios de la ciudad.

La puerta principal de esta macabra capilla daba al muelle, y a su alrededor se arracimaban las casitas de barro de los que servían allí bajo la atenta guía del pescador de hombres. Sobre el porche de madera descansaba un tímpano tallado toscamente en el que se veía a los muertos surgiendo de fuertes olas para ser saludados por los Ángeles de Dios o los demonios del Infierno. A los pies del bajorrelieve, estaban garabateadas las palabras: «y el mar devolverá a sus muertos». En el lado derecho de la puerta, cerca de la red colgada de un gancho con la que el equipo del pescador de hombres solía traer los cuerpos, estaban inscritas las palabras: «Las profundidades serán cosechadas». En el lado izquierdo de la puerta una llamativa nota proclamaba los precios por recuperar un cadáver: «Los locos y dementes, 6

peniques; suicidios, 10 peniques; accidentes, 8 peniques; los que huyen de la ley, 14 peniques; animales, 2 peniques; objetos por valor de 5 libras, 10 chelines; objetos de valor superior a 5 libras, un tercio de su valor de mercado».

—Me alegro de veros. Sir John, fray Athelstan.

El pescador de hombres parecía no envejecer nunca. Siempre tenía el mismo aspecto, con su rostro cadavérico, su cabeza calva protegida del frío por una capucha que parecía una mortaja hecha de cuero y forrada de costoso armiño. Athelstan nunca pudo descubrir los verdaderos antecedentes de este enigmático individuo. Abundaban historias de que en otro tiempo había sido soldado, pero otros afirmaban que era un estudioso que había contraído la lepra, se había curado y, por ello, había dedicado su vida a cosechar el río. Sin duda era culto y educado, con un conocimiento más que somero de las Escrituras, además de ser capaz de hablar en francés normando y en latín. Al lado del pescador de hombres se encontraba su nadador jefe, el joven conocido como *Ichthus el Pez*. Sin duda lo parecía, con su rostro afilado, ojos y boca protuberantes; era calvo como un huevo, incluso no tenía cejas, y llevaba su largo y huesudo cuerpo oculto bajo una sencilla pero costosa túnica de lana y sandalias de buen cuero en sus largos pies. Cerca, sentados en un banco, estaban el resto de lo que los londinenses llamaban «los Grotescos», envueltos en túnicas para esconder sus deformidades.

—¿Podemos entrar? —preguntó Athelstan. El pescador de hombres siempre exigía que se observaran la cortesía y la etiqueta.

—Bueno —su interlocutor sonrió, mostrando una dentadura perfecta—, padre, podéis decir lo que deseáis desde nuestra capilla. Sir John, no hay gratificación para vos. Sin embargo, ahora que estáis aquí, padre, ¿oiríais nuestras confesiones?

Athelstan le miró sorprendido, mientras que sir John dio un golpe en el suelo con el pie, irritado.

—Mientras esperáis, mi señor forense —añadió con tacto el pescador de hombres—, tal vez os agradaría saborear una generosa copa de burdeos de un nuevo barril, regalo personal de un vinatero...

El humor de Cranston se convirtió de inmediato en afabilidad. Se sentó en un banco fuera, con una copa profunda en la mano, mientras Athelstan, un poco divertido, accedía a la petición. Fue acompañado como un príncipe a la oficina del pescador de hombres, una cámara pequeña, amueblada con

opulencia, construida en la parte posterior de la barca. El fraile se sentó en una silla que parecía un trono mientras el pescador de hombres y sus compañeros entraban uno tras otro para confesar sus pecados y ser absueltos. La exasperación de Athelstan dio paso a la compasión cuando escuchó a estos hombres, marginados de la sociedad, con sus rostros desfigurados. Le conmovió su asombrosa humildad, pues se confesaban de pecados como emborracharse, frecuentar la casa de la madre Harrowtooth en el puente, proferir maldiciones y juramentos, no asistir a misa el domingo. Procuró tranquilizarlos a todos, preguntándoles qué habían hecho de bueno, antes de imponerles una pequeña penitencia de un padrenuestro y tres avemarías.

Al cabo de una hora terminó, y con Cranston a su lado, aún bebiendo burdeos, Athelstan dirigió la plegaria de los allí reunidos. De pie en aquel desvencijado muelle entonó el encantador himno a la Virgen María «Ave Maris Stella» —«Os saludamos, Estrella del Mar»— acompañado por Icthus a la flauta y tambor. Una vez hecho esto, el pescador de hombres e Icthus acompañaron a Cranston y Athelstan al Santuario de las Almas, una larga cámara con un altar improvisado en el otro extremo, bajo un austero crucifijo tallado en madera procedente de un barco real, según informó a Cranston el pescador de hombres, que se había hundido en el Támesis, ahogándose un grupo de cortesanos que estaban de juerga. Ante el altar, sobre unas planchas de madera, había una hilera de cadáveres colocados sobre unas tablas con caballetes, cada uno cubierto con un sudario, un bote de incienso encendido a su lado para alejar el espantoso hedor del río en el que todos aquellos cadáveres habían sido hallados en diferentes estados de putrefacción.

—Procuramos mantener las cosas en orden y limpias —informó el pescador de hombres a Athelstan—. La muerte puede apestar, pero la vida es olorosa.

El anfitrión les condujo junto a las filas de muertos, describiendo los diversos cadáveres.

—Ésta era una doncella que se suicidó cerca de Queenhithe. Ah, y éste —señaló un bulto del que colgaba una mano en forma de garra—, éste es Sigbert, que creía que era un cisne e intentó volar desde el puente. Pero éste —añadió con aire triunfal— es el que estáis buscando —Apartó el sudario y dejó al descubierto al Judas, desnudo salvo por un trapo en la entrepierna, aún empapado de agua del río y cubierto de limo verde. A pesar de la piel

verdosa y los cambios producidos por la muerte y el río, Athelstan reconoció de inmediato al cazador de hombres. Yacía con los ojos entrecerrados como si durmiera, con el labio inferior echado hacia delante, la pálida carne ligeramente hinchada.

—Esto lo hace el río —explicó Icthus con su voz aguda—. El cuerpo siempre se hincha.

Athelstan estaba más preocupado por la horrible herida roja y negra que tenía el hombre en la parte alta del pecho, y la flecha de ballesta emplumada que en ella tenía clavada.

—¿Queréis que le quite eso? —preguntó el pescador.

—No, no. —Athelstan levantó una mano.

Durante un rato sus compañeros permanecieron callados mientras él realizaba rápidamente los ritos para los muertos.

—Era un soldado —observó Cranston—. Se puede deducir fácilmente por las heridas que surcan su cuerpo; observad los cortes.

—Un hombre luchador —coincidió Icthus—. Los músculos de sus brazos y hombros son fuertes.

—Si era un hombre luchador —declaró Cranston—, ¿cómo es que le mataron así? Quienquiera que le clavó esta flecha debía de estar muy cerca. ¿Dónde lo encontrasteis?

—Debajo del puente de Londres —respondió Icthus—. Esta mañana estábamos fuera, buscando a Sigbert. Le he visto yo, flotando cerca de los soportes de madera. Allí se vierte mucha basura, los juncos crecen apretados. Estaba atrapado, flotando boca abajo; los juncos de debajo le mantenían en la superficie, igual que la basura.

—Si estaba allí, ¿desde dónde fue arrojado al río? —preguntó Athelstan poniéndose de pie.

—Yo diría que lo arrojaron directamente desde el puente —respondió el pescador de hombres—, pues lo encontramos allí mismo, casi debajo de la capilla de Santo Tomás.

—Pero —Athelstan señaló el cadáver— está completamente desnudo. Incluso por la noche hay actividad en el puente. ¿Cómo permite un luchador como él que un enemigo se le acerque tanto y le clave esa flecha mortal? Si le mataron en el puente y cayó al río, iría vestido, llevaría el cinturón de la espada. Me resulta difícil imaginar que alguien se encontrara con el Judas en el centro del puente de Londres, le matara con una ballesta, lanzara su

cuerpo al río y nadie lo viera. ¿Estáis seguro de que no le mataron en otra parte del río?

—Padre, vos sabéis de religión —replicó el pescador de hombres— y yo conozco el Támesis. No puedo daros todas las respuestas, pero este hombre fue arrojado por el puente de Londres y su cuerpo quedó atrapado entre los juncos.

Athelstan examinó el cadáver pero no pudo encontrar ninguna herida, ningún golpe en la cabeza ni herida de cuchillo en la espalda. Se santiguó y salió del lugar, tirando de la manga del pescador de hombres.

—Habladme ahora de otro asunto —le rogó—. ¿Cuántos años hace que trabajáis aquí?

—Sé por dónde vais. —El pescador de hombres se tapó los ojos para protegerse de los rayos directos del sol poniente—. Mi trabajo consiste en saber todo lo que ocurre en el río. ¿El robo del tesoro lombardo? Yo ya estaba aquí por aquel entonces. Y mis compañeros. —Hizo una mueca—. Aunque era diferente entonces. Ichthus aún no había nacido, pero su padre era igual de bueno. Bien, nos pagaron para que peináramos el río en busca del tesoro. Juro que lo único que encontramos fue aquella barcaza, muchos kilómetros río abajo, detenida por los juncos, en zona pantanosa; poca gente va allí.

—¿O sea que pensáis que el ataque tuvo lugar en el Muelle de las Ostras? —preguntó Athelstan.

—No, no lo creo. Nunca lo he creído. Los muelles son lugares llenos de actividad.

—Entonces, ¿por qué creéis que os dijeron que buscarais allí?

—No lo sé. Nuestras órdenes eran peinar ambos lados del río hasta Westminster. Aparte de aquella barcaza no había nada.

—¿Y la barcaza? —preguntó Cranston.

—Estaba vacía, no era más que un trozo de madera flotando.

—Decidme —preguntó Athelstan—, vos que conocéis el Támesis: si tuvierais que esperar por la noche para tomar posesión del cofre de un tesoro, sin que otros lo supieran o sin que os vieran, ¿dónde lo haríais?

El pescador de hombres señaló hacia el sudeste, al otro lado del río.

—En algún lugar entre Southwark y Westminster, donde las orillas son llanas y firmes y se puede ver el río y la tierra de detrás.

—¿Es posible —preguntó Athelstan— que mataran a cuatro hombres y sus cuerpos fueran...?

—¿Escondidos? ¿Arrojados al fondo? Lo dudo. Quizás un cuerpo, pero ¿cuatro? Conozco la historia, padre. Si esos cuatro hombres hubieran sido atacados en plena noche, sus asaltantes se moverían deprisa, con torpeza. Se pueden atar rocas a un cuerpo, ponerle peso en la ropa, pero el tiempo y el río se ocupan de eso, y lo diré otra vez: si mataron a esos hombres junto al río, llevaron sus cuerpos a otra parte.

—¿Los enterraron en algún sitio en la orilla? —intervino Cranston.

—Eso requeriría tiempo —observó Athelstan—. No estáis hablando de una tumba poco profunda, sino de un pozo. Conozco lo suficiente el río. La tierra se remueve; al final sus cuerpos saldrían al descubierto.

El pescador de hombres puso una mano en el hombro de Athelstan.

—Si alguna vez deseáis ser nuestro capellán, padre, seréis bienvenido. Tenéis razón. Si mataron a esos hombres, debieron de llevarse sus cuerpos. ¿Puedo hacer alguna otra cosa para ayudar?

Athelstan negó con la cabeza, cogió la mano del hombre y se despidió de Icthus y del resto.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Cranston mientras Athelstan enfilaba un callejón que se alejaba del muelle.

—Al puente, sir John.

Athelstan y Cranston no salieron de los callejones y hablaron de lo que habían visto y oído en el depósito de San Pedro. El forense tenía muchas observaciones que hacer. Athelstan, medio distraído, no paraba de pensar en lo que había dicho el pescador de hombres. ¿Cómo podían ser atacados cuatro hombres fuertes, en plena noche, tan rápidamente, tan mortalmente, y desaparecer sus cuerpos junto con el tesoro?

Seguía pensando en esto cuando llegaron al puente y recorrieron su calle, parándose de vez en cuando para examinar los espacios vacíos que quedaban entre las casas y tiendas construidas a ambos lados. Algunos de estos lugares no eran más que callejones estrechos y cortos que acababan en las altas barandillas que daban a las turbulentas aguas. Athelstan entró en la capilla de Santo Tomás, pero pronto se dio cuenta de que nadie podría llevar un cadáver allí. Salió y prosiguieron su camino, hasta que llegaron al gran muladar, amontonados los residuos entre dos planchas de madera y una tercera detrás; ésta servía de puente levadizo. Cranston explicó que, cuando se soltaban las cuerdas, la plancha caía y los escombros se vertían al río. En la parte delantera del montón de basura había una alta tabla de madera. Dos chiquillos, que empujaban una carretilla, aflojaban las clavijas, bajaban la

tabla y, metiendo la carretilla, echaban la basura abajo. La zona que rodeaba el muladar estaba libre de todo estorbo y los transeúntes pasaban apresurados, tapándose la nariz u oliendo hierbas aromáticas para no percibir el espantoso hedor. La basura era una oscura masa viscosa: cazuelas rotas, retales de tela, los desperdicios de los ciudadanos formando un alto montón por el que pelearían ratas, gatos y las gaviotas que planeaban por encima de ellos profiriendo chillidos, enojadas porque les perturbaban su festín.

—¿Tenemos que quedarnos aquí, padre?

—Aquí es donde fue arrojado el Judas —declaró Athelstan—. Estoy seguro. Quedó enterrado en la basura. Cuando bajaron la trampilla, su cuerpo cayó al río. Sir John, ya he visto suficiente.

Se apresuraron a cruzar el río. Athelstan estuvo de acuerdo con sir John en detenerse en una pequeña cervecería para lavarse, como lo expresó el forense, la suciedad y el olor de la nariz y la boca. Cranston insistió en interrogar a su amigo sobre el montón de basura del puente de Londres, pero el fraile permanecía sentado en un taburete como si estuviera fascinado por las gallinas que picoteaban el polvo fuera de la cervecería, junto a la puerta. Parecía particularmente interesado en las carretas que pasaban, y aunque sir John le hacía preguntas, Athelstan respondía con aire distraído; incluso se puso a tararear por lo bajo el «Ave Maris Stella».

—Creo que el arcángel Gabriel está fuera de la puerta, ¿no os parece?

—Me parece que tenéis razón, sir John —respondió Athelstan con aire soñador.

—Padre, no estáis escuchando ni una sola palabra de lo que digo.

—Me gustaría ir a La Noche en Jerusalén.

Athelstan dejó su jarra y, como un sonámbulo, salió de la taberna dejando que Cranston apurara su cerveza.

Se abrieron paso por las calles hasta llegar al patio de la taberna. Athelstan miró en el granero, luego visitó los establos, preguntando a los mozos de cuadra cuál era el caballo del Judas. Le dio unas palmadas en el flanco con aire distraído y se marchó; cruzó el patio, parándose de vez en cuando y tratando de memorizar todos los detalles antes de entrar en la taberna detrás de sir John. Como era media tarde, el bar estaba lleno de comerciantes y vendedores ambulantes que se servían cerdo asado de la mesa común y se calentaban las manos sobre los platos humeantes. No

había señales de los caballeros ni de fray Malaquíás. Maese Rolles se acercó a ellos con afán.

—¡Tenéis una visita! —Señaló el rincón del fondo.

—Ah, sí.

Athelstan cruzó la estancia y miró a Ranulfo el cazador de ratas y los hurones que rascaban la caja, que estaba a sus pies.

—¿Ranulfo?

—Padre, he venido como mensajero del consejo de la parroquia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cranston, que iba detrás.

—Silencio —Athelstan replicó—. Ranulfo, estoy ocupado —advirtió—. No quiero tonterías.

—Oh, no, hemos hecho las paces.

—*Deo gratias*.

—¡Oh, no, padre, eso no! —Ranulfo había entendido mal el latín—. Lo hicimos por votación —sonrió con aire triunfal—, con una condición: que todo el mundo estuviera de acuerdo en acatar la decisión de la mayoría. Cecilia la cortesana será la Virgen María.

—Bien. —Athelstan se sentó en el taburete de enfrente—. ¿Puedo invitarte a un vaso de cerveza?

—No, no. —Ranulfo cogió su preciada caja y besó los pequeños barrotes a través de los cuales los hurones asomaban sus sonrosados hocicos—. Vamos a celebrarlo todos en la taberna Piebald. Ah, padre, por cierto —Ranulfo se sentó de nuevo—, Benedicta ha decidido limpiar la iglesia. Ha encontrado esto. —Ranulfo se desabrochó el justillo de piel, sacó un trozo de tela enrollada, lo dejó sobre la mesa y se marchó, impaciente por unirse a las celebraciones en la taberna Piebald. Cranston tomó asiento mientras Athelstan desenrollaba la tela. Se quedó mirando fijamente la delgada daga de aspecto temible.

—Es una de las que usaron contra Malaquíás. —Athelstan se apresuró a guardarla en la cartera de los útiles de escritura.

—La he visto antes. —Cranston se inclinó sobre la mesa—. Pertenecía al Judas.

Athelstan estaba a punto de responder cuando la taberna se quedó silenciosa de un modo extraño. Miró hacia el otro lado; en el umbral de la puerta, detrás de una figura oscura encapuchada, había hombres armados y con cota de malla vistiendo el uniforme real.

—¿Sir John Cranston, fray Athelstan?

La figura encapuchada se acercó. Maese Rolles señaló hacia el rincón y Matthias de Evesham cruzó la estancia, con una radiante sonrisa en el rostro.

—Bueno, sir Jack —hizo una reverencia burlona—, fray Athelstan. Como dicen las Escrituras, habéis llamado al César y el César acude. Su Ilustrísima, el regente, os espera en su palacio de Saboya.

Capítulo XII

El viaje hasta el palacio de Saboya fue solemne y silencioso. Matthias de Evesham encabezaba la marcha mientras soldados ataviados con el uniforme real se agrupaban en torno a Athelstan y Cranston bajo estandartes y gallardetes que exhibían los leones de Inglaterra y la flor de lis de Francia, treinta soldados en total, a cuyo paso se despejaban las calles mientras marchaban hacia el muelle y la barca real que aguardaba. Subieron a bordo, Matthias en la proa, Cranston y Athelstan sentados bajo un toldo en la popa. Dieron la orden de zarpar. La barca se deslizó en el agua, los remeros bajaron sus remos, surcando el helado y neblinoso río. Apenas habían llegado al centro de la corriente cuando otros barcos se agruparon a su alrededor; éstos estaban llenos de arqueros reales con sus justillos acolchados de color marrón y verde, con el escudo de armas de Juan de Gante en el pecho, exhibiendo las armas de Francia, Inglaterra y Castilla. Athelstan se envolvió en su capa, sacó el rosario y trató de calmar su mente recitando el avemaría.

Cranston permanecía extrañamente callado. En general habría tomado un trago del odre de vino sagrado, o se habría enzarzado en amistosas bromas con sus compañeros. Su Ilustrísima el regente no era del agrado del forense y a menudo habían chocado. A pesar de su afabilidad, sir John se negaba a vender su alma; obedecía la ley y perseguía la justicia sin temor ni favor. Ahora Cranston estaba sentado como un gran oso malhumorado; envuelto en su capa, el sombrero de castor calado hasta los ojos, mirando con furia alrededor, gruñendo por lo bajo. Finalizaba el día, el río estaba helado y hacía frío. De vez en cuando la niebla se despejaba y dejaba ver las agujas de San Pablo o los muros almenados de mansiones erigidas a lo largo de la orilla norte del Támesis. De vez en cuando un heraldo en la proa emitía una larga y estridente llamada de trompeta, un aviso para que otras embarcaciones se apartaran. La barcaza pasó por delante del río Fleet y se dirigió hacia el muelle del palacio de Saboya. Se deslizó con suavidad y los criados se apresuraron a coger las amarras. Cranston y Athelstan recibieron ayuda para llegar a la orilla; su escolta les rodeó y les condujo al palacio.

Athelstan fue consciente de que cruzaba patios empedrados donde el hedor a estiércol de caballo se mezclaba con olores más sabrosos de las

cocinas y panaderías. En una ocasión vislumbró a dos pajes llevando en una fuente un pavo real que había sido desplumado, asado y después cubierto de plumas otra vez y sus garras y pico dorados, y parecía tan vivo que Athelstan esperaba verlo levantarse y lanzar su espeluznante grito. Se abrió una puerta; cruzaron jardines cuya belleza quedaba oculta por la neblina y la escarcha, siguieron un paseo con columnas y entraron en los corredores de palacio. La opulenta belleza del lugar era famosa. Athelstan tuvo la sensación de entrar en un mundo muy diferente al de su mísera y mugrienta parroquia. Los suelos eran un reluciente mosaico de ladrillos negros, blancos y rojos en forma de pastilla, las paredes revestidas de roble relucían a la luz de incontables velas de cera de abeja. Sobre ellas colgaban tapices, obra de los mejores artesanos de Europa, que exhibían escenas de los clásicos, la Biblia y la leyenda artúrica. Uno en particular llamó la atención de Athelstan y le hizo sonreír: La «Gran Bestia del Tiempo», en parte lobo, que devoraba el pasado, en parte león, que demostraba valor para enfrentarse al presente, en parte perro, fiel para aceptar el futuro. Sobre las puertas brillaban inscripciones talladas en oro. La famosa cita del poeta latino Terencio: «Sin vino y comida, el amor muere», simbolizaba la vida en palacio. Los cortesanos con los que se cruzaban iban vestidos a la última moda de Francia, los hombres con jubones y zapatos muy puntiagudos, las damas con los más elegantes vestidos con corpiños de encaje, cinturones bajos, elegantes capas forradas de seda bordada. Le recordaban a Athelstan encantadoras mariposas en un espléndido jardín.

Matthias de Evesham primero les llevó a una despensa situada en uno de los salones principales, una confortable cámara con mobiliario de nogal pulido y suelos con baldosas, con la mayor parte de las paredes recubiertas de tela. Colocaron ante ellos platos con pan de delicado color rosa, matizado con el verde del perejil, en los que un mozo sirvió una cucharada de cordero con especias, acompañado de pan hecho con la mejor harina y copas de vino blanco fresco. El forense recuperó su buen humor y no tardó en terminarse el pan y el vino. Matthias tuvo que apresurarse con su comida para acompañarles a la espléndida sala de reuniones, cuyas paredes estaban decoradas con suntuosas telas que exhibían cada una los seis principales colores de la heráldica. Les indicaron que se sentaran juntos en un banco con cojines, a la derecha de la chimenea; apenas lo habían hecho cuando se abrió la puerta del fondo y entraron dos hombres. El primero, Juan de Gante, el regente, era fácilmente reconocible por su vestimenta de seda roja

y dorada y botas de piel suave. Su rostro enjuto e inteligente, con su nariz afilada y ojos azules, formaba un fuerte contraste con su cabello rubio platino y bigote y barba pulcramente recortados.

—Su Ilustrísima. —Cranston y Athelstan hicieron ademán de hincarse de rodillas.

—Oh, sentaos —indicó de Gante con hastío—. Estoy cansado de cortesanos serviles.

Cogió un taburete, lo acercó y se sentó delante de ellos, un codo apoyado en el muslo, la barbilla en la mano. Con la otra mano indicó a su compañero que hiciera lo mismo. Ahora, de cerca, Athelstan pudo examinar bien el rostro moreno del otro hombre, enmarcado por una larga cabellera oscura. No estaba tan relajado como el regente; sus grandes ojos, espejo de un carácter temperamental, estaban alerta, con un dedo en el que lucía un anillo se limpió una gota de sudor que le resbaló hasta el bigote. Iba vestido de sobrio azul oscuro; en sus dedos relucían anillos, una única gema brillaba en la cadena de oro que llevaba colgada al cuello. Un hombre reservado, pensó Athelstan, que guardaba para sí sus consejos, pero el modo en que se sentó al lado de Juan de Gante y la mirada que se intercambiaron demostraban intimidad y afecto.

—*Signor* Teodoro Tonnelli, os presento a sir John Cranston, forense de la ciudad, y su secretario, fray Athelstan, párroco de San Erconwaldo, de Southwark. —De Gante sonrió—. Vos ya sabéis quién soy.

Athelstan sostuvo la mirada a este vástago de Eduardo III, regente del reino durante la minoría de edad de su sobrino Ricardo, hijo del Príncipe Negro. Un hombre al que muchos llamaban Víbora, que era temido por la Iglesia y odiado por los campesinos y su sociedad secreta, la Gran Comunidad del Reino. No obstante, de Gante también era bien parecido y capaz de demostrar un carácter encantador y extraordinaria generosidad.

—Bien, padre —de Gante hizo, conscientemente, caso omiso de Cranston—, ¿vos y el señor forense tenéis preguntas que formularnos?

—El tesoro lombardo, un cofre con joyas por valor al menos de diez mil libras —fue la respuesta de Athelstan.

—El doble de eso —susurró de Gante—, el doble de eso y la mitad más. Cranston silbó por lo bajo.

—Se han producido asesinatos horribles en la taberna La Noche en Jerusalén —declaró Athelstan.

—Me he enterado de ello. —De Gante miró a Cranston—. ¿No es hora, señor forense, de que arrestéis a alguien?

—El tesoro —insistió Athelstan—, ¿de qué estaba compuesto? ¿Qué le ocurrió? Quiero decir antes de que lo robaran.

—He traído una lista. —El inglés de Tonnelli sólo tenía un leve acento extranjero—. Podéis examinarla, podéis quedárosla. —Se sacó un rollo de la manga y se lo entregó a Athelstan, que lo desenrolló. Era una lista detallada de las joyas.

Item 1 Un broche en forma de pelícano: el pelícano está sobre una voluta, en el pecho del pelícano de oro hay un rubí y en la voluta una reluciente amatista.

Item 2 La Joya del Cisne: el cisne es de oro y está tachonado de piedras preciosas.

Item 3 Una cruz de plata tachonada de rubíes y amatistas...

Athelstan pasó el documento a Cranston para que también lo examinara. Se reseñaban un centenar de artículos, así como bolsas de plata y oro acuñado en Génova, Pavía y Milán. Las joyas eran de toda clase imaginable: anillos, cruces, broches, cadenas, colgantes, brazaletes e incluso botones preciosos sacados de vestidos de oro.

—Reuní estas joyas —explicó Tonnelli— de nuestras casas bancarias de Inglaterra, Francia, Italia y las ciudades del Rin. Se suponía que formaban parte del cofre de guerra de los cruzados para comprar armas, suministros y animales, así como para sobornar a oficiales. El tesoro se metió en un cofre, lo que yo llamaba un cofre de acero, protegido por tiras de hierro con tres cerraduras diferentes. Hace veinte años traje el cofre a la Torre mientras enviaba las llaves al almirante de la flota. Él a su vez las compartió con oficiales de confianza.

—¿Se trataba de un préstamo? —preguntó Cranston.

—Sí —respondió Tonnelli—. Los jefes de los cruzados habían accedido a devolverlo a un interés fijo y dar a mi casa bancaria un porcentaje de los beneficios que obtuvieran. Lo consideramos una empresa sensata. —Tonnelli se permitió esbozar una sonrisa—. Las ciudades del Norte de África son fabulosamente ricas; el saqueo de una de ellas sola cancelaría la deuda diez veces.

—¿Y por qué lo llevasteis a la Torre? —preguntó Athelstan—. ¿Por qué no entregarlo al almirante de la flota inmediatamente?

—Oh, frailecillo —bromeó el regente—, ¡no os hagáis el inocente! Londres está lleno de ladrones en los mejores tiempos, y muchos de ellos viven en Southwark. La guerra con Francia había terminado. No había dónde saquear, ni beneficios que obtener de grandes rescates. La ciudad estaba llena de soldados desesperados, acampados a ambas orillas del Támesis, hombres de toda clase, procedentes de una docena de reinos, mientras que los marineros de la flota eran la chusma de todo puerto de la cristiandad. Todos habían oído hablar del tesoro, así que maese Tonnelli acudió a mí. El cofre de acero se escondería en la Torre y se trasladaría en secreto a la flota por la noche, poco antes de que zarpara. Una vez a bordo, el almirante, que no confiaba en su propia tripulación, haría abrir el cofre y distribuiría su contenido entre los capitanes en los que podía confiar.

De Gante dio unos golpecitos a Athelstan en la rodilla.

—Tengo entendido que habéis ido a ver a maese Hubert en la Torre. Volved allí y buscad en los archivos. ¿Sabíais que todas las bandas de proscritos de Londres, y de fuera, estaban interesadas en ese tesoro? Dad un paseo por el muelle cerca del puente de Londres, veréis los piratas del río colgando en la horca durante tres mareas. Londres estaba lleno de hombres así, que no temían ni a Dios ni a la ley.

Athelstan hizo gestos de asentimiento. El razonamiento del regente era lógico, sin embargo detectaba en él una falta de sinceridad como en el discurso de algún abogado sutil presentando su caso.

—¿Por qué no hicisteis trasladar el tesoro por vuestros propios hombres armados, o incluso la guarnición de la Torre?

—No confiaba en ellos. Una vez conocieran el secreto, lo sabrían todo, ¿no? Cuándo, dónde y a quién se entregaba. Una vez la gente sabe la hora y las estaciones, fray Athelstan, le resulta fácil conspirar. Yo quería que el menor número posible de personas, y también el almirante, por no mencionar el *signor* Tonnelli, supieran el paradero del tesoro, incluso cuándo subía a bordo. —Se encogió de hombros—. Tanto es así que a mi capitán de la guardia, que llevó el tesoro a Culpepper, se le dijo que el cofre estaba vacío, que era una maniobra para distraer a ciertas personas a las que no podía nombrar. —De Gante hizo una pausa—. El problema era doble. No queríamos que nadie viera la barcaza ir directamente de la Torre al barco insignia; cualquier posible ladrón estaría vigilándolo. Y lo que es más

importante, recordadlo, queríamos que la menor cantidad posible de gente supiera cuándo o dónde iba a llevarse el tesoro a bordo. El plan era mío...

—Entonces, ¿fuisteis vos quien eligió a Mortimer y a Culpepper?

—Sí. Mortimer era mi guardaespaldas, un hombre que era mío en cuerpo y alma, y yo era suyo —añadió de Gante con tristeza—. En Francia, Mortimer me salvó la vida al menos en dos ocasiones durante emboscadas por sorpresa. Hablé con él y le juré guardar el secreto, y le pedí que encontrara a un hombre en quien pudiera confiar. Trajo a Culpepper, que a mí también me gustaba. Les pagué lo que necesitaban, buena plata para facilitarles el camino.

Los extraños ojos azules de Gante sostuvieron la mirada de Athelstan. El fraile se preguntó cuánto sabía aquel astuto noble sobre las investigaciones realizadas por él y Cranston. Recordó los susurros de sus feligreses, y que Gante tenía más espías en Londres que perros había en la ciudad.

—Decidimos —prosiguió Juan de Gante— transportar el oro la víspera de San Mateo, el veinte de setiembre. Mis barqueros recibieron órdenes de llevar el cofre a la otra orilla del Támesis. Se detendrían un rato en el Muelle de las Ostras, donde mis agentes se asegurarían de que todo iba bien, antes de proseguir hacia el sur. Así lo hicieron. Mortimer y Culpepper ni siquiera me habían informado de la ubicación exacta, salvo que se trataba de un tramo solitario en la orilla sur del Támesis, cerca de donde el río gira hacia Westminster. —De Gante se interrumpió para aspirar aire por entre los dientes—. Según mis hombres, todo fue de acuerdo con el plan. Los agentes que había puesto en el Muelle de las Ostras estaban satisfechos porque todo iba bien y la barcaza siguió su camino. Veréis, padre, cada día y cada noche suben por el Támesis barcas y barcazas; los que codiciaban el tesoro esperaban que se trasladara con gran pompa y ceremonia desde la ciudad hasta el buque insignia del almirante. No esperarían una simple barcaza con una tripulación de dos personas. A mis hombres les habían dicho que buscaran una luz de linterna, que giraría y destellaría con claridad, y la encontraron.

—¿Quién estaba allí? —preguntó Cranston.

—Según mis hombres, Mortimer y Culpepper, que aún esperaban su barcaza procedente de Southwark. Entregaron el tesoro, Culpepper y Mortimer firmaron el documento de entrega. Mis hombres se retiraron y eso fue todo.

—¿Y no pasó nada?

De Gante hizo una mueca.

—Mortimer estaba profundamente intranquilo, no paraba de mirar atrás en la oscuridad. Culpepper también recelaba y actuaba con cautela. Mortimer le consolaba y bromeaba diciéndole que pronto yacería con el amor de su vida entre los muertos.

—¿Entre los muertos? —exclamó Athelstan, y de inmediato pensó en el cementerio de San Erconwaldo, la hierba que crecía larga y espesa entre las tumbas y cruces.

—Mis hombres se marcharon —prosiguió de Gante—. Yo creí que todo estaba a salvo. Poco antes del amanecer el almirante envió el mensaje de que el tesoro no había llegado. Ordené de inmediato que fueran registradas ambas orillas del Támesis, que todos los oficiales del reino buscaran el tesoro, y di una descripción de él y de sus guardianes a todos los jueces locales y autoridades portuarias.

—Nada —casi gritó Tonnelli—, nada en absoluto ni en este reino ni en ningún otro; ni rastro de Culpepper ni de Mortimer.

Cranston recordó el rostro amable de Helena Mortimer, pero guardó silencio. Echó una mirada rápida a Athelstan. El fraile era un libro cerrado en lo que se refería a pensamientos y emociones. No obstante, Cranston había escrutado a Athelstan y algo en su forma de sentarse, los golpecitos que daba con el pie en el suelo de baldosas, los suaves gestos de negación que hacía con la cabeza, seguidos de una brusca mirada a Tonnelli, le demostraron que el dominico no estaba satisfecho. El regente era muy elocuente porque había contado esta historia muchas veces, pero era lo bastante astuto para percibir las reservas de Athelstan.

—¿Qué ocurre, padre? Obráis como si algo fuera mal. ¿No me creéis?

De Gante señaló un atril que había en el rincón del fondo.

—Allí hay unos Evangelios. Yo, regente de Inglaterra, tío del rey, prestaré el más solemne juramento. Amaba a Mortimer como a un hermano, le debía mi vida, una deuda de sangre. He buscado y rebuscado, pero no he hallado ni rastro de él.

—¿Sospecháis de alguien? —preguntó Athelstan.

—Sospecho de todo el mundo, padre. ¿Dónde están los cadáveres, dónde está el tesoro?

—¿Creéis que Mortimer está muerto?

—Sí. Haría otro juramento, lamentando haberle arrastrado a este asunto. Sé lo mismo ahora que la mañana siguiente al gran robo. Ahora bien, estos

asesinatos perpetrados en La Noche en Jerusalén...

Athelstan describió lo que había ocurrido; Juan de Gante meneaba la cabeza, con la cabeza baja, y la inquietud del fraile aumentó. De Gante no mentía, pero ¿ocultaba algo? Parecía culpable; ¿por qué?

Athelstan hizo la misma pregunta cuando él y Cranston, tras ser despedidos por el regente, se dirigieron a Fleet Street y cruzaron Bowyers Row para entrar en la ciudad. El día estaba finalizando; se encendían linternas y antorchas en el neblinoso anochecer; había sonado la sirena del mercado, señal de que el comercio del día llegaba a su fin. Sonaban las campanas de la ciudad, resonando por encima de los tejados, para recordar a los ciudadanos la plegaria del atardecer. Pasaron por delante de la mole de San Pablo. Un grupo de hombres del sheriff había rodeado el cementerio de la catedral y agitaba los puños y gritaba maldiciones a los fugitivos que habían buscado refugio tras el muro del cementerio y no podían ser tocados. Los criminales y villanos respondieron lanzándoles piedras y barro. Uno de ellos reconoció a Cranston y se puso a gritar una letanía de insultos, a la que puso fin de modo brusco la aparición de un grupo que celebraba un funeral. Un carmelita, con el rostro oculto en su capucha, entonaba las plegarias de los muertos mientras encabezaba la procesión desde la catedral hacia la puerta principal del cementerio. Le seguían un portador de la cruz y un chiquillo que llevaba una linterna en una mano y en la otra una campana que agitaba con vigor. Los miembros de la comitiva fúnebre llevaban el féretro cubierto por un paño mortuario negro y dorado. A ambos lados iban acólitos haciendo oscilar los incensarios; el oloroso humo que desprendían servía para disimular un poco el fuerte hedor, mientras que el ruido de la campana acalló el clamor. Athelstan aprovechó la ocasión para instar a sir John a seguir para entrar en Cheapside.

—Sir John, Su Ilustrísima el regente nos ha podido contar más bien poca cosa —sonrió con aire travieso al forense—. Su silencio nos ha dicho mucho más.

—¿Como qué? —Cranston lanzó una mirada de odio hacia el otro lado de Cheapside, donde los cepos estaban llenos de ladronzuelos pillados durante el comercio del día.

—En verdad no lo sé, sir John. De Gante lamenta la muerte de Mortimer, y estoy de acuerdo con él: aquellos dos caballeros y los barqueros fueron asesinados, aunque ¿cómo y por qué? —Cogió el brazo del forense—. Ahora me quedaré aquí. Vos debéis visitar a ese orfebre, el

que ayudó a Helena Mortimer; los orfebres son muy escrupulosos, guardan unos archivos excelentes. Quiero que le preguntéis dos cosas.

Athelstan dio unos golpecitos a su bolsa y recordó que el anillo de San Erconwaldo se hallaba a salvo, escondido en la iglesia parroquial.

—Preguntadle al orfebre si tiene la lista del tesoro lombardo distribuida por Juan de Gante y ese banquero italiano.

—¿Por qué? ¿No creéis que lo hicieron?

—Oh, sí, sir John, lo creo. Preguntadle también si tiene una segunda lista, distribuida por el monje benedictino Malaquíás.

Cranston hizo ademán de protestar.

—Por favor, sir John, ¡es muy importante! Si no la tiene tendremos que probar en otro sitio. Lo sé, lo sé —declaró Athelstan—, ya tengo una lista que me ha dado Tonnelli, pero tengo que estar seguro.

Cranston, rezongando por lo bajo, cruzó Cheapside. Athelstan encontró un plinto y se sentó. Se subió la capucha y, mientras las campanas tocaban a vísperas, recitó en voz baja el salmo inicial del oficio divino.

—Oh, Señor, acude en mi ayuda, apresúrate a ayudarme.

Estaba en mitad del tercer salmo cuando Cranston regresó blandiendo dos listas, ambas escritas en buena vitela. Athelstan las acercó a una linterna que estaba colgada de un gancho en una puerta, luego se volvió con una amplia sonrisa y dijo a Cranston:

—¡Lo he encontrado, sir John!

* * *

Athelstan dejó a un desconcertado Cranston y se dirigió a toda prisa a la orilla del río, pasando por Thames Street hasta el Vintry, y tomó una barcaza en Dowgate para cruzar hasta Southwark. Caía la noche y cada vez hacía más frío, así que le satisfizo ver que Malaquíás había encendido el fuego en la casa del cura. El benedictino estaba sentado a una mesa leyendo el tratado que Athelstan había cogido en préstamo en la biblioteca de Blackfriars. El fraile hizo todo lo que pudo para mostrarse agradable, pero le resultaba difícil fingir, así que se entregó a una serie de pequeñas tareas. Iba y venía de la iglesia, a donde llevó su cartera con los útiles de escritura, tinteros y hojas nuevas de vitela, así como un pequeño escritorio que tenía guardado debajo del altillo de la cama. Cuando trasladó la cama e informó a

Malaquías de que aquella noche dormiría en la iglesia, el benedictino levantó la mirada con inquietud.

—¿Qué ocurre, padre? ¿Tenéis trabajo que hacer? Parecéis agitado.

—Es que lo estoy. —Athelstan meneó la cabeza—. Tengo mucho que hacer —murmuró—, y muy poco tiempo para hacerlo. Fray Malaquías, debéis excusarme, tengo que terminar unos informes, ciertos asuntos de sir John, y, por supuesto —esbozó una sonrisa forzada—, siempre está el consejo de la parroquia.

Athelstan siguió yendo y viniendo, rogando en voz baja que fray Malaquías no le hiciera más preguntas. Convirtió la capilla de los cantores en una pequeña cámara, con escritorio, silla y cama, e incluso una bandeja con una jarra de vino aguado y tres copas. Malaquías, como si percibiera la creciente agitación de Athelstan, se excusó cortésmente y dijo que iría a probar la cerveza de la taberna Piebald. Una vez se hubo ido, Athelstan se calmó de inmediato, notando que la tensión le desaparecía de la espalda y las piernas. Apareció *Buenaventura*, que seguía al fraile como una sombra, metiéndose bajo sus pies y convirtiéndose en un auténtico fastidio. Sólo cuando el gato oyó el corretear de ratones en el lejano crucero decidió que su plato de leche podía esperar y se lanzó a investigar. Athelstan sacó dos braseros en forma de copa de la torre de la iglesia y los llenó con un saquito de carbón.

—¿Puedo ayudarle, padre?

Benedicta había aparecido de pronto en la puerta. Athelstan sintió un nudo en el estómago.

—¡Benedicta, me has asustado! Si hubiera bebido, habría creído que tenía visiones.

—¡No tenéis visiones, padre!

Benedicta se apartó la capucha. Su cabello negro le cayó sobre los hombros.

—Y no intentéis distraerme; pronto tocarán a vísperas. Se está haciendo tarde. ¿Por qué estáis encendiendo dos braseros? ¿Pretendéis pasar la noche aquí? No vais a estudiar las estrellas, ¿verdad? Y no me digáis —Benedicta se acercó— que vais a tumbaros frente al altar mayor y rezar por nuestro consejo parroquial.

Athelstan fue a cerrar la puerta de la iglesia.

—No, Benedicta, te diré la verdad. Estoy persiguiendo a los hijos de Caín. Quiero atrapar hombres que han causado un gran daño, que creen que

pueden limpiarse la boca con el dorso de la mano y enfrentarse a Dios como si fueran inocentes. —Salió de las sombras y cogió las frías manos de la mujer.

—¿Por qué, fray Athelstan? —Benedicta estaba muy seria, pero sus bellos ojos sonreían.

—Estás fría. —Athelstan le soltó las manos.

—Os ayudaré a encender los braseros.

Él trajo la yesca y un haz de helechos secos, que metió en la pequeña abertura que quedaba debajo del carbón. Benedicta encontró el fuelle en el almacén de la iglesia. Durante un rato, riendo y charlando, intentaron encender los braseros, al principio sin éxito, pero al final el carbón prendió y empezó a relucir, mientras Athelstan comentaba: «como los fuegos del infierno». Benedicta salió y volvió con hierbas aromáticas que esparció por encima; luego ayudó a Athelstan a llevar los braseros a la parte superior de la nave y a la capilla de los cantores. Insistió en que cenaran juntos y salió a toda prisa hacia la posada de Merrylegs. En el camino se encontró con Crim y persuadió al monaguillo de que la ayudara, y juntos llevaron a la iglesia un gran pastel de carne.

—Recién hecho —anunció Benedicta—. Merrylegs me ha jurado que la carne no tenía más de un mes. También me he parado en el Piebald. —Señaló a Crim—. Jocelyn os envía esto sin cargo, y Crim no ha derramado ni una gota, ¿verdad?

El monaguillo, que llevaba la jarra de cerveza como si fuera el píxide sagrado, hizo gestos de negación con la cabeza.

Los tres se sentaron en la entrada del santuario, compartiendo Athelstan la tarta y la cerveza y entreteniendo a Crim con historias sobre el fantasma de la leprosa que le había ayudado a resolver un reciente misterio. Crim tenía los ojos desorbitados, y una vez terminada la comida se marchó, llevándose la jarra para devolverla al Piebald y el plato del pastel de carne para Merrylegs.

Athelstan se lavó las manos y la cara en el pequeño *lavarium* de la sacristía.

—¿Siempre estáis hablando de los hijos de Caín? —Benedicta se hallaba en la puerta.

—Caín mató a su hermano, Benedicta, y cuando Dios le interrogó, hizo una pregunta que ha perdurado durante siglos: «¿Acaso soy el guardián de mi hermano?». Como Pilatos, no esperó respuesta, pero también como

Pilatos recibió una le gustara o no. Dios persiguió a Caín, le atrapó y le señaló la cabeza. Mañana —Athelstan suspiró—, Dios mediante, voy a ver esa señal.

—¿Puedo ayudar? —se ofreció Benedicta.

Athelstan dobló su servilleta y la colgó en el brazo del *lavarium*.

—Ahora no, pero mañana sí. Celebraré misa al amanecer. Haré sonar la campana para que lo sepas. Quiero que traigas a Cecilia aquí. Ah, y dile a Pike el acequero que esta noche no beba demasiado, también le quiero en misa. He de darle un mensaje.

Benedicta se marchó y Athelstan volvió a la casa. Por fortuna Malaquías no había vuelto. Athelstan abrió el cofre, sacó el estuche y el anillo de san Erconwaldo. Atizó el fuego, se aseguró de que todo estaba en orden y se dirigió hacia la iglesia, donde cerró las puertas con llave y cerrojos tras de sí. Entonces se preparó: extendió el pergamino, preparó las plumas, el tintero y otros útiles de escritura. Entró en el santuario y se postró ante el altar mayor. Recitó en voz baja el «Veni Creator Spiritus», pero se atascó con las palabras y recordó el famoso himno «In Laudem Spiritus Sancti»: «*Spiritus Sancta, pie Paraclete, Amor Patris e Filii, Nexus gignentis et geniti*», «oh Espíritu Santo, o fiel Paraclete, Amor del Padre y del Hijo...».

Cuando hubo terminado, Athelstan encendió más velas alrededor de la capilla de los cantores y se concentró en su tarea. Despacio pero con seguridad fue anotando los hechos, reseñando los diversos asesinatos uno tras otro, tratando de encontrar una pauta, basando su teoría en la hipótesis de que una persona, y sólo una, era responsable de los asesinatos, sólo para darse cuenta enseguida de que era inútil. Entonces probó varias combinaciones, reseñando los incidentes en diferentes categorías, pero al final las redujo a tres: el gran robo, el asesinato de los caballeros Chandler, Broomhill y Davenport, y por último, el asesinato del resto. Pasó por alto el gran robo y se concentró en los dos últimos, pero el problema se hizo aún más irritante, en particular la muerte de Davenport. Durante un rato Athelstan se concentró en aquel cuerpo empapado en sangre, hasta que al fin cerró los ojos y susurró: «*Deo Gratias!*». Al fin fue capaz de imponer un poco de orden, una armonía en aquellos hechos aparentemente inconexos, antes de volver al gran robo.

—La *radix malorum*, la raíz de todo mal —susurró el dominico.

Dejó el escritorio, se calentó las manos sobre el brasero y se paseó arriba y abajo por la nave, dándole vueltas al problema, buscando el punto débil,

preparando lo que él llamaba su acta de acusación. Veía la lógica en lo que proponía, pero ¿dónde estaba la prueba? Tenía muy poco salvo aquel anillo, el estuche y aquellas dos listas de joyas. Volvió a su escritorio y examinó de nuevo la prueba. Ahora entendía las marcas que el Misericordia había hecho en la pared de su celda en la prisión de Newgate, lo que realmente estaba gritando cuando murió, así como la velada alusión a que la clave de la muerte de Ginebra la Dorada era algo que se encontraba en la persona de su hermana. Todo tenía sentido. También comprendía las extrañas anotaciones del Judas, lo que, a su vez, le llevaba a la noche de la Gran Caza de Ratat.

Athelstan revolvió las pruebas que había reunido; ¿qué más había? Cogió su pluma y escribió unas palabras. El verdadero problema era el tesoro lombardo. ¿Adónde había ido a parar? ¿Y aquellos cuatro hombres que habían desaparecido de la faz de la tierra veinte años atrás? Athelstan cerró los ojos. Pensó en la desolada parte de la orilla sur del Támesis, la oscura y solitaria noche. Otras imágenes le acosaron: Juan de Gante, con su locuacidad y ojos vivos; la lastimosa plegaria de sir Stephen Chandler pidiendo clemencia; Rolles el tabernero, con un cuchillo en la mano, en la otra una carta del Castillo del Amor; el granero; la gran carreta en el patio de la taberna; Davenport sentado a solas en aquel jardín. Athelstan tuvo sed, así que tomó un trago del vino aguado. Si pudiera encontrar sentido al robo. Recordó el axioma de uno de sus maestros: *Nihil ex Nihilo*, “nada procede de nada”. Dejó de pasear, tan sorprendido por su conclusión que echó la cabeza hacia atrás y estalló en carcajadas. Tenía su prueba; la hipótesis era firme, ¡el acta de acusación estaba lista!

Athelstan se acercó a la puerta lateral, corrió el pestillo y atisbo. La casa del cura estaba envuelta en la oscuridad. Malaquías debía de haberse retirado, así que Athelstan decidió hacer lo mismo. Durante un breve rato se arrodilló frente al altar mayor y dio gracias por la ayuda que había recibido. Cuando levantó la mirada al Crucifijo, acudieron a su mente las palabras de la antigua canción de los cruzados:

Han crucificado a su Señor de carne
En otra Cruz
Sus heridas son nuevas otra vez
El árbol de la vida se ha perdido.

Suspiró, hizo una bendición y, apagando todas las velas excepto una, se tumbó en el estrecho camastro y se puso a dormir.

Despertó antes del amanecer con *Buenaventura* que le tocaba la oreja con el hocico.

—Lo sé, lo sé —murmuró Athelstan, y cogiendo al gato, se levantó y se dirigió tambaleante hacia la puerta que daba al cementerio para que *Buenaventura* saliera. Athelstan entonces se desnudó, se lavó en el *lavarium* de la sacristía y se puso una túnica limpia. Ordenó la capilla de los cantores y preparó el altar mayor para la misa de la mañana. Al primer rayo de luz tocó la campana tres veces, y cuando se hubo vestido y arrodillado ante el altar mayor, Benedicta y Cecilia, esta última fresca como una rosa, habían entrado en el santuario, seguidas por un Pike bastante malhumorado. El acequero se pasó la mayor parte de la misa rascándose y bostezando ruidosamente, gruñendo por lo bajo. Pronto se animó cuando después Athelstan se reunió con él en la sacristía y le dio una moneda de plata y un mensaje que Pike tuvo que aprenderse de memoria.

—Ve a casa del señor forense —indicó Athelstan— y dile que tiene que ir a La Noche en Jerusalén a la hora nona. Tiene que traer a maese Flaxwith y a todos sus alguaciles. Ah, sí, y algunos guardias del Ayuntamiento. Presta atención: tienes que ir directamente a casa del señor forense. Sólo después puedes visitar una taberna. —Se aseguró de que el acequero había memorizado el mensaje y entonces Pike se marchó, rápido como el látigo, y Athelstan se llevó a las dos mujeres hacia la puerta principal de la iglesia.

—Quiero que me ayudéis —empezó—. Cecilia, ¿conoces a la madre Veritable?

—¡La reina de las prostitutas! —exclamó Cecilia—. Una zorra inmersa en la maldad. Intentó meterme en su casa. —Meneó la cabeza y sus rizos rubios danzaron, mientras sus ojos azules mostraban una expresión de enojo.

—Ahora cállate —advirtió Athelstan—. Hoy, tú y Benedicta debéis fingir que sois amigas. Esto es lo que tenéis que hacer. Tenéis que ir a las Clarisas pobres, cerca de Aldgate, y hablar con una novicia llamada Edith Traversa. Tenéis que decirle que vaya a ver a la madre Veritable y finja acceder a todas sus demandas. Decidle que lo haga creíble.

—Padre, ¿qué estáis haciendo? —exclamó Benedicta—. Conozco la reputación de la madre Veritable, es una mujer de lo más indeseable.

—Edith también la conoce —replicó Athelstan—. Ella sabe que es algo fingido, pero debe ser convincente. Una vez hayáis hecho esto, debéis volver a Southwark. Actuad como si fuerais mensajeras de lady Edith. Debéis decirle a la madre Veritable que Edith Travia, ahora despojada de su hermano, está considerando en serio la idea de entrar en su casa. Debéis fingir, debéis convencer a esa espantosa mujer. También debéis persuadirla de que vaya con vosotras a la otra orilla del río esta mañana para reunirse con Edith y negociar ciertos asuntos. Ella os preguntará quiénes sois. Tenéis que decirle que sois amigas de Edith y que apoyáis su decisión. Adornad vuestra historia como si fuera una comida; haced hincapié en la pobreza de Edith, en su falta de familia; pero una cosa que debéis conseguir es que la madre Veritable salga de Southwark antes de las nueve.

Ambas mujeres accedieron y partieron. Athelstan siguió limpiando la iglesia, interrumpido de vez en cuando por la entrada de algún feligrés. Satisfecho, fue a su casa, donde Malaquíás acababa de levantarse y estaba rezando antes de celebrar misa.

—Fray Athelstan, os habéis levantado temprano.

—Ya he celebrado mi misa, Malaquíás. Ahora tengo asuntos que atender. —Athelstan mantuvo el rostro impassible, cerrando su mente a lo que ahora sabía, así como a lo que había planeado que ocurriera antes de que finalizara el día—. Una vez hayáis terminado de celebrar la misa —prosiguió—, debo insistir en que volváis a La Noche en Jerusalén. No, no, estaréis a salvo. Debéis informar a maese Rolles, sir Maurice y sir Reginald de que yo y el señor forense hemos de tener unas palabras con ellos en el aposento de arriba justo después de las nueve. Si no están allí, sir John emitirá órdenes de arresto. Lo siento, padre, no puedo deciros la razón, pero los cuatro deben estar allí.

El benedictino, confuso, salió hacia la iglesia. Athelstan terminó sus preparativos. Se puso la capa, metió el estuche en una bolsa de cuero, recogió su cartera con los útiles de escritura y caminó por las calles de primera hora de la mañana. Se paró frente a la posada de Merrylegs para comer una de las especialidades del cocinero, una tarta dulce de manzana y pasas. Se paró en la taberna Piebald a tomar una jarra de cerveza, y luego prosiguió hasta la orilla del río para ver levantarse la niebla y entrar las flotas pesqueras. La gente pasaba por su lado, Athelstan sonreía o levantaba la mano dando una bendición, sin embargo se hallaba muy distraído. No paraba de darle vueltas en la cabeza a lo que había planeado para aquella

reunión en el aposento de arriba de La Noche en Jerusalén. Sonaron las campanas de la iglesia, ahogando el grito de las gaviotas. Athelstan sintió que el frío se filtraba por su gruesa túnica, giró en redondo y se dirigió hacia la taberna.

Maese Rolles le saludó en la puerta. Athelstan le respondió con igual cortesía.

—He recibido vuestro mensaje, padre.

—Gracias, gracias. Maese Rolles, ¿tenéis palas y azadones? Me gustaría que me los prestarais para el campo de mi iglesia.

—Claro.

—Bien. —Athelstan respondió con aire distraído, dándole unas palmadas en el brazo—. Necesito veros esta mañana, os aseguro que no os retendré mucho tiempo.

Athelstan se calentó frente a la chimenea del bar, escuchando la charla del mozo, quien interrogó al fraile sobre cuánto comía y si tenía espetón. ¿Era cierto que los frailes tenían prohibido comer? Athelstan se rió y dio un penique al muchacho. Éste seguía hablando cuando Athelstan oyó un clamor fuera, y sir John, con su séquito de alguaciles y agentes del orden, entró en la taberna con grandes pasos.

—Padre, buenos días, ¿qué significa todo esto?

Athelstan le llevó a un rincón del fondo, susurrando lo que había planeado y lo que sir John debía hacer. El forense se aflojó la capa, se quitó el gorro de castor, se rascó la cabeza y silbó por lo bajo.

—¡Frailecillo, habéis estado muy ocupado! —Señaló con la cabeza en dirección a la puerta—. Cuando venía se estaban reuniendo en el aposento de arriba.

—Tenemos que ir con ellos. Ha de haber un guardia en la sala y otro fuera.

—¿Y los alguaciles?

—Oh, estarán ocupados. ¡Tienen que cavar un jardín!

Athelstan cogió su cartera con los útiles de escritura y la bolsa de cuero y salió de la taberna, seguido por un Cranston desconcertado. Los otros ya se habían colocado a ambos lados de la mesa del aposento de arriba. Athelstan se sentó en un extremo de espaldas a la ventana. Sir John se situó a la cabecera.

—Buenos días, caballeros.

Los caballeros respondieron con un gruñido como si les aburrieran las formas de cortesía. Rolles, sin embargo, se hallaba visiblemente agitado por la presencia de los guardias y de tantos alguaciles.

—Ah, Henry —Athelstan señaló a Flaxwith, que estaba de pie detrás de Cranston—. Debo pedirte que te marches. Tengo una tarea muy importante para ti. En el anexo, al otro lado del patio de los establos, encontrarás palas, azadas y azadones. No, quedaos quieto, maese Rolles —dijo Athelstan cuando el tabernero echó la silla hacia atrás—. Quiero que las cojas, vayas al jardín que hay detrás de mí y te pongas a cavar.

Athelstan echó una rápida mirada a los caballeros, satisfecho al ver la sorpresa reflejada en su rostro. Rolles estaba tan agitado que no podía estarse quieto.

—Fray Athelstan —dijo Flaxwith—, el jardín de maese Rolles es muy hermoso.

—Maese Rolles, quedaos sentado —repitió Athelstan— o pediré que os aten. Henry, el jardín que hay detrás de mí no es bello. Aloja los restos mortales de cinco pobres almas, asesinadas por los hombres que ahora están sentados en torno a esta mesa.

Los caballeros se pusieron en pie de un salto, seguidos por Rolles. Cranston dio un puñetazo en la mesa, gritando que los haría arrestar si se alejaban un paso de sus sillas. Una vez impuesto el silencio, Cranston miró por encima del hombro e hizo una seña con la cabeza a Flaxwith.

—¡Hazlo! —ordenó—. Y cava profundamente. ¿Fray Athelstan? —Se volvió.

—Gracias, sir John. Repetiré lo que he dicho. Cada uno de los que están sentados a esta mesa, los cuatro, es culpable del más espantoso homicidio. —Athelstan hizo una pausa—. Falta una persona. Tal vez tengáis alguna pregunta que hacer sobre ella: la madre Veritable. Dos amigas mías se la han llevado al otro lado del río. Ha confesado, y lo hará de nuevo, los criminales sucesos de hace veinte años.

Capítulo XIII

Es una teoría irrefutable —empezó Athelstan— que el asesinato, como la caridad, siempre empieza en casa. En este caso, se trata de La Noche en Jerusalén, donde un grupo de jóvenes caballeros, hermanos de armas, se reunieron hace más de veinte años para participar en la Gran Cruzada de lord Pedro de Chipre. Hombres impacientes, hambrientos, criados en la Casa de la Guerra, que veían su fortuna amenazada por el reciente tratado de paz firmado con Francia. Un grupo de estos caballeros del condado de Kent se reunieron aquí con su capellán, fray Malaquías. —Athelstan lanzó una rápida mirada al benedictino—. Sólo uno era un extraño. Edward Mortimer, un caballero sin tierras que se había convertido en amigo íntimo de Culpepper.

Athelstan respiró hondo y miró por la ventana hacia donde Flaxwith y los otros estaban ocupados cavando en el jardín de maese Rolles.

—No teníais mucho dinero. —Era consciente de lo silencioso que se había quedado el aposento; los fantasmas se estaban reuniendo—. Vinisteis a Londres —prosiguió— y os alojasteis en esta taberna, recién comprada por maese Rolles con el botín y los rescates que había obtenido en Francia. A través de maese Rolles conocisteis a la madre Veritable, que era propietaria de una casa de placer cerca de los burdeles. Ahora bien, Culpepper se enamoró de una de las damas de la noche, que se hacía llamar Ginebra la Dorada, una mujer hermosa, de rostro amable pero corazón veleidoso. Todos gozasteis mientras el ejército de cruzados y los barcos de guerra se congregaban en el Támesis.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó sir Maurice Clinton, con el rostro ceniciento y cubierto de sudor.

—Dios conoce la verdadera razón —Athelstan hizo caso omiso de la interrupción—, pero Su Ilustrísima Juan de Gante, junto con el banquero lombardo Teodoro Tonnelli, decidieron que parte del cofre de guerra, el préstamo reunido por los mandos de los cruzados, debía transportarse en secreto, de noche, hasta el buque insignia del almirante que aguardaba en el Támesis. Su Ilustrísima deseaba evitar toda exhibición pública, para no llamar la atención de las pandillas de proscritos o de la multitud de piratas del río que pululaban a lo largo del Támesis como moscas sobre un montón

de estiércol. Para abreviar, la víspera de San Mateo, en el año del Señor de 1360, la barcaza con el tesoro salió de la Torre, cruzó el Támesis y siguió por la orilla sur, pasó por el Muelle de las Ostras y llegó a un lugar secreto. Su Ilustrísima había decidido que el tesoro fuera llevado a la flota por su hombre de confianza Edward Mortimer, quien también había introducido a Richard Culpepper en el plan secreto. Ambos caballeros fueron bien recompensados por Su Ilustrísima. Tenían que hacer señales a la barcaza que llevaba el tesoro mediante una linterna o antorcha, y el cofre sería trasladado a una barcaza corriente contratada especialmente para la ocasión. El tesoro llegó como estaba previsto. Los dos caballeros, que esperaban en la orilla del río, se hicieron cargo de él y recogieron su barcaza. Tenían que pagar y despedir a los barqueros y llevar el tesoro al barco insignia.

Cranston jugueteaba con el borde de su capa. No sabía qué camino estaba siguiendo Athelstan, pero comprendía por qué el frailecillo hablaba tan despacio, manteniendo un ojo atento a lo que ocurría en el jardín. Cranston también vigilaba. Los dos caballeros permanecían sentados como estatuas mientras su máscara de respetabilidad iba desapareciendo poco a poco. Cranston desconfiaba de Rolles, que parecía haber recuperado la calma. Una mano ya se había deslizado bajo la mesa. Cranston recordó que aquel hombre llevaba un cuchillo envainado en el cinturón, así como otro en la bota. Sus dedos se posaron en el mango de su propio cuchillo. Vigilaría a maese Rolles.

—Imaginad la escena —prosiguió Athelstan—: un cielo medianamente despejado, la luna alta, el Támesis tranquilo y perezoso, el silencio quebrado por los gritos de la noche, criaturas cazando sus presas. Culpepper y Mortimer hablando con los barqueros, impacientes por marcharse, sin saber que unos cazadores más mortales andaban sueltos por el río aquella noche.

—Pero —intervino sir Reginald Branson— nadie lo sabía.

—¡Tonterías! —espetó Athelstan—. Nadie, aparte de estos dos caballeros, tenía que saberlo; ni siquiera dijeron a los barqueros por qué necesitaban su barca. Sin embargo, Culpepper había cometido un error tremendo. Amaba de verdad a Ginebra la Dorada. Le había enseñado el dinero que había ganado y le había dicho en susurros que habría más. Ginebra era la última persona a la que debería habérselo dicho, y se lo contó todo: el tesoro, el lugar secreto en el Támesis, el plan, incluso la hora. Ginebra era de corazón veleidoso. Puede que Culpepper la amara, pero las

atenciones de ella ya divagaban. Sin que Culpepper lo supiera también prestaba sus servicios a uno de los otros caballeros. No sé quién. ¿Tal vez vos, sir Maurice? ¿Sir Thomas Davenport, o sir Laurence Broomhill? Ella se lo contó a uno y éste al resto. ¿Erais caballeros pobres, sin un penique, resentidos por la fortuna y el favor demostrados a Culpepper y este recién llegado, Mortimer? De modo que concebisteis un plan para robar el tesoro y solicitasteis la ayuda de maese Rolles y la madre Veritable.

—Yo no... —Maese Rolles alzó una mano—. Sir John —dijo con voz entrecortada—, esto es una tontería.

—Callaos —ordenó Athelstan—. La noche en cuestión vos fingisteis estar de juerga en una cámara de aquí, La Noche en Jerusalén. Nadie se fijaría en la hora, ni siquiera el Misericordia, que servía de mozo, ni los otros criados y doncellas, demasiado ansiosos por dejarse caer, agotados, en sus estrechas camas. Ahora bien, maese Rolles, vos poseíais una gran carreta de costados altos, el lugar perfecto para esconder a un grupo de hombres bajo un toldo de cuero. Teníais la carreta amarrada, con las ruedas cubiertas de paja y sacos para que no hicieran ruido, y partisteis, dejando probablemente sólo a dos caballeros para que siguieran haciendo ruidos de juerga y así distraer la atención de los demás. Sabíais, gracias a Ginebra, dónde estarían esperando el tesoro Culpepper y Mortimer. Llegasteis de pronto y en silencio. Todos sois arqueros expertos. Llegasteis en el momento en que los dos caballeros tomaban posesión de la barcaza.

Athelstan se interrumpió.

—El ataque sería rápido, las flechas volarían con un siseo. —El fraile miró con rapidez a Malaquías, que ahora estaba tan pálido que sus ojos parecían charcos oscuros y sus labios delgadas líneas pálidas—. Cuatro cadáveres —prosiguió Athelstan— traspasados por flechas. Rápidamente los llevasteis a la carreta que aguardaba, junto con el cofre del tesoro. El lugar era secreto. El agua del río pronto arrastraría toda señal de violencia. Empujasteis la barcaza hasta el centro de la corriente después de desvalijarla.

—¿Y Ginebra la Dorada? —preguntó Cranston con la mirada aún fija en maese Rolles.

—Ah, Ginebra la Dorada —suspiró Athelstan—, a la que la fortuna no favoreció. El pobre Culpepper murió pensando que ella le amaba a él y sólo a él. Los hombres por los que le traicionó la animaron a mantener esta ilusión. Supongo que le dijeron que esperara a Culpepper en algún lugar

solitario y oscuro; ¿dónde mejor que en su lugar de encuentro acostumbrado, el cementerio de San Erconwaldo, cerca del río pero lo bastante alejado de La Noche en Jerusalén? Ella tenía que esperar hasta que todo hubiera terminado. Por supuesto, si se traiciona a alguien, sólo es cuestión de tiempo el traicionar a otro. Había que silenciar a Ginebra. No tengo ninguna prueba de que fuera en San Erconwaldo, pero sé que la madre Veritable se ocupó de ella. La carreta que contenía los otros cuatro cadáveres se detendría para recoger también su cuerpo. En plena noche, aquella carreta, con las ruedas recubiertas de paja para amortiguar el ruido, entró de nuevo en La Noche en Jerusalén.

—Ver a maese Rolles en su carreta —intervino Cranston— era algo corriente a todas horas del día y de la noche. Mozos y criados, incluido el Misericordia, dormían en el bar, debajo de las mesas. Había suficientes caballeros para vigilar en plena noche...

—También había otra entrada —dijo Athelstan deprisa, temeroso de que Cranston se dejara llevar por la excitación que le producía lo que estaba siendo revelado—. La pequeña puerta de postigo que da al jardín. —El fraile bajó la mirada a la mesa—. Maese Rolles, he examinado vuestras cuentas. Creo que en aquella época estabais arreglando el jardín, ¿no es cierto? ¿Estaba toda la tierra removida? Ahora es un lugar bello, pero entonces era un lugar ideal para esconder cinco cadáveres y todas sus posesiones. Los entraron por la puerta de postigo aquella noche. —Athelstan señaló la ventana—. No me extraña que tuvierais cepos para proteger semejante lugar.

—Esto es ridículo —protestó sir Maurice—. No tenéis ninguna prueba.

—No lo negáis —gritó Cranston—. Simplemente pedís pruebas.

—Pronto os las daré. —Athelstan señaló hacia la ventana—. Encontraremos los cadáveres, y la madre Veritable: ahora estará a punto de prestar juramento, de proporcionar a la Corona y sus abogados todas las pruebas necesarias.

—Pero este tesoro... —intervino sir Reginald Branson.

—Ya conocéis la respuesta —replicó Athelstan—. Llegaremos a él poco a poco. ¿Qué pretendíais hacer con ese tesoro? ¿Repartirlo, esconderlo hasta que regresarais? —El rostro de Athelstan se arrugó al sonreír—. Pero no podíais hacerlo, ¿verdad? Al final, lo único que teníais que hacer era esconder los cadáveres y dejar que aquellos pobres hombres cargaran con la culpa. El crimen perfecto, salvo por la madre Veritable. Ella ya ha

confesado haber matado a Ginebra la Dorada. Se suponía que destruiría todas las posesiones de aquella pobre mujer, haría parecer que había recogido todas sus cosas y desaparecido sin dejar rastro, pero era una mujer codiciosa y se quedó un cofrecito de Ginebra. —Athelstan se inclinó bajo la mesa, sacó el pequeño cofre y lo colocó con cuidado delante de él—. Transcurrió un año, el cofre perdió valor. La madre Veritable se volvió descuidada, o bien le roía la conciencia. Se lo regaló a Beatrice y a Clarice, sin darse cuenta del terrible error que cometía. —Athelstan dio unos golpecitos en los cierres rotos—. Mirad esto, caballeros, ¿veis la insignia? Cruces celtas azul oscuro sobre fondo ámbar oscuro. ¿Recordáis de quién era esta insignia?

—¡En el nombre de Dios! —Sir Maurice se inclinó hacia delante, temblándole las manos.

—Ah, sir Maurice, habéis llegado a la misma conclusión que yo, ¿verdad, fray Malaquías? —Athelstan lanzó una rápida mirada al benedictino—. ¿No son ésas las insignias personales de vuestro hermano, en oposición al escudo de armas de vuestra familia? Una cruz celta azul oscuro sobre fondo ámbar oscuro. Lo observé en la Torre cuando examiné con atención el documento de entrega. Vuestro hermano Richard siempre firmaba con una cruz como ésta junto a su nombre, mientras que Mortimer empleaba un león, la divisa heráldica de su familia. Vos lo habíais olvidado, pero el Misericordia no. El se hizo muy amigo de Beatrice y Clarice. Un día vio este cofre y, como tenía buena vista y era de ingenio agudo, comprendió que debía de haber sido un regalo personal de sir Richard, un hecho que la madre Veritable había pasado por alto. El Misericordia se preguntaba por qué la madre de las muchachas, Ginebra, supuestamente tan entregada a sir Richard, desaparecería dejando esto aquí. Se puso a reflexionar, rastreando su memoria, recordando los sucesos de aquella noche. ¿Recordó algo que había pasado? ¿Algo que había visto? ¿Receló de la historia aceptada? Al final compartió su secreto con Beatrice y Clarice mientras insinuaba, de forma enigmática, a su propia hermana lo que había descubierto. Algo que también podía encontrarse en la persona de Edith, es decir, una cruz celta. Cuando visité a Edith en el convento de las Clarisas pobres, llevaba una cruz similar a ésta. —Athelstan dio unos golpecitos al cofre—. El Misericordia debió de decir a estas dos jóvenes que fueran con cuidado, que confiaran el cofre a otra persona, cosa que hicieron: su amiga Donata.

Después de ser asesinadas, Donata sospechó que había algo raro y decidió huir de casa de la madre Veritable y confiarme esto.

—¿Es eso cierto? —gritó sir Reginald Branson, mirando con furia a fray Malaquías.

—Sabéis que lo es —espetó el benedictino.

—Claro que sí —declaró Athelstan, empujando el cofre sobre la mesa.

Malaquías alargó la mano, como si acariciándolo de alguna manera pudiera acariciar a su hermano muerto.

—Dejadme continuar la historia —señaló Athelstan—. Una vez cometido el vil acto, vuestros guerreros de Cristo fueron a ultramar, maese Rolles volvió a cuidar de su taberna mientras la madre Veritable seguía labrando su propio mal camino. Pero el pecado, como una bestia ante la puerta, se agazapa y espera, ¿no es cierto, fray Malaquías? Veréis —Athelstan eligió sus palabras con cuidado—, fray Malaquías estaba muy intranquilo por su hermano. Durante un tiempo creyó la historia aceptada, que su hermano, junto con Mortimer, había robado el tesoro lombardo y desaparecido con su amante, Ginebra la Dorada. Ahora bien, la Corona, por no mencionar los banqueros lombardos, había hecho circular una lista del tesoro robado entre los gremios de orfebres de todas las principales ciudades del reino. Fray Malaquías hizo lo mismo.

Athelstan abrió su cartera de los útiles de escritura y sacó los dos documentos que Cranston le había entregado la noche anterior.

—Aquí hay dos listas, una hecha por la Corona y la otra por fray Malaquías. Hay una diferencia. En la vuestra, Malaquías, añadisteis un artículo que no se encuentra en la otra. —Athelstan abrió su bolsa y sacó la cajita forrada de terciopelo verde que contenía el anillo de san Erconwaldo—. Esto era propiedad de vuestro hermano. Puede que sea sajón, pero sospecho que lo compró porque las cruces que hay dentro del anillo son muy similares a las de sus insignias personales. ¿Lo compró en Londres, fray Malaquías? Sin duda os lo mostró antes de dárselo a Ginebra la Dorada como prueba de su amor. —Athelstan se interrumpió. El silencio era ahora tan pesado que todo ruido procedente del jardín resonaba en la estancia—. Ninguna joya del tesoro ha reaparecido jamás —prosiguió Athelstan—, pero este anillo sí. Un orfebre se puso en contacto con vos, fray Malaquías. Cuando vio el anillo, comprendió que Ginebra había muerto, y también vuestro hermano. Cuando la madre Veritable mató a Ginebra, codiciosa como era y decepcionada como estaba por lo que se encontró en el cofre del

tesoro lombardo, se quedó con la caja pero vendió el anillo. Sólo era cuestión de tiempo el que algún orfebre lo reconociera y, esperando recibir la recompensa, os escribió. Este anillo ya ha hecho confesar a la madre Veritable.

—¡Os lo dije!

La explosión de maese Rolles sorprendió incluso a Cranston. El tabernero se puso en pie de un salto, blandiendo la daga, y se abalanzó sobre la mesa, alcanzando por poco el rostro de sir Maurice. El caballero empujó la silla hacia atrás, llevándose la mano a su propia daga, pero Rolles, con el rostro blanco y tenso, los ojos llenos de rabia, se abalanzó entonces sobre Athelstan, su atormentador. Cranston, aún más rápido, retorció la muñeca a Rolles y la daga salió volando. Athelstan tuvo tiempo de sentarse cuando el tabernero, retrocediendo, se sacaba la daga galesa de la bota. Se volvió a Cranston, moviendo los labios sin emitir sonido alguno y secándose el sudor de la mejilla.

—No seáis estúpido. —Cranston se levantó y desenvainó su espada, produciendo un siseo, y con la otra mano empuñó hábilmente una daga—. Vamos, maese Rolles, ésta no es manera de comportarse, sean cuales sean los cargos que tengáis que afrontar.

—¿Cargos?

Rolles se secó la frente con el dorso de la mano. Había perdido el sentido de dónde se encontraba y qué estaba ocurriendo, atrapado por los errores del pasado.

—Estúpido bastardo. —Rolles se volvió a sir Maurice—. Fue vuestro plan desde el principio. Debería haberlo sabido. ¿Y para qué? Toda esa sangre, ¿para qué? Y esa estúpida zorra, Veritable, tan codiciosa.

Sir Maurice seguía sentado en su silla, ligeramente retirado de la mesa. La mano de sir Reginald se fue acercando lentamente a la daga enfundada bajo su cinturón.

—Todo esto —Rolles gritó tanto que los guardias de fuera se alarmaron y se precipitaron dentro, pero Cranston les hizo señas de que salieran—, todo esto —volvió a gritar; en las comisuras de la boca apareció un poco de espuma— perdido por culpa vuestra.

—Maese Rolles —advirtió Cranston—, bajad el cuchillo.

—Y vos —Rolles dio un paso al frente—, gordo Jack Cranston, habéis venido para llevaros mis beneficios, ¿verdad? Nunca me habéis gustado, con vuestros ojos fisgones, todo franqueza y alegría, siempre íntegro.

Cranston dio un paso atrás, levantando la espada y la daga. Rolles se hallaba sumido en su propia furia, loco de ira por lo que estaba a punto de ser revelado. Athelstan había calculado que la desaparición de la madre Veritable desconcertaría a Rolles, pero no hasta este extremo.

De pronto llamaron a la ventana. Flaxwith, alarmado, miraba dentro. Cranston bajó la espada; Rolles aprovechó la oportunidad, se volvió ligeramente como el luchador que era y se precipitó, apuntando con la daga al rostro de Cranston, pero, moviéndose con rapidez, la bajó hacia su verdadero blanco: el ancho pecho del forense. Cranston, a pesar de su corpulencia, actuó con mayor rapidez. En lugar de retroceder, se apartó hacia la derecha. La mano con la que sostenía la daga paró el golpe de Rolles, mientras clavaba su espada en la blanda carne donde se unen el estómago y el pecho. La fuerza del impulso de Rolles hizo que la hoja entrara más, y durante un rato se balanceó hacia delante y hacia atrás sobre los pies, con una expresión de dolorida sorpresa en el rostro mientras dejaba caer su daga.

Sir John sacó su espada. Rolles intentó hablar, moviéndose hacia delante aun cuando le salía sangre con espuma por la boca. Realizó un último esfuerzo y luego cayó de rodillas, exhaló un suspiro y se desplomó en el suelo. Flaxwith abrió la puerta de golpe, seguido por varios compañeros. Cranston les gritó que se retiraran.

—Pero, sir John, he...

—No importa —replicó Cranston—. Lo habéis visto todo, Henry. No he tenido elección.

Flaxwith asintió.

—Es traición, sir John, sacar un arma a un oficial del rey que está a punto de efectuar un arresto.

—Gracias, Henry.

Cranston señaló la puerta. El alguacil se retiró y Cranston ordenó al resto que se quedaran donde estaban y pusieran las manos sobre la mesa. Él se arrodilló, apretando los dedos en el cuello de Rolles. Athelstan se acercó a él. Le brotaba sangre de la boca y de la herida del pecho, formando un charco rojo oscuro en el suelo. Ni Cranston ni Athelstan encontraron el latido de la vida. El fraile murmuró una plegaria, pero Cranston era más práctico.

—Tendrá que esperar. Dejemos su cuerpo aquí y su alma oirá nuestro juicio.

—¿Estáis seguro? —preguntó Athelstan.

—Sentaos, padre —ordenó Cranston.

El fraile volvió de mala gana a su silla. Malaquías sonreía para sí, como si saboreara el momento.

—Habéis celebrado misa en mi iglesia —le recriminó Athelstan—. Habéis condenado a estos hombres porque se acostaban con prostitutas, pero sonreís porque un enemigo yace muerto a pocos pasos de vos.

La reacción de Malaquías fue volverse y escupir al cadáver.

—Era un asesino —replicó el benedictino—. Lo sabéis y yo también. Ha sido ejecutado legalmente por un oficial del rey en el cumplimiento de su deber. Rolles había participado en el asesinato de mi hermano.

—Sí, junto a otros.

Athelstan miró fijamente a los dos caballeros. Ambos hombres parecían vencidos; su rostro reflejaba miedo.

—Y llegamos a la noche de la Gran Caza de Ratras —prosiguió Athelstan—. Esos caballeros, maese Rolles y la madre Veritable habían decidido que el Misericordia era un peligro demasiado grande para pasarlo por alto; su amistad con Beatrice y Clarice representaba una amenaza, mientras que los caballeros, en especial Chandler, tenían otros motivos de queja contra él. La madre Veritable había oído rumores y Dios sabe qué preguntas había estado haciendo el Misericordia. Éste se movía al margen de la ley; podía reunir información, sacar la conclusión de que vos, Malaquías, erais inocente pero el resto un hatajo de asesinos. Se guardaría esta información, temeroso de las represalias, incapaz de acudir a la ley pero codicioso de lo que el chantaje podía aportar. No lo sabía todo, pero sí lo suficiente para alimentar recelos. Una vez conocidos éstos, se decidió su muerte y la de las dos jóvenes. Beatrice y Clarice eran una presa fácil; sólo era cuestión de tiempo, de esperar la ocasión adecuada. El Misericordia era diferente; era un hombre de ingenio agudo, tendría que ser perseguido, así que se acudió al Judas. Éste, en realidad, fue contratado por todos los asesinos.

»La noche de la Gran Caza de Ratras, Beatrice y Clarice fueron invitadas y enviadas al granero. El Judas tenía que matar al Misericordia, pero éste escapó y acudió al último hombre al que debía haberse acercado, maese Rolles. El tabernero le envió al granero, o bien para ser asesinado junto con Beatrice y Clarice o bien para que quedara atrapado y fuera acusado de ser su asesino. El estómago de ese hombre astuto le salvó. Estaba muerto de

hambre. Tuvo suerte, esa suerte que siempre le había hecho estar un paso por delante de la ley. No estaba allí cuando el asesino entró en el granero.

—¿Quién era? —preguntó el padre Malaquías.

—Oh, sospecho que maese Rolles. Había enviado a las chicas y al Misericordia al granero. Debía de saber que el Judas se había equivocado de hombre, pero en realidad no le importaba. Fingió estar ocupado en la cocina para distraer a los que son como el agobiado Tobías, y luego se deslizó por una puerta lateral y cruzó el patio. Sir Stephen Chandler le esperaba en las sombras. Actuaría de centinela, mientras Rolles cometía el asesinato. Broomhill también bajó para vigilar. —Athelstan se interrumpió—. Rolles entró con sigilo en el granero, mató a aquellas dos mujeres, pero se dio cuenta de lo que puede que Chandler le dijera, que el Misericordia no se encontraba allí. Atranca la puerta del granero y vuelve a la cocina. Chandler, borracho y lloroso, entra en el granero y ve los cadáveres antes de regresar tambaleándose a la taberna. Si algo iba mal, Chandler y Rolles podían responder el uno del otro. El Misericordia había escapado, pero podía esperar otro día, y ese día llegó antes de lo que creía.

»El Misericordia es arrestado y llevado a Newgate. Ahora se da cuenta de lo que significan las muertes de Beatrice y Clarice. Mientras está encerrado en Newgate, deja más claves sobre lo que sospecha. Rasca en la pared «*Quem quaeritis*», «¿A quién buscáis?». Es una frase del Evangelio de Pascua; cuando las mujeres llegaron a la tumba de Cristo para ungir Su Cuerpo se encontraron con unos ángeles que hicieron la misma pregunta. Es una referencia a los cruzados, soldados que juran luchar por el sepulcro de Cristo. De una manera sutil el Misericordia estaba nombrando a los caballeros que, veinte años atrás, habían robado el tesoro destinado a aquella flota de cruzados. Tal alusión atraería al Misericordia, con su conocimiento de la música y la liturgia, lo mismo que la segunda pista, la referencia a los números. 1, 1, 2, 3, 5. Con ellos estaba numerando a los asesinos: los cinco caballeros que se alojaban en esta taberna. En realidad, estaba haciendo algo más. Los números 1, 1, 2, 3, 5 proceden de la obra de geometría *Practica Geometriae* del *signor* Fibonacci. El escritor demostró una secuencia de números, cada una de las cuales, después de la primera, es la suma de las dos anteriores. El Misericordia, un estudioso, tenía que resaltarlos: no sólo estaba señalando a estos caballeros, sino demostrando que todos estaban metidos en un aquelarre asesino. Por último —Athelstan suspiró—, cuando murió, el Misericordia se hizo más explícito. El

prisionero de la celda contigua creyó que gritaba «Ofre». En realidad, era «cofre».

Athelstan alargó el brazo y acercó el cofre hacia sí.

—Habíais decidido su muerte, ¿verdad, sir Maurice? Vos y vuestros compañeros, maese Rolles y la madre Veritable. Eráis un hatajo de conspiradores, que podían responder uno de otro por muchas fingidas disputas que se hubieran producido. Cuando sir John vino con sus preguntas, todos os hicisteis el inocente y afirmasteis que nadie salió de la taberna, pero uno o más sin duda se deslizó hasta Cheapside y, cubierto con capa y capucha, se encargó de que se enviara al Misericordia aquel pastel de carne envenenado. Sospecho que fuisteis dos. La madre Veritable lo compró, y alguien más se lo dio al guardián. Sabíais que nosotros íbamos a ir allí. Simplemente, vigilasteis y esperasteis a que nos marcháramos; entonces llevasteis a cabo vuestro plan asesino. Debíais de saber que un regalo del señor forense a un prisionero de Newgate sería entregado de inmediato.

Athelstan se interrumpió. En el jardín los alguaciles se estaban reuniendo alrededor de un profundo foso, hablaban con excitación y señalaban algo en el suelo. Athelstan medio se levantó para ver mejor y se dio cuenta de que los alguaciles habían estado cavando cerca del pequeño cenador donde él y Rosamund se habían sentado.

—Enseguida —murmuró— todo será revelado. Para entonces... — prosiguió. Sir Maurice daba la impresión de no estar escuchando, apoyado sobre la mesa, con la cabeza en las manos, mientras Branson tenía la mirada fija en la pared como un hombre que hubiera recibido un golpe en la cabeza—. Para entonces habíais decidido otras muertes. El Judas era un peligro; era estrecho de miras pero tenía ingenio. Empezó a recelar; en realidad, cualquiera lo hubiera hecho. Durante aquellas largas horas en el cementerio de San Erconwaldo se haría preguntas como ¿por qué el Misericordia? ¿Quién le había contratado? ¿A qué se debía tanto secreto? Se enteraría de lo del tesoro lombardo y los misteriosos sucesos de hace veinte años, y, por supuesto, él era sospechoso de los asesinatos de Beatrice y Clarice, aunque la noche en que fueron asesinadas él estuvo implicado en una reyerta. Registré su cámara y encontré un pedazo de pergamino donde había escrito «4 no 5».

—Estaba hablando de la presente compañía, ¿verdad? —preguntó Cranston.

—Así es —asintió Athelstan.

—Os había encontrado, ¿verdad, sir Maurice? Sabía todo lo de los cinco caballeros y su capellán. Tenía buena vista, y la noche de la Gran Caza de Ratas bajó al bar. Debió de encontrarse con vos, ¿no?

Sir Maurice no levantó la mirada.

—Reparó en que faltaba uno más o menos a la hora en que aquellas dos jóvenes fueron asesinadas. Observó que Chandler no estaba allí. Esto es pura deducción —concedió Athelstan—, pero el Judas quedaría intrigado: ¿qué importante suceso se produjo en el que sólo estaban presentes cuatro de los caballeros, y no cinco? La única ocasión importante, los únicos asesinatos que se produjeron cuando él estaba cerca, fueron los de Beatrice y Clarice. Debió de oír el rumor de que sir Stephen había discutido con aquellas mujeres además de ser visto después en el patio. Sobre todo —Athelstan echó una rápida mirada al cadáver que se estaba poniendo rígido detrás de él—, se preguntaba por qué maese Rolles no interfirió en su confrontación con el pobre Toadflax. ¿Rolles estaba tan ocupado en la cocina como para no poder salir? El Judas empezó a hacer preguntas, así que le matasteis, de muy cerca, con una flecha de ballesta. El Judas era un soldado, un cazador; había que cogerle desprevenido. Puedo imaginar a maese Rolles llamando a su puerta, bien oculta la ballesta. El Judas abre la puerta y en cuestión de segundos está muerto.

Athelstan miró a Malaquíás, que se hallaba absorto en sus pensamientos, dando golpecitos con los dedos en el borde de la mesa.

—Maese Rolles tenía que estar implicado. Necesitaríais su carreta. El cadáver del Judas, completamente desnudo, se ocultó bajo montones de basura. Al anochecer, maese Rolles lo llevó al muladar del puente de Londres. Nadie se entretiene a observar los escombros, la basura y otros residuos inmenables. El cadáver del Judas formó parte del montón y fue arrojado al Támesis junto con el resto.

Se interrumpió al oír unos golpes furiosos en la puerta y entró Flaxwith. El alguacil se quedó parado junto al cadáver despatarrado en el suelo.

—¿Qué ocurre, Henry? —preguntó Cranston.

Flaxwith susurró algo con voz ronca al oído del forense. Athelstan oyó algunas palabras: habían hallado algo en el jardín.

—Que espere, sir John.

Cranston accedió, pero ordenó a Flaxwith que se llevara el cadáver del tabernero. Trajeron enseguida una sábana, envolvieron con ella el cuerpo y

lo sacaron al pasillo. Athelstan oyó los gritos y gemidos de los criados y doncellas, que ahora se habían acercado, horrorizados por lo que estaba ocurriendo. Se levantó y cerró la puerta con firmeza para no oír el barullo.

—Fray Malaquías, llegamos a vos. Fuisteis atacados en mi iglesia con una daga. Uno de los cuchillos empleados pertenecía al Judas, pero, por supuesto, esto sólo fue para complicar las cosas. Ese pobre desdichado ya había ido con Dios. Maese Rolles, pieza importante en todos estos asuntos, fue quien os atacó. —Athelstan señaló al forense—. Cuando sir John describió a Rolles por primera vez, le llamó sicario, un «hombre hábil con la daga»; los caballeros le enviaron para silenciarlos.

—¿Y por qué querrían hacerlo? —La voz de Malaquías estaba llena de sarcasmo.

—Ya sabéis por qué. —Athelstan sostuvo la mirada del benedictino—. Una vez el anillo estuvo en vuestro poder —prosiguió—, comprendisteis que vuestro hermano estaba muerto. El día del gran robo habíais estado ausente al otro lado del río; que yo sepa, maese Rolles, sir Maurice y los otros conspiradores pudieron haberse ocupado de eso. Regresasteis y, como el resto, quedasteis perplejo por lo que había ocurrido. Al final aceptasteis de mala gana que vuestro hermano era un ladrón y un fugitivo. No teníais motivos para sospechar otra cosa. La flota de los cruzados se marchó del Támesis; jamás visteis ni oísteis nada que levantara vuestras sospechas, hasta que ese anillo llegó a vuestras manos. Era una cuestión de lógica. ¿Quién más conocería lo del tesoro? ¿Quién más tenía medios para llevar a cabo la hazaña? ¿Reflexionasteis sobre Ginebra la Dorada, sobre la posibilidad de que pudiera no haber amado a vuestro hermano como él la amaba a ella? Y, por supuesto, el tesoro. ¿Habéis ido a ver a Su Ilustrísima, Juan de Gante?

Malaquías le miraba con frialdad.

—¿Qué fue, padre? —instó Athelstan—. ¿Qué fue lo que os decidió a llevar a cabo el juicio de Dios sobre esos asesinos?

—¿Lo hice? —replicó Malaquías. Echó la silla hacia atrás, sonriendo para sí—. Decidle a sir Maurice cómo lo hice, Athelstan.

—Decidisteis que Chandler debía ser el primero en morir —declaró Athelstan—. Aquel gordo caballero estaba nervioso, seguía perturbado por los sucesos de la noche anterior, estaba sudoroso y agitado. Quería un trago de vino de Burdeos y calmarse con un baño caliente. Visteis preparárselo. Cuando se quedó solo, llamasteis a la puerta de sir Stephen llevando una

copa de vino idéntica. El caballero, aturdido, os dejó entrar. Se hallaba desnudo, y cuando se dio cuenta de que habíais ido para hablar de cosas sin importancia, quiso que os marcharais.

—Pero después de que Malaquíás hubiera cambiado una copa por otra —prosiguió Cranston.

—Ah, sí —coincidió Athelstan—. La copa que Malaquíás había traído estaba fuertemente sazonada con veneno. ¿Cuántas veces dejamos una copa y cogemos la que no es nuestra? Chandler ni siquiera se dio cuenta. Hizo salir a Malaquíás, dejó sus botas fuera para que se las limpiaran, cerró con llave y atrancó la puerta, se metió en la bañera y se tragó su muerte. Las mucosidades de la nariz le impedirían notar el sabor del veneno.

—¿Y sir Laurence Broomhill? —preguntó Cranston—. Le atrajisteis hasta la bodega, encendisteis la vela al fondo y tropezó con aquel repulsivo cepo.

—Dios sabe —añadió Athelstan— cómo lo hicisteis. ¿Un mensaje de que Broomhill tenía que acudir solo para enterarse de algo? Vos lo conocéis todo de esta taberna, la bodega y lo que contiene.

—Ahora comprendo —dijo Cranston dando unos golpecitos en la mesa — por qué no nos llamaron cuando encontraron a Broomhill. Vos, sir Maurice, lo retrasasteis, no queríais que oyéramos el peligroso farfullar de un hombre agonizante que podía pedir a Athelstan que le oyera en confesión.

—Verdaderamente sois hombres malvados —acusó Athelstan—. Os importaba un comino el alma de Broomhill o la reputación de Chandler. Si las cosas se ponían feas, se podía acusar a Chandler de las muertes del granero, como consecuencia de haber tomado demasiado vino y ser demasiado lujurioso. Al fin y al cabo, había tocado los cuerpos y se había manchado las manos de sangre. Declarasteis que faltaba la ballesta de Chandler. Dudo mucho que tuviera una. Os preocupaba más que vuestro capellán fuera vuestro justo castigo.

—¿Y me acusáis de la muerte de Davenport? —preguntó Malaquíás.

—¡Sí! —Sir Maurice parecía haberse recuperado. Intentó zarandear a Branson para que saliera de su ensueño, pero sir Reginald se volvió como un niño asustado.

—¡Sí! —repitió Clinton, apartándose su larga cabellera gris—. Diga lo que diga él. —Señaló a Athelstan.

—¿Estáis confesando, sir Maurice? —preguntó Cranston.

—No confesaré nada hasta que tenga una entrevista con Su Ilustrísima.

—Oh, estoy seguro de que la tendréis —replicó Athelstan—. Sin embargo, nadie mató a sir Thomas Davenport. Se suicidó. Vos, sir Maurice, mentisteis respecto a él, tratasteis de describir a Davenport como un hombre jovial, alegre, ansioso por una copa de vino y los dulces abrazos de Rosamund. Fuisteis vos o maese Rolles quien la envió para distraer a sir Thomas. Él había vivido con su pecado veinte años; cada vez que venía aquí lo recordaba. En realidad, ésta era la verdadera razón por la que os reuníais aquí cada año. Con el pretexto de celebrar un triunfo pasado, los conspiradores se reunían para reafirmar su lealtad mutua. Por eso Chandler trajo su cofre de la cancillería. No creo que ninguno temiera a Dios o al hombre. Sir Thomas tal vez era diferente. Él comprendía que un pecado lleva a otro. Los asesinatos de Beatrice y Clarice, el Misericordia, el Judas, y, por supuesto, cuando enviasteis a maese Rolles para que se deshiciera de fray Malaquíás... sir Thomas se dio cuenta de que la conspiración se estaba viniendo abajo. La Bestia del Pecado ya no acechaba en la puerta; le estaba acosando. Davenport salió al jardín y, como sir Stephen Chandler, rogó a Dios que le perdonara. Pidió perdón pero, igual que Judas Iscariote, la culpabilidad le consumía. Se sentó en aquel jardín y pensó en los cadáveres que allí se pudrían, las otras víctimas, su sangre que clamaba la venganza de Dios. No pudo más. Regresó a su cámara, se encerró y murió a la manera romana. Cogió el candelero y se lo clavó en el corazón.

—¿Cómo habéis sabido eso? —intervino el benedictino—. Creía que me atribuíaís a mí esa muerte.

—No, no, Malaquíás. Vos sabíais lo que había ocurrido. Los caballeros, maese Rolles y la madre Veritable se habían informado bien sobre los asesinatos de Chandler y Broomhill. Si no era responsable ninguno de ellos, y el Judas estaba en otra parte persiguiendo al Misericordia, debía de haber sido otro del grupo. La conclusión lógica era el piadoso fray Malaquíás, tan fiel a la memoria de su hermano. Rolles intentó mataros en San Erconwaldo. Vos os disteis cuenta de ello y por eso os marchasteis de su taberna y os refugiasteis conmigo. Vuestra partida asustó tanto a Davenport, le aterró tanto, que se quitó la vida.

—Bailé cuando me enteré de la noticia —dijo Malaquíás.

—No me cabe duda —observó Athelstan—. Pero el suicidio es la única solución lógica. Sir Thomas estaba encerrado en aquella cámara. Comió los dulces, bebió un poco de vino, después se clavó el candelero mientras

estaba sentado en la silla, razón por la que la sangre le salpicó el regazo. Rolles y Clinton no querían que yo descubriera la verdad, por eso confundieron las cosas para hacer que pareciera un asesinato. ¿Por qué no? No habíamos resuelto los asesinatos de Chandler ni de Broomhill; el supuesto asesinato de Davenport no sólo eliminaba la sospecha de suicidio sino que complicaba aún más las cosas. Naturalmente, no pudieron ir más allá, ya que la cámara había sido visitada por Rosamund, a la que más tarde yo interrogué. Cometisteis un error, sir Maurice. Cuando Davenport se clavó aquel candelero en el corazón, debía de haber mantenido las manos apretadas a él. Sus dedos, pegajosos por los dulces, se habrían manchado de sangre. Vos o Rolles limpiasteis la sangre y el azúcar. Sir Thomas se fue con Dios con las manos limpias pero el alma manchada.

—Si hubiera sido suicidio —intervino Cranston—, si lo hubiéramos sabido de inmediato, nos habríamos preguntado qué era lo que podía haber asustado tanto a sir Thomas Davenport para quitarse la vida.

—¿Cómo supisteis finalmente —Athelstan señaló a Malaquíás— lo que ocurrió en verdad hace veinte años?

—¿Cómo lo supe? —repitió el benedictino—. Como cualquiera. Bueno, fue con el transcurso de los años, un detalle aquí, un detalle allá. Mi hermano jamás habría desaparecido, no de ese modo. —Meneó la cabeza—. No como el humo, y tampoco Mortimer. Él amaba verdaderamente a su hermana. Me llegaron rumores de que Ginebra había sido vista aquí o allí, pero no los creí. Luego, estas reuniones —señaló alrededor— cada año. ¿Por qué cinco caballeros de Kent, poderosos terratenientes, estaban tan ansiosos por reunirse con gente como maese Rolles y la madre Veritable? Ocurrió como con el tiempo, hay pocas señales pero sabes que va a cambiar. Yo solía frecuentar esta taberna, y así fue como descubrí el cepo. Igual que vos, fray Athelstan, reparé en la carreta de costados altos, las muchas entradas de la taberna; luego se encontró el anillo. —Sonrió con aire soñador a Athelstan—. Se lo enseñé a ellos y ni siquiera lo reconocieron. Lo único que yo tenía de mi hermano; por eso os lo entregué a vos, en cumplimiento de un juramento. Quería que se conservara en un lugar sagrado.

Se inclinó y atrajo hacia sí el pequeño cofre, acariciando suavemente la tapa.

—La noche de la Gran Caza de Ratat, cuando aquellas dos prostitutas fueron asesinadas y perseguían al Misericordia, tomé una decisión. Sí, había

ido a ver a Su Ilustrísima el regente. Quería aclarar algo. Él sabía quién era yo. Quizá sospechaba lo que planeaba. No me llamó por mi nombre de monje, sino «maese Culpepper». Lo que hablamos es algo que debéis descubrir vos y sir John. Sí, hice lo que hice porque me vi obligado a ello. La sangre inocente exige justicia. —Echó su silla hacia atrás—. No, sir John, no me marchó. Quiero ver a mis muertos.

Cranston y Athelstan salieron con él del aposento. El forense ordenó que los dos caballeros fueran vigilados y gritó a la multitud de criados y doncellas que permanecieran en el bar. Todos se retiraron, temerosos, esquivando los espantosos restos de su antiguo amo envuelto en la sábana manchada de sangre. Seguidos por fray Malaquíás, Cranston y Athelstan salieron al jardín, ahora destartado por los alguaciles, que habían cavado en él: había montones de dura arcilla donde habían abierto el césped y los macizos de flores y zonas de hierbas aromáticas habían sido excavados. A la izquierda del cenador se abría un largo y profundo foso. Flaxwith se acercó y señaló hacia su interior. Athelstan bajó la mirada y cerró los ojos para no ver la espantosa escena.

—Los cuerpos debían de estar desnudos —dijo Cranston en un susurro—. Ni siquiera los envolvieron en una mortaja.

Los esqueletos yacían como una colección de huesos en un osario, uno arrojado sobre otro, podridos la carne y el pelo. Athelstan no vio ni rastro de cinturón ni bota, nada que distinguiera a aquellas cinco personas enviadas a la muerte de forma tan espantosa.

—Haré una confesión completa. —Fray Malaquíás se arrodilló junto al foso, con las manos entrelazadas—. Conozco a mi hermano; hiciera lo que hiciera, seguiré conociendo a mi hermano.

Levantó la cabeza, con lágrimas resbalándole por las mejillas, un anciano conmovido por lo que había visto y oído, sin sonrisas ni burlas, sólo el dolor atroz de la pérdida y la pena.

—En cierto modo os doy las gracias, fray Athelstan. El juicio de Dios se ha cumplido. No os preocupéis por mí, no huiré. Soy sacerdote. Pediré que se me entregue a los tribunales de la Iglesia. Hasta entonces lloraré a mi hermano.

Athelstan se apresuró a bendecir el foso y se alejó. Cranston ordenó a Flaxwith y a sus alguaciles que se llevaran los esqueletos y los pusieran en ataúdes.

—Llévalos a St. Mary-le-Bow —ordenó, y añadió, señalando al benedictino—. Puede ir contigo, pero bajo estricta vigilancia. ¿Fray Athelstan?

Regresaron al aposento de arriba de la taberna. Sir Maurice y sir Reginald habían pedido una jarra de vino y ahora estaban sentados con la copa en la mano. Branson parecía enfermo, pero sir Maurice tenía una mirada fría y decidida.

—Vos y Rolles —reflexionó Athelstan, examinando aquel rostro serio—, vos y Rolles debisteis de ser los principales impulsores. No tenéis piedad, ni conciencia.

—Exijo mis derechos —dijo sir Maurice—. Sir Reginald y yo somos caballeros del condado. Exigimos ser recibidos por Su Ilustrísima el regente.

Athelstan se detuvo cuando oyó ruidos de un caballo que salía del patio de los establos. Dirigiéndose hacia la puerta preguntó qué había ocurrido, y se enteró de que el jefe de mozos de cuadra había partido para realizar algún recado urgente. Athelstan sonrió para sí y entró de nuevo en la estancia.

—¡No tenéis autoridad! —gritó sir Maurice a sir John.

—Tengo toda la autoridad. —Cranston cruzó la estancia. Cogió a Clinton por el hombro y le obligó a sentarse de nuevo—. Sir Maurice Clinton, sir Reginald Branson, quedáis arrestados por alta traición, por asesinato, por robo, por quebrantar la paz del rey. Sois mis prisioneros y esperaré la voluntad del rey. —Les cogió las copas de las manos y las arrojó al suelo, dejando que se derramara su contenido y rodaran hasta un rincón; entonces se acercó a la puerta, haciendo señas a Athelstan para que se reuniera con él. Salió con el fraile y cerró la puerta tras de sí, gritando que vinieran más guardias. Ordenó que dos entraran en la estancia y dijo a los otros que no dejaran entrar ni salir a nadie. Luego cogió a Athelstan por el hombro y le llevó al bar, ahora desierto.

—Bueno, bueno, frailecillo. No teníais pruebas. Clinton y Branson no confesarán. Intentarán echarle la culpa a Rolles y a los otros, mientras que fray Malaquías solicitará el beneficio del clero. ¿Cómo lo supisteis?

Athelstan se acercó a una mesa del fondo y se sentó.

—¡Indicios, sir John, indicios! Como ha dicho fray Malaquías, era como ver cambiar el tiempo.

Se interrumpió cuando uno de los alguaciles de sir John entró con su cartera con los útiles de escritura y el pequeño cofre que había dejado en el aposento de arriba.

—Imaginad, sir John —prosiguió—, que todas esas malas acciones están en una cesta. El tiempo transcurre, la cesta empieza a pudrirse, una o dos hebras se sueltan: el anillo, el cofre, fray Malaquíás. Me preguntaba si había uno o más asesinos, y al final decidí que debía de haber dos. —Utilizó las manos para recalcar este punto—. Por una parte tenemos a Chandler y Broomhill, asesinados en secreto. Deduje que sólo había un asesino tras esas muertes. Pero los otros, el Misericordia, el Judas, Beatrice y Clarice, así como el ataque al padre Malaquíás, todo apuntaba a una conspiración. Lo que teníamos que decidir era quién formaba parte de esa conspiración. Llegué a la conclusión de que todos estaban implicados en ella, excepto Malaquíás. La muerte de Davenport, y el modo en que fue deformada para que pareciera un asesinato misterioso, me convenció. Al final fue una simple cuestión de disgregar a los conspiradores y presentarles las pruebas que había reunido. Y queda uno. Ah, no, sir John. —Athelstan se puso en pie y sonrió al recordar al jefe de mozos de cuadra salir a caballo tan velozmente del patio de los establos—. En realidad hay tres, y uno es más culpable que los otros.

—¿Athelstan?

El fraile entregó el cofre a sir John.

—Decid a vuestros hombres que pongan esto a salvo, que vigilen a esos dos caballeros y a fray Malaquíás, y apresurémonos a ir al otro lado del puente. Tenemos trabajo con la madre Veritable. Sabía que su ausencia inquietaría a Rolles.

Durante su rápido paseo por Southwark y por el puente de Londres, Athelstan trató de calmar a sir John, al tiempo que guardaba silencio.

—Hay una cosa que no entiendo, fray Athelstan, ¡el tesoro! Si los caballeros lo robaron, ¿qué se hizo de él? Según todas las pruebas que habéis recogido no es la fuente de su riqueza. En realidad, nunca se ha encontrado ni rastro.

—¿No?

Athelstan se paró frente a la Casa de los Frailes de la Cruz. Ambos hombres parecían no ser conscientes de la multitud que se arremolinaba a su alrededor y las extrañas miradas que recibían de los comerciantes de los

puestos a ambos lados de la vía pública. Sólo una carreta atestada de prisioneros que se dirigía hacia Newgate les obligó a apartarse.

—No habléis con adivinanzas, padre.

—No lo hago, sir John. ¿Cuándo fue la última vez que perdisteis algo precioso?

—Oh, hace unos tres años; un medallón.

—¿Y lo encontrasteis?

—No.

—¿Y aún lo estáis buscando?

—¡Claro que no!

—Exactamente. —Athelstan sonrió—. Pero vamos, la madre Veritable espera.

Apenas habían cruzado la puerta de las Clarisas pobres cuando se dieron cuenta de que pasaba algo. Un grupo de monjas vestidas con hábito marrón les saludó con excitación; con sor Catalina a la cabeza, se agolparon en torno a sir John.

—¡Oh, mi señor forense, un accidente! ¡Un terrible accidente!

El corazón de Athelstan le dio un vuelco.

—Oh, no, no habrá sido Edith —dijo en un susurro.

—Oh, no —replicó sor Catalina—, su visitante, la madre Veritable.

Señaló al otro lado del patio, hacia las empinadas escaleras que ascendían por un costado del edificio del convento.

—Una mujer extraña, padre.

Athelstan miró al otro lado del patio y sintió un escalofrío de temor. Una mancha oscurecía el escalón inferior y el patio empedrado de abajo. Cranston intentó calmar al resto de monjas.

—Se ha caído, ¿verdad? Edith ha accedido a reunirse con ella allí, en su cámara, en la planta superior.

—¿Qué ha ocurrido? —Cranston se volvió.

—La joven Edith —repitió Athelstan— ha accedido a ver a la madre Veritable en su cámara, que está en lo alto de la escalera, y cuando han terminado de hablar han salido, ¿verdad?

Sor Catalina asintió.

—Y ha ocurrido algo, ¿no es así?

—Sí —farfulló la monja—. La madre Veritable debe de haber perdido pie. Nos encontrábamos en el refectorio y hemos oído el grito. Su cuerpo ha caído por la escalera, así es como Edith lo ha descrito, y se ha abierto la

cabeza. Nuestra enfermera ha dicho que se ha roto el cuello. Edith se halla ahora en la casa de invitados, con las dos visitas que habéis enviado.

Acompañó a Cranston y Athelstan al otro lado del patio. El fraile echó una mirada rápida al charco de sangre, la mancha roja oscura, que poco a poco se iba secando, que señalaba el fin de aquella mujer perversa. En el interior de la casa de invitados encontraron a la pálida Edith con una copa de vino en la mano, y a Benedicta y Cecilia sentadas a ambos lados de ella.

—Deseo hablar con fray Athelstan a solas —dijo Edith. El fraile hizo un gesto de asentimiento a Cranston.

—Me quedaré fuera con estas dos bellezas. —El forense tosió bruscamente cuando recordó a sor Catalina—. Quiero decir tres. Hermana, ¿no tendríais un poco de pan y una jarra de burdeos para un forense hambriento y sediento?

—Desde luego, sir John.

Sor Catalina cogió al forense del brazo como si fueran viejos amigos y salió con él; Cecilia le cogió del otro brazo y les siguió con descaro. En la puerta, Benedicta volvió atrás. Cogió a Athelstan del hombro y le dio el beso de la paz en ambas mejillas.

—Dicen que ha sido un accidente, pero...

Entonces se marchó. Athelstan se sentó al lado de Edith en el banco.

—He venido a daros las gracias por lo que habéis hecho. Habéis hecho creer a la madre Veritable que deseabais entrar en su casa.

—Le he prometido el mundo entero —respondió Edith con calma— y esa vieja bruja se ha pavoneado como si fuera la reina de la noche. La he retenido todo el tiempo que he podido, padre. He tolerado su olor, su presencia. Esta mujer que, lo sabía, había participado en la muerte de mi hermano, que sin duda era responsable de perseguirle como a un perro a lo largo y a lo ancho de esta ciudad. Me ha asegurado que estaría bien, que tendría hermosas ropas, joyas, el favor de los grandes. —Apoyó la cabeza en la pared—. No podía tolerarla más y he dicho que debía reunirse con sus compañeros. Hemos salido de la cámara a lo alto de la escalera. Entonces ha tropezado. —Edith volvió la cabeza, inocentes sus ojos grises—. El Señor obra de manera maravillosa, padre. Esta es mi confesión y todo lo que diré. Ojo por ojo, padre, diente por diente, vida por vida.

Edith permaneció un rato sentada con los ojos entrecerrados, como si rezara.

—Penséis lo que penséis, padre —susurró—, digáis lo que digáis, creo verdaderamente que Dios había decidido llamar junto a Él a esa mujer perversa.

Athelstan le dio unas palmadas en el hombro.

—Será lo que tenga que ser —murmuró—. Vamos a reunimos con el resto.

Encontraron a sir John de muy buen humor, sentado a la mesa alta del refectorio, con una copa de clarete en una mano y una pequeña hogaza de pan en la otra. Estaba ocupado entreteniendo a Benedicta, Cecilia y lo que parecía ser el convento entero con sus hazañas en Nájera, en España. Apenas se interrumpió para saludar a Athelstan y a Edith, pero ceremoniosamente les hizo señas de que se sentaran a la mesa un poco más abajo.

Cranston sabía lo que de verdad le había ocurrido a la madre Veritable, pero decidió dejárselo a Athelstan. Mientras volvía a llenar su copa reflexionó con ironía, antes de proseguir su descripción de la batalla, que las muertes de Rolles y la madre Veritable habían ahorrado a la ciudad el gasto de ahorcarles. Hizo un guiño al fraile y prosiguió su gráfica descripción de los arqueros ingleses que se habían desplegado en una serie de cuñas para defenderse. Las monjas no se perdían ni una palabra. Cranston empezó a sospechar. También Athelstan escuchaba con atención, como si hubiera decidido quedarse el día entero en el convento. El forense estaba a punto de poner fin a su historia cuando en el cavernoso refectorio de techo bajo resonó un ruido de caballos y arreos, seguido poco después por el ruido de un viejo mozo que entraba cojeando, haciendo sonar el bastón al golpear el suelo pavimentado. Anunció entre jadeos que Su Ilustrísima, Juan de Gante, había llegado.

Athelstan se puso en pie a toda prisa y Cranston maldijo en voz baja. Entonces comprendió por qué Athelstan había estado esperando, y recordó que el jefe de mozos de cuadra se había marchado velozmente a caballo de la taberna de Southwark. El y el fraile se excusaron cortésmente y salieron del refectorio. Cranston se paró en el escalón superior. El patio del convento era un hervidero de hombres armados, todos vistiendo el espléndido uniforme que lucía las armas de Inglaterra, Francia y Castilla. Estandartes y banderas ondeaban en la brisa. Los caballeros de la casa real se reunieron en torno a la madre superiora y otros cargos del convento, calmándolas y ofreciendo las excusas del regente por esta repentina visita.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Cranston en un susurro—. Me pregunto qué quiere esa serpiente real.

Athelstan sintió un escalofrío cuando observó que todas las puertas y entradas eran protegidas por arqueros, con los arcos preparados y los carcajs colgados a un lado. Un caballero abanderado, con media armadura, su rubicundo rostro brillante de sudor bajo una mata de pelo rubio, se separó del grupo que rodeaba a la madre superiora y se acercó con grandes pasos.

—Sir John, fray Athelstan, Su Ilustrísima os espera.

Les acompañó a la casa de invitados, abrió la puerta y les hizo entrar. Juan de Gante, vestido con un sencillo justillo de cuero, abierto en el cuello para dejar ver el collar de oro con la doble S de Lancaster, ya se había puesto cómodo, había dejado el cinturón de guerra en el suelo, puesto sus botas sobre la mesa y se había quitado los guanteletes. Estaba disfrutando de una pequeña jarra de cerveza en el otro extremo de la mesa. *Signor* Tonnelli y Matthias de Evesham no parecían tan tranquilos como su señor.

—¡Mi señor forense, fray Athelstan, venid aquí!

El regente señaló los taburetes del otro lado de la mesa. Cranston y Athelstan se acercaron, hicieron una leve reverencia y tomaron asiento. El forense miraba fijamente las botas del regente. De Gante sonrió con aire de disculpa, retiró los pies de la mesa y se inclinó hacia delante, con la mano extendida para que Cranston y Athelstan pudieran besar el anillo que llevaba en el dedo corazón.

—Ahora que hemos cumplido con las normas de cortesía, vayamos al grano.

—¿Al grano? —repitió Athelstan—. Querréis decir a la verdad, Vuestra Ilustrísima. Bueno, os revelaré la verdad. En aquella barcaza jamás se puso ningún tesoro lombardo. Oh, puede que llegara a la Torre, pero jamás se envió río abajo.

Cranston se quedó boquiabierto y se tapó la cara con las manos, atisbando por entre los dedos. De Gante se quedó impertérito, jugueteando con el anillo, observando a Athelstan como haría con un compañero de juego a punto de mostrar su jugada. Tonnelli y Matthias de Evesham fueron a protestar, pero de Gante les indicó con un gesto de la mano que no lo hicieran.

—Una teoría interesante, padre.

—La verdad suele serlo, Vuestra Ilustrísima. Vos cogisteis el tesoro, e inventasteis esa historia de proscritos y piratas del río. Ah, era cierto, pero sólo sirvió para sazonar la comida que cocinasteis. Edward Mortimer era vuestro amigo, en cuerpo y alma, un caballero que habría ido al infierno por vos. Involucró a Richard Culpepper en vuestro plan. Cogisteis el tesoro, abristeis el cofre, sacasteis el precioso contenido y lo llenasteis con ladrillos y piedras, o lo que tuvierais a mano. Luego lo cerrasteis con llave y volvisteis a sellarlo, y enviasteis las llaves al almirante de la flota. Mortimer y Culpepper tenían que tomar posesión de él y, en mitad del río, lo tirarían por la borda y se hundiría hasta el fondo del río. Se rasgarían la ropa, se causarían heridas menores y llegarían al barco del almirante contando la historia de que habían sido atacados por un grupo de piratas del río. Les creerían. Al fin y al cabo, ¿dónde estaba el tesoro? Y tenían heridas para demostrar su decidida defensa. La flota zarparía. Más adelante, Mortimer y Culpepper recibirían su recompensa. Nadie iba a resultar dañado, en realidad. El tesoro lombardo sólo era una parte del cofre de guerra de los cruzados; declararían que no podían devolver lo que no habían recibido. Los banqueros lombardos podían quejarse lastimeramente en público, pero en privado, el *signor* Tonnelli formaba parte de la conspiración, igual que vos.

De Gante entrelazó las manos con calma.

—Muy bien, padre —murmuró.

—Pero entonces algo fue mal —prosiguió Athelstan—. Vos y Mortimer cometisteis un error, y también Richard Culpepper. Éste se había enamorado de Ginebra, una cortesana que vendía sus favores al mejor postor. Le traicionó a lo que yo llamo el grupo de La Noche en Jerusalén. Vos nunca lo supisteis. Al final, como en el juego de las damas, la jugada de cada uno estaba bloqueada. Los cruzados habían perdido su tesoro, pero recibirían más de los lombardos, por no mencionar los beneficios de la guerra. Los banqueros no habían perdido realmente su dinero e iban a ganar más. El Guardián de la Torre fue el receptor secreto de nueva riqueza, mientras que los verdaderos ladrones eran los orgullosos propietarios de un simple montón de escombros. Las verdaderas víctimas fueron Mortimer, Culpepper y aquellos dos inocentes barqueros. Vos sabíais que Mortimer y Culpepper debían de estar muertos, pero, por supuesto, no podíais revelarlo sin contar la verdad, pues ¿por qué dos caballeros iban a fugarse con un cofre lleno de piedras y ladrillos? Oh, realizaríais una cuidadosa

investigación, pero el juego había terminado, no se podía hacer nada. Lo único que se podía hacer era sentarse, esperar y observar. Sólo una persona despertaba compasión, la pobre Helena Mortimer, que aún esperaba, aún confiaba en que su hermano regresaría. Os apiadasteis de ella. Os asegurasteis de que cada trimestre vuestro camarada, el *signor* Tonnelli, entregara una pensión a un orfebre de Londres para ella. Esto mantenía vivos los sueños de Helena y os asegurabais de que no caía en la pobreza; era lo mínimo que podíais hacer para honrar la memoria de Edward.

Athelstan no dejaba de mirar el rostro del regente. Bello como un ángel, pensó, su piel clara quemada por el sol de Castilla. El pelo, rubio platino, la barba y el bigote bien recortados, aquellos hermosos ojos azules tan francos y directos, salvo por el destello de maldad; sólo esta vez de Gante tenía una expresión verdaderamente triste. Por un momento Athelstan captó el profundo pesar y aflicción de aquel hombre poderoso por lo que había ocurrido.

—¿Creéis esta historia, señor forense? —preguntó de Gante mirando a Cranston.

—Siempre he admirado vuestro coraje y vuestra astucia, Vuestra Ilustrísima. Una fuente de asombro para mí, como lo fue para vuestros benditos padre y hermano mayor.

De Gante se rió para sí.

—Puede que sospecharais de los otros caballeros —declaró Athelstan—, pero nunca pudisteis demostrar la verdad, que pende en un delicado equilibrio y, como he dicho, como una espada de doble filo, corta en ambas direcciones. Os quedasteis el tesoro, transcurrieron los años, el *signor* Tonnelli se encargaría de que fuera separado y vendido en las ciudades del Rin o incluso en las tierras del Gran Turco. Una persona seguía insistiendo en perseguir la verdad: fray Malaquías, un monje benedictino, hermano de sir Richard Culpepper. Acudió a vos, ¿verdad? Hizo preguntas, algunas de las cuales pudisteis responder, de otras tuvisteis que hacer caso omiso. Malaquías era peligroso, un hombre inteligente, un estudioso y, sobre todo, un monje benedictino. Me pregunto —Athelstan cogió deliberadamente la jarra de cerveza del regente y bebió un sorbo; de Gante no puso objeciones—, me pregunto qué os dijo.

De Gante apoyó los codos sobre la mesa y el mentón en los nudillos, dando golpecitos con la bota en el suelo mientras escrutaba al fraile.

—Sois un hombre muy peligroso, Athelstan.

—¿Por eso tenéis espías en mi parroquia?

De Gante sonrió.

—Tenéis espías en La Noche en Jerusalén. El jefe de mozos de cuadra, para empezar.

—Es cierto, es cierto —asintió de Gante—. Tengo una legión de espías en Southwark. Vigilaba La Noche en Jerusalén como un halcón vigila un campo.

—¿Sabéis lo que ha ocurrido hoy allí?

—Por supuesto, pero me gustaría oíroslo contar a vos, padre.

Athelstan describió rápidamente los acontecimientos de los últimos días y la violenta y sangrienta confrontación en el aposento superior de la taberna. De Gante escuchó, con los ojos cerrados, interrumpiéndole de vez en cuando con alguna breve pregunta. Al final se volvió a Matthias de Evesham.

—Decid a las buenas hermanas que traigan un poco de vino, no demasiado fuerte, jugo de Renania, para que todos podamos aplacar nuestra sed.

Matthias salió apresurado. Regresó con una bandeja con jarras y copas y de Gante insistió en servir a todos. Luego volvió a ocupar su asiento, alzó su copa y brindó por Athelstan y por Cranston.

—*Tu dixisti*, vos lo habéis dicho, padre. Hace veinte años yo era Guardián de la Torre. Apenas había cumplido veintiún años. Como sabe Jack Cranston, había participado en campañas en Francia, pero no el tiempo suficiente para reunir riqueza alguna. En el mes de mayo de aquel año se firmó el Tratado de Bretigny. —De Gante suspiró—. En el futuro próximo, no habría más ejércitos en Francia, ni botines ni saqueos. Mi padre y mi hermano mayor me refrenaban. Para decirlo con claridad, no tenía ni un penique. Entonces llegó la flota de los cruzados y el *signor* Tonnelli reunió el tesoro lombardo; el resto ya lo conocéis. Yo iba a coger el tesoro y devolvérselo al *signor* Tonnelli por un préstamo secreto, los banqueros llevarían el tesoro a otra parte y nadie iba a resultar dañado. El *signor* Tonnelli consideraba que era un buen trato de negocios. Adelantamos dinero a Mortimer y a Culpepper. Juraron guardar silencio y les prometimos una generosa gratificación más adelante. Mis amigos los lombardos no perderían su tesoro, la flota de cruzados no tendría que devolver un préstamo que no habían recibido, pero darían a sus banqueros un porcentaje de sus beneficios, mientras que yo, Culpepper y Mortimer nos haríamos

ricos. La mañana del veintiuno de setiembre de 1360, festividad de San Mateo, acepté que algo terrible había ocurrido. Tengo a Dios por testigo, padre, de que no me preocupaba el tesoro, sino que hice registrar la ciudad y el reino en busca de Mortimer y Culpepper, aunque me vi obligado a aceptar que ambos estaban muertos. Mantuve mi palabra y me ocupé de Helena. Transcurrieron los años, los tiempos cambiaron y el tesoro lombardo se olvidó.

—Hasta que apareció fray Malaquíás.

—Sí, acudió a mi palacio de Sheen, y posteriormente a la Torre. Nunca vestía como un benedictino, sino con el atuendo de un escribano; siempre insistía en que le llamara por su nombre familiar: maese Thomas Culpepper. Me habló del anillo y me interrogó más a fondo. Me pinchó y creo que sospechó la verdad. Le dije que hiciera lo que debía y que me comunicara el resultado.

—Pero vos debíais de estar preocupado, ¿no?

—Claro que lo estaba. Si los compañeros de Culpepper eran culpables, ante un tribunal podrían describir lo que encontraron cuando abrieron aquel cofre.

De pronto de Gante se echó a reír.

—Debió de ser una terrible sorpresa para ellos. Oh, yo sabía que los caballeros se reunían cada año. Decidí que observaría con atención los acontecimientos de La Noche en Jerusalén. Me enteré de los asesinatos. — Se encogió de hombros—. Bueno, ya sabéis cómo es, padre. Aparecieron los nombres de Cranston y Athelstan. Ya está, pensé, ahora el halcón volará.

—Y eso hizo —señaló Cranston—. ¿Qué haréis, Vuestra Ilustrísima? Tengo dos caballeros del condado culpables de los más espantosos crímenes. Si los lleváis a juicio ante la Magistratura del Rey en Westminster, les colgarán, pero también confesarán lo que encontraron en aquel cofre del tesoro.

De Gante levantó la mirada a las vigas negras del techo.

—Sabéis, sir John, fray Athelstan, vivimos en tiempos muy extraños. Dicen que en el este se están moviendo grandes ejércitos. Algunos afirman que la Iglesia ha perdido su misión; incluso hay personas —abrió los ojos y puso cara de falsa inocencia— que afirman que todos los hombres son iguales, que Watkin el que recoge estiércol y Moleskin el barquero deberían disfrutar de los mismos derechos que Juan de Gante.

—Jesús decía lo mismo, Vuestra Ilustrísima, y fue crucificado por ello.

—Es cierto, pero, como sabéis, mi relación con los reinos españoles es muy estrecha. Ellos tienen un gran sueño: llegar a estar unidos, expulsar a los moros de España, y en sus conversaciones, la princesa de Aragón, Castilla y Portugal habla de enviar barcos a los grandes mares desconocidos de la costa oeste de África. Algunos afirman que allí hay reinos perdidos, llenos de oro y plata. Bueno —de Gante apuró su copa—, haré que sir Maurice y sir Reginald sean enviados a la Oficina de la Noche de la Torre, donde llegaremos a un acuerdo. Voy a mandarles como enviados a la Corte de Lisboa. Se unirán a una expedición, una expedición por mar, para trazar el mapa de tierras desconocidas. En realidad, se les dará a elegir: ir a Portugal bajo estricta vigilancia, o esperar a ser juzgados en Westminster. —De Gante juntó las yemas de los dedos—. Les recordaré cuántas personas mueren de fiebre en la prisión, o incluso por comer pasteles de carne envenenados.

—¿Y fray Malaquías?

—Él no conoce toda la verdad sobre el tesoro. Tengo entendido que la orden de san Benedicto tiene un monasterio, una pequeña comunidad, en las afueras de St. Ives, en Cornualles. Me aseguraré personalmente de que pasa el resto de sus días allí. La Santa Madre Iglesia me debe uno o dos favores.

Se puso en pie, echando su silla hacia atrás, e indicó a Tonnelli y a Matthias de Evesham que le siguieran.

—Sir John, fray Athelstan, ha sido un buen día de trabajo. La Noche en Jerusalén será vendida por la corona; al fin y al cabo, maese Rolles era un traidor y un ladrón, así que su propiedad queda decomisada. Creo que se la dará al jefe de mozos de cuadras en alquiler. Me aseguraré de que parte de los beneficios vayan a la capilla de los cantores de San Erconwaldo.

Les saludó con una inclinación de cabeza y se marchó. Matthias de Evesham dio unas palmadas a Athelstan y a Cranston en los hombros.

Durante un rato, el fraile se quedó mirando fijamente la pared.

—¿Sabéis, sir John?, una de las grandes diferencias entre el bien y el mal es que el bien es necesario y el mal no. Mirad a esos asesinos. ¿Cuándo tomaron la decisión de robar y matar a sus amigos? ¿Una tarde? ¿Una noche ante sus copas? Y cuando lo hicieron, plantaron una semilla de maldad que germinó, arraigó y se dispersó para arruinar tantas vidas. Sin embargo, era innecesario. Nunca consiguieron el tesoro, y al cabo de unos años todos eran ricos y poderosos caballeros del condado. —Se santiguó con rapidez—. Todas esas espantosas muertes... para nada.

—Vamos, padre. —Cranston se puso en pie—. Os invito a pastel y una jarra de cerveza de Londres en El Cordero de Dios, y nos llevaremos a esas dos bellas mujeres como compañía.

—Vaya, sir John, ¿me estáis tentando?

—No, padre, sólo librándoos del mal.

OceanofPDF.com

Nota del Autor

El personaje de Juan de Gante es descrito en esta novela, creo, con exactitud. De Gante, hombre de gran astucia, fue regente del reino durante la década de 1380. Las políticas represivas de su gobierno a la larga condujeron a una gran revuelta y los rebeldes incendiaron y arrasaron su bello palacio de Saboya. Cruzado bajo lord Pedro de Chipre, navegó por el Mediterráneo y conoció éxitos diversos, y aunque el gran robo es una ficción, esta clase de delito no era infrecuente en el Londres medieval. Muchas escenas callejeras y violaciones de la ley descritas en la novela tienen su origen directamente en fuentes originales. El papel de La Noche en Jerusalén caracteriza la actividad de muchas tabernas de Londres, que a menudo eran el centro de un gran número de actos que quebrantaban la ley. No es de extrañar que, hasta finales del siglo veinte, las tabernas, posadas y pubs de Inglaterra estuvieran bajo constante vigilancia de los magistrados. El Misericordia refleja la multitud de timadores que en el curso de los siglos han hecho de Londres su hogar, mientras que el cazador de recompensas (personaje histórico verdadero como Giles de España) era tan corriente en la Inglaterra medieval como en el Salvaje Oeste.

Un apunte final sobre el comentario de Juan de Gante de las travesías por mar a lo largo de la costa occidental de África. En el siglo diecinueve entraron tropas británicas en el reino de los *ashanti*, en el África occidental, y encontraron una jarra que realmente había sido hecha en Londres en el siglo catorce (aún se puede contemplar en el excelente Museo de Londres). Por supuesto, cómo llegó allí sigue siendo motivo de especulación.